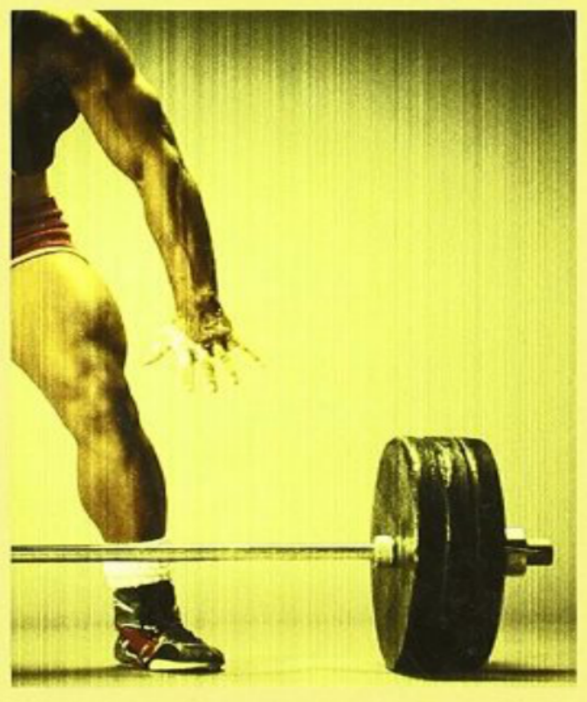
EL GIMNASIO DE GOD

LEON DE WINTER





Annotation

Ampliamente difundidas en los Países Bajos y traducidas a más de diez idiomas, las novelas de Leon de Winter destacan por un sentido del humor agudo, a veces incluso surrealista, que el autor despliega para ahondar en la psicología de sus personajes al tiempo que aborda los asuntos que más preocupan al ser humano. A los grandes temas como el amor y la muerte, el éxito y el fracaso, la amistad o la soledad, el hombre responde con unos postulados y creencias con que pretende explicarse la reconfortante posibilidad del más allá o desentrañar las complejas leyes físicas que rigen el universo. Después de perder a su única hija en un accidente de tráfico, Joop Koopman, guionista holandés afincado en Los Ángeles, se encierra en casa para mitigar el dolor. Sin embargo, a pesar de su noble intento por desconectarse del mundo y ahogar la pena en alcohol, el mundo, obstinado, no lo deja abandonarse a su tragedia. Erroll, el entrenador físico dueño de la moto accidentada, se empeña en hacerle compañía, entablando así una extraña amistad que resulta la única ventana de Joop al mundo exterior; su amigo Philip quiere que colabore en una extraña misión para el Servicio Secreto israelí; y su prima Linda, antigua novia de juventud, reaparece en su vida acompañada de un monje tibetano. Pero sólo cuando Joop empieza a obsesionarse con encontrar a la persona que recibió el corazón de su hija, cae en la cuenta por primera vez de que los acontecimientos han escapado a su control y que se encuentra en una vertiginosa carrera hacia la nada.

LEON DE WINTER

El gimnasio de God

Traducción de Goedele De Sterck

Ediciones Salamandra, S.A. 2005

Sinopsis

Ampliamente difundidas en los Países Bajos y traducidas a más de diez idiomas, las novelas de Leon de Winter destacan por un sentido del humor agudo, a veces incluso surrealista, que el autor despliega para ahondar en la psicología de sus personajes al tiempo que aborda los asuntos que más preocupan al ser humano. A los grandes temas como el amor y la muerte, el éxito y el fracaso, la amistad o la soledad, el hombre responde con unos postulados y creencias con que pretende explicarse la reconfortante posibilidad del más allá o desentrañar las complejas leyes físicas que rigen el universo. Después de perder a su única hija en un accidente de tráfico, Joop Koopman, guionista holandés afincado en Los Ángeles, se encierra en casa para mitigar el dolor. Sin embargo, a pesar de su noble intento por desconectarse del mundo y ahogar la pena en alcohol, el mundo, obstinado, no lo deja abandonarse a su tragedia. Erroll, el entrenador físico dueño de la moto accidentada, se empeña en hacerle compañía, entablando así una extraña amistad que resulta la única ventana de Joop al mundo exterior; su amigo Philip quiere que colabore en una extraña misión para el Servicio Secreto israelí; y su prima Linda, antigua novia de juventud, reaparece en su vida acompañada de un monje tibetano. Pero sólo cuando Joop empieza a obsesionarse con encontrar a la persona que recibió el corazón de su hija, cae en la cuenta por primera vez de que los acontecimientos han escapado a su control y que se encuentra en una vertiginosa carrera hacia la nada.

Título Original: *God's Gym*
Traductor: Sterck, Goedele De
Autor: Winter, Leon de

ISBN: 9788478889853
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 11/03/2021

Leon de Winter

El gimnasio de God

TÍTULO original: *God's Gym*
Traducción: Goedele De Sterck
Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
ISBN: 84-7888-985-X

para Moos, Moon y Jes

PRÓLOGO

Cúmulo de circunstancias que concurren el día 22 de diciembre de 2000

Notas de God destinadas al señor Koopman

Primera Circunstancia

Si alguien hubiese observado el globo terráqueo desde el espacio hace trescientos millones de años, habría obtenido de la superficie terrestre una imagen totalmente distinta de la que nos hemos forjado a través de los mapas y las fotografías enviadas por satélite y descodificadas por ordenador. Usted y yo conocemos los continentes: América del Norte y América del Sur, dos grandes gotas enlazadas entre sí por el cordón umbilical centroamericano; la gruesa L invertida de África; la irregular Europa, semejante a una mano contrahecha, con un dedo heleno, uno italiano, uno ibérico y otro escandinavo; la mancha de pintura llamada Asia, que se escurre hacia abajo, y las dos piezas extraviadas, Australia y la Antártida.

Hace trescientos millones de años no había continentes. Su formación data de unos doscientos veinticinco millones de años atrás. Hasta entonces, la Tierra estaba cubierta por un gigantesco océano y un único continente de enormes dimensiones, Pangea, que en griego significa «toda la Tierra». Nadie sabe con exactitud qué aspecto tenía aquella masa continental, pero lo más probable es que guardase cierto parecido con un embrión del que Asia fuera la cabeza; la costa oeste de lo que más tarde sería América, la espalda; África, el tronco, y Australia y la Antártida, las piernas.

El cartógrafo holandés Abraham Ortelio —compatriota suyo— fue uno de los primeros en señalar que la línea costera americana encajaba a la perfección con la del África occidental y Europa. Sospechaba que América se había ido a la deriva, impulsada por los terremotos y las inundaciones, pero sus ideas no encontraron demasiada aceptación. Hubo que esperar hasta 1912 para que la teoría de los movimientos continentales quedase fundamentada sobre una base científica. En aquel mismo año, el meteorólogo alemán Alfred Wegener publicó dos artículos en los que sostenía que Pangea se había fragmentado hacía más de doscientos millones de años.

Al científico le llamó la atención no sólo que los continentes encajaran como las piezas de un rompecabezas, sino también las coincidencias paleontológicas y geológicas existentes entre la costa oriental de Sudamérica y la costa occidental africana. Además, la

presencia de fósiles de plantas tropicales en la Antártida apuntaba necesariamente a que, en algún momento, el suelo de este continente había estado expuesto a un clima más templado.

Los coetáneos de Wegener lo tomaron por loco, pero investigaciones recientes han demostrado lo acertado de sus razonamientos. Con toda probabilidad, el desplazamiento de los continentes tiene la siguiente explicación: la corteza terrestre está formada por placas tectónicas independientes que se deslizan unas respecto a las otras. En el fondo de los océanos, diversas cordilleras serpenteantes recorren el planeta de punta a punta, como las costuras de un balón de fútbol. A lo largo de estas cadenas montañosas, donde la corteza terrestre se vuelve más fina, van emergiendo con fuerza nuevas formaciones pétreas, empujadas hacia la superficie desde el centro de la Tierra. A raíz de este fenómeno, las placas se ponen en movimiento y entran en colisión.

A esto lo llamamos terremoto.

• • •

Segunda Circunstancia

La gran línea de fractura que atraviesa California se denomina falla de San Andrés, la cual indica con exactitud por dónde las placas tectónicas del Pacífico y de Norteamérica ejercen presión la una sobre la otra. A lo largo de los siglos, las fuerzas pueden ir en aumento hasta liberarse en un cataclismo devastador. Es lo que sucedió en el terremoto de Northridge, un barrio periférico situado al noroeste de Los Angeles, el 17 de enero de 1994, a las cuatro y media en punto de la madrugada. (¿Estaba usted en casa?) El epicentro del seísmo se localizó a una profundidad de más de dieciocho kilómetros y su magnitud se estimó en 6,7 grados de la escala Richter.

El temblor costó la vida a sesenta personas, causó nueve mil heridos y ocasionó daños valorados en treinta mil millones de dólares. El terremoto se produjo a la altura de la falla de Santa Mónica, un ramal de la de San Andrés. Duró tan sólo quince segundos.

Tercera Circunstancia

En el otoño de 1945, Leonard S. Shoen construyó con sus propias manos un remolque de camión en el establo de la granja familiar de su mujer, Anna Mary Carty, en Ridgefield, Washington. Tenía ahorrados cinco mil dólares. Con ese dinero pensaba llevar a cabo su sueño: una empresa de mudanzas con camiones de alquiler, un negocio inspirado en el lema: «Hágaselo usted mismo.» La idea era que los clientes se

hicieran cargo de su propio traslado sin necesidad de devolver el camión al lugar de origen. Shoen pintó el tráiler de un naranja intenso. En menos de cuatro años, sus remolques podían alquilarse en cualquier ciudad de Estados Unidos, con posibilidad de devolución en multitud de puntos del país. En todos los remolques aparecía en letras grandes: «U-HAUL — TRAILERS DE ALQUILER — 2 $ AL DÍA.»

En la actualidad, los tráileres y camiones de U-Haul están disponibles en más de quince mil concesionarios independientes y en casi mil cuatrocientos centros de alquiler de la propia compañía. Es la mayor arrendadora de camiones de mudanzas de Norteamérica y una de las empresas líderes del sector de guardamuebles. Si uno piensa mudarse sin recurrir a los servicios de un profesional, basta con que busque en las páginas amarillas la sucursal más cercana de U-Haul, el principal anunciante en este medio, y alquile un vehículo. Lo más probable es que esté justo a la vuelta de la esquina. Miles de estos camiones pasan a diario por los barrios residenciales de cualquier ciudad del país. (La delegación más próxima a su casa está en Lincoln Boulevard.)

Shoen fue un gran visionario. Su concepto de mudanza, basado en el alquiler de camiones, era exactamente lo que buscaban los norteamericanos de la posguerra, muy dados a cambiar de domicilio. Todo un pionero, que logró adaptar los vehículos articulados existentes a las necesidades de su clientela.

Los camiones de U-Haul forman parte del paisaje urbano de Estados Unidos, hasta el punto de haberse convertido en auténticos iconos norteamericanos. En la década de los setenta, el Ford F-350 fue la famosa bestia de carga de la compañía. Tras el frontal cuadrado tan característico del estilo imperante en los primeros años de aquel decenio, cuando se diseñó el modelo F-350, el camión lleva una cabina independiente donde pueden ir cómodamente instalados tres adultos. La caja, con la habitual prolongación por encima del habitáculo, tiene una capacidad enorme. Puede transportar nada menos que sesenta metros cúbicos de enseres domésticos, lo cual es suficiente para trasladar las pertenencias de una familia media con dos hijos.

Fueron los propios técnicos de U-Haul en Tempe, Arizona, quienes desarrollaron el prototipo de este tráiler sobre la base del relativamente ligero F-350. Ford se mostró escéptico ante los propósitos de U-Haul, pero el prototipo terminó por convencer al fabricante de automóviles de la posibilidad de colocar una sólida cabina sobre un bastidor de escaso peso. Entre 1976 y 1979, Ford construyó con éxito la versión adaptada de U-Haul. Hasta el día de hoy, esa versión de los F-350 se ve por toda Norteamérica. Se pueden adquirir de segunda mano en la propia empresa y a través de terceros,

con precios a partir de dos mil dólares.

Cuarta Circunstancia

En la noche del 16 al 17 de enero de 1994, la del terremoto de Northridge, un Ford F-350, que hasta aquel instante no había dado problemas a pesar de tener ya dieciséis años, se hallaba sobre un foso de reparación en el taller de un vendedor de camiones usados de Northridge, en el valle de San Femando, para una revisión rutinaria.

En las desgastadas superficies laterales de la caja rectangular figuraba el conocido logotipo de U-Haul, aunque hada ya varios años que el vehículo había dejado de ser propiedad de la compañía de L. S. Shoen.

A raíz del terremoto, el Ford se deslizó y quedó medio hundido en el foso, aunque sin sufrir daños visibles (según parecía, los refuerzos diseñados en su momento por los técnicos de U-Haul habían amortiguado el golpe). Sin embargo, en los meses posteriores aparecieron restos de aceite debajo del bloque del motor. Los mecánicos cambiaron en dos ocasiones las juntas del cárter, pero la fuga persistió.

• • •

Quinta Circunstancia

Lille es la capital del departamento francés del Norte. Se encuentra a doscientos veinte kilómetros de París y a tan sólo catorce de la frontera con Bélgica. La ciudad de Lille —cuyo nombre deriva de *l'ile*, «la isla»— surgió entre dos ramales del río Deúle y fue rodeada de murallas en el siglo XI. Pese a las reiteradas devastaciones sufridas a lo largo de los tiempos, conoció un gran florecimiento económico al estar situada en las vías de tránsito entre lo que hoy conocemos como Países Bajos, Bélgica y Francia. En ella se desarrolló una febril actividad en torno al comercio de la lana y el algodón, lo mismo que en las ciudades flamencas de Brujas e Ypres.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la industria textil decayó y la ciudad se sumió en una profunda crisis. En los años setenta, el desempleo adquirió unas proporciones escandalosas; daba la impresión de que Lille no lograría salir nunca más del atascadero económico (algo que no se vio confirmado: desde la inauguración de la línea de alta velocidad entre París y Londres, la economía se ha recuperado por completo). Sus habitantes más ambiciosos emigraron.

Ives Pascal era el mejor panadero y pastelero de la ciudad, aunque tenía serias dificultades para mantenerse a flote. Numerosos

pequeños comercios cerraron sus puertas, y todo el noroeste de Francia padeció las consecuencias del desmoronamiento de las industrias decimonónicas tradicionales.'

En 1962, Jim Bailey, un soldado estadounidense afincado en Alemania, realizó una breve parada en Lille, de camino a Dieppe. Compró en la pastelería de Yves Pascal, de reconocido prestigio local, unas empanadillas de manzana, que, tras ser envueltas en un papel de tacto suave, le fueron servidas por la chica de sus sueños. Ella era Valérie Pascal, la hermana pequeña de Ives. Poco más tarde, ese mismo año, Valérie siguió a Jim, su gran amor, a Estados Unidos. Se instalaron en Los Angeles en 1963.

En 1974, Ives había ahorrado suficiente dinero para visitar a su hermana. Al cabo de dos meses regresó a Lille con el fin de vender la casa y el negocio. Desde entonces vive y trabaja en Marina del Rey, California.

En el otoño de 1974, Ives Pascal fundó la panadería Progress. En menos de un año contrató a quince empleados, en su mayoría latinos no cualificados dispuestos a trabajar día y noche a cambio del salario mínimo. Además de pan, Ives comenzó a vender artículos de pastelería.

Hoy en día, sus productos se ofrecen en las tiendas de *delicatessen* y en los supermercados más selectos. Ives acabó comprándose una casa en uno de los puertos deportivos de Marina del Rey. En la actualidad dirige una empresa de noventa personas.

Sexta Circunstancia

En 1994, el gerente de la panadería Progress, propiedad de Ives Pascal, adquirió un Ford F-350 usado. El tráiler, de peso intermedio, estaba equipado con refrigeración. Se lo ofreció por tan sólo dos mil quinientos dólares un vendedor de camiones de ocasión de Northridge. El vehículo, fabricado en 1978, había recorrido doscientos cincuenta mil kilómetros.

El vendedor omitió informar al gerente de Pascal de que las juntas del cárter del Ford habían sido sustituidas dos veces. Pese a estas complejas y por tanto costosas reparaciones, el camión seguía perdiendo aceite. Además, fue vendido sin garantía alguna.

Aunque uno de los conductores de la panadería Progress se percató de la fuga, el vendedor no aceptó la devolución del vehículo. El gerente ordenó que se comprobara y ajustara el nivel de aceite con regularidad, pero a los ocho meses de la detección del problema encontró un empleo que le permitía no tener que trabajar por la noche. En la actualidad está empleado en una agencia de viajes en Studio City.

El 22 de diciembre del año 2000, el día del que se habla aquí en todo momento, el antiguo camión de U-Haul estaba al servicio de Progress, la panadería de Ives Pascal. El encargado de conducirlo era Juan Armillo, hijo de un ex inmigrante ilegal mexicano que había obtenido permiso de residencia y trabajo, la tan codiciada *green card*, con motivo de la amnistía general de 1986.

Séptima Circunstancia

Al final de la Segunda Guerra Mundial, Frank Miller —un tímido hijo de comerciantes de un pueblo de Idaho, en la América profunda, que en 1942, a la edad de dieciocho años, se había alistado en el ejército— se encontraba luchando contra los japoneses en el Pacífico. En 1946 regresó a su pueblo condecorado y convertido en un hombre. El último año de su estancia en el ejército había estado destacado en Filipinas y, para su sorpresa, llegó a la conclusión de que prefería aquel clima caluroso al de su estado natal.

En mayo de 1947 tomó el autobús a Los Angeles con idea de continuar el viaje hasta Hawái, pero se quedó en aquella ciudad. En un pequeño y barato apartamento de Beachwood Drive, Hollywood, colgó su único traje en una percha, con sumo esmero, mientras contemplaba las susurrantes palmeras desde la ventana. El héroe de guerra encontró trabajo en una tienda que abría las veinticuatro horas. Colocaba los productos en los estantes y entregaba a domicilio las compras realizadas por las coquetas señoras ya entradas en años del barrio, desplegando el mayor entusiasmo posible, puesto que ello le reportaba propinas.

Por la noche estudiaba para contable. En septiembre de 1949 se diplomó, y a la primera ocasión consiguió el cargo que anhelaba: entró a trabajar en el departamento financiero del First Hollywood Commerce Bank.

Margaret Boyle le llevaba dos años. Nacida en Fresno, se mudó a Los Angeles con diez años, junto a su madre, que en un momento dado se había dejado fecundar por un alcohólico inútil. Cuando Margaret cumplió los veintitrés, llegó a adjunta del administrador jefe de unos grandes almacenes situados en la esquina de Wilshire Boulevard con La Brea Avenue.

Acudía con frecuencia al First Hollywood Commerce Banky se prendó del joven que invariablemente la atendía. Un buen día, él la invitó a un paseo dominical, con picnic incluido, por Griffith Park Durante el sexto encuentro, le dio un beso pudoroso y casto. En la cita número veinte le tocó los pechos tímidamente, y después de haber salido juntos treinta y seis veces, Margaret se quedó embarazada. (Señor Koopman, esto último son sólo conjeturas mías, pero creo que

debió de ser más o menos así.)

Frank Miller y Margaret Boyle —encinta de cuatro meses— se casaron en 1951 en una pequeña iglesia de Hollywood emplazada en Franklin Avenue y tuvieron gemelos: dos varones que acabarían siendo médicos y que encontrarían un puesto de trabajo y una esposa en la costa Este, en Connecticut.

En 1961, Frank fue nombrado director de la sucursal que poseía el banco en Marina del Rey. Dos años más tarde, la familia se trasladó a un bungalow en Playa del Rey, una localidad costera situada al sur de Marina del Rey, donde vivieron la época más feliz de su matrimonio.

A la edad de setenta y ocho años —a la una y media de la tarde del 3 de octubre de 2000, para ser exactos—, Margaret sufrió un grave derrame cerebral. Desde aquel día, Frank iba a buscar con cierta regularidad medicamentos para ella a la farmacia del Rey.

Hasta entonces apenas habían pisado las farmacias (exceptuando una enfermedad seria pero de corta duración de uno de sus hijos) y vivían convencidos de que, juntos, cumplirían mil años.

De vez en cuando, Frank llevaba a su mujer un cruasán de la elegante pastelería Progress, que lindaba con la farmacia, pero notaba que ella lo comía sin ganas y le daba pena que, sólo para complacerlo a él, se esforzara tanto por mordisquearlo.

Octava Circunstancia

La panadería Progress y la farmacia del Rey de Marina del Rey son dos edificios con forma de caja alargada, sin decoración ni adorno alguno. Son construcciones funcionales, con un armazón y paredes de madera enlucidas con una delgada capa de estuco, como la mayoría de los edificios y viviendas de California.

Gran parte de la superficie de la farmacia está ocupada por todo tipo de productos expuestos de manera caótica, estantes repletos de baratijas, artículos de droguería, golosinas, sombreros y gorras de béisbol, sin olvidar los numerosos trastos, entre ellos muñecas y maletines, que los propietarios habían ido adquiriendo a un módico precio en cierres de negocios y subastas. No es sino al fondo del establecimiento donde el cliente divisa el mostrador atendido por los expertos en medicamentos. Allí, personas serias vestidas con batas blancas se afanan en descifrar los extraños garabatos de los médicos y despachan sin pestañear tanto grageas con efectos terapéuticos como placebos.

A la clientela de la panadería y la farmacia se le brinda la posibilidad de utilizar el aparcamiento de la parte trasera, al que sólo se puede acceder a través del callejón que separa ambos edificios.

Cuenta en total con veinticinco plazas gratuitas. Pese a ello, los clientes prefieren estacionar en la calle, aunque tengan que pagar. El precio es de veinticinco centavos por diez minutos.

¿Por qué el aparcamiento no es del agrado de la gente?

Porque está circundado por las ventanas enrejadas de una serie de edificaciones colindantes y porque la media docena de contenedores de basura que hay en *él* le confieren un aspecto desolador y un tanto sórdido. Las cámaras de vigilancia, que están conectadas a unos monitores instalados en la panadería y la farmacia, no logran disipar la sensación de que constituye un escenario idóneo para un crimen. Cosa que, por otra parte, no ha ocurrido nunca.

Los únicos que utilizan el aparcamiento son los proveedores de la farmacia y los conductores de los camiones de reparto de la panadería Progress.

Novena Circunstancia

Ese mismo 22 de diciembre de 2000, Jeremy Swindon organizó una fiesta de cumpleaños en su casa de Malibú. Cumplía sesenta y cinco. Le encareció a Kelly Hendel, quien desde siempre se encargaba de preparar sus fiestas y recepciones, que no escatimara gastos ni esfuerzos. En años anteriores, el presupuesto de las celebraciones había rondado los quince mil dólares, pero en aquella ocasión Jeremy tenía previsto gastar veinticinco mil. El primer camión llegó a las ocho de la mañana. Un grupo de jóvenes latinos, con camisetas blancas como la nieve y pantalones pirata negros, comenzaron a colocar, con movimientos silenciosos, mesas, sillas y parasoles sobre el césped del jardín y en la terraza junto a la piscina.

Kelly Hendel había enviado, en nombre de Jeremy, unas sobrias invitaciones en papel de barba:

Con motivo de su 65° cumpleaños, Jeremy Swindon los invita a iniciar las vacaciones de Navidad con un almuerzo festivo el 22 de diciembre de 2000 a partir de las 13.30 horas. Traje de calle. Se ruega confirmación.

Kelly Hendel

En las fiestas de los ricos de verdad se servía caviar, pero Jeremy, que había ganado junto con su socio Jonathan cuatro millones de dólares con sus películas (una cantidad astronómica en el resto del mundo, pero poco impactante en Los Ángeles), se negaba a permitirse tal extravagancia. Prefería destinar su dinero a fines benéficos. Los dos productores se habían conformado por sistema con unos honorarios modestos, y dejaban que sus ingresos dependieran del resultado de la película. Siempre habían apostado por la calidad, en lugar de seguir a

ciegas las últimas tendencias de la moda. Por eso, sus películas raras veces habían obtenido beneficios, una vez descontados los gastos de producción. En los últimos diez años, a Jeremy le había resultado casi imposible encontrar financiación para el cine que le gustaba hacer. En tres ocasiones había recibido justo antes del rodaje una llamada desconcertante del estudio de grabación o del banco, en la que se le comunicaba que las partes implicadas se habían retirado. Con ello se habían hecho añicos los sueños de cientos de personas y desperdiciado muchos meses de preparación. Jeremy había conseguido sobreponerse a la situación en dos ocasiones, pero a la tercera decidió abandonar la producción cinematográfica un tiempo. Tomó esa decisión en la época en la que Jonathan, su amante, compañero y socio durante veinte años (en el gremio eran conocidos como J & J), cayó gravemente enfermo. Desde su muerte, dieciocho meses atrás, Jeremy vivía solo en la enorme casa que habían compartido en las colinas de Malibú, con vistas al mar y a la urbanización The Colony.

Entre indicaciones, órdenes y rectificaciones, Kelly se desplazaba a toda velocidad de la cocina a la casita que había junto a la piscina, y de allí al salón (cito unas palabras suyas: «¿Estas son las rosas? ¡Encargué rosas de tallo largo, no de tallo mediano!»), para luego dirigirse a la terraza o a la puerta de la calle con el fin de reprender al proveedor de turno. Mientras tanto, no paraba de hablar por el teléfono móvil con voz siseante y rabiosa porque, para su desgracia, nadie había cumplido lo pactado en todos los detalles. («¡Siempre es la misma historia! Si en la ciudad hubiera otra tienda de quesos decente, no dudaría en hacer mis compras allí.»)

A partir del mediodía llamaba cada cinco minutos a la panadería Progress, que debía haber entregado a las doce menos cuarto una gran cantidad de barras de pan y hogazas, y también seis tartas: de manzana, de pera, de frambuesa, de limón, de melocotón y de fresas con crema pastelera.

Décima Circunstancia

(*Aunque no se trate de una circunstancia en sentido estricto, conviene incluirla.*)

Tal vez no esté de más recordar dónde queda exactamente Malibú. Vista desde Santa Mónica, la carretera de la costa del Pacífico describe una gran curva a la izquierda, siguiendo el extremo más occidental de la costa Oeste de Estados Unidos. El conductor tiene la impresión de circular en dirección norte, pero no es así: la carretera se dirige hacia el oeste en línea recta. Por tanto, Malibú no queda al noroeste de Santa Mónica, sino al oeste.

La larga, más bien estrecha y a todas horas concurrida carretera de la costa, de cuatro carriles (cuyo primer tramo carece de mediana, vallas de seguridad o cualquier otro elemento protector entre los carriles de dirección contraria), está separada del interior del condado de Los Ángeles por las montañas de Santa Mónica, que acaban de modo abrupto en la costa cayendo en picado sobre el mar. Salvo en los lugares donde el subsuelo no es lo suficientemente sólido para construir, estas pendientes albergan miles de chalets y bungalows asentados sobre pilotes o altas estructuras de hormigón, desde los cuales se puede admirar un magnífico panorama de la angosta zona costera y el mar turquesa, que por estas latitudes suele batir con fuerza contra los acantilados, rompiéndose en espuma. Como usted sabe, es uno de los parajes favoritos de los solfistas.

En su camino hacia el oeste y el norte, la carretera continúa en suaves curvas paralelas al mar, que por momentos permanece oculto tras las viviendas erigidas a modo de palafitos en la franja de arena. Luego, el conductor accede a un área más poblada, pasa por delante de las primeras tiendas y llega al centro de Malibú, situado en un llano relativamente extenso que se adentra en el mar. En este punto, las laderas de las montañas se hallan a varios kilómetros del océano.

El casco urbano no es nada del otro mundo. Cuenta con un centro comercial al aire libre, de apariencia discreta debido a su baja altura, diseñado en torno a un arenal y un parque con juegos para niños. También hay algunos supermercados y sucursales bancarias. Lo más llamativo es el asentamiento, protegido y aislado, de estrellas de cine en la zona costera del centro de la población. Se llama The Colony, una aldea amurallada de mansiones en la playa, muy próximas entre sí, cuyos habitantes (todos, sin excepción, multimillonarios y famosos del mundo del cine y la prensa del corazón) no corren ningún riesgo de ser acosados por sus fans.

La casa de Jeremy Swindon se encuentra un kilómetro más adelante siguiendo por la carretera de la costa, es decir, está todavía más al oeste de Santa Mónica; mientras que Elaine Jacobs, la protagonista de la siguiente circunstancia, habita un apartamento en una de las edificaciones sobre pilotes situadas en la playa que se extiende al este del centro de Malibú, o sea, más cerca de Santa Mónica.

Undécima Circunstancia

El 22 de diciembre de 2000, Elaine Jacobs, catedrática de Física Experimental de la Universidad de California, no tenía clase. Decidió emplear el día en comprar regalos de Navidad en las tiendas de Third Street Promenade y en el centro comercial de Santa Mónica. Elaine se

dedica al estudio de «las cuerdas», la extraña teoría matemática según la cual existen más dimensiones de las que conoce el hombre, y quizá incluso un número infinito de universos paralelos. La mayoría de sus colegas no parece compartir este planteamiento. Ella opina que se trata de un paso más del largo proceso en que la ciencia ha ido desterrando al hombre del centro del cosmos convincente e inexorablemente. Desde siempre la ha fascinado la idea de que, en apariencia, no basta con afirmar que el hombre se halla en un planeta cualquiera de una estrella cualquiera en una galaxia cualquiera de un grupo galáctico cualquiera, en fin, en un rincón cualquiera del universo. Por supuesto no del universo con mayúscula, sino de uno de los muchos universos posibles. Cuanto más conocemos el cosmos, más nos confunde su creciente arbitrariedad. Vivir con esa conciencia supone un suplicio para muchos, pero Elaine lo considera un aliciente para ahondar cada vez más en los entresijos de la ciencia. No le gustan los mitos ni las explicaciones tradicionales.

Debido a la incesante afluencia de coches, Elaine tardó casi cuatro interminables minutos en salir sana y salva del garaje a la carretera de la costa, maniobrando su Ford Explorer plateado.

A los habitantes de las viviendas cercanas al mar no les queda a veces más remedio que armarse de paciencia ante la difícil tarea de incorporarse marcha atrás a la transitada carretera. Lo normal es que entre las puertas de los garajes de las casas —en su mayoría pequeños bloques de apartamentos— y el asfalto de la vía pública medien como mucho dos metros. La visibilidad es mala; el tráfico, demasiado intenso, y los vehículos circulan a una velocidad excesiva. Un día, Elaine estuvo esperando más de un cuarto de hora ante la cruel oleada de vehículos, antes de que un gentil automovilista le cediera el paso.

Aquel viernes 22 de diciembre, el Explorer de Elaine se puso en marcha a las doce y treinta y tres en punto.

Duodécima Circunstancia

(*para completar la lista*)

A unos quince kilómetros al oeste del casco urbano de Malibú, en una pequeña cala paradisíaca denominada Paradise Cove, se encuentra el Paradise Cove Beach Café de Bob Morris.

Desde la carretera de la costa del Pacífico, la famosa número 1, que comunica Alaska con Sudamérica, un estrecho y tortuoso camino de doscientos metros conduce a un vasto aparcamiento. En un principio, el local no parece diferenciarse en nada de un restaurante de carretera común y corriente, pero nada más pisar la playa, uno entiende por qué el sitio se llama Paradise Cove. A la derecha emerge

del mar un acantilado de una verticalidad casi absoluta, que deja justo despacio necesario para un paso rocoso que va a dar a otras playas; a la izquierda, hacia el este, verdes colinas ondulan desde el agua azul turquesa hasta las crestas que se alzan a lo lejos.

A diez metros del mar se erige una edificación de madera que aloja un restaurante especializado en pescados. En los meses de verano y los fines de semana se colocan sombrillas y tumbonas en la franja de arena que separa el edificio de las aguas del Pacífico. Entonces, los jóvenes de las proximidades que trabajan allí los sábados y domingos, o durante las vacaciones, van y vienen con paso presuroso entre la cocina y la playa para atender los pedidos de los clientes, que descansan tumbados a la sombra de los parasoles, decididos a no mover ni un dedo en las horas siguientes.

Raciones generosas, patatas fritas grandes y sabrosas, pescado fresco y un vino dorado como el sol mismo. Es uno de los pocos lugares de la costa californiana donde se puede tomar alcohol al aire libre, sentado en la playa. No es de extrañar que sea un popular punto de encuentro para fiestas de cumpleaños.

El Cúmulo de Circunstancias

Yo era el dueño del God's Gym, un gimnasio de Main Street, en Venice, donde fui monitor de Miriam durante un año. Dos veces por semana acudía a perfeccionar su cuerpo, vestida con un ceñido pantaloncito de deporte y una camiseta ajustada.

El 22 de diciembre del año 2000, a las doce y diecinueve en punto del mediodía, monté en mi Harley Davidson para ir a Malibú, donde entrenaba en privado a un actor de cine que había aceptado un papel como culturista.

Ese mismo día, Miriam iba a almorzar en el Paradise Cove Beach Café con unas amigas para celebrar su cumpleaños. A las doce y veinte salí rumbo a Malibú, con Miriam instalada en el sillín trasero.

A esa hora, Frank Miller tenía prisa. Estaba esperando en la farmacia que hay al lado de la panadería Progress a que le despacharan unos medicamentos para su esposa. Era un anciano nervioso, preocupado por la precaria salud de su mujer.

Si Frank hubiera estacionado su automóvil detrás de la farmacia o frente a un parquímetro en la propia calle, el F-350 de la panadería Progress, que había sido cargado en la explanada trasera del local para dirigirse a la fiesta de Jeremy Swindon, habría podido enfilar la salida normal.

Pero Frank quería llegar pronto a casa. En la calle no quedaba sitio para aparcar y él se negaba a correr el riesgo de que le robaran o dañaran el coche en el desierto solar que había detrás de la farmacia,

de modo que, a las doce menos tres minutos, había estacionado justo delante de la salida del mismo, entre la farmacia y la panadería.

«Nadie lo usa y no tardaré nada», pensó.

Juan Armillo, el conductor del camión de reparto de la panadería, había tardado más de la cuenta en cargar el vehículo y tenía prisa, pero sus impacientes bocinazos no obtuvieron respuesta. Al cabo de un momento, a las doce y dos minutos, decidió pasar por encima de la acera. Notó que los bajos del vehículo golpeaban contra el bordillo, pero no se detuvo. Llevaba pan caliente y pasteles recién hechos. Los clientes lo aguardaban.

Seis años antes, la parte inferior del motor había sufrido daños estructurales como consecuencia del terremoto de Northridge, provocado por los movimientos de las placas geológicas. Debido a la maniobra de Armillo, la junta del cárter, ya de por sí vulnerable, volvió a agrietarse. Las muescas en el borde de la acera son testigos silenciosos del incidente.

Durante el trayecto de Marina del Rey a Malibú, el camión fue perdiendo cada vez más aceite.

A las doce y treinta y ocho minutos, en una curva de la carretera de la costa, las ruedas de mi Harley perdieron adherencia al entrar en contacto con los restos del aceite procedente del camión de la panadería Progress, y la moto derrapó.

Miriam se deslizó por el firme resbaladizo y terminó debajo de un Ford Explorer, conducido por Elaine Jacobs, que circulaba en dirección contraria. En menos de ocho minutos llegó una ambulancia, y los enfermeros diagnosticaron que Miriam presentaba traumatismos graves.

Pasaron otros once minutos antes de que un helicóptero sanitario lograra aterrizar en una zona despejada de la playa. Metieron a Miriam en el aparato y la llevaron al hospital Cedars-Sinai.

Yo no había sufrido ni un rasguño.

Su hija falleció en la madrugada del día siguiente.

PRIMERA PARTE

1

EL VIERNES 22 de diciembre del año 2000, Los Ángeles amaneció bajo una bruma cuyo espesor fue variando a lo largo del día. Al final de la mañana, a eso de la una, la niebla se enrareció, como si fuera a disolverse, pero tres horas más tarde el cielo se cubrió de nuevo. Desde la costa, los rascacielos del centro de la ciudad y las lejanas cumbres nevadas permanecieron invisibles durante todo el día. La temperatura media fue de once grados centígrados; hacía fresco.

Joop Koopman sacó su bicicleta holandesa del cobertizo, engrasó la cadena, infló los neumáticos y se dirigió al First Motor Inn, un motel del Santa Monica Boulevard. El entrenador del gimnasio de Miriam, un negro alto y fuerte, le había recomendado más ejercicio físico. El trayecto en bici le costó más de lo previsto. Llegó al motel con media hora de retraso y bañado en sudor, a pesar de la temperatura inusualmente baja. En una de las mochilas de Miriam —la menos llamativa, de color rosa y lunares amarillos— llevaba la cartera, el teléfono móvil, la agenda y la libreta de notas; la espalda le transpiraba en exceso debido al contacto con la mochila.

Según le había dicho Philip, no hacía falta que pasara por la garita enrejada que servía de recepción. El motel tenía dos pisos, y desde el aparcamiento podía accederse a las habitaciones. La de Philip se hallaba en la planta superior.

Joop subió la escalera con la bicicleta a cuestas. Había olvidado en casa el grueso candado, seguramente tirado por algún rincón del cobertizo. Tras pedalear una hora sin apartarse del bordillo de las aceras, con un ojo puesto en el tráfico rodado, en absoluto habituado a los ciclistas, notaba un hormigueo en los músculos y los bordes del calzoncillo le rozaban las ingles, pero se sentía satisfecho. Mientras se acercaba con la bicicleta a la habitación a través de la galería abierta, se abrió una puerta por la que vio aparecer a Philip, quien, con una amplia sonrisa, lo saludó con la mano al estilo militar. Parecía evidente que había estado observándolo desde la ventana.

—Desde luego, los holandeses sois incorregibles —dijo—. Por fin vivís en un país donde no necesitáis ir en bici, y mira lo que hacéis.

Atrajo a Joop hada sí y lo sacudió en un gesto de camaradería juvenil. El cabello blanco y corto de Philip le ceñía el cráneo como un gorro de baño, la piel se le veía correosa como el cuero y sus manos apretaban con fuerza.

—¿Cómo estás? Tienes buen aspecto. ¿Qué tal tus labores de escritor? ¿Y Miriam? Sí, he hecho mis averiguaciones. Te separaste. Lo sé todo. A mí me va muy bien. Acabo de divorciarme por segunda vez.

Las cosas podrían ir peor. Sólo tengo zumo, ¿te apetece?

Philip hablaba neerlandés con acento exótico. Pronunciaba las últimas palabras de cada frase en tono interrogativo, algo habitual en los israelíes, como si el hebreo moderno fuera una sucesión de preguntas. Nasalizaba algunos sonidos, pero seguía manteniendo la *g* holandesa, fuerte y rasposa, sin duda porque esa misma ˆgutural era también propia del hebreo.

Joop lo había visto por última vez justo antes de marcharse a Estados Unidos, hacía ya dieciocho años. Cuando falleció el padre de Philip, Joop acudió al cementerio judío de Vught para asistir a la *lévala*, el rito funerario judío. Nunca habían sido verdaderos amigos, pero en la pequeña comunidad judía existía la costumbre de despedir en persona a los difuntos. Paseó entre las tumbas junto a Philip. Viejos nombres judíos sobre lápidas corroídas, bajo el susurro primaveral de los frondosos árboles. Al concluir sus estudios, Philip se había asentado en Israel, donde realizó el servicio militar. Fornido y con la piel bronceada, miraba fijamente los nombres tallados en las losas.

De joven, Philip iba todos los sábados con su padre a la sinagoga. Terminó la enseñanza secundaria antes que Joop, que repitió cuarto curso. Philip siempre quiso ser dentista, como su padre.

«Lo importante son los nombres, Joop —había afirmado en el cementerio—. Mientras haya nombres, hay esperanza.»

En aquel entonces Joop no supo lo que Philip quería decir con eso, del mismo modo que, dieciocho años más tarde, tampoco sabía lo que pretendía de él.

Philip llevaba un sencillo Swatch en la muñeca, pero calzaba mocasines caros. Se alojaba en un motel barato, frecuentado por turistas con poco dinero, pero al lado de la cama del modesto cuarto relucía una maleta de cuero Gucci. A Philip y Joop los unía el simple hecho de que ambos se habían criado como muchachos judíos en la católica ciudad holandesa de Den Bosch. Joop era un alumno tranquilo, que se sentaba en los bancos próximos a los profesores; Philip, al contrario, era de los que armaban jaleo desde la última fila. De mente ágil, comentarios impertinentes y gestos inoportunos, era muy efusivo y solía agarrar a su interlocutor por el brazo o el hombro cuando contaba sus aventuras.

—Siempre me ha gustado Los Ángeles —reconoció Philip mientras desenroscaba el tapón de una voluminosa botella de zumo de arándanos—. Si no hubiera ido a vivir a Israel, habría venido aquí. Tú has hecho bien. No tienes nuestros problemas.

—Tengo otros —replicó Joop—. No olvides lo que acaba de ocurrir en Florida con las elecciones.

—¿A quién has votado?

—A Gore.

—¡Qué más da! Bush se portará igual de bien con nosotros que Gore.

—¿Nosotros?

—Nosotros. Tú y yo. Los judíos.

—Yo no pertenezco a ningún grupo.

—No importa. Para los judíos y para los antisemitas sigues siendo un judío. Toma. —Le tendió un vaso de plástico. A continuación alzó el suyo y brindó—: *Lejaim.*

—*Lejaim* —dijo Joop a su vez, y de un largo trago vació el vaso.

—¿Un poco más? —le preguntó Philip.

—Sí, gracias.

—Dúchate si quieres.

—Estoy bien así, gracias.

El sonido de unas sirenas invadió la habitación desde la calle. Philip volvió a llenar el vaso y se lo acercó con pulso firme.

—Menudo recorrido. ¿Has venido por Lincoln?

Joop le indicó que contestaría al terminar de beber el zumo. Jadeante, dejó el vaso vacío en el suelo, junto a la mochila.

—Debería haber tomado el carril de la playa, por donde van los patinadores —admitió—. Volveré por allí.

Philip se sentó en el borde de la cama y le dio una palmada en la rodilla.

—Me alegro de verte. Han pasado dieciocho años. Has cambiado, pero en el fondo sigues siendo el mismo.

—Tú sí que has cambiado —opinó Joop.

No conocía a aquel hombre. Jamás lo había conocido, ni antes ni en ese momento. Eso sí, Philip conservaba la costumbre de tocar a la gente.

—Lo sé. Recuerdo bien cómo era yo en aquella época, en Den Bosch. He vivido muchas cosas. Me he tragado toda la guerra del Líbano, he tenido seis hijos con dos mujeres y he aprendido. Pero aprender tiene su precio. Los hechos te obligan a abandonar tus ilusiones.

Philip lo había llamado el día anterior para concertar una cita. En los pocos minutos que hablaron, le contó que trabajaba para el Estado de Israel. Joop no daba ningún crédito a sus palabras. Estaba convencido de que Philip le pediría dinero; seguro que lo había llamado porque estaba arruinado. La lujosa maleta en la barata habitación de motel era un recuerdo de tiempos mejores, pero a Joop no le cabía duda de que Philip estaba metido en un juego del que no conocía las reglas y en el que acababa de perder sus bazas.

—¿Qué haces en la administración pública israelí?

Philip lanzó una mirada a la puerta y la ventana, que daban al aparcamiento y a Santa Monica Boulevard.

—Trabajo para el Ministerio de Defensa. Hago todo tipo de encargos. ¿Y tú?

—Intento buscarme la vida. Una profesión difícil. Me ha ido bien por momentos, pero ahora estoy atravesando una mala racha.

La verdad era que llevaba seis años sin vender nada. Sus guiones carecían de la agilidad que requerían los estudios de cine y las cadenas de televisión. Había ganado algo de dinero con algunos *remakes* poco brillantes y había especulado en Bolsa con la herencia de su madre. Durante muchos años, sus inversiones bursátiles le habían alcanzado para asegurarse el sustento diario, pero su última compra de acciones amenazaba con terminar en un rotundo fracaso.

—¿Tendrías tiempo para escribir un guión? —le preguntó Philip.

Algo no cuadraba. El Ministerio de Defensa de Israel no necesitaba guionistas neerlandófonos afincados en Los Angeles. Philip estaba mintiendo: no era funcionario. ¿Acaso buscaban un hombre de paja para una operación de blanqueo? ¿Querrían utilizarlo para poner en circulación dinero procedente del narcotráfico israelí, un delito sancionado con muchos años de prisión? Joop no podía permitírselo. Tenía una hija que cuidar. Vivía en un mundo de pequeñas ocupaciones y reglas estrictas. Intuía que el mismo Philip que antes soñaba con agujerear y empastar muelas estaba metido en turbios trapícheos. Joop comenzó a sentirse incómodo, y sólo hacía unos minutos que había llegado.

—Philip —dijo—, yo trabajo exclusivamente para productores consolidados. Uno nunca sabe qué puede pasar con gente que no conoce el sector.

—¿Y si estuviera hablando de gente con mucha experiencia?

—Dame más detalles —pidió Joop—, aunque ando mal de tiempo y no sé si encontraré un hueco para ponerme a escribir un nuevo guión.

—¿No te gustaría adaptar *El Golem* para el cine? El libro de Gustav Meyrink. ¿Te acuerdas de que lo leimos por las mismas fechas? Era fantástico.

Una sonrisa iluminó el rostro de Joop.

—Sí, lo recuerdo.

—Pero no insistiré. Piénsalo. Aún no he desayunado. ¿Me acompañas? Deja la bici aquí y vamos andando. La cafetería está dos calles más arriba. Yo invito.

En el camino, Philip le contó que dos semanas antes había hecho un alto en Holanda y visitado Den Bosch, donde había recitado el *kadísh*, la plegaria por los difuntos, ante la tumba de sus padres en Vught. Había encontrado muy cambiada la ciudad.

—Está completamente renovada. Por todas partes hay bares, restaurantes y tiendas. Resulta casi indignante: tanta prosperidad y

tanta despreocupación. Incluso he paseado por el Dieze en una pequeña embarcación, por debajo de las casas. ¡Precioso!

Dos años atrás, Joop había dado ese mismo paseo con Miriam, y sabía que las excursiones en barco por los canales medievales del casco antiguo de Den Bosch se organizaban sólo en verano.

—¿Funciona ese servicio en invierno? —inquirió.

—Hicieron una excepción conmigo. Harían lo mismo por ti.

Philip abrió de un empujón la puerta de una modesta cafetería, abordó a una camarera y, con un gesto de la mano, señaló a Joop una mesa que había junto a la pared del fondo. Se sentaron a ambos lados del tablero de formica, sobre bancos de cuero sintético. Olía a fritura y café recalentado.

La camarera les tendió la carta, pero Philip encargó sin más un sándwich de *pastrami*.

—Aquí los hacen muy buenos —aseguró.

Joop pidió lo mismo, a pesar de estar a régimen.

—Y un té helado... ¿Para ti también?

Joop asintió. La camarera les dio las gracias y se alejó.

—Ya sé que tú frecuentas locales elegantes. Esto es poco refinado, pero preparan unos sándwiches estupendos. ¿Qué edad tiene tu hija ahora?

—Hoy cumple los diecisiete.

—Igual que mi hija mayor. ¿Qué tal lleva los estudios?

—Se le dan muy bien las matemáticas. Herencia de mi padre, pero es incluso mejor que él.

—Hans... —precisó Philip, mostrando que no se le había olvidado el nombre.

—Capta los problemas matemáticos al instante, como cuando a los artistas les surge una idea luminosa. Es muy intuitiva.

—¿Piensa seguir por ese camino?

—De momento le han concedido una beca. Del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Mi niña... Se me marcha el año que viene.

—¿Sigues en contacto con Ellen?

—Nos llamamos de vez en cuando.

—En Israel, los jóvenes están obligados a alistarse cuando cumplen los dieciocho. A Raquel le toca dentro de un año, y a David, que es dos años más joven, dentro de tres. Aunque las mujeres no tienen la obligación de ir al frente, sé que dentro de doce meses no podré pegar ojo ni una sola noche.

—¿Nunca te has planteado regresar a Holanda?

—Israel es mi hogar. Mi lugar de destino. Allí es donde nos corresponde estar a los judíos. No en Den Bosch. Ni siquiera aquí, por muy bien que vivan los judíos en Estados Unidos. La historia se

repetirá. De forma distinta, de improviso; al principio ni nos daremos cuenta, pero luego podremos comprobar que la historia es, en efecto, una repetición infinita de las mismas jugadas.

—Tú siempre has sido más creyente que yo.

Philip esbozó una sonrisa.

—Es cierto, aunque he dejado de creer.

—¿Y aun así piensas que todos los judíos deberían estar en Israel?

—Sí, pero eso no tiene nada que ver con la religión. Es una cuestión de supervivencia. Israel es el único lugar donde los judíos decidimos sobre nuestra propia suerte.

—¿Cómo puedes mantener esa idea a estas alturas? ¡La segunda Intifada está desestabilizando los territorios ocupadas'

—El problema no está en la Intifada. Eso no es más que folclore palestino, algo así como el salto con pértiga en Frisia. Por cierto, ¿siguen practicándolo?

—Ni idea —respondió Joop.

—Si quisiéramos, podríamos destrozar a los palestinos como si fueran fósforos de madera. Nuestro poder militar es inmenso. Si nos hostigan demasiado, podemos eliminarlos y tirar los restos al inodoro de la historia. Pese a todo, no lo hacemos. ¿Por qué? ¿Por sentido del decoro? ¿Por miedo a las miradas de los no judíos, losgpyri»? ¿Qué piensas que harían los sirios con los jóvenes que arrojan piedras? ¿Qué crees que hace Sadam Hussein con los kurdos?

—Así que quieres actuar de la misma manera que los dictadores árabes.

—¡El mundo desea que firmemos la paz con esos dictadores! ¡Arafat es uno de ellos! ¡Está rodeado de una pandilla de ladrones corruptos! Pero ése es su problema, y yo quiero que siga siendo suyo.

—Pues bastaría con que Israel renunciara a los territorios ocupados.

—Si ésa fuera la solución, ya la habríamos llevado a la práctica hace tiempo. A nadie le gusta tener que refrenar a tres millones de palestinos. Ahora bien, ¿quién nos asegura que Arafat o cualquiera que lo sustituya no convertirá la Palestina libre en un Estado terrorista de la noche a la mañana? En realidad ya lo es ahora, con la diferencia de que aún no es un país independiente. ¿Cuál crees que sería la reacción de la prensa de izquierdas en el resto del mundo si Israel invadiera la Palestina libre en represalia por los atentados que esa gentuza hace en nuestro país?

—Hace no, comete —corrigió Joop.

—Comete, gracias —repitió Philip, enojado, antes de proseguir su discurso—. ¿Qué piensas tú que escribirían los periódicos? ¿Qué dirían los políticos? Lo que estamos haciendo no es muy correcto, pero en este momento es el menor de los males.

—¿Hasta cuándo persistirá esta situación?

—Hasta que nos hartemos, nosotros o ellos, aunque me inclino por lo último.

Durante unos años, ambos habían intercambiado tarjetas de felicitación con motivo de la Januká, la fiesta de las luces. Joop siempre las había firmado él solo. Además, estaba seguro de haber ido sin Ellen al entierro del padre de su antiguo compañero de clase. Era imposible que Philip tuviera conocimiento de la existencia de Ellen. Ni de Miriam. ¿Por qué se habría tomado el trabajo de informarse sobre su vida? A Joop no lo atraían los asuntos turbios ni las conjuras. Él era escritor, y lo único que necesitaba era dar salida a alguna de sus obras sin más demora.

Les sirvieron los emparedados.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo por aquí? —preguntó Joop.

Philip negó con la cabeza, dio un mordisco y, con la boca llena, contestó que sólo estaría unos días.

Joop lanzó otra pregunta:

—¿Qué te ha traído a esta ciudad? ¿Negocios? ¿La familia?

—Negocios.

—¿Para las autoridades israelíes?

—Sí.

Joop aún no había probado bocado. Miró fijamente el voluminoso sándwich que sostenía con las manos.

—¿Qué más haces, aparte de tu trabajo como funcionario?

—Compré acciones de una empresa que se dedica a la instalación de redes de fibra óptica. GlobSol. Global Solutions. Un fracaso.

Joop había invertido su dinero en esa misma compañía. ¿Quería Philip demostrarle que lo sabía?

—GlobSol —repitió Philip—. ¿Te suena?

Volvió a hincarle el diente al sándwich, mientras Joop miraba hacia otro lado tratando de ocultar su desconcierto. Philip estaba jugando con él. Los juegos pertenecían al mundo ficticio de los guiones de cine, no a la realidad.

—Philip —dijo—, tengo que irme. Me alegro de haberte visto.

—¡Pero si aún no has comido nada!

Joop cogió la mochila y se deslizó hacia un lado del banco.

—Me esperan en casa. Mi hija. Hoy es su cumpleaños.

—Venga, quédate un rato.

—Philip, me... me voy. Ha sido un placer, pero somos dos extraños, ya no tenemos mucho que decimos. Te deseo suerte y...

Philip lo retuvo por el antebrazo, inclinándose hacia delante.

—Joop, puedes confiar en mí. No huyas. Todo lo que sé de ti quedará entre nosotros. No hay nada raro. Sigo siendo aquel chico con el que coincidías en la sinagoga. No voy a pedirte dinero. Siéntate, por

favor.

Joop permaneció inmóvil en el extremo del banco, a punto de dar el paso que lo libraría para siempre de las manipulaciones de Philip. Pero su bicicleta se hallaba aún en la habitación del motel.

—Cómete el sándwich y relájate. No te preocupes. Luego puedes irte a casa y no tienes por qué volver a verme nunca más. Te lo prometo. Palabra de honor.

Observó a Joop con una mirada penetrante, y tras darle un pellizco amistoso en el brazo, lo soltó.

Joop tragó saliva.

—Déjame que te lo explique mientras comes —continuó Philip, como si le leyera el pensamiento—. Yo en tu lugar tampoco me fiaría. Con gente que no conozco de nada, el procedimiento es el siguiente: establezco contacto, nos vemos un par de veces, tomamos una copa, intimamos y acaba creándose un lazo. Ese proceso requiere semanas, o incluso meses. Hasta que les digo: «¿Eres consciente de que puedes ganar dinero con lo que sabes?» En ese momento entienden de qué va la cosa. Pero a ti te conozco desde que nací.

Joop no comprendía de qué iba la cosa. Volvió a deslizarse por el banco hasta situarse de nuevo ante el sándwich y se esforzó por mostrarse paciente.

—¿Tiene que ver con las autoridades israelíes? —quiso saber.

—Así es. Necesito tu ayuda. Te pagaremos. En los próximos años tendrás la subsistencia asegurada. He tenido que escarbar en tu pasado, y en tu vida actual. Conozco los detalles. Ya sé que esto te sentará como un tiro, pero son las reglas. Mis jefes también lo saben todo acerca de mí. Es una elección deliberada, la vida que yo he escogido libremente. Tu caso es distinto. Tú no has dado permiso para que hurguemos en tus antecedentes. Nos hemos pasado por nuestro forro tu intimidad.

—Por el forro.

—Por el forro —repitió Philip, más indulgente que antes—. Lo hemos hecho porque la causa lo merece.

—¿La causa?

—Sí. El futuro de Israel.

Joop lo miró, incrédulo.

—¿Quieres decir que me necesitas a mí para el futuro de Israel? —observó con ironía, señalándose a sí mismo.

—Sí. Por eso estoy aquí. Por eso te he llamado. Por eso he ido a Den Bosch. Por eso he recabado toda esa información sobre ti. Y también por eso te propongo un trato. Si no lo aceptas lo lamentaré, pero no insistiré. Con un solo «no» me basta. Pero primero tienes que escucharme. Creo que lograré convencerte.

Joop desvió la mirada hacia los transeúntes, hacia el mundo

cotidiano, regido por reglas claras y transparentes. ¿Por qué él? Necesitaba llevar una vida tranquila y ordenada para sacar adelante su trabajo. Su hija precisaba de un ambiente seguro y estable.

Miró a Philip.

—¿Trabajas para... el Mosad? —susurró con la respiración contenida, moviendo sólo los labios.

Philip parecía no haber oído esas últimas palabras.

—Trabajo para Defensa —respondió—. Estoy preparando una operación. Hemos identificado a un presunto terrorista. Necesitamos a alguien que hable holandés y que viva en Los Ángeles. Alguien de absoluta confianza.

—Gracias por pensar en mí —replicó Joop—. Me siento un elegido.

El dentista se había convertido en agente secreto. O en un brillante estafador. Era imposible que estuviese diciendo la verdad. Tal vez la historia diera para un guión. Ante esa perspectiva, a Joop no le quedaba más remedio: no debía romper con Philip de ningún modo.

—¿Cómo puedo verificar lo que me cuentas?

—Escuchándome. Llévate el sándwich. Ahora iremos a mi magnífico hotel y te explicaré de qué va el asunto. De todos modos, tienes que recoger tu bicicleta.

2

DESPUÉS de abrir la puerta, Philip se dirigió a otra habitación ubicada en la misma galería. Joop tomó asiento en la única silla que había, sacó de la bolsa de papel el sándwich de *pastrami*, ya frío, y le dio un mordisco.

Joop era un pacifista impulsivo que había logrado librarse del servicio militar cuando en Holanda aún era obligatorio. Tras untarse el cuerpo con aceite para motocicletas y fumar porros durante toda la noche, había tomado el tren a Breda, donde se encontraba el cuartel en que debía pasar el reconocimiento médico. En la sala habilitada al efecto se había unido a un grupo de jóvenes granjeros de Brabante para realizar una prueba de inteligencia por escrito. Estaba rodeado de muchachos de su misma edad que, sumidos en una profunda concentración, se esforzaban con evidente entrega, deseosos de vestir el uniforme. En un desesperado intento por provocar un escándalo, Joop, desfallecido por la falta de sueño y mareado de tanto fumar, comenzó a gritar que todos ellos acabarían siendo carne de cañón y que participar en aquel circo era una locura. Los animó a que siguieran su ejemplo. Le temblaban las manos. Asombrado por su propia valentía, tiró todos los papeles al suelo y luego se quedó a la espera de lo que pasase, con la boca seca. Intervinieron dos militares profesionales encargados de supervisar a los reclutas y lo condujeron fuera de la sala, entre fuertes aplausos. Joop permaneció en cuarentena varias horas, aún agitado y orgulloso por su increíble actuación. Cuando tema que hablar en clase, solía bajar la voz, y nunca había subido al escenario del salón de actos, y de pronto se había atrevido a alterar el orden en un recinto atestado de criadores de cerdos. Al final, le entregaron un certificado que lo declaraba inepto para el servicio militar por tener un factor de estabilidad mental equivalente a cinco. En aquellos años, ese diagnóstico equivalía a una ejecutoria de nobleza. La estabilidad mental de Joop se situaba en el último extremo de una escala en la que el número uno correspondía a una mente perfecta. Llamó a su madre desde la estación.

—Mamá, ¡me han rechazado!

—Pues ven a casa rápido. Compraré unos dulces en Van Berkel para celebrarlo.

Se trataba de una renombrada repostería de Den Bosch, especializada en pasteles. Joop era demasiado joven para formar parte de la generación del 68, pero había ahondado en sus ideas, en la inextricable maraña de la guerra de Vietnam, en la historia de la vieja

Europa —que había traicionado a la familia de su madre—, y había desarrollado una profunda aversión por el ejército. Por esa razón se empeñó en que lo declararan inepto. Y también lo hizo por su madre, que no soportaba la idea de que su único hijo llevara uniforme y estuviese expuesto al peligra

Todo eso sucedió unos meses antes de que estallara la guerra de Yom Kipur. Cuando Egipto y Siria lanzaron el ataque contra Israel, Joop se alistó como voluntario —sin que lo supiera su madre— en la embajada israelí, en un arrebato de ardiente solidaridad, convencido de que todos los judíos estaban amenazados.

Mientras aguardaba su tumo en la cola de jóvenes judíos holandeses, todos hijos o nietos de supervivientes del holocausto, se percató de que Philip Van Gelder también se había trasladado a La Haya. En el colegio, Philip era el líder incuestionable. Aparte de ser un fanfarrón, destacaba en Matemáticas, Física y Química, era un buen futbolista y un vigoroso nadador, y durante las ceremonias en la sinagoga recitaba de memoria largos fragmentos en hebreo. Muchos compañeros de clase lo odiaban.

Joop sabía leer los signos hebreos, pero no era capaz de conferirles ningún sentido, del mismo modo que leía las ecuaciones matemáticas sin comprenderlas. Sólo su madre era judía, pero según los preceptos del judaísmo conservador, eso bastaba para que él también lo fuese. Al cumplir los trece años, la mayoría de edad religiosa, Joop celebró el *bar mitzva* y se convirtió en miembro activo de la pequeña comunidad judía, necesitada urgentemente de niños que asegurasen la continuidad de los oficios, puesto que los sábados por la mañana tenían que reunirse al menos diez hombres, algo que no siempre se conseguía. Por eso, los judíos de Den Bosch habían instado a la señora Koopman a que oficializara la situación de su hijo, una petición que desató encarnizadas discusiones matrimoniales. El padre de Joop era un ateo estricto que consideraba todo credo religioso como una manifestación de subnormalidad profunda, pero al final cedió ante su esposa, quien en 1945 se encontró con que era la única superviviente de su familia. Su padre, el abuelo de Joop, era un acaudalado comerciante de té, y ella se crió en la opulencia allá por los años treinta, pero todo el patrimonio familiar desapareció en la guerra. Pasaron ocho años antes de que se decidiera a engendrar una nueva generación con el hombre del que se había enamorado. Tuvo un solo hijo, Joop, y su interés por el judaísmo obedecía a razones puramente sentimentales. Con anterioridad a la guerra, su padre solía acudir a la sinagoga los sábados, y ahora ella tenía la oportunidad de restablecer esa tradición interrumpida: su hijo recorrería el mismo camino, a pie, con una bolsita de terciopelo azul, en la que llevaría el manto de plegaria y el libro de oraciones, la kipá en el bolsillo y unos

zapatos recién lustrados que se reservaban para las mañanas del sábado.

—La vida no es sólo materia, hambre o instinto. Existe también la tradición. Ritos que se cumplen para marcar momentos vitales. Días de fiesta o de duelo. No me interesa la fe; lo que me importa es la tradición.

Joop oyó a su madre pronunciar esas palabras, aunque no captó su verdadero significado hasta muchos años después. Su padre objetó que lo uno llevaba a lo otro, pero ella no le hizo caso.

—¡Aquí estamos nosotros para vigilarlo! ¡No va a convertirse en un judío ortodoxo por echar una mano a la gente de vez en cuando y sentarse unas horas en un banco de la sinagoga los sábados! Quizá tenga que ir sólo una vez al mes.

—Eso es lo que dicen ahora, pero ya verás como acaba yendo todas las semanas. Dale un dedo a un judío y te tomará la mano.

—¡No seas malo!

—Anneke, cariño, estoy bromeando.

—No me gustan tus bromas —replicó ella con vehemencia—. Además, Joop ni siquiera entiende el hebreo, así que no se enterará de nada.

—En los libros de plegarias aparece la traducción en el margen izquierdo del texto original —puntualizó su padre.

—Eso es bueno para completar su cultura general.

—Y malo para su visión del mundo.

—Hans, me hace ilusión que vaya. No sé por qué, pero lo siento así. Para ti los sentimientos no valen; sin embargo, para mí son fundamentales. Digamos que es por todos los que ya no están.

—Esos no volverán, por más que Joop asista a oficios religiosos.

—Ya lo sé, pero tengo la sensación de que al menos me servirá de consuela

Joop había conocido a Philip en la sinagoga y en la escuela. Se despidieron en 1982 y no volvieron a verse hasta el reencuentro en Los Angeles. Philip entró en la habitación con otra silla, idéntica a la que usaba Joop, y lanzó una mirada aprobatoria al emparedado que éste sujetaba en la mano

—Está bueno, ¿verdad? Es un establecimiento de poca monta, pero tienen unos sándwiches excelentes. Su chóped de ternera también es exquisito. ¿Quieres beber algo más?

Con la boca llena, Joop asintió con la cabeza.

Philip recogió el vaso de plástico, que estaba junto a la silla de Joop, entre cuyas patas yacía la mochila rosa de lunares amarillos.

Llenó el vaso de zumo y se lo tendió a Joop.

—He averiguado todo lo que hay registrado sobre ti. Aunque visitabas la comunidad judía casi todas las semanas, jamás fuiste

miembro de ella. Tu madre tampoco se inscribió en ningún momento. ¿Por qué?

—Mi padre no quería pagar la cuota. Por eso nunca fuimos miembros. Era muy ahorrador.

—Tu madre está sepultada en un cementerio no judío, igual que tu padre, y tú nunca te has ocupado del judaísmo ni has escrito nada sobre el tema.

—Ella quería que la enterraran junto a su marido. Mi padre era un defensor a ultranza del ateísmo —aclaró Joop.

—De modo que nadie ajeno a ti puede asociarte con los judíos ni con el judaísmo. Además, tu apellido juega a tu favor, y el de tu madre, De Vries, tampoco es significativo, lo que te convierte en un colaborador ideal. Si piden informes sobre ti, sólo podrán concluir que eres un holandés no creyente. A menudo creamos identidades totalmente nuevas, o utilizamos alguna otra que ya tenemos preparada, pero nada mejor que la verdad, y este caso no es una excepción. No tendrás que fingir que te llamas Joop Koopman, es tu verdadero nombre, y cuentas con unos antecedentes perfectos por si alguien desea averiguar quién eres: un tipo normal y corriente de Den Bosch, ningún detalle raro, nada de qué preocuparse.

—¿Y los meses que pasé en Israel?

—Eso no aparece por ningún lado, es imposible comprobar ese detalle, así que no existe. Lo importante, la razón por la que estoy aquí y por la que te he llamado es la siguiente: para este trabajo necesitábamos a un holandés cien por cien fiable. Y buscando a alguien de esas características por aquí, dimos contigo.

Philip hizo una pausa mientras se servía zumo de arándanos. Joop lo miró, expectante, como si la manera en que Philip vertía la bebida también formara parte de la historia irreal que veía cernirse sobre él. Siguió con la mirada el trayecto del vaso hasta la boca de su interlocutor y observó cómo le subía y bajaba la nuez a cada trago.

—El *pastrami* da mucha sed —señaló Philip. Se limpió la boca con el dorso de la mano y depositó el vaso en el suelo, con un suspiro—. Lamento fastidiarte con este asunto. Tienes la vida hecha, tus propios problemas, tus seguridades, tus preocupaciones, y de repente vengo yo e intento sumergirte en un mundo que no te atrae nada. Un mundo de engaños, y que sin duda implica cierto riesgo; sin embargo, la probabilidad de que te ocurra algo es igual de pequeña que la de que vayan a atracarte delante de la puerta nada más salir de aquí, aunque nunca se sabe. Apelo a tu solidaridad con los judíos de Israel. Sé que la llevas dentro. Aún recuerdo cómo eras en aquella época, en Israel.

—Limpié gallineros durante cuatro meses —señaló Joop.

—¿Y a qué crees que me dediqué yo? ¡A fregar platos, limpiar cuartos de baño y hacer camas! Pero nos necesitaban. Todos se habían

marchado al frente, y no podíamos consentir que el país se cayera. Por eso nos encargamos de todas esas tareas.

—Se hundiera —rectificó Joop—. No podíamos consentir que el país se hundiera.

Philip sonrió.

—Si seguimos así, acabaré hablando el holandés mejor que antes.

—Es importante cuidar los detalles —puntualizó Joop.

—En efecto, de ellos depende mi trabajo —subrayó Philip—. Los detalles hay que cuidarlos siempre, sin excepción. Es cuestión de vida o muerte. Y de interés nacional. Tengo ganas de fumar; ¿tú también?

Joop negó con la cabeza. Philip se inclinó hacia la mesilla de noche pegada a la cabecera de la cama, descolgó el auricular y marcó un número corto. Al otro lado contestaron enseguida y Philip dijo algo en hebreo.

—No he venido solo —comentó al colgar—. Me acompañan algunos de mis hombres. Nuestros amigos norteamericanos no están al corriente de esta visita. Lo que voy a contarte ahora puede generar un conflicto diplomático. A nuestros amigos de Virginia les gusta saber siempre lo que sucede en su propio patio. Cuando entramos sin llamar, se enfadan mucho. Te lo digo para que veas que pongo todas las cartas sobre la mesa. No oculto nada, porque sé que eso es contraproducente. En este momento ya estás al tanto de algo que haría rabiar a nuestros homólogos norteamericanos. Corremos ese riesgo porque nuestros intereses no siempre coinciden. Desde algunos aspectos somos más vulnerables que ellos.

—En algunos aspectos.

—En algunos aspectos —repitió Philip—. Son indestructibles. A nosotros, por el contrario, cualquier golpe, por leve que sea, puede tumbarnos si nos pilla desprevenidos.

Llamaron a la puerta. Philip dio una voz y entró un hombre moreno, de baja estatura y mirada penetrante. Sus tupidas cejas trazaban una línea continua por encima de los ojos y la nariz. Aparentaba unos treinta años. Al igual que Philip, llevaba el pelo cortado al rape, lo que acentuaba la forma angulosa de su cráneo. Vestía un chándal Adidas verde oscuro, calzaba zapatillas grises de *footing*y su forma de moverse delataba que acudía al gimnasio a diario.

Entregó a Philip una bolsa de plástico y un encendedor, y luego le tendió la mano a Joop.

—Me llamo Danny, encantado de conocerlo.

Hablaba inglés americano sin el menor acento.

—Hola. Joop Koopman.

Tras un breve comentario de Philip, Danny desapareció.

La bolsa de plástico provenía de un *free-shop* del aeropuerto Charles de Gaulle. Philip extrajo un cartón de Marlboro sin abrir y

arrancó el celofán con dificultad. Al parecer, había viajado vía París.

—Bueno —retomó Philip mientras abría una cajetilla—, te contaré de qué se trata.

Le quitó el filtro al cigarrillo.

—Una costumbre absurda —reconoció—, lo hago por el sabor.

Encendió el cigarrillo e inhaló profundamente.

—¿Quieres?

—No, gracias —respondió Joop.

Philip comenzó a hablarle de un hombre llamado Omar van Lieshout. Durante los dos primeros años de su vida se había apellidado Bayoumi, pero tras el divorcio de sus padres, se quedó con el apellido materno. Ornar van Lieshout había nacido en 1968, en Beverwijk, una pequeña localidad cerca de Ámsterdam. Su padre fue uno de los primeros trabajadores inmigrantes marroquíes.

—Ahmed Bayoumi apenas sabía escribir su nombre. En su pueblo natal de Marruecos no lograba ganarse la vida ni ahorrar el dinero suficiente para casarse. Por eso decidió irse a Holanda, donde encontró empleo en una empresa de altos hornos de la costa. Era un trabajo pesado, peligroso y asfixiante, que los holandeses rechazaban; sin embargo, los norteafricanos hacían cola, literalmente, para que los contrataran. En Marruecos, los reclutadores colocaban una mesa en la plaza del pueblo y se sentaban detrás de ella, y los jóvenes bajaban corriendo desde las montañas, donde pastoreaban cabras y ovejas, ansiosos por salir del país. Seleccionaban a los más fuertes con un procedimiento poco sutil, como si examinaran caballos en una feria de ganado. Ahmed Bayoumi fue uno de los agraciados. La fábrica alquiló una vieja escuela para alojar a los trabajadores. Dormían en salas equipadas con literas y se les preparaba la comida, hasta que los hombres empezaron a perder peso porque no les gustaba aquella bazofia holandesa. A partir de entonces se les concedió permiso para que cocinaran ellos mismos.

Philip dio una calada y siguió el humo con los ojos. Se había desplazado a Los Ángeles para relatar a Joop la trayectoria de un pobre trabajador inmigrante. Desde luego, cualquier razón era buena para viajar a California.

—Jannie van Lieshout, nacida y criada en Beverwijk, trabajaba en una tienda de comestibles. Su padre limpiaba pescado en la lonja y su madre ganaba algún dinero extra en casa, como costurera. Ahmed hacía sus compras donde trabajaba Jannie. Un muchacho de buen ver, con pequeños rizos negros, y una chica mona, rubia y rellenita. El agujero cultural que…

—La brecha cultural.

—La brecha cultural que los separaba era ancha como el culo de un elefante, pero eran jóvenes; ella se pirraba por su cabello negro y

su fino pene circuncidado, y él disfrutaba cabalgando el exuberante cuerpo de su chica holandesa. Se citaban por la noche junto al canal que une Ámsterdam con el mar del Norte y follaban hasta no poder más, con vistas a los penachos de humo que desprendían los altos hornos. Ella se quedó embarazada. Aun antes de que llegara a oídos de sus padres, la noticia ya se había propagado por todo el pueblo, causando un enorme revuelo. Muchacha católica decente, preñada por inmigrante marroquí lascivo. La joven, fiel a sus preceptos religiosos, no quiso someterse a ninguna intervención. Por eso tenemos que vérnoslas ahora con Ornar van Lieshout. Los padres de Jannie rompieron con su hija, pero ella no atendió a razones y acabó casándose con el hombre del que se había enamorado. Hasta que un día él le dio tal paliza que la dejó medio muerta, por haber salido a la calle sola. Aunque Ahmed vivía en Holanda, mantenía los usos y costumbres de los pueblos y aldeas de la cordillera del Rif, Jannie tuvo al niño, pero su vida se convirtió en un infierno. No te cuento nada nuevo. Seguro que ya has oído hablar de ese tipo de matrimonios entre trabajadores inmigrantes y mujeres holandesas. Ahmed quería irse a vivir a Marruecos, con su familia, y la obligó a usar pañuelo, decidido a llevar las cosas hasta el último extremo. Jannie no aguantaba más. Por aquellas fechas, Ornar tenía dos años. A Jannie no le quedaba otra opción que esconderse. Estuvo en paradero desconocido durante tres años, hasta que Ahmed sufrió un accidente: le cayó sobre la espalda una pieza de hierro de trescientos kilos, e ingresó en el hospital con dos vértebras rotas. Al cabo de un par de semanas, cuando le dieron el alta, tuvo que pasar un nuevo reconocimiento médico. Lo declararon incapacitado. Jubilación anticipada. El premio gordo de la lotería social holandesa. —Philip rió entre dientes—. ¡Cómo me gusta ese país! —exclamó.

Apagó la colilla, se puso en pie, estuvo un buen rato andando de un lado a otro sin decir palabra y, al final, se apoyó en la pared, junto a la mesilla de noche, se inclinó de nuevo hacia el paquete de tabaco y encendió otro cigarrillo.

«Un gran actor, un manipulador perfecto», pensó Joop. Tal vez debería tomar notas. Un melodrama sobre un trabajador inmigrante en Holanda. Aunque dudaba que ese tema despertara interés en Los Ángeles.

Philip relató cómo Ahmed retomó a su pueblo y contrajo matrimonio con una sumisa muchacha marroquí. Todos los meses recibía un cheque de la seguridad social holandesa. A ojos de los suyos, había triunfado en la vida. Su hijo Omar van Lieshout se crió en Emmen, un pueblo de la provincia de Drenthe. Era tan guapo como el padre, aunque con la piel un tono más claro. Mientras su madre trabajaba a diario en la fábrica, el niño estaba al cuidado de una

vecina. Pronunció sus primeras palabras a la edad de cuatro años. En un primer momento se temió que Ornar padeciese un trastorno cerebral debido a la falta de oxígeno que había sufrido durante el par — to, pero luego resultó que sus problemas lingüísticos no tenían nada que ver con sus capacidades intelectuales. Philip hizo hincapié en que Omar era muy inteligente, aun cuando apenas supiera escribir y ni siquiera hubiese terminado la enseñanza secundaria. El joven tenía catorce años cuando tuvo sus primeros problemas con la policía.

—Sus fechorías quedaron impunes porque era menor de edad —dijo Philip con disgusto—. Más tarde llegó el turno de los educadores y los trabajadores sociales, pero no pudieron evitar que Ornar siguiera por los mismos derroteros: pequeños hurtos, robos y, sobre todo, tráfico de drogas. Derrochaba dinero a manos llenas, siempre llevaba algún detalle para las chicas, deseosas de que se las tirara, aunque no tenía trabajo fijo. Por más que lo vigilaban, nunca consiguieron atraparlo. Era demasiado listo. Viajó por primera vez a Marruecos cuando tenía veintidós años. Fue a ver a su padre, que por entonces estaba muy enfermo, algo del intestino, nada que ver con el accidente que había sufrido en Holanda. Ornar no habla ni una palabra de árabe. Bueno, desde entonces ha aprendido algo, pero él es holandés, jura como un carretero y en sus sueños ve molinos y pólders.

Estaba claro que Philip se había leído el expediente varias veces porque no tenía a mano ni un solo papel. Antes, en el colegio, era conocido por su memoria infalible, que le permitía recordar con exactitud fórmulas, hechos y excepciones gramaticales latinas y griegas.

—Ornar parte para Marruecos, va a ver a su padre moribundo, conoce a sus cinco hermanastras y encuentra su destino. La gente de allí lo necesita y lo recibe como el héroe de Holanda. Por primera vez en su vida entra en una mezquita. No entiende ni jota del oficio religioso, pero sus genes se ponen a moverse...

—En movimiento —corrigió Joop.

—Y recupera sus raíces. De vuelta en Holanda lee el Corán, traducido al neerlandés. Se esfuerza por aprender árabe, pero, aunque al cabo de los años logra entender algo y consigue que lo comprendan, el idioma se le resiste, tanto en la boca como en el centro del lenguaje, debajo del cráneo. Ornar no es capaz de leer el Corán en árabe, pero, al parecer, la traducción neerlandesa es tan buena que se vuelve creyente. En doce meses su vida cambia por completo. Se deja la barba, reza cinco veces al día, no me preguntes en qué idioma, y al año siguiente emprende el *hajj*, la peregrinación a La Meca. Estamos en mil novecientos noventa y dos. Ornar tiene veinticuatro años. Un musulmán en pleno desarrollo.

—¿Y el tráfico de drogas? —quiso saber Joop, con la esperanza de

que la combinación entre delincuencia y religión ofreciera algún dato interesante. Aguardó con paciencia. Hasta ese momento, la trama carecía de la fuerza necesaria para dar vida a una historia sólida. Hacía falta un clímax.

—Continúa traficando. De algo tiene que vivir. Pero se traslada. Busca correligionarios y los encuentra en la zona oeste de Ámsterdam, donde alquila una habitación a un usurero marroquí. En la capital holandesa, alguien lo pone en el camino del fundamentalismo y lo alecciona, o al menos es lo que sospechamos, porque no tenemos constancia de que, antes de su traslado, profesara ideas extremistas. Creemos que en mil novecientos noventa y siete recibió instrucción en un campo de entrenamiento en Yemen, rodeado de islamistas que odian a los judíos. Pero sólo disponemos de indicios indirectos. En un momento dado deambula de nuevo por Ámsterdam, sin barba y ataviado de playboy. En mayo de ese mismo año se entrevista con un diplomático iraquí en Londres. Un pez gordo. Uno de los principales cómplices de Sadam Hussein. Llevábamos vigilándolo desde hacía un año porque es coronel de uno de los servicios secretos iraquíes encargados de ejecutar operaciones, me refiero a atentados y similares, y, ¡mira por dónde!, de pronto aparece a su lado un marroquí holandés desconocido. ¡Ornar! Lo que se asemeja a un encuentro casual es, en realidad, una cita bien planificada; conocemos las costumbres de nuestros amigos iraquíes. Hemos recabado todos estos datos en los últimos meses.

Por fin llegó el clímax. Fantástico. Joop había estado esperándolo con serenidad y placidez, pero en ese momento cayó en la cuenta de que el relato de Philip rebasaba ampliamente los límites de la ficción, el terreno en que él se movía. Joop era una persona que inventaba historias y que, desde la marcha de Ellen (descontando los dos vergonzosos y frívolos años posteriores), sólo había vivido para su hija, no para proteger a Israel contra los holandeses marroquíes. No sentía ninguna necesidad de mezclarse con gente que espiaba a iraquíes expertos en colocar bombas. A menos que se tratase de una historia ficticia o un dato histórico. Lo que Philip le había contado no entraba en ninguna de esas categorías, sino que olía a operación secreta en ciernes.

Philip encendió otro pitillo. Cuando se trasladó a Israel, acogiéndose a su derecho a la inmigración, conocido como *aliyá,* encontró un entorno acorde con la falta de ilusión que se desprendía de su mirada.

—Y ahora Ornar está aquí. En el valle de San Fernando. Lo mismo que a este lado de las montañas hay barrios judíos, al otro lado los hay musulmanes. Lo que de verdad nos inquieta es la incómoda sensación de que Omar no ha venido de vacaciones. Lo vigilamos, pero

necesitamos aproximarnos más a él, con la ayuda de alguien inofensivo y libre de toda sospecha. Un holandés simpático que lleve muchos años viviendo por estas latitudes.

Joop conducía con cautela, no fumaba y bebía poco. Era un cobarde nato, enemigo de los riesgos. Y Philip (¿qué Philip?, ¿quién era ese hombre que ya desde niño le parecía un extraño?) había ido a elegirlo a él para esa misión secreta. Lo suyo era escribir. Era un escritor razonablemente bueno, con un talento nada despreciable, que durante los últimos años había tenido mala suerte, no un intrépido adicto a la adrenalina.

Philip continuó:

—Hemos confeccionado una lista de las personas que residen... —Se interrumpió porque en ese momento comenzó a sonar el móvil de Joop, con los primeros compases del *Wilhelmusy* el himno nacional de los Países Bajos, un sentimental símbolo de unión con la patria que Miriam había localizado en Internet.

—Disculpa, lo apagaré —dijo Joop, aunque le hubiera gustado atender la llamada.

—Cógelo, por favor, no vayas a perder un encargo.

Joop se inclinó y levantó la mochila rosa. En la pantalla iluminada del teléfono aparecía el nombre de su hija. Contestó.

—Hola, cariño —saludó.

Pero en el aparato sonó una voz desconocida.

—Soy el doctor Hemmings, del centro médico Cedars-Sinai. ¿Hablo con el señor Koopman?

Dijo «Kupm'n», prolongando la «u» y comiéndose la «a», como hacían todos.

—Sí, soy yo —respondió Joop, sorprendido—. Creía que era mi hija. ¿Llama usted con su teléfono?

—Siento molestarlo —prosiguió la voz—. ¿Es usted el padre de Miriam Helen Koopman?

—Sí, claro. ¿Por qué lo pregunta? ¿Cuál ha dicho que era su nombre?

—Hemmings. Doctor Hemmings. Soy el jefe del servicio de urgencias de este hospital. Hace media hora han ingresado a su hija. En este momento se encuentra en la unidad de cuidados intensivos. Le ruego... ¿Puede venir inmediatamente al hospital?

Aquel tipo desvariaba. Era un loco que marcaba un número arbitrario para darle sustos de muerte a la gente.

—¿De qué me habla? No entiendo nada.

—Comprendo cómo se siente, pero, por desgracia, no se trata de un malentendido. Su hija Miriam Koopman ha ingresado en este hospital tras sufrir un grave accidente. De verdad, es necesario que venga.

—¿Mi hija? No es posible. ¿Cómo sabe que es mi hija? Además, no tengo la menor idea de quién es usted. Todo esto es muy raro.

—Me llamo Robert Hemmings, soy internista, y le ruego que venga al Cedars-Sinai sin más demora.

—¿Por qué tendría que ir?

—Porque su hija está muy grave.

De un modo extraño, el mundo se paralizó. El tráfico en la calle, las partículas en el aire, el humo que escapaba del cigarrillo de Philip. A Joop se le paró el corazón y la sangre se le heló. De pronto, todo volvió a ponerse en movimiento con brusquedad y en su cabeza se desató una tormenta.

—¿Qué significa muy grave? —sondeó en tono apagado, mientras se acurrucaba en un intento de esconderse en su propio regazo, para huir de la amenaza, del zumbido cada vez más intenso que le obnubilaba la mente.

—No sabemos si pasará de esta noche —afirmó la voz, la de un tal doctor Hemmings, que no tenía ni idea de lo que decía.

—No puede ser —exclamó Joop, elevando la voz, como si esperase convencer al médico y amortiguar el estruendo que le llenaba la cabeza—. ¡Mi hija está almorzando en Malibú con sus amigas! ¡Es su cumpleaños! ¡Está allí! ¡Puedo llamarla al móvil ahora mismo!

—Éste es su móvil, yo lo he llamado con él. Usted estaba registrado en su agenda como «papá». Lamento lo ocurrido a su hija, señor Koopman.

—¿Pero qué ha pasado? —vociferó.

—Ha sufrido un accidente de tráfico.

De repente, Joop, furioso, sintió un inmenso odio hacia aquella voz y hacia el teléfono que sujetaba.

—¿Dónde? —chilló.

En la carretera de la costa del Pacífico. Hace veinticinco minutos la han traído en un helicóptero sanitario. ¿Va a venir?

Todo el cuerpo de Joop estaba en tensión. Philip entró en su campo visual, se agachó junto a él; Philip, con quien, en otro tiempo, había rezado en una lengua desconocida y que ahora se había convertido en un guerrero. Le dijo algo, pero Joop no lo oyó.

—Esto no puede ser verdad, doctor Hemm... Hemm...

—Hemmings.

—Doctor Hemmings, escuche, mi hija... es imposible, está en Malibú, usted no puede decirme esto, ¡hoy es su cumpleaños! ¡La he visto esta misma mañana! ¡Lleva el pelo recogido en una coleta y hoy ha cumplido diecisiete años! Además, ¿cómo sé yo que usted no miente? ¡Cualquier descerebrado puede marcar mi número! ¿Cómo me demuestra usted que es médico de verdad? ¿En qué hospital trabaja? ¿Por qué me cuenta esta película?

Al sentir el brazo de Philip y oír su voz tranquilizadora, Joop no pudo seguir hablando. El pánico le cerraba la garganta. Lanzó una mirada suplicante a Philip.

—Philip —balbuceó—, ten. ¿Te… te importaría hablar un momento con este hombre? Está… Dice que es médico, a lo mejor a ti te hace caso…

3

ESA MAÑANA JOOP se había levantado como de costumbre a las siete menos cuarto para prepararle el desayuno a Miriam. Normalmente se limitaba a colocarle el frutero al lado del plato y ella se pelaba una manzana, un kiwi, una naranja y medio plátano. Esa mañana lo había hecho él. Su hija cumplía diecisiete años. El regalo, envuelto en un vistoso embalaje de la tienda Saks Fifth Avenue de Beverly Hills, aguardaba en su despacho. Troceó la fruta y la mezcló con el yogur.

Después calentó agua para el té y se preparó un capuchino. Dos años antes había comprado una Acquaviva, una cafetera exprés italiana que desde entonces marcaba sus rituales matutinos. Había abandonado la costumbre de desayunar. Mientras Miriam daba cuenta de su yogur con fruta, él se tomaba un capuchino, sin más. La semana anterior, tras meses de insistencia, su hija había conseguido por fin que acudiera al gimnasio al que ella estaba apuntada. Hacía años que no se subía a una báscula; constató que había engordado diez kilos.

En cuanto Miriam partía para la escuela, Joop se tomaba un café exprés mientras leía el periódico. Sobre las diez y media tomaba otro y cerca del mediodía se preparaba un segundo capuchino.

La Acquaviva estaba siempre sobre la encimera de la cocina, delante de la ventana que daba al pequeño jardín trasero.

Una valla invadida por la hiedra, que él mismo había instalado doce años antes, lo separaba del de los vecinos de atrás, aunque si uno se asomaba por encima de la cerca, alcanzaba a ver el piso que albergaba los dormitorios. En lo alto, en diagonal con la cafetera exprés, había un pequeño televisor sobre una plataforma giratoria que estaba sintonizado en el programa matinal del Canal Cinco de la televisión norteamericana.

Como todas las mañanas, Joop escuchó las noticias locales: crónicas de asesinatos, secuestros, accidentes de tráfico e incendios ocurridos en la región durante la noche. Entre suceso y suceso, en el estudio los presentadores intercambiaban, con estentóreas risotadas, comentarios sobre sus cónyuges, sus mascotas y sus planes para el fin de semana, en un lenguaje accesible incluso para individuos con la capacidad intelectual de una polilla. El Canal Cinco disponía de un helicóptero que sobrevolaba las autopistas para filmar el flujo de tráfico. Una reportera informaba desde el aire sobre las retenciones y recomendaba rutas alternativas a los televidentes. El noticiario local y las tertulias insustanciales formaban parte de la rutina mañanera, lo mismo que las quejas de Miriam sobre el horario de clases, su peinado, su ropa, que de repente le quedaba mal o le estaba pequeña

porque durante la noche había aumentado de peso, o sobre la negativa de Joop a permitir que obtuviese el permiso de conducir antes de cumplir los dieciocho.

El leve silbido que recorría las tuberías del agua le advirtió que Miriam había abierto el grifo de la ducha. Joop salió de la cocina y rodeó la casa hasta el jardín delantero. En el césped esperaba el periódico *Los Angeles Times*, protegido del rocío por una bolsa de plástico. Lo recogió y volvió al calor de la cocina con los hombros encogidos por el frío aire de diciembre. Al oír que Miriam seguía en la ducha, pensó que era el momento oportuno para ir a buscar el regalo a su despacho. De ese modo, su hija lo encontraría en la mesa en cuanto entrara en la cocina. Subió la escalera y pasó por delante del cuarto de baño.

Ese día Miriam no había cerrado bien la puerta, cosa que solía hacer mediante un codazo enérgico que la encajaba en el marco secamente. Joop habría podido volver sobre sus pasos o desviar la mirada, pero sucumbió a la tentación y observó por la rendija. Por una fracción de segundo vislumbró el cuerpo de su hija en el espejo.

Hacía años que no la veía desnuda, desde que comenzara a crecerle el vello púbico y él se dio cuenta de que ya no era posible sentarla en su regazo, apretarla contra él y comérsela a besos. Después de que Ellen regresara a Holanda, Joop había cuidado y lavado año tras año el cuerpo de Miriam. Le limpiaba el trasero cada vez que ella lo llamaba —cantarina, imperiosa, aduladora, como quien recita una salmodia— para enseñarle con orgullo el contenido del orinal. Cuando la pequeña se caía, le besaba las rodillas, los dedos, los hombros, las mejillas; cuando le dolía la barriguita, se la acariciaba, y cuando tenía la vulva irritada, le ponía crema. Hasta que tocar su cuerpo se convirtió en tabú.

Joop no vio mucho más que su perfil, pero no se le escaparon algunos detalles. Se retiró antes de que Miriam descubriera su presencia y bajó la escalera deprisa, sin hacer ruido, desconcertado por su irrefrenable curiosidad. Y por el escaso respeto hacia la intimidad de su hija.

Sacó el periódico de la bolsa de plástico y, apoyado en la encimera, comenzó a pasar páginas a toda velocidad en busca de algo que lo ayudase a enterrar las imágenes que le rondaban por la cabeza. Su hija era una mujer adulta. Ningún hombre era capaz de resistir el impulso de desnudarla con la mirada. No sólo por su apariencia, imaginó Joop, sino por pura química; sus olores subliminales transformaban a los hombres en víctimas inertes. Desde los doce años no pasaba un mes sin que fuera abordada por algún cazatalentos en la calle.

«¿Te gustaría ser modelo, actriz, estrella? ¿Podrías venir tal y tal

día a una audición para tal y cual película? Eres la nueva Sofía Loren; tienes un gran futuro por delante.» Aunque menos mediterránea que la Loren, era tan femenina como ella.

Ese día Miriam cumplía diecisiete años. Joop se impuso el firme propósito de seguir protegiéndola unos años más contra los tiburones, las serpientes, las ratas y los cocodrilos de Los Ángeles. Hasta que alcanzara la edad de veintiún años, le pondría límites y la ataría corto con toda clase de prohibiciones. Si bien en casa hablaban holandés, su vida transcurría en Estados Unidos. En la candorosa Holanda, el atractivo de la industria del ocio no era más que un débil reflejo de las tentaciones de Hollywood y no constituía, por tanto, una amenaza seria para las jóvenes como Miriam. En Los Ángeles, la belleza física prevalecía sobre la inteligencia. Los admiradores se sucedían desde que Miriam tenía trece años. Pero ni aun proponiéndoselo, podía Joop mantenerla oculta al resto del mundo detrás de los diques de los pólders holandeses.

Había observado su cuerpo a través de la puerta entornada, sin que nunca antes hubiera sentido esa necesidad. No había cometido ningún delito, pero al ver la puerta abierta tendría que haberse vuelto inmediatamente, sin levantar los ojos. Sin embargo, había girado la cabeza y, durante un cuarto o un tercio de segundo, había recorrido con la mirada el cuerpo de su hija. Su semen hecho mujer. Miriam cumplía todos los estereotipos de belleza vigentes: esbelta, grandes pechos, cintura estrecha, piernas interminables. Una criatura perfecta que un buen día amaría a un joven que en ese instante aún estaba reventándose los granos. Era comprensible que se depilara la línea del bikini, pero Joop había descubierto que el vello del pubis había quedado reducido a una rayita vertical. Sin duda era la búsqueda de un efecto estético lo que la llevaba a prestar atención a esa zona del cuerpo. O tal vez no fuera sólo eso. Quizá se rasurara para complacer a alguien con derecho a rozar esa parte íntima con los dedos.

Desde luego Joop no era quién para emitir juicios. Tenía dieciséis años cuando le metió mano a Linda, una prima segunda suya. A cambio, ella lo masturbaba. Linda vivió un año en su casa. A la salida del colegio se apresuraban para llegar con tiempo, puesto que los padres de Joop no volvían del trabajo antes de las cinco. De vez en cuando, mientras se pasaba las manos por la falda como si quisiera quitarle las pelusas, ella le susurraba en el camino: «¿Sabes una cosa, Joop? Hoy no llevo bragas. ¿Qué te parece?»

Menos de veinticuatro horas después de que los sorprendiera su padre —aquel día había salido un poco antes del instituto donde impartía clases de Matemáticas—, Linda estaba mirando fijamente las olas grisáceas del mar del Norte en un transbordador con destino a Harwich. El padre de Joop tenía amigos matemáticos en Inglaterra y,

después de tres horas al teléfono, había conseguido una plaza en un internado. Su madre siempre había mantenido el contacto con Linda, Linda de Viries, hija de un primo suyo.

A comienzos de diciembre, Joop recibió una carta de ella en la que le escribía que por primera vez en quince años, repartidos entre Estados Unidos y la India, había vuelto a Holanda y Den Bosch. Continuaría viajando, y al cabo de unas semanas, pasaría por Los Ángeles. Le decía que tenía muchas ganas de verlo. Tres décadas después.

Miriam cumplía los años que tenía Linda en aquel entonces.

Tras hojear el periódico de principio a fin, lo dejó en la encimera con la portada hacia arriba. Bush había nombrado consejera de Seguridad Nacional a Condoleezza Rice, el más alto cargo desempeñado jamás por una mujer negra. Varios artículos aludían a la sentencia del Tribunal Supremo que había denegado la solicitud de que se procediera a un nuevo recuento de votos en Florida. Otro hacía referencia al fracaso de las empresas PuntoCom. Dado que un año atrás Joop había invertido sus ahorros en una prometedora compañía de fibra óptica a la que se auguraba un éxito fulgurante pero que últimamente se había hundido, la lectura de esa noticia relegó el recuerdo del cuerpo de su hija al último rincón de su conciencia.

Decidió prepararse un café exprés en ese mismo instante, apartándose de la rutina matinal.

—Hola, papá.

Joop se giró. Allí estaba su hija, junto a la mesa del desayuno. Vestía minifalda vaquera, medias negras, una ajustada camiseta negra y una cazadora, también vaquera, y calzaba unas zapatillas Puma verde mar. Llevaba el cabello recogido en una coleta, lo que confería un aire sensual a la desnudez de su cuello y sus orejas.

Joop apagó la cafetera y la besó en la mejilla. Olía a jabón, a juventud y a mujer.

—Buenos días, Miriam. ¡Felicidades!

Le dio otro beso. Estaba esplendorosa, con los ojos levemente maquillados, claros, expectantes.

—¿Estás preparándote un capuchino?

—Un café exprés. Me duele la cabeza —respondió Joop.

—¿Sabes lo que te digo, papá? Hoy voy a tomarme un capuchino.

—¿Y el yogur?

—También, por supuesto. Pero con café. Ya va siendo hora de que me comporte como una adulta adicta a la cafeína. Hoy se inicia mi deterioro físico. ¿Ya has hecho té?

—Sí, pero no me importa prepararte un café —aseguró Joop—. Dicho sea de paso, lo del deterioro es un cuento. Ya sé que no vas a creerme, pero estoy seguro de que siempre serás como eres ahora.

—Sólo que dentro de diez años me despertaré toda arrugada y con los pechos por las rodillas. ¡Vaya perspectiva!

—Me alegro de verte tan optimista.

—Papá, a mi edad, un puñado de ilusiones puede llegar a ser muy reconfortante.

—Y la ilusión de hoy... —puntualizó Joop, seguro de que su hija captaría el mensaje—, ¿la quieres ahora o después?

—¡Ahora mismo!

—Vale. Vigila que no se salga la leche.

Joop subió corriendo a su despacho y cogió el regalo. De nuevo en la cocina, encontró a Miriam vigilando el cazo de la leche, envuelta en la primera luz del día, con la corta falda ciñéndole las nalgas. Observó sus delgadas piernas, sus gráciles tobillos y la larga coleta que le caía sobre la espalda. Le entraron ganas de besarle el cuello, como cuando era una niña y la aupaba día tras día para meterla en la bañera, trazando un arco en el aire. Cuando la sostenía en el punto más alto, el cuello de su hija le rozaba la boca y el sabor de su suave piel le llenaba los labios. Durante muchos años, ese gesto había formado parte del ritual del baño: levantarla y besarla.

—Miriam —dijo, y ella se volvió, lanzándole una mirada por encima del hombro, reconfortante fuente de consuelo, con sus enormes ojos negros. Joop presintió que aquella mirada y aquella postura causarían estragos en el vasto mundo que la esperaba allí fuera.

Su hija reconoció el envoltorio.

—Papá, no me digas que has ido a esa tienda.

—Ábrelo, anda —repuso él, enfermo de amor—. ¡Felicidades!

Al recibir el paquete, Miriam le plantó de pasada un beso en la mejilla. De pasada. Joop sintió un mareo a causa de tanta emoción, tanta desesperanza; el tiempo le había arrebatado a su hija, nunca más podría llevarla a la bañera describiendo con ella un gran arco en el aire (mientras ambos imitaban un sonido propio de los dibujos animados: «fiuuuu»), y tampoco volvería a ver cómo se hundían sus nalgas regordetas en el agua caliente. Ahora tenía culo de mujer. Muslos de mujer. Pudor de mujer. Su cuerpo y sus pensamientos eran terreno vedado para él.

Miriam apartó el yogur, puso encima de la mesa la blanca bolsa satinada de Saks y sacó el regalo, envuelto en papel de seda negro. Desenvolvió cuidadosamente el paquete con la yema de los dedos, cuyas uñas estaban pintadas de rojo, y sacó, sonriente, la agenda de cuero que tanta ilusión le hacía.

Duro cuero negro, rematado con pespunte beis en los bordes, una agenda sencilla aunque nada barata, porque el diseño era de Kate Spade. Joop era inmune a la logomanía de la dudad. Había intentado

defender a Miriam de la psicosis generada por la publicidad de las marcas, pero había perdido la batalla contra los fabricantes, y, además, de forma estrepitosa.

—¡Qué preciosidad, papá! Y por dentro también es exactamente como la quería. Muchas gradas, eres un cielo.

Su hija le pasó un brazo por el cuello y el otro por el hombro, apretándose contra él mientras le besaba la mejilla sin afeitar, a la altura de la oreja. Joop apoyó los brazos en las caderas de Miriam, con cautela, procurando no ejercer ninguna presión para evitar cualquier malentendido. Aun así, percibió lo que antes le había atraído en Ellen, aquella tersa suavidad, el mismo vigor femenino.

Soltó las caderas.

—Esto es muy caro, papá. No te imaginas cuánto te lo agradezco. Te has pasado. Quería una agenda de cuero, pero podrías haberla comprado perfectamente en Staples. Ahí también las tienen bonitas. Te lo digo en serio.

—Si quieres, la devuelvo —propuso Joop.

—¡Demasiado tarde! —sonrió ella.

—¿De veras te apetece un capuchino?

—Sí. Curioso, ¿verdad? Quizá sea porque he olido el café exprés que estabas preparando. Oye, ¡qué bonita es esta agenda! Hay días en que el café huele la mar de bien. Cada vez me parezco más a ti.

—No digas eso —bromeó Joop.

Miriam no se le parecía en nada. Joop era un holandés de cuarenta y siete años con exceso de grasa en los hombros y el tórax, brazos y piernas vellosos, pies planos y cabello castaño claro encanecido en las sienes. Los ojos siempre vivos y llenos de curiosidad, en ocasiones cínicos o irónicos, pero nunca aburridos ni mezquinos. Algunas de las mujeres con que había salido le habían confesado que les resultaba muy placentero dejarse acariciar por sus dulces manos, viriles y velludas, a la vez que inocentes como las de un muchacho. Había heredado los genes no judíos de su padre, Johannes Koopman, natural de Eindhoven, que siempre había soñado con ser un renombrado inventor de Philips Electrónica, pero que acabó como profesor de matemáticas en un instituto. Su vida se redujo a corregir exámenes, llamar a capítulo en tono tajante y sarcástico a alumnos desinteresados, cartearse con compañeros extranjeros durante el fin de semana y ambicionar en vano un puesto en la universidad, que le hubiese proporcionado respeto y tiempo para dedicarse a la investigación científica. Falleció cuando Joop tenía veinticinco años. Sufrió un infarto mientras regresaba a casa en bicicleta y permaneció en el suelo, sin aliento, debajo de las alforjas atiborradas de exámenes, hasta que una ambulancia lo llevó al hospital, donde ingresó cadáver. *Death on arrival*, según la terminología inglesa que Joop había

utilizado en alguno de sus manuscritos. A su padre le faltaban cinco semanas para jubilarse.

En Miriam se perpetuaban los rasgos físicos agitanados de Anneke, la madre de Joop, que a su vez había heredado ese toque exótico de su padre, Herman De Vries. Al abuelo de Joop lo asesinaron en 1943 en una pequeña ciudad de Polonia. Lo único que quedó de él fue un puñado de fotografías: un seductor moreno con un bigote fino que le bordeaba la fluida curva del labio superior, de abundante cabello negro, mirada entrecerrada de galán nato y mentón firme. Un aristócrata judío, mayorista de té. Miriam había salido a su abuela y a su bisabuelo. Ellen, la ex de Joop, era rubia, y no parecía haber aportado mucho a la apariencia física de su hija, como si durante el embarazo sólo hubiera ejercido de portadora temporal de los rasgos familiares de la madre de su esposo.

Joop oyó cómo la leche, a punto de hervir, subía por el cazo; enseguida lo cogió por el mango y lo dejó sobre la encimera.

Miriam hojeaba la agenda en silencio, con gran atención.

—Sabes que hoy salgo, ¿no? —le dijo Joop mientras removía la leche.

—¿A qué hora volverás?

—Ni idea. A lo mejor almuerzo fuera. No vayas con Caroline.

—Que no, que no, que no... —canturreó ella.

—No me importa con quién vayas, con tal de que no sea con esa suicida. ¡Una niña de diecisiete años conduciendo un Porsche...! ¡Es ridículo!

—Cuando lleva un coche normal, va muy segura.

—Te he dicho que no.

—De acuerdo, iré con Pat.

—Eso me parece mejor. Es una chica responsable.

—Has hablado con los del restaurante, ¿no? —inquirió Miriam.

—Ayer pasé por allí. Ya está todo arreglado. Podéis comer y beber lo que queráis, excepto alcohol. Si alguien os invita a bebidas alcohólicas, no aceptéis. ¡Cualquier joven mayor de dieciocho años lo intentaría con tal de complacer a ocho bellezas como vosotras!

—Nada de vino, nada de cerveza —recalcó su hija para no hacerlo sufrir.

Joop se volvió un momento hacia ella y se percató de que continuaba absorta en la agenda. En ese instante, Miriam alzó la mirada y le sonrió con cara de culpable.

—Nos hartaremos de beber y luego nos pondremos a bailar sobre las mesas —le dijo—. Pero, papá, ¿por quién me tomas?

—Por alguien que conoce sus límites —contestó Joop—. Aquí tienes.

Depositó delante de ella un buen tazón de café con leche y se

sentó a su lado.

—Esto no es una taza; es un barreño —observó Miriam.

—No tienes que bebértelo todo. Yo tomaré el resto.

—Ya llevas un capuchino y un exprés. Tanto café no es bueno.

—No te preocupes. Sé controlarme.

Miriam envolvió la agenda en el papel de seda negro e introdujo el regalo de nuevo en la bolsa de Saks Fifth Avenue. A continuación, cogió la taza con ambas manos y tomó un pequeño sorbo, con la boca entreabierta, frunciendo los labios que algún día chuparían el sexo de un hombre. ¡No! Joop desvió la mirada, sintiendo repugnancia ante sus propias fantasías.

—¿Te ocurre algo?

—Nada. Me duele un poco la cabeza —respondió.

—¿Por culpa de algún productor?

Miriam aludía a la cita de Joop. Mientras ella iba a almorzar con siete amigas en Paradise Cove Beach, en Malibú, él volvería a ver a Philip van Gelder después de casi dos décadas. Van Gelder, que lo había llamado de improviso el día anterior por la mañana, había cambiado su nombre por el de Uri Gelder.

—No sé qué quiere. Charlar un rato, supongo. Una conversación entre viejos amigos.

—No vayas a perderte lo de esta noche —advirtió Miriam.

—Cariño, el pase comienza a las ocho y media, y yo estaré de vuelta a las dos y media como mucho.

Por la noche tenían previsto asistir a una proyección especial de una nueva película en la sala de cine de la Asociación de Directores Norteamericanos, a la que acudirían algunas estrellas del espectáculo. Joop había conseguido tres entradas para que Miriam pudiera compartir esa excitante experiencia con Caroline, su amiga del alma, conductora de un Porsche e hija de unos acaudalados fabricantes de juguetes. Las dos llevaban varios días intercambiando opiniones por teléfono acerca de sus respectivos atuendos.

—Papá, esta noche Caroline traerá el Porsche.

—Estupendo, pero tú vendrás conmigo.

—Puedes conducirlo tú; ya se lo he comentado.

—¿Qué le pasa a nuestro coche?

—Nada. Anda y frena. Pero no es guay.

Joop conducía un Jaguar XJS que había comprado nuevo en 1984. La carrocería estaba abollada y dañada, pero el motor era indestructible y los elevalunas eléctricos seguían funcionando.

—Un Jaguar nuevo sin un solo rasguño es burgués —admitió Joop—, pero un Jag viejo a punto de reventar es superguay.

Miriam depositó la taza en la mesa y lo miró, compasiva.

—Papá-

Hizo una pausa para dar más peso a sus palabras.

—Papá, no digas «guay». Las personas mayores de veinticinco años jamás deben decir «guay».

—¿Por qué no?

—Porque tú no sabes lo que significa, pero piensas que es guay decir «guay». Y eso, papá, no es guay en absoluto.

Le lanzó una mirada altiva, irónica. Sus iris eran tan oscuros que apenas se distinguían de las pupilas bajo los elegantes arcos de sus cejas y las pestañas, tan largas que podrían servirle como plumas a un pájaro. Cuando pronunciaba la palabra «guay», fruncía sus sensuales labios como si fuera a dar un beso.

Joop, desesperado, se quedó mirando absorto el rostro intocable de su hija. Ella creyó que lo había ofendido con sus palabras, porque se le ensombreció la cara y lo miró arrepentida.

—Papá, perdona, no quería ofenderte —se disculpó ella.

—No me has ofendido, corazón.

—Entonces, ¿por qué pones esa cara triste?

—No pongo cara triste. Lo que pasa es que acabo de darme cuenta de que ya tienes diecisiete años, y eso significa que un buen día te irás de mi lado, aliviada, ansiosa por vivir tu propia vida.

—Ay, papá...

Miriam se puso en pie, apoyó la cabeza en la de Joop inclinándose sobre él, y lo estrechó entre sus brazos. Él le cogió las manos y las apretó contra sí.

—¿Aún quieres que te cante *Cumpleaños feliz*? —musitó.

—Por favor —susurró su hija—, no me digas eso.

Antes de liberarse de su padre, riéndose por lo bajo, lo besó en la coronilla. Recogió el regalo y el yogur y salió de la cocina, revoloteando como una mariposa. Joop la siguió con la mirada, incluso después de que desapareciera de su campo de visión. Sonó el teléfono, pero él continuaba pendiente de los pasos acelerados de su hija en la escalera, con el brazo tendido hacia ella en el espacio que acababa de abandonar, como si así pudiera persuadirla de que se quedara con él.

—¡Si es mamá, dile que vuelva a llamar en cinco minutos! —gritó Miriam—. ¡Tengo que ir al lavabo urgentemente!

En cuanto oyó que se cerraba la puerta del cuarto de baño, Joop se levantó para contestar al teléfono.

—Felicidades, Joop —dijo Ellen.

—Lo mismo digo.

—¿Le has cantado *Cumpleaños feliz*?

—Ya, no le gustan esas cosas.

—Es demasiado dura contigo. ¿Qué tal todo?

—Perfecto. Y tú, ¿cómo estás?

—Desbordada. Me llegan muchos encargos. ¡Y menos mal! Las cosas van bien en Holanda gracias a eso de las ventajas fiscales. No sé muy bien cómo funcionan, pero la verdad es que hay movimiento. ¿Y tu trabajo?

—También marcha viento en popa —mintió Joop. Se oía mucho ruido de fondo, una voz que anunciaba algo—. ¿Estás en la estación? —quiso saber.

—En Heathrow. Estoy a punto de embarcar para Ciudad del Cabo. Voy a rodar algunos anuncios publicitarios y luego me tomaré una semana de vacaciones.

—Ya veo que no te privas de nada.

—¿Me pasas un momento con la señorita?

—Está en el baño. ¿Puedes llamarla luego?

—Llamaré dentro de... ocho minutos justos. Dile que esté preparada. Bueno, Joop, que paséis un día estupendo.

—Seguro. Cuídate. ¡Disfruta de tus vacaciones!

—¡Lo haré! ¡Besos!

—Besos —respondió Joop antes de colgar.

4

¿HABRÍA ido finalmente con Caroline? Joop se lo había prohibido tajantemente, pero sin duda habría desoído su advertencia. Seguro que, pese a la baja temperatura, Caroline había retirado la capota y había pisado el acelerador a fondo, adelantando por la derecha, haciendo eses entre los vehículos, como una bala, arriesgándose entre risas, porque era una muchacha joven e irreflexiva. A Joop no le cabía duda de que Caroline, parloteando sin cesar, había conducido el flamante Porsche con una sola mano por la carretera de la costa, la famosa número 1. Era una vía de cuatro carriles muy transitada, sin mediana, plagada de curvas, inesperadas vistas panorámicas y caminos transversales que salían de repente de las montañas; sin olvidarlos numerosos garajes situados justo al lado de la calzada, cuyos propietarios se veían obligados a realizar bruscas maniobras para entrar o salir.

Tal vez Caroline fuera frívola, pero Miriam no. Era una persona seria con un punto de genialidad. Su hija, igual que su propio padre, el abuelo de Miriam, poseía el don de comprender el extraño orden que el hombre tiene en común con la naturaleza: las matemáticas. Era voluptuosa, femenina, seductora y consciente de su poder de atracción sobre los hombres, pero ése era sólo uno de los muchos papeles que desempeñaba con desparpajo. Por la noche solía acurrucarse en el sofá, junto a él, sin maquillaje, vistiendo unas mallas y un grueso jersey informe cuando hacía fresco, o una camisa ancha y pantalón de deporte cuando hacía calor, para leer juntos en silencio o para ver uno de los clásicos del cine que a Joop le gustaba compartir con ella. Durante los dos últimos años, Miriam salía casi todos los fines de semana. Al principio él, lleno de aprensión, la acercaba en coche a casa de alguna amiga y la esperaba aparcado en la calle hasta las diez y media de la noche. Escuchaba las tertulias radiofónicas, pero con el tiempo se aburrió y compró una pequeña lámpara de lectura, alimentada por la batería del Jaguar, que le permitía leer hasta que se aproximaba la hora de recoger a su hija. En una ocasión fue abordado por unos agentes que estaban patrullando. De súbito, una luz deslumbrante se proyectó sobre su cara y oyó una voz que le pedía la documentación, al tiempo que detrás se detenía un coche de policía. Mostró su carnet de conducir y explicó que estaba aguardando a su hija. Quisieron saber dónde se encontraba ella. Fueron a verificar si Joop había dicho la verdad, volvieron para comentarle que todo estaba en orden y le desearon buenas noches; pero Miriam se enfureció con él.

—Si quieres esperarme a toda costa, date una vuelta, recorre el vecindario, pero no te quedes en el coche fisgoneando como si fueras un violador. ¡No me pongas en ridículo!

Joop pensó que esa espera, hasta que ella volvía a aparecer, era su personal forma de acudir a la iglesia, un momento de reflexión semanal en medio del silencio de su viejo Jaguar, atento al canto de los grillos, el llanto de un bebé, el golpe de una puerta, la puesta en marcha de un coche, el gruñido de un perro, los sonidos de la televisión (las risas de fondo que acompañan a las telecomedias, el estruendo de los disparos de las películas de acción, la meliflua música de las historias de amor). Sonidos lejanos de unos mundos ajenos a él. Estaba allí para cuidar de su hija. El tiempo transcurría en dirección a un destino concreto: la reaparición de Miriam. A la hora convenida, ni un minuto más tarde, se abría la puerta de la casa donde vivía la amiga o se celebraba la fiesta, y salía ella, despidiéndose entre risas. Recorría la senda del jardín bailoteando, bajaba a saltos los escalones que llevaban a la acera y miraba alrededor con los ojos entornados. En cuanto él arrancaba el motor y encendía las luces, ella lo saludaba con la mano. Entonces Joop acercaba el coche, rozándole el cuerpo con la luz de los faros. Ella abría la portezuela y se dejaba caer en el asiento; se le subía la minifalda y sus piernas se exhibían en toda su belleza. Nunca se la bajaba, ya que al lado de su padre se sentía segura, sentada sobre el cuero beis del viejo coche inglés. El aire acondicionado le resultaba refrescante, después del calor pasado en la fiesta, de la que no paraba de hablar en todo el camino, entusiasmada y emocionada, hasta que llegaban a su casa en Superba Avenue. «Entra, hija, respira, sueña, vive.»

Philip tuvo que sujetar a Joop mientras descendía por la escalera del motel y se dirigía, tambaleante, hacia el coche. Conduciría Danny. Es extraño hasta qué punto las emociones pueden llegar a afectar al cuerpo. Joop habría podido tomar un taxi, pero en Santa Mónica no es fácil encontrar uno. El hospital Cedars-Sinai estaba más allá de Beverly Hills, en el oeste de Hollywood, junto al gigantesco búnker gris del Beverly Center. Era un amplio complejo formado por varios edificios, donde trabajaban los mejores médicos de la ciudad. Tardaron sólo veinte minutos, por la autopista de Santa Mónica y la salida de Robertson. Danny conducía el coche como un piloto profesional. Joop jamás había llegado a esa zona de la ciudad en tan poco tiempo. Había buenos cines, restaurantes, tiendas, bares, que Miriam conocía mejor que él. Le resultaba insólito verse sosteniendo un cigarrillo entre los dedos, inhalando el áspero humo hasta los pulmones, sin ni siquiera acordarse de haberlo encendido.

De repente se detuvieron. Joop levantó los ojos hacia Philip, que se hallaba fuera del coche, junto a la portezuela, y le tendía la mano

para ayudarlo a bajar, como si fuera un vejestorio. En ese instante se percató de que el coche era azul, un Infiniti. Entraron y se acercaron al mostrador; los enviaron a otra unidad con largos pasillos, llenos de enfermeros y pacientes. Joop se sentía viejísimo y le temblaban las piernas, pero Philip lo mantenía en pie.

«Urgencias», ponía en los letreros. Joop se desplomó en un banco en medio de otras personas que, como él, estaban condenadas a esperar hasta que terminara la pesadilla y volviera a aparecer de súbito el ser querido, riendo y cantando. ¡Ha sido una broma! ¡No pasa nada!

De pronto se dio cuenta, con asombro, de que alguien le señalaba la mano. Tras fijar su mirada en ella varios segundos, Joop comprendió al fin que el hombre se refería al cigarrillo. Estaba prohibido fumar. Lo apagó.

¿Por qué esa mañana se había adueñado de él una inmensa melancolía mientras contemplaba a Miriam? ¿Una premonición? No creía en esas cosas. Las premoniciones eran dominio exclusivo de la gente que vivía en un mundo mágico. Gente que creía en el zodíaco, la iridología y la aromaterapia. Esos mundos estaban sembrados de presagios, relaciones sobrenaturales y fenómenos esotéricos. Pero, por más que no creyera, Joop tuvo que reconocer que esa mañana había mirado a su hija con ojos distintos a los de los últimos diecisiete años.

Creer en presentimientos significa creer en castigos míticos como respuesta a la transgresión de leyes ancestrales. Un padre no debía contemplar a su hija desnuda. Joop no la había deseado, al menos no con intención sexual. Pero quizá en el mundo de quienes tenían presentimientos se sancionara cualquier forma de observación, con independencia de su finalidad. En ese caso sí era culpable. Ahora bien, ¿por qué castigar a Miriam si el culpable era él? Si había que recriminar a alguien, ese alguien era él, y puestos a repartir penas, el hacha debía caer sobre su propia cabeza. ¿Acaso ese castigo inverso e injusto era el rasgo distintivo de los mundos míticos? ¿Caía la espada sobre el inocente para redoblar así la mortificación del pecador, consumido por su pecado? No, Joop no quería vivir en un mundo tan ciego y cruel. Aunque tal vez el otro mundo, el del azar, no fuera menos atroz.

Delante de él vio aparecer a Philip en compañía de un hombre enfundado en una bata blanca.

—Joop, te presento al doctor Hemmings.

—Señor Koopman...

Al ponerse de pie, Joop se topó con el sabio rostro del médico, el mago que podía darle la vuelta al azar. Le estrechó la mano, una mano capaz de evitar que Joop tuviera que despedirse para siempre de su hija. El médico aparentaba unos cuarenta años, pero el cabello se le

había encanecido por completo. Gafas de cristales gruesos. Hemmings había leído mucho. Ojos pequeños y cansados.

—¿Dónde está, doctor?

—Aún debemos realizar varias pruebas, pero ya disponemos de algunos resultados definitivos. ¿Me acompaña?

Se dirigieron a una sala lateral atravesando un pasillo reluciente.

—Yo esperaré aquí —dijo Philip al llegar a la puerta.

—No, por favor, entra conmigo —insistió Joop—. ¿Le parece bien, doctor?

—Como usted prefiera.

—Sí, será mejor. Ven, Philip.

Philip entró con ellos. El médico apagó la luz de la habitación, y se iluminó una caja fijada en la pared, de la que colgaban unas radiografías.

—Su hija iba en el asiento trasero de una moto que derrapó. Salió despedida sobre el asfalto y fue atropellada por un coche que circulaba en dirección contraria. Como consecuencia de ello ha sufrido graves traumatismos.

Al oír la palabra «moto», Joop pensó que no se trataba de Miriam. ¡La habían confundido con otra persona! Fue un pensamiento irrefrenable, liberador y reconfortante. Seguro que esa mañana le habían robado el móvil sin que ella se diera cuenta y ahora pensaban que esa otra persona era Miriam.

—Usted se equivoca, doctor —interrumpió al médico—. ¿Una moto? Mi hija no conoce a nadie que vaya en moto. No puede ser. Es imposible. ¡No puede ser ella! Ninguno de nuestros conocidos tiene moto. Seguramente se trata de una confusión de identidades.

—Es comprensible que se aferre a cualquier brizna de esperanza, por tenue que sea —repuso Hemmings—, pero el conductor del vehículo nos ha facilitado el nombre de su hija. En estas radiografías se ve su columna vertebral. Las vértebras cervicales. Este es su cráneo.

—Quiero verla.

—Enseguida vamos, pero primero quiero informarle del estado en que se encuentra su hija.

Joop asintió con la cabeza, aunque no se daba por vencido. No sabía quién se hallaba en esa cama de la unidad de urgencias, pero desde luego no era Miriam. La telefonearía en cuanto saliera de allí. El restaurante se llamaba Bob Morris’ Paradise Cove Beach Café, el único de la zona situado directamente en la arena de la playa y que servía pescado y marisco frescos. El día anterior, Joop se había acercado para que tomaran nota de su tarjeta de crédito. Había dejado firmada la factura, de manera que Miriam sólo tuviese que rellenar el importe. Durante el verano anterior habían ido al Bob Morris dos veces al mes, siempre en domingo. Se sentaban bajo una sombrilla, removían la

arena con los dedos de los pies y comían cacahuetes, que se podían coger a puñados de una antigua cuba de vino que había a la entrada. En más de una ocasión, Joop había engañado a los camareros, siempre distintos —jóvenes de los alrededores, aficionados al surf y tostados por el sol, que se ganaban un dinerillo extra—, sobre la edad de Miriam, y había pedido para ella una copa de vino blanco frío. No cabía duda, en ese momento estaba allí, charlando con sus amigas, otras siete jóvenes, todas inteligentes y guapas, de unos diecisiete años, sentadas a la mesa con su princesa.

Estaba claro que se trataba de un malentendido.

—La médula dorsal está gravemente dañada —explicó Hemmings —. Es una lesión irreversible. Incluso si su hija saliera del estado de coma algún día, lo cual resulta, por desgracia, casi imposible, no podría volver a caminar. Estos traumatismos provocan una parálisis permanente.

Joop no pudo reprimirse.

—Ya le he dicho que no se trata de mi hija. ¡No puede ser ella, porque no conoce a nadie que vaya en moto! ¡Lo siento por usted, pero yo no pinto nada en todo esto! Mi hija se encuentra ahora mismo en un restaurante de Paradise Cove... Malibú... el Bob Morris' Beach Café... seguro que usted también lo conoce. ¡Está allí, almorzando con sus amigas! ¡Allí se dirigía esta mañana y allí está ahora!

Con aire preocupado, el doctor esperó a que terminara de hablar.

—Por supuesto, entiendo que el teléfono móvil de mi hija haya sido motivo de confusión —continuó Joop—, pero creo que ya basta. Esto es muy desagradable. No quiero implicar a mi hija en este drama. Ella es lo único que tengo. Sé que suena como un patético lugar común, ya lo sé, pero me da igual. Ella es mi vida. Por eso... voy a llamarla ahora... para que usted pueda seguir con su trabajo y yo también...

Y de pronto, como si alguien dirigiese la sucesión de acontecimientos, volvieron a sonar por el móvil las notas del *Wilhelmus*. Philip miró a Joop, inquisitivo, mientras sujetaba la mochila rosa en la mano, sin saber muy bien si pasarle el teléfono o no. El médico se cruzó de brazos, dando muestras de una paciencia infinita, y esperó a ver qué hacía Joop.

—¡Seguro que es ella! —rió Joop—. ¿Nos apostamos algo? Tiene que ser ella.

A una señal suya, Philip abrió la mochila y le tendió el móvil.

Joop apretó el botón procurando controlar el temblor de su dedo en un intento de ocultar al médico que estaba a punto de derrumbarse.

—¿Sí? —contestó.

—¿Señor Koopman? Soy Caroline.

—Caroline, me llamas en el momento justo. ¿Puedes pasarme con Miriam? Ha perdido su móvil.

—Llevo un buen rato intentando localizarla, pero no coge el teléfono. Hace tres cuartos de hora que tendría que haber llegado y empezábamos a preocuparnos.

—Pero ¿no está ahí con vosotras? ¿No ha ido contigo? ¿Qué demonios está ocurriendo, Caroline? —De pronto se enfadó—. ¡No me toméis el pelo! —chilló—. ¡Nada de bromas pueriles! ¿Dónde está Miriam? ¡Pásale el teléfono para que pueda hablar con ella!

La muchacha prorrumpió en sollozos.

—No está aquí, señor Koopman. No ha venido conmigo, y tampoco con Pat...

—Entonces, ¿con quién ha ido? —le espetó Joop;

—Con God...

—¿Has dicho God? Pero ¿de qué me hablas? ¿Qué tiene que ver Dios con esto? Escucha, jovencita, me veré obligado a informar a tus padres de toda esta historia y te aseguro que...

—Es el dueño del Gods Gym, el gimnasio —aclaró Caroline entre sollozos—. ¡Usted mismo estuvo allí la semana pasada! Todo el mundo lo llama God. De Godzilla. Por lo grande que es.

Joop había acudido, en efecto, al God's Gym. Para pesarse. Le había atendido un hombre negro de dos metros de altura y unos ciento cincuenta kilos de peso, un verdadero gigante. Cuando inauguró su negocio unos años atrás, las personas creyentes del barrio interpusieron una demanda contra el nombre por blasfemo. Exigieron ante el juez que se retirara de la fachada el rótulo de neón que proclamaba que aquél era el gimnasio de Dios, pero la demanda ni siquiera fue admitida a trámite.

¿Por... por qué estaba con él? —preguntó Joop, bajando el tono, aunque seguía furioso.

—Esta mañana, como era el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad, salimos antes de la hora habitual y pasamos por el gimnasio. God, que tiene una preciosa Harley de época, también tenía cosas que hacer en Malibú y Miriam se fue con él.

Joop conocía esos momentos de las películas —películas que han dejado una impronta imborrable en el imaginario del siglo XX—, y se preguntó si las generaciones anteriores a la del cine también habían vivido esa experiencia. El mundo se ralentizaba, la caja de luz y las radiografías se diluían en una imagen acuosa, el doctor Hemmings y Philip se aproximaban a él con los brazos extendidos, como si también ellos se movieran inmersos en agua, con los gestos retardados por el aire inexplicablemente espeso, y mientras giraba la cabeza despacio hacia ellos, Joop sintió que el móvil, un caro Motorola, se le escurría de la mano. «Menos mal que el teléfono está asegurado contra

desperfectos», pensó. Y de repente, el suelo de la sala se abrió bajo sus pies, o mejor dicho, comprobó que se estaba desplazando hacia abajo, y también sintió que su corazón desprendía fuego, ardía en llamas. Sintió un súbito anhelo de volver a casa para prepararle algo de comer a Miriam, unos deliciosos espaguetis con marisco, una quiche con auténtico gruyer suizo o una simple albóndiga holandesa. Él le había enseñado a apreciar ese plato: una jugosa albóndiga, grande y encebollada. Se imaginaba a su hija picando las cebollas, dando golpecitos en la tabla con el cuchillo. A medida que iba cortando los trozos, los ojos se le llenaban de lágrimas. Sonriente, alzaba la mirada hacia Joop y le decía:

—Mira, papá, estoy llorando.

5

MIRIAM falleció en la madrugada del sábado 23 de diciembre, a las cuatro menos veinte, en el silencio de la noche más profunda. Se hallaba en una habitación llena de aparatos de alta tecnología, un entorno que la habría entusiasmado. Exterior— mente, Joop la encontró tan perfecta como la última vez que la había visto, aquel lejano e inaprensible viernes a las ocho menos diez de la mañana —veinte horas antes—, cuando salía camino del colegio para asistir al breve encuentro con que se clausuraba el año y se celebraba el inicio de las vacaciones de Navidad. Miriam se había despedido con la mano mientras rodeaba la casa sujetando su blanca Koga Miyata, dispuesta a recorrer en bicicleta los cinco kilómetros que la separaban de la escuela, situada en la esquina de la calle Siete con California Avenue. Quizá sus piernas fueran tan bellas porque montaba todos los días en bici, como cualquier chica holandesa. Inclinada sobre el manillar de su bicicleta de carreras, que Joop le había comprado de segunda mano, pedaleaba por el carril de cemento de la playa, saboreando el aire marino en los labios. Si iba por Lincoln Boulevard, moviendo el culo de un lado a otro del estrecho sillín, con la minifalda subida y el hermoso cabello ondeando a modo de negra banderola, no se libraba ni un minuto del concierto de bocinazos con que la saludaban muchos automovilistas. Por eso prefería ir por el camino de la playa, esquivando a patinadores y corredores.

A través de una docena de tubos y cables, el cuerpo de Miriam permanecía conectado a toda clase de ordenadores y monitores que mostraban los gráficos de sus constantes vitales, que era como las llamaban las enfermeras y los médicos. Joop le sujetó la mano durante horas. Le susurró que todo acabaría bien, que se recuperaría y que él no se apartaría de su lado. Le contó cosas de cuando era pequeña, dando un breve paseo por el profuso tesoro de su memoria. Le relató lo que se iba encontrando por el camino de los recuerdos, le acarició los dedos y la muñeca, atento a cualquier indicio de reconocimiento por parte de ella.

Ese mismo viernes, al anochecer, cuando ni siquiera habían transcurrido diez horas desde que Joop la había visto alejarse en su bicicleta blanca, lo abordó en el pasillo un médico que llevaba prendida a la altura del pecho una pequeña placa con su nombre: «Dr. Benjamin Pollock.» Pollock le dijo que estaban haciendo todo lo posible por salvar a su hija, pero que debían ser realistas y que, desafortunadamente, sus posibilidades eran limitadas. Quizá fuera conveniente que Joop comenzase a considerar lo inevitable. Pollock le

comentó que él pertenecía a un equipo diferente. Que eso obedecía a imperativos legales, para no mezclar responsabilidades e intereses. Añadió que se veía obligado a tratar con él un tema tan delicado porque su hija podía salvar una vida. En realidad, ya no existía ninguna posibilidad de que sobreviviera. Sólo un órgano había salido incólume del accidente: su corazón, que se hallaba en perfecto estado. Aunque ella ya no tenía ningún futuro, podía ofrecer un futuro a otra persona.

—¿Lo pensará, señor Koopman? —quiso saber—. Tómese su tiempo y pregúntese qué habría deseado su hija.

Durante lo que quedaba de tarde y toda la noche, Joop siguió al lado de Miriam. Philip y Danny se negaron a abandonar la sala de espera. Relevaban a Joop cuando éste necesitaba un café o un cigarrillo, ya que dentro del hospital no se podía fumar. Danny no había soltado la inofensiva mochila de algodón con correas de cuero que Miriam había cargado día tras día sobre los hombros. Aquella mochila era la señal de que todo podía volver a ser como antes, como el día anterior. Su hija tenía toda una vida por delante. Había nacido para encontrar una ecuación matemática armoniosa, a la vez que estremecedoramente sencilla, que permitiese predecir todos los números primos.

Joop llamó a Ellen. Saltó el contestador automático. La voz de su ex mujer decía que se hallaba en el extranjero y que no devolvería la llamada hasta después del 7 de enero, pero que, de todos modos, deseaba feliz Navidad y próspero Año Nuevo al que había marcado su número.

Joop dejó un mensaje:

—Ellen, llámame en cuanto oigas esto. Le ha ocurrido algo a Miriam. Algo muy grave. ¡Llámame enseguida, por favor!

En torno a las doce de la noche sucedió algo para lo que Joop no tenía explicación. Le habló a su hija del viaje que habían hecho a Holanda unos años atrás, mientras le sujetaba la mano, e intentó hacerla reír recordando la discusión que había tenido con un revisor de tren. Luego dejó reposar la cabeza sobre la mano de Miriam y permaneció así, con los ojos cerrados y la mejilla contra su piel. Era cierto que estaba cansado y que lo que experimentó a continuación no pudo ser otra cosa que un sueño intenso, pero, aun así, fue francamente extraño que, de repente, se contemplara a sí mismo, medio tumbado en la cama, durmiendo al lado de Miriam.

Desde un rincón del techo de la habitación, como si estuviera suspendido en el aire, Joop se observaba junto a la cama. Vio cómo Miriam se incorporaba, aunque permanecía tumbada. Algo se desprendía de ella. Joop lo veía, aun sin ojos, pero no lograba describir con exactitud qué era lo que se desligaba de su cuerpo. Sólo

percibía que era algo esencial, algo que él llamaba Miriam. Ese ente incorpóreo se aproximó, y Joop se dio cuenta de que ambos estaban hechos del mismo material —si es que podía calificarse de esa manera— y que experimentaban la misma sensación. Notó cómo su cuerpo, aunque carecía de él, era invadido por una inmensa felicidad. A pesar de no tener boca, pronunciaba el nombre de su hija, que lo oía, sin tener oídos. Ya no había dolor ni deseo; todo era perfecto. Miriam le explicó sin palabras que mandara incinerar su cuerpo y que esparciera las cenizas en el mar, cerca de la isla de Catalina, puesto que había dejado de pertenecer al mundo de las cuatro dimensiones.

—¿Cuatro dimensiones? —preguntó Joop sin voz—. Son tres, ¿no?

—Te olvidas de la dimensión temporal, papá —contestó ella.

Lo despertó un enfermero, que había acudido alertado por una señal de alarma. Llegaron seis personas más, entre médicos y ayudantes, y le rogaron que esperase en el pasillo. Las constantes vitales de Miriam comenzaron a fallar una tras otra, y la conectaron a la máquina cardiopulmonar. Perdía mucho líquido, lo que indicaba que su cerebro se estaba necrosan— do. Bajo las luces de neón, yendo de un lado a otro del pasillo y de la sala de espera, con los ojos inyectados en sangre de puro agotamiento, Joop supo lo que tenía que hacer cuando falleciera su hija. Ella quería ser incinerada, y sus cenizas debían esparcirse ante la costa de la isla de Catalina.

El último verano se habían ido una semana de vacaciones a esa islita situada frente a Long Beach. Sentada a la sombra de un gigantesco eucalipto, Miriam pasó muchas horas leyendo *El hombre que sólo amaba los números*, una biografía de Paul Erdós, uno de los principales matemáticos del siglo XX. Entre tanto, tomaba notas en un cuaderno de gruesas tapas negras. El resto del tiempo lo dedicaba a explorar la isla mientras Joop trabajaba en la pequeña casa que había alquilado, y al atardecer solían quedarse contemplando el vas— to océano, al tiempo que hablaban de la época en que él compartía su vida con Ellen. Miriam hacía preguntas, y Joop contestaba.

Él sabía lo que quería su hija. En el sueño se lo había dejado muy claro, aunque no comprendía cómo lo había hecho. Cumpliría su deseo. No le cabía la menor duda: su niña debía ser incinerada, y disolvería sus cenizas en el agua que rodeaba la isla de Catalina.

El equipo médico no dejó que Miriam se fuese hasta muchas horas después. Máquinas y ordenadores sustituían la función respiratoria y bombeaban sangre a través de su cuerpo para proteger el órgano apto para la donación hasta que estuviera preparado el receptor, que se encontraba en algún lugar de Estados Unidos. Si Joop deseaba ponerse en contacto con él más adelante, podía hacerlo, siempre y cuando el receptor estuviese de acuerdo. Sin embargo, cuando cumplimentó el

cuestionario, indicó que no sentía necesidad de conocerlo. También se le preguntaba si estaba facultado para tomar esa decisión en solitario. Respondió afirmativamente, aunque luego se dio cuenta de que tendría que haberlo consultado con Ellen.

Philip y Danny lo llevaron a casa al amanecer. El corazón ya había sido extraído del cuerpo de su hija. Joop se ponía enfermo sólo de pensarlo. Lo perseguía la imagen del corazón palpitante, arrancado del tórax de Miriam. La ciencia había materializado algunos temores irracionales. En prácticamente todos los idiomas, el corazón se identificaba con el amor, la sinceridad y la bondad humana, pero con la llegada de los trasplantes se había convertido, además, en una bomba sustituible. Pesaba setecientos cincuenta gramos, carne de su niña.

Nunca antes había vivido solo en esa casa. Primero había estado Ellen, luego Miriam, e incluso cuando ellas no estaban presentes físicamente, había flotado en el aire la deliciosa perspectiva de su regreso.

Joop tardó horas en reunir el valor necesario para subir la escalera y abrir la puerta de la habitación de su hija. Cuando al fin lo hizo, vio el yogur, a medio terminar, en la mesilla de noche, la bolsa de Saks encima de la cama y la agenda nueva sobre el desdoblado papel de seda negro.

6

JOOP vio por primera vez a Ellen en un plato, donde ella se ocupaba del vestuario. Después de finalizar la enseñanza media, Ellen había cursado dos años de confección, tras lo cual encontró trabajo como ayudante de vestuario de diversos programas de televisión. Aquel cortometraje era su primer encargo como autónoma. Le pagaban muy poco, pero había aceptado el trabajo porque su nombre aparecería en los créditos: VESTUARIO, ELLEN MEERMAN.

El plato de producción se encontraba detrás de la Estación Central de Ámsterdam. A las ocho de la mañana de aquel día, Joop se adentró en el pasillo que cruzaba por debajo de los andenes y caminó en dirección a la salida que daba al río Ij. El primer miembro del equipo de rodaje al que avistó, junto a una furgoneta Volkswagen repleta de ropa, fue una mujer joven que soportaba estoicamente el frío vestida con un ceñido pantalón corto. Los *hot pants*, que era como se conocía a esa prenda, ya estaban pasados de moda aquel año. Sin embargo, Ellen seguía poniéndoselos invariablemente, consciente del impacto que causaba su osado atuendo. Tenía unas piernas espectaculares, y los *hot pants* se le ceñían tanto que se distinguía con claridad la forma de sus nalgas. Llevaba una cazadora con cuello de piel, las piernas enfundadas en medias de malla y unas zapatillas de deporte blancas.

—¿Podrías decirme dónde está el plató de *El fin del Ij*? —le preguntó Joop.

—Ven conmigo —respondió ella.

Tenía una voz grave y agradable. Andaba con paso elástico, como si se deslizara sobre cojines de aire.

—¿Eres un extra? —quiso saber.

—No —sonrió Joop con desgana, decepcionado por cómo lo había catalogado—, soy el guionista.

—¿Joop Koopman?

—En efecto. ¿Y tú quién eres?

—Me encargo del vestuario. Me llamo Ellen.

Mientras seguían caminando, ella le tendió la mano, esbozando una sonrisa.

—Una historia sofisticada. Cantidad de sofisticada. La admiro cantidad.

«Dos veces “cantidad”», pensó Joop. Era bellísima. Con aquellos labios, podía pronunciar la palabra «cantidad» todas las veces que quisiera.

Joop no tenía intención de acudir al plató con frecuencia, pero acabó yendo todas las mañanas. Por ella. Iba a buscarle café cada vez

que le apetecía, permanecía siempre cerca de ella y le echaba una mano cuando la encontraba en la furgoneta, con los brazos llenos de prendas de vestir.

El modesto presupuesto con que contaban sólo daba para una semana de rodaje, pero eso no fue impedimento para que celebraran una fiesta de despedida el último día. Joop asistió porque se trataba de su primera película digna de tal nombre, y también porque quería concertar una cita con Ellen.

La cortejó, por así decirlo, a la antigua usanza, con cuatro cenas, repartidas en cuatro semanas sucesivas. Joop invitaba, pagaba, la acompañaba cortésmente a casa y se despedía de ella con un formal apretón de manos, mientras la devoraba con los ojos. Ellen era distinta de las demás mujeres de su entorno. No tenía estudios, jamás leía el periódico, llevaba trabajando desde los dieciocho años, no mostraba ningún interés por las abstracciones que obsesionaban a Joop como joven escritor—forma y contenido, realidad y ficción— y era más espontánea, intuitiva y directa que él. Joop había tenido algunas novias, pero nunca se había entregado a la vida desenfrenada que Ámsterdam ofrecía a los jóvenes. Había leído y estudiado, en busca de respuestas a las grandes incógnitas de la vida y el mundo. Con todo, no podía negar —por más que su ávida búsqueda de conocimiento pareciera desmentirlo— que anhelaba el roce de las faldas, una fina mano de mujer apartándose un mechón teñido de rubio de la cara, la delicada forma de ponerse un anillo en el dedo o de enrollar las medias antes de introducir el pie. En Ellen se materializaba el cuerpo femenino que podía mantener ligado a la tierra su etéreo espíritu. Ella se hallaba inmersa en el mundo, en tanto que él lo contemplaba a través de un cristal opaco.

La quinta vez, Joop se la encontró por casualidad en la sección de productos lácteos del supermercado Albert Heijn. Ellen estaba leyendo la etiqueta de un yogur que sostenía en la mano. Vestía un vaquero y una gruesa cazadora de nailon y empujaba un carrito de la compra. Su constitución atlética hacía que de lejos pareciese más alta de lo que era en realidad. Su rostro recordaba al de las estatuas egipcias, cuello de cisne, cara ovalada, nariz más bien grande, enormes ojos verdes y labios carnosos. Era absolutamente terrenal. Una sacerdotisa de la naturaleza.

¿Cómo se dirigió Joop a ella en esa ocasión?

—Vaya, ¡qué coincidencia! Pasaba por aquí. ¿Tienes prisa? ¿Tomamos algo?

Ellen lanzó una mirada a la cesta de Joop, como de pasada, y al ver que llevaba una lata de atún, huevos, mayonesa y vino tinto, dijo:

—Yo tengo lechuga, tomates y judías. ¿Sabes qué estoy pensando? Si lo juntamos todo, podemos preparar una buena ensalada. ¿En tu

casa o en la mía?

Dejaron las bolsas de la compra medio tiradas junto a la puerta del apartamento de Joop. Ellen se quitó el ceñido vaquero en el minúsculo cuarto de baño y se presentó desnuda en el umbral del dormitorio, a pesar de que la estufa de gas aún no había calentado la casa. ¿Era el frío o la excitación la causa de la extrema dureza de sus pezones?

Pechos firmes y vírgenes, el vientre levemente curvado, piernas atractivas y dedos elegantes. El espeso cabello rubio le cubría por completo los hombros, después de habérselo soltado en el cuarto de baño. Joop deseaba su cuerpo y Ellen se deleitaba en ese deseo, que le otorgaba poder y le brindaba la posibilidad de entregarse a él.

—¿Te parezco muy fea? —preguntó.

Como si estuviera posando para una revista de desnudos, apoyó las manos en ambos lados del marco de la puerta, exhibiendo sin temor los pechos y el pequeño triángulo del pubis.

—Horrorosa —bromeó Joop, y señaló con un gesto la almohada que se encontraba a su lado.

Ellen avanzó hacia él, con los pechos balanceándose levemente. Retiró la manta que lo cubría, comprobó con satisfacción el efecto ejercido por su presencia, se tumbó encima de él, tapándolo con la suavidad de su cuerpo, y se deslizó poco a poco hasta que sus pechos se hallaron a la altura de los labios de Joop.

Eso ocurrió en 1979. Bajo el último sol de una tarde luminosa de noviembre se dejaron ir por espacio de una hora, sin pudor alguno. Joop nunca había sospechado que se atreviera a tanto. Después, Ellen preparó una ensalada en medio de grandes aspavientos, y la aliñó con una sencilla pero sabrosa vinagreta mezclando aceite, vinagre, ajo, sal y pimienta. Finalizaron la comida con un té, porque ella tenía frío. En la furgoneta del vestuario reinaba un orden perfecto, pero cuando Ellen se marchó a su casa, Joop tuvo que dedicar tres cuartos de hora a recoger la cocina.

¿Qué habría sido de él sin Ellen? Se habría convertido en un poeta esquivo e impenetrable, condenado a observar cómo se le iba la vida, fumando sin cesar, bebiendo ginebra y acumulando deudas, hasta que un buen día su casero lo hubiese encontrado muerto en la cama.

Cuando Ellen entraba con paso ligero en la pequeña casa que ella habitaba en el barrio de Jordaan, las cortinas se agitaban de pura alegría, el fregadero se llenaba gustosamente de cacerolas y sartenes, y los vecinos esperaban con ilusión la nueva entrega de la radionovela que precedía a los orgasmos de Ellen. Todo cuanto ella hacía rebosaba erotismo. Sus sentidos estaban en contacto directo con su sexualidad. Aunque Joop no sabía por qué lo había elegido a él —los dos primeros

meses no se habían comprometido a nada y la certeza de que ella se acostaba con otros hombres lo hacía enfermar de celos—, decidió no darle demasiadas vueltas al asunto. Le recordaba a Linda, su prima segunda, que había perdido a sus padres en un accidente de coche. Linda tenía diecisiete años cuando file a vivir con la familia Koopman. Le llevaba un año a Joop, y durante diez meses lo inició en una serie de actos que lo mantenían día y noche en un estado de embriaguez febril No por nada Joop había sacado unas notas nefastas al final del curso. Ninguna de sus novias posteriores le brindó la intensa corporeidad que había encontrado en Linda. Hasta que Ellen entró en su vida. Inteligente, pero no intelectual. Terrenal y lujuriosa. Intangible e inescrutable.

A pesar de sus buenos propósitos, Joop tuvo que reconocer que estaba obsesionado por ella. Soportaba a duras penas la idea de que la vida de Ellen no girara exclusivamente en torno a él. La vigilaba sin cesar —aunque sólo fuera en su imaginación— cuando hablaba con sus amigos en un bar; cuando, durante el día, realizaba su trabajo sin que él pudiera controlarla, haciendo perder la cabeza a los hombres de su entorno; o cuando la imaginaba tendida en la cama, gozando consigo misma. Durante todo ese primer período, Joop estaba convencido de que Ellen no hacía más que pensar en el sexo las veinticuatro horas del día.

Las cosas cambiaron de forma significativa desde que decidieron iniciar una relación seria. Si bien Joop mantuvo su apartamento en el barrio De Pijp, a efectos prácticos se instaló en casa de Ellen. Allí se esforzó por escribir algo que se ajustase a los criterios de subvención aplicados por la comisión de fomento del cine. A veces, Ellen abría la puerta de casa atropelladamente, manifestándose en toda su belleza, con las mejillas enrojecidas por el frío y la recia melena enmarcándole la cara tras un intenso pedaleo en bicicleta. Entonces lo atraía hacia sí con una mano y lo besaba con vehemencia, mientras que con la otra le agarraba la entrepierna.

Joop escribió *El fin del Ij* nada más acabar su formación en la academia de cine. El cortometraje lo dirigió Bert Hulscher, un cineasta que había terminado la academia dos años antes que Joop. Bert se había puesto en contacto con él tras leer en una revista literaria un relato suyo del que opinaba que podía ser adaptado al cine.

Desde su primer trabajo, Bert se ganó el apoyo de la selecta minoría que llevaba el tema de las subvenciones en los Países Bajos. Enseguida le ofrecieron la posibilidad de demostrar sus cualidades en proyectos más ambiciosos. Por el contrario, los guiones de Joop Koopman, que no cesaba de presentar solicitudes ante la comisión competente, fueron rechazados uno tras otro por considerarse

«demasiado literarios» y «muy poco visuales».

Mientras Bert trabajaba en su primer largometraje, Joop escribía una novela a partir de uno de sus guiones. El segundo editor al que acudió se decidió a publicarla. Las críticas confirmaron lo que él ya tenía claro: sabía escribir, incluso algo tan complejo como una novela. Los críticos elogiaron su obra, calificándola de «importante ópera prima». Sin embargo, a pesar de su éxito literario y la tranquilidad que le proporcionaba contar con un holgado saldo positivo en el banco, Joop se sintió frustrado por no haber obtenido ninguna ayuda para sus proyectos cinematográficos, sentimiento que lo impulsó a no cejar en su empeño.

Joop presentó nueve solicitudes en dos años. En todas expresaba su deseo de ser invitado a una entrevista personal para poder defender su proyecto. Los miembros del comité de subvenciones alababan su esfuerzo y su talento. A raíz de su súbita reputación como novelista, se mostraban más cautelosos y aducían que, a su juicio, era un narrador literario, más que cinematográfico. Cuando, al día siguiente a la entrevista, Joop llamaba para conocer la decisión del comité, se encontraba sistemáticamente con un no encubierto. Su suerte tampoco cambió cuando Bert Hulscher entró a formar parte del comité. Joop no necesitó ninguna explicación cuando Bert se abstuvo de responder a los mensajes que le dejaba en su contestador automático. Durante un tiempo se empeñó en creer que era víctima de un complot malévolo que pretendía mantenerlo alejado del mundo del cine, pero al no encontrar ningún motivo convincente para llegar a semejante conclusión, terminó por atribuir las negativas a la mala suerte y el azar.

Después de *El fin del Ij* empezó el meteórico ascenso de Ellen. Su toque exhibicionista encajaba a la perfección con el estilo de los anuncios publicitarios de la época. Tanto era así que a los pocos meses ya estaban ofreciéndole más encargos de los que podía aceptar. Amplió su campo de trabajo y pasó a ocuparse de la dirección artística.

A comienzos del verano de 1982, recibió una llamada telefónica de un cámara holandés con el que había rodado algunos anuncios. El tipo se había trasladado a Los Ángeles en la primavera para preparar el rodaje de una película. Sus elogios al extraordinario trabajo artístico de Ellen habían suscitado el interés del productor, y le preguntó si podía enviarle una cinta.

Tres semanas más tarde le llegó un billete de avión con la invitación para una entrevista.

A los dos días de su partida telefoneó a Joop.

—Nos alojamos en el hotel Sunset Marquis. Todo el mundo está sentado alrededor de la piscina. He visto a Robert Duvall y creo que

también a Clint Eastwood.

Una punzada de envidia.

—¿Crees que lo has visto o lo has visto de verdad?

—¡Juraría que era Clint Eastwood! ¡Era clavado a él!

—¿Y el tiempo?

—Espléndido. Muchísimo calor, pero muy agradable.

Y ahora viene lo más importante...

—¿Lo más importante?

—¡Quieren que lo haga!

—¿En serio?

—Pues sí. Ocho semanas de preparación. Ocho semanas de rodaje. ¿Y sabes cuánto me pagan?

—No me tengas en vilo.

—¡Dos mil dólares a la semana!

—¿Tanto?

—Pero sólo aceptaré el encargo si tú te vienes conmigo.

—¿Y qué hago yo allí?

—Escribir. ¡A la mierda con esas subvenciones! Estoy segura de que algún día venderás un guión. Ya verás.

—Pero allí aún es más difícil —replicó Joop, aunque en realidad no quería discutir, ya que lo que más deseaba en el mundo era irse con ella.

Se marcharon en el verano de 1982, con cuatro maletas de equipaje. Gracias a los ingresos de Ellen pudieron alquilar un estudio —salón-dormitorio y cocina americana— en un barrio de Hollywood frecuentado por drogadictos, mantener un Chevrolet desvencijado y alimentarse con comida china para llevar.

El rodaje se aplazó un mes, luego otro, y al final quedó suspendido definitivamente. Si bien Ellen cobró lo acordado, vivió en su propia carne lo que en Hollywood es el pan de cada día: muchas películas no llegan a rodarse nunca, incluso estando ya preparadas y con todo el equipo trabajando. Durante un tiempo se las apañaron con los ahorros de Ellen.

Joop escribía guiones, los traducía y acudía con ellos a todas las agencias que no rechazaban de entrada los originales no solicitados. Al cabo de cinco meses, dio con un agente que creyó en él. Siguió su consejo y adoptó un seudónimo. Según le dijo el agente, en muchos casos los manuscritos de extranjeros eran devueltos sin leer, porque la experiencia demostraba que los guionistas foráneos desconocían el sistema de Hollywood y no aplicaban de forma coherente las reglas del juego. Corrigió la obra de Joop con un rotulador rojo, sin concesiones a la sensibilidad de su cliente.

En adelante Joop se hizo llamar Joe Merchant, un nombre que

sonaba a artista de variedades. Al año de haber llegado a Los Angeles se produjo el milagro: su agente vendió uno de sus guiones. Nada menos que por cincuenta mil dólares. Dólares de verdad. Un cheque de un verdadero productor de Hollywood. Toda una fortuna.

Joop y Ellen encontraron una vivienda asequible en Venice, donde solían pasearse por la playa los fines de semana. En comparación con otras zonas del oeste de Los Ángeles, era un barrio relativamente barato. Seguía bajo el hechizo del *flowerpower* y, por eso, ejercía una fuerte atracción sobre hippies, camellos, yonquis, artistas, escritores y gente relacionada con el mundo del cine. Parecía como si la casa, que llevaba ya ocho meses en venta, hubiera estado esperándolos. Era una vivienda unifamiliar de madera, situada en un barrio tranquilo de clase media que aún no había sido tomado por los burgueses ni las bandas criminales. Se encontraba en Superba Avenue, a mitad de camino entre Lincoln Boulevard y la playa. Quedaba a cinco minutos, andando en dirección oeste, del famoso paseo marítimo de Venice Beach, al que se llegaba tras pasar por delante de pequeños jardines con palmeras y helechos muy bien cuidados; en dirección este, otros cinco minutos la separaban de los supermercados, restaurantes, lavanderías y lavaderos de coches de Lincoln Boulevard. La casa se hallaba en un estado deplorable, y faltaba poco para que la declarasen ruinosa.

—Basta con que le den una capa de pintura, y les durará años —les había engañado el agente inmobiliario.

Después de apearse del Chevrolet, mientras contemplaban la casa, Ellen observó:

—Joe Merchant en Venice. *El mercader de Venecia*. Es una obra de teatro, ¿no? ¿Quién es el autor?

—Shakespeare —contestó Joop.

Finalizada la primera inspección, caminaron hasta la playa atravesando el barrio.

—La casa está magníficamente situada —señaló Ellen—. Pero necesita muchas reformas.

—Muchas no, todas —puntualizó Joop—. Una cocina nueva, cuarto de baño, aseo, tejado, canalones...

—Y si a eso le añadimos otros gastos, resultará demasiado caro.

—¿Qué más gastos puede haber? —repuso Joop.

—Bueno... quizá haya más.

—¿Te refieres a posibles defectos ocultos o así?

—Me refiero a otra cosa, a otra cosa totalmente distinta.

—¿Qué cosa? —quiso saber Joop mientras se detenía y le cogía la mano—. ¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas de que... me olvidé de tomar la píldora?

Desde que se conocían, Ellen se había saltado algún comprimido

de vez en cuando, bien porque se le olvidaba o porque no los encontraba, pero el semen de Joop jamás había alcanzado su destino.

—¿Qué quieres decir? —repitió él

—¿Qué crees que quiero decir? Estoy embarazada. Me han dado el resultado esta mañana. Yo tampoco lo sabía… Quizá haya metido la pata, pero… ¿A ti qué te parece?

Compraron la casa. Como no disponían de suficiente dinero para pagar a un contratista, lo hicieron todo ellos mismos. Se acostaban embutidos en sacos de dormir, compraban comida rápida mexicana y se duchaban sin cortinas. Pintaron las paredes, pulieron y barnizaron los suelos, repararon los rodapiés, instalaron armarios nuevos en la cocina, y Joop descubrió que era capaz de moverse por el tejado como un equilibrista, mientras sustituía las podridas placas cuadradas de madera que en Estados Unidos se utilizan a modo de tejas.

Se casaron el 18 de septiembre de 1983. Ellen se encontraba en el sexto mes de embarazo. Las madres de ambos volaron a Los Ángeles y compartieron una habitación de motel en Lincoln Boulevard. La ceremonia en la casa consistorial duró tres minutos. Las dos madres actuaron como testigos. Durante todo el día, Ellen sintió que el bebé se agitaba con fuerza, como si también él deseara participar en el feliz evento.

7

JOOP se despertó a la una de la madrugada. Comenzaba el 25 de diciembre del año 2000. El día de Navidad. Durante el primer minuto permaneció tumbado, preguntándose por qué se hallaba a esas horas en el sofá del salón. Durante un momento reinó la paz, ya que daba por supuesto que Miriam estaba en su cama. Hasta que, de pronto, se integraron en un todo coherente los acontecimientos de los últimos días, punzantes flechas disparadas a su corazón desde el último rincón de su memoria. (Era una sensación física que se desarrollaba en el interior de su tórax.) Se obligó a aceptar lo inaceptable: en la cama de Miriam no dormía nadie y ella no volvería a bajar nunca más la escalera. Joop se levantó de un salto, incapaz de soportar las imágenes que le rondaban por la cabeza, subió a toda prisa y abrió de golpe la puerta de la habitación de su hija.

Se dejó caer en el umbral del dormitorio. Sentado allí, con la cara escondida entre las manos, se movía de un lado a otro como un judío ortodoxo, mientras no paraba de pronunciar el nombre de Miriam. Luego guardó durante varios minutos un profundo silencio, interrumpido únicamente por su respiración. Unas veces se imaginaba que todo era una pesadilla de la que acabaría despertándose, pero otras era consciente de que la muerte de su hija constituía un hecho irrevocable, de que no oiría de nuevo su voz a través del teléfono, de que ella no le revolvería nunca más el pelo con los dedos. Pero cuando se concentraba, cerrando los ojos, apretando los dientes y los puños y tensando todas las fibras de su cuerpo, la veía, oía su voz, podía acariciar la tersa piel de su cuello.

Al cabo de una hora pareció que el dolor se atenuaba. Tras haber recuperado la serenidad, bajó a la cocina y encendió un cigarrillo de una de las cajetillas que Philip —¿Philip? Ah sí, su fiel compañía durante toda la tarde y noche de la catástrofe— le había dejado al lado de la mochila rosa. Fumando, se adentró en la oscuridad del jardín. El viento había amainado momentáneamente y el termómetro exterior marcaba diez grados. Por encima de los tejados se diseminaba el lejano ruido de los aviones que aterrizaban en el aeropuerto internacional de Los Ángeles. Joop no divisó ninguna estrella; sobre la ciudad se extendía una fina capa de niebla. En las casas que veía desde el jardín no había ni una luz encendida. A lo largo del día, todas las familias se reunirían para comer el pavo de rigor. Joop y Miriam estaban invitados en casa de Caroline. Nuevos ricos, pero afectuosos. Vivían en una mansión en Main Street, Santa Mónica, cuyo garaje subterráneo albergaba una decena de coches de lujo. En Los Ángeles,

ser rico tenía a menudo algo de perverso. Se juntarían unos cuarenta invitados, entre ellos los abogados del matrimonio y algunos colegas de negocios, casi todos judíos que ese año hacían coincidirías fiestas de Janukáy Navidad. Miriam estaba al tanto de los problemas financieros de su padre. Tras un tanteo cauteloso —no sabía qué ponerse para la cena—, no había vuelto a insistir. Aceptaba sin problemas las restricciones inherentes a la situación económica del momento. Sin embargo, Joop sabía que le haría ilusión llevar algo nuevo, aunque su hija era capaz de aparecer radiante en la mesa con cualquiera de los vestidos que tenía, dos armarios llenos, si no se equivocaba. Pero, por lo visto, su vestuario no era nunca bastante, o no del todo, o no se ajustaba a lo que quería exactamente, o no era adecuado para la ocasión (de hecho, en su condición masculina, Joop nunca llegaría a comprender el delicado equilibrio entre la forma de vestir y la disposición de ánimo femenina). Joop le había dejado su tarjeta de crédito y Miriam se había presentado en casa con un vestido de tan sólo cuarenta dólares. El domingo anterior había tomado el autobús, y curioseando por los comercios de Melrose Avenue, había encontrado al fin una prenda de segunda mano en el rastrillo del cruce con Fairfax Avenue: un traje de terciopelo rojo sangre, ribeteado con tiras fruncidas de color negro, relativamente decente, pues le llegaba hasta la mitad de los muslos, aunque con un escote más que atrevido. Miriam había recibido en herencia las joyas de la madre de Joop —o mejor dicho, él se las había regalado— y algunas sortijas y collares. El día en que se compró el vestido, Miriam entró por la tarde en su despacho para preguntarle si podía presentarse en público con aquel atuendo: el pelo recogido en un moño, pendientes de piedra coralina, las alhajas heredadas, altos tacones de aguja y las piernas enfundadas en unas brillantes medias negras. Joop asintió con la cabeza.

—¿Estás seguro, papá? ¿No se nota que es un vestido viejo?

—En absoluto.

—¿Y las joyas? ¿No es un poco excesivo?

—No. En ti nada es excesivo.

—Esa es una respuesta excesiva. No eres sincero.

—Yo siempre soy sincero. Al menos contigo.

—¡Por favor, no seas condescendiente! ¿De verdad te parece bien?

—Miriam, hija, has estado mirándote en el espejo, y por lo visto has decidido, después de pensarlo durante más de una hora, que estás lo suficientemente guapa como para pedir la opinión de tu pobre padre. ¿Cómo voy a decirte que no puedes salir así a la calle?

—¡No me des la razón de esa forma! Eso hace que me sienta tremendamente insegura. No te pido nada del otro mundo. Sólo tienes que decirme lo que piensas de verdad. Ten en cuenta que estaremos

rodeados de peces gordos…

—¿Desde cuándo te interesas tú por los peces gordos?

—No quiero que piensen que somos unos pobres diablos.

—Tú vales mucho más que ellos…

—Déjate de tópicos, papá. La apariencia también cuenta.

—Tu apariencia está fuera de concurso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que eres tan bella que quedas excluida del concurso por compasión hacia tus competidoras.

—Ahora sí que eres un padre encantador.

—¿Un beso?

—¡Por supuesto!

Y Miriam apretó sus carnosos labios pintados de rojo en la frente de Joop.

—Tener una segunda boca encima de los ojos nunca está de más —le dijo, dirigiéndose a la puerta.

Sin querer, Joop levantó la mano y se la pasó por la frente, como si pudiera encontrar aún la impronta de los labios de su hija. Miriam tenía intención de lucir el traje ese mismo día de Navidad, con las resplandecientes joyas de su abuela, los relucientes zapatos y las brillantes medias. En la antesala de la mente de Joop amenazaba la aterradora conciencia de que todo había cambiado, de que ella no aparecería y de que, de repente, su vida se encontraba bajo el impacto de una terrible desgracia. Pero no quería pensar en ello, se negaba a buscar las palabras que dieran forma a esa realidad. Luego, cuando esa extraña noche se disolviera en la luz familiar de la mañana, todo volvería a la normalidad.

Se tumbó en el sofá y se cubrió con un abrigo. Sería mejor que no volviera a subir y que evitara las puertas y las habitaciones de arriba. Debía centrar toda su atención en las imágenes que poblaban su memoria, esa espaciosa y recargada sala de baile de su espíritu, donde podía encontrar todo cuanto anhelaba en ese momento.

8

SENTADO detrás de Ellen en un taburete de partos, Joop la sostenía mientras ella tensaba, entre gruñidos y maldiciones, todos los músculos del cuerpo para liberarlo del bebé. Sosteniéndola por las axilas mientras la rubia coleta le rozaba la cara, Joop miró por encima del hombro de su mujer y comenzó a empujar con ella, no sólo en su imaginación, sino también físicamente, como si contribuyera en algo que él se acompasase al ritmo de su respiración. Joop apretaba los dientes y hacía fuerza cada vez que ella empujaba a fondo. Entre una contracción y otra, respiraba a bocanadas, lo mismo que Ellen, como un perro exhausto. Mientras la sujetaba, Joop sentía como suya la tensión del cuerpo de su mujer, de modo que, al menos simbólicamente, participaba de forma activa en la batalla que ella estaba librando sobre el taburete.

Una hora antes, Joop había arrimado la mesa a la pared para despejar la cocina y colocado un plástico sobre el suelo de madera recién barnizado. Las ventanas situadas sobre la encimera daban al jardín. Era el primer invierno que pasaban en la casa y Joop había comprobado que en esa época del año la luz del sol tardaba en entrar en la estancia, pero ese día todo rebosaba luz y vida bajo un cielo azul claro.

Mientras los aullidos de Ellen le llenaban los oídos y su enfurecido cuerpo se removía contra su pecho y entre sus brazos, Joop vio aparecer algo entre los blancos muslos.

—Muy bien, una vez más y ya está —la animó la matrona.

Ellen asintió con la cabeza, sacando fuerzas que parecían muy por encima de sus posibilidades. De golpe, su cuerpo se endureció y, con un rugido visceral, expulsó una pequeña criatura arrugada. El bebé se puso a berrear en cuanto lo recogió la comadrona. ¿Era guapo? No, era espantoso, parecido a un animalito, aunque al mismo tiempo muy natural, como recién salido de un documental de *National Geographic*, reflejaba un orden inmoral y estético situado más allá de las normas humanas. El espermatozoide de Joop había penetrado en el óvulo de Ellen y había llegado la hora de que naciera un ser humano.

—¿Puedo cogerla? —masculló Ellen, aun antes de recuperar el aliento.

—Un momento —respondió la comadrona.

Cortó el cordón umbilical, pesó al bebé en la báscula, realizó unas comprobaciones de las que Joop no entendía nada y, mientras tanto, Ellen susurró al oído de su marido con voz ronca:

—Joop, tenemos una niña, una niña de verdad.

Durante un momento recostó la cabeza, sudorosa y fatigada, en el hombro de Joop, que le besó la oreja. A los diez segundos volvió a incorporarse.

—Mi niña —pidió.

Una vez la comadrona envolvió a la criatura en un paño, Ellen, ansiosa, la cogió en sus brazos con un cuidado, una precisión y una destreza que parecía poseer por naturaleza. Eran las doce y diez del mediodía del 22 de diciembre de 1983.

—Mi niña —murmuró Ellen mientras la pequeña temblaba de frío y se refugiaba entre sus brazos en busca de calor, con sus grandes ojos abiertos al mundo. Tenía el cabello negro, un tono de piel rojo pálido y la boca ancha.

Será toda una belleza —dictaminó la matrona—. He asistido a miles de partos y enseguida sé lo que tengo entre manos. Estará para comérsela.

Joop miró a su hija por encima del hombro de Ellen. Buscaba algo conocido en su mirada, en la forma de su cara, pero era una extraña, o mejor dicho: no era parte de nadie, sino un ser independiente, una persona con una fuente de energía propia y un destino particular que no se revelaría hasta casi dos décadas más tarde. Habían decidido ponerle el segundo nombre de la madre de Joop.

—Miriam —musitó Ellen—. Hola, Miriam. Bienvenida.

A las seis semanas de nacer Miriam, Joop vendió nuevamente un guión. Otros cincuenta mil dólares. Al final, el primer año en Los Ángeles, que se auguraba difícil, acabó dando paso a un período de prosperidad. Esa noche, después de ver en la televisión *El show de Johnny Carson*, Ellen restregó el trasero contra el cuerpo de Joop. Era un gesto muy suyo que significaba: «Quiero, estoy dispuesta, acaricióme.» Mientras estuvo embarazada había hecho el amor a gatas, estilo perrito, para proteger su vientre hinchado.

Hacía tres meses que no mantenían relaciones. Tras el coito, Ellen se acurrucó en los brazos de Joop, dándole la espalda, recogida en su regazo, mientras escuchaban la respiración de su hija en silencio. Ellen sujetaba las manos de Joop entre sus pechos, apretándolas fuertemente.

—Tengo miedo —dijo.

Sus palabras cogieron desprevenido.

—¿Miedo? —preguntó.

—Sí, miedo. De que esto se acabe.

—No se acabará —replicó Joop.

—¿De veras?

—Durará siempre —le aseguró.

Pero en ese mismo instante Joop recordó una paradoja: la

felicidad era algo que no podía captarse hasta que se había esfumado. Se arrimó aún más a Ellen. Cuando la felicidad le brillaba en los ojos, él no la veía. Sólo existía en su memoria. Daba miedo pensar en ello, como si las palabras pudieran dañar el sentimiento. Ellen había expresado algo que no debería haberse expresado jamás.

La estrechó contra sí y dijo, casi a modo de plegaria:

—Esto no se acabará nunca. No permitiremos que se acabe.

9

EL TIMBRE de la puerta arrancó a Joop de un sueño profundo. No tenía ninguna intención de despertarse, pero el ruido no cesaba. Abrió los ojos y escuchó. Alguien apretaba el pulsador con un ritmo repetitivo, monótono e irritante, como cuando gotea un grifo mal cerrado.

Joop se acercó a la puerta pasando por delante de la mochila rosa, que había colgado en el perchero, y observó por la mirilla. Philip. Este lo vio y retiró la mano del timbre; en su rostro se dibujó una sonrisa melancólica.

Joop le abrió.

—No contestas al teléfono —le reprochó Philip—. No quería molestarte, pero empezaba a preocuparme.

—Muy amable. ¿Tienes tabaco? Me lo he fumado todo.

—¿Puedo entrar o nos quedamos aquí fuera?

—Entra.

Joop se echó a un lado para dejarlo pasar. Frente a la puerta estaba aparcado el Infiniti azul en que lo habían llevado al hospital. Apoyado contra el coche, Danny encendía un cigarrillo.

—¿Sabes que enfrente de tu casa hay un coche con alguien dentro?

—Danny—observó Joop mientras cerraba la puerta.

—No. Un negro enorme. Creo que es él.

Joop giró sobre los talones y volvió a escudriñar por la mirilla. Detrás del Infiniti, en línea diagonal, vio un flamante jeep Cherokee negro. A pesar de los cristales tintados, Joop distinguió claramente a un hombre robusto de piel oscura sentado al volante.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Llama a la policía si quieres que se vaya.

—Pues sí.

—Y vuelve a conectar el teléfono. No hay manera de contactar contigo.

—Lo haré.

Pero Joop no tenía ojos más que para el hombre del jeep, el hombre que había conducido a su hija a la muerte. Si seguía ahí mucho tiempo, acabaría matándolo. Joop pensó que quizá lo hiciera deliberadamente, que tal vez aquel hombre quería pagar con su vida el daño que había ocasionado.

—Déjalo —le aconsejó Philip—. Es asunto de la policía.

Joop no contestó. Sintió la mano de Philip en el hombro.

—Basta de espiar. Mírame. ¿Cómo te encuentras? No hace falta

que te afeites, un judío no tiene que afeitarse necesariamente después de algo así, pero lávate. Hueles mal. Llevabas esa misma camisa el viernes. Y de eso hace ya tres días.

—¿Tienes un cigarro?

—Por supuesto. ¿Por ahí se va a la cocina? Ven.

Entraron. Sobre la encimera había ocho botellas de vino vacías. Joop no tomaba bebidas alcohólicas más fuertes. Las ocho botellas daban testimonio de la forma en que había conciliado el sueño. Analgésicos mezclados con vina Las pastillas estaban en el salón. Le quedaban dos cajas, y doce botellas de vino para acompañarlas. Estaban de oferta en Trader Joe's y Joop se había hecho con una buena provisión.

—¿Has comido?

—No tengo hambre.

Se sentaron a la mesa de la cocina y Philip le tendió una cajetilla de Marlboro.

—Deberías salir un rato. ¿Por qué no vamos a tomar algo? Por aquí todos son judíos, pero en Navidad actúan como si no lo fueran. Durante un día se comportan como *goyim*. Venga, vamos a ver si nos dan un poco de pavo por ahí.

—Te lo agradezco —respondió Joop, que apenas podía hablar porque le dolía el paladar y la garganta—, pero no me apetece nada. Más tarde me prepararé cualquier cosa.

—¿Tienes algo para comer?

—Sí, claro.

¡Cómo no iba a haber comida en casa de un padre con una hija de diecisiete años que podía presentarse con dos o tres amigas en el momento menos pensado! Había siempre Coca-Cola light, patatas fritas, galletas bañadas en chocolate y nubes de azúcar. Y en el congelador, salmón, atún y pescado blanco, comprados en la selecta pescadería de Colorado Boulevard, todo ajustado al pormenorizado cálculo que cada mes hacía de los gastos que podía permitirse.

—¿Tienes amigos en Los Ángeles? No deberías quedarte solo. En una situación como ésta es importante que haya gente a tu alrededor. Los viejos judíos no inventaron la *shvvá* porque sí. La semana de luto está para algo.

—Guardar la *sh 'wá*... —masculló Joop.

Guardar duelo. Eso era lo que estaba haciendo. Entregarse a la inmovilidad. Guardar el luto sentado, no en una silla, sino sobre un almohadón en el suelo. Él lo hacía en el sofá.

—De momento no necesito ver a nadie —aseguró.

Philip lo contempló, preocupado. Sacó una tarjeta de su americana y se la tendió.

—Llámame —dijo—. A cualquier hora. Estaré otros dos días por

aquí. Luego me iré. También figura mi número de Tel Aviv.

Joop asintió con la cabeza. Trató de leer las letras y los números impresos en la tarjeta, pero los signos temblaban ante sus ojos y no logró descifrarlos.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Joop ahondó en su mente en busca de una decisión, con la mirada perdida. Tragó saliva con dificultad y respondió:

—Será incinerada. Y después... la isla Catalina, frente a la costa. Hace unos meses estuvimos allí. Una semana. Ella me dijo que al terminar sus estudios se iría a vivir a esa isla. En cuanto se hubiera hecho rica y famosa, se compraría una casa de veraneo en Catalina.

—Bien —aprobó Philip—. Está bien que sepas lo que vas a hacer.

—Sí —admitió Joop, acordándose de que Miriam le había revelado el mensaje en un sueño.

—Anda, ven conmigo a dar un paseo. Hace buen día.

—No, de verdad. Tengo cosas que hacer.

—De acuerdo —cedió Philip mientras se ponía en pie—. Llámame. Pero sobre todo procura estar localizable. Hay gente que quiere hablar contigo, ¿sabes? Ahora más que nunca.

—Lo tendré en cuenta.

Joop acompañó a Philip hasta la puerta; el compañero de clase, tan dado al contacto físico, que había querido ser médico pero al final se había formado como espía en Israel. Tal vez él también debería haberse marchado a Israel con Miriam. Quizá debería haberla autorizado a que obtuviese el permiso de conducir. Dios mío, si hubiera conducido ella, no habría pasado nada.

—Animo, chico —le dijo Philip, girándose hacia él.

—Gracias —contestó Joop.

—Y vigila ese todoterreno.

Philip le dio un pellizco cariñoso a la vez que reconfortante en el brazo y regresó al coche cruzando el jardín delantero.

Joop se quedó mirando en el vano de la puerta. Aunque era incapaz de divisar los rasgos del hombre sentado detrás de aquellos cristales tintados, sabía quién era, como si pudiera olerlo.

10

EL TIMBRE volvió a despertarlo. Joop se incorporó y permaneció sentado mientras se frotaba los ojos con el dorso de las manos, esperando a que el ruido se desvaneciera por completo. De nuevo alguien pulsaba el botón, de manera ininterrumpida, no intermitente como antes. El timbre sonaba como una sirena interminable. Hasta que de repente calló.

Joop se dejó caer de espaldas a fin de recobrar el aliento suficiente para ir al lavabo. Oyó unos golpes en la ventana. Abrió los ojos y vio a dos policías con el rostro pegado al cristal. Tamborilearon nuevamente la superficie acristalada y Joop se irguió. Uno de los policías señaló la puerta de la calle.

Joop se levantó del sofá entre gemidos y fue hacia la puerta con pasos cortos. Tenía el cuerpo débil y vulnerable. Había dormido muchos años. Era un anciano y moriría pronto.

Abrió.

—¿Señor Koopman?

—Sí. Soy yo.

Joop advirtió cómo los agentes inspeccionaban, de una sola ojeada, sus pies desnudos, su camisa mugrienta, su cara sin afeitar y sus ojos inyectados en sangre, para definir el cuadro identificativo del sujeto que tenían delante: alcohólico, no peligroso, descuidado, pero de momento no necesitado de atención especializada. Dos hombres anchos, con camisa ajustada de manga corta, los pesados cinturones repletos de armas y todo tipo de utensilios enfundados en cuero, auténticos centros de comunicaciones andantes. Mejillas lisas, pelo rapado y manos capaces de atravesar un muro. El mayor, de unos treinta años, cultivaba en el labio superior un tupido bigote que le recordaba al del agente bigotudo y gruñón de *Swiebertje*, una popular serie de televisión holandesa que cuando Joop era joven causaba furor entre los niños. Aunque Miriam nunca había visto el programa, se servía del personaje para tipificar a la gente.

—Hemos recibido varias llamadas del colegio de su hija —dijo Bigotudo Gruñón—. De los padres de las amigas de su hija. Antes que nada queremos darle el pésame. Es todo muy triste. Una auténtica tragedia. Sólo queríamos saber si se encuentra usted bien. ¿Podemos ayudarlo en algo?

—No, no se preocupen, ya me las arreglaré.

—Sería bueno que al menos estuviera localizable. El teléfono es útil, ¿sabe? ¿Quiere que avisemos a alguien?

—No, gracias.

—También nos han llamado desde el Cedars-Sinai. Tampoco consiguen hablar con usted. Le ruegan que se ponga en contacto con ellos.

—Sí, sí, lo haré.

—Sabe que la policía de Malibú ha abierto una investigación, ¿verdad?

—El mismo viernes por la tarde… ya había un policía en el hospital.

—También hemos venido a decirle que existen grupos de ayuda para familiares de fallecidos en accidentes de tráfico —prosiguió el otro—. Le traemos información al respecto. Léala con tranquilidad. A mucha gente le sirve de apoya

El policía le tendió unos folletos. Al cogerlos, Joop se percató de que tenía las uñas sucias, algo que tampoco les pasó inadvertido a los agentes. Joop sujetó los folletos con una mano y medio la escondió a la espalda, y deslizó la otra en el bolsillo del pantalón.

—¿Tiene usted familia en esta ciudad, señor Koopman? —inquirió Bigotudo Gruñón.

—No, no tengo.

—¿Amigos?

—Por supuesto. Amigos sí tengo.

—Sabemos por experiencia que en circunstancias como ésta viene bien cambiar de aires —dijo el otro policía—. Podrá leerlo en los folletos. Contienen diversas sugerencias que quizá le sirvan de ayuda.

—De acuerdo, lo leeré todo.

Tomó de nuevo la palabra Bigotudo Gruñón:

—El administrador del Cedars dijo que era urgente. Debería llamarlo.

—Ahora mismo.

Lo miraron un momento, no muy seguros de que su gestión hubiese surtido efecto.

A Joop le pareció que esperaban una reacción de su parte.

—¿Saben quién, en concreto, ha intentado ponerse en contacto conmigo? —dijo para complacerlos.

—No, señor, sólo nos han dado órdenes de pasar por aquí para comprobar que todo estaba en orden —respondió el más joven.

—Muy bien —repuso Joop, a la espera de que se marcharan.

—Una última cosa, señor. Uno de sus vecinos nos ha contado que desde hace unos días hay un coche aparcado enfrente de su casa con alguien dentro. Un hombre afroamericano de gran estatura, unos treinta años, fornido, de unos ciento cincuenta kilos de peso. Hoy no está. ¿Lo ha visto usted?

—No.

—Entonces, ¿no ha sufrido ninguna molestia? —quiso saber


Bigotudo Gruñón.

—No.

—Nos dieron la matrícula del coche y la hemos verificado. Se trata del hombre que estuvo implicado en el accidente. ¿Lo conoce?

—Sí, sí —se apresuró a afirmar Joop, reacio a recordar—. Lo he visto una vez.

—¿Le importa decimos dónde?

—Estuve una hora en su gimnasio… el God's Gym.

—¿El local de Main Street? —preguntó el más joven.

—Exacto.

—¿Después no ha vuelto a verlo?

—No —repuso Joop.

—¿Cree que el hombre tiene motivos para amenazarlo? —sondeó Bigotudo Gruñón.

—No.

—Si lo desea, podemos pedir a un juez que le prohíba pasar por esta calle.

—No hace falta. No me molesta.

—Muy bien —dijo Bigotudo Gruñón con gesto de asentimiento—. De nuevo, señor Koopman, nuestras más sinceras condolencias. Tiene que ser muy difícil para usted.

Joop agachó la cabeza, incapaz de decir nada. Se fijó en la raya claramente marcada de los pantalones de los agentes. ¿Cuántos pantalones tendrían? ¿Cinco? ¿Uno para cada día laborable? Cuatro dólares diarios en gastos de tintorería: veinte dólares por semana. A lo mejor les hacían un descuento en una lavandería del cuerpo policial.

—Leeré los folletos —prometió.

—Estupendo —dijeron a coro—. Gracias.

Joop se despidió con una inclinación de cabeza y cenó la puerta en cuanto los pesados zapatos negros hubieron desaparecido de su campo de visión.

11

HABÍA transcurrido una semana. Una semana sin Miriam. Eran las siete y media de la mañana. Una semana antes, sobre esa misma hora, Joop estaba charlando con su hija en la cocina mientras ella desenvolvía el finísimo papel de seda en que iba envuelta la agenda de Saks. Una semana.

De camino hacia la puerta de la calle, Joop tuvo que apoyarse en los muebles y la pared. Se tambaleaba porque había ingerido pastillas y vino en un intento de aturdirse, pero no había perdido la noción del tiempo. El incesante y estridente sonido del timbre lo inundaba todo. Al fin, logró alcanzar la puerta, y se dejó caer prácticamente contra ella.

Escudriñó por la mirilla y tuvo que deslizar la vista hacia arriba. El gigantesco hombre negro lo contemplaba desde lo alto. Cabeza casi redonda, cuello de toro, nariz aplastada de boxeador, cejas espesas, frente baja, ancha mandíbula inferior, propia de una fiera, e iris castaño oscuro sobre blanco amarillento. Iba sin afeitar, lo mismo que Joop. Se observaron durante largos segundos, evaluando el dolor del otro.

—¿Qué quieres? —preguntó Joop. Pero al oír su voz sin aliento, carraspeó y exclamó—: ¿Qué haces aquí?

El hombre inclinó la cabeza en señal de que lo había oído.

—¡Debe ser enterrada! —dijo con su sonora voz de gigante.

Joop vio cómo se le movían los labios y la lengua, gruesos labios africanos que necesitaban engullir ingentes cantidades de comida para abastecer de combustible aquel cuerpo inmenso. ¿Enterrar a su Miriam? Joop no quería oír nada de nada. Lo importante era que el tiempo se detuviese. Cualquier cambio podía romper el silencio.

—¡No es asunto tuyo! —chilló—. ¡Lárgate! ¡Sal de mi jardín!

El coloso asintió, pero no se movió.

—Es por ella —aclaró—. Se encuentra en el tanatorio de Beverly Avenue. No podían tenerla más tiempo en Cedars. Usted no contestó a los avisos, y había que hacer algo. Yo tomé la decisión, en su nombre.

—¡Tú no eres quién para decidir esas cosas! —vociferó Joop—. ¡No te metas donde no te llaman! ¡Nadie te ha dado permiso! ¡Lárgate de una vez!

El hombre asintió de nuevo, cabizbajo, aunque al ser tan alto, Joop seguía viéndole la cara.

—¿A qué esperas? ¡Fuera! ¿Quieres que llame a la policía?

—Esto no puede quedar así —dijo el hombre, mirándose las manos—. Los muertos tienen derecho a una ceremonia. Miriam

necesita una tumba. Yo no me meto en nada; el problema es que usted no da señales de vida. No contesta al teléfono. No coge el correo del buzón. Era necesario hacer algo. Se me ocurrió decir a todo el mundo que actuaba en su nombre. Si no le parece bien, encárguese usted mismo. Se lo pido por favor. Hágalo por el bien de su hija. Ella se lo merece. Señor Koopman, ¡su hija aún tiene derechos!

De pronto, el rostro del gigante se desencajó, y se le humedecieron los ojos. Apretó las manos y los labios, tratando de contener las lágrimas, pero éstas siguieron brotando, imparables. Aquel hombre estaba sollozando delante de su puerta, sacudiendo los hombros. Abrió la boca y respiró hondo para resistir las punzadas de dolor.

El espectáculo era insoportable. Joop se echó a un lado, buscando apoyo en la pared, junto al perchero, con el hombro apoyado contra la mochila rosa, deseoso de perder de vista la imagen que se le ofrecía a través de la mirilla. Desde allí oyó los sollozos en sordina. El hombre que conducía la moto. Miriam murió; él salió ileso. Y allí estaba, gimoteando, como si se tratara de su propia hija. No había lugar a la compasión. No por parte de Joop. No en ese momento.

Esperó hasta que ya no le llegaron más sollozos a través de la puerta. Al cabo de unos minutos tuvo la impresión de que el hombre había conseguido dominar su cuerpo sacudido por el llanto. Dejó de llorar, y Joop oyó que se sonaba.

—¿Señor Koopman? —le preguntó—. ¿Señor Koopman? ¿Quiere escucharme un momento? Sé que me está oyendo. Señor Koopman, ayer vendí mi negocio. Usted lo conoce, pues estuvo hace poco. Seguiré como monitor en el gimnasio, pero lo he vendido, y ahora tengo mucho dinero. Señor Koopman, quiero erigir un monumento en memoria de su hija. ¡Un templo! ¡Una estatua en un templo griego con columnas! ¡Parecido al templo de Artemisa en Éfeso! ¡Algo que pase a la eternidad! ¡Yo lo pagaré todo, señor! ¡Mármol italiano! ¡Todo es poco para ella! ¡Columnas jónicas con capiteles esbeltos! ¡Con bocel adornado! ¡Y un friso decorado! ¡La embalsamaremos, como hacían los egipcios! En El Cairo hay tres personas que saben hacerlo. Ya lo he averiguado. Están dispuestos, señor. Basta su solo asentimiento para que mañana estén aquí. El arquitecto vive en Bolonia, en Italia. Está diseñando un proyecto. El dinero no importa. ¿Me permite que lo llame luego, señor? ¿Cogerá el teléfono? Hay que hacer algo. Esto no puede continuar así. Ya hace una semana, señor. Nadie debe ser tratado así durante más de siete días. Y ella menos que nadie. Piénselo, señor. Lo llamaré.

12

HACÍA tres días que Joop había encargado un cartón de tabaco a una tienda con servicio a domicilio y ya sólo le quedaba una cajetilla. Estaba fumando en la cocina. Haría buen tiempo, según Canal Cinco. Joop veía la televisión, juegos de luz y sonido para sus pensamientos errantes. Había recogido los periódicos que se habían ido acumulando en el jardín delantero. Noticias viejas para unos ojos incapaces de leer. Sonó el teléfono.

Joop se levantó, se acercó a la encimera y apagó el televisor. El teléfono amarillo colgaba en la pared, al lado de la cafetera exprés. Joop descolgó el auricular:

—¿Sí?

—¡Soy yo, señor, Erroll Washington! Godzilla.

—Escúchame bien, Erroll Washington o Godzilla o como quiera que te llames: Miriam no quiere ningún mausoleo. No es su estilo, no era su estilo... —Respiró hondo y cerró los ojos, apoyándose en la encimera, presa del cansando, la repulsión y la necesidad de silencio—. Tú tienes la culpa de la muerte de mi hija —murmuró—. Tú has causado su muerte. Nunca te lo perdonaré. En realidad no sé por qué hablo contigo. Debo decirte que aprecio tu interés, que agradezco tu oferta, pero prefiero no volver a tener ningún contacto contigo.

—Lo comprendo, señor, y lo respetaré, pero permítame que le diga una cosa: mi vida le pertenece. Le he arrebatado una vida y quiero devolvérsela, ofreciéndole la mía. La vida que he llevado hasta ahora se ha terminado. Debo compensar la muerte de su hija, aunque eso resulte imposible, porque, por más que quisiera, no es posible cambiarme por ella. Podría suicidarme, pero a usted no le serviría de nada. Lo he pensado mucho: ¿qué podría servirle de ayuda, o al menos de consuelo, por nimio que sea? Lo único que puede ayudarlo es mi vida. Haga con ella lo que le apetezca. Puedo trabajar para usted, puedo hacerle compañía, puedo protegerlo, puedo jugar al ajedrez con usted, puedo prepararle la comida, puedo lavar su ropa. Estoy a su entera disposición. Por favor, sírvase de mí. Lo mejor que puede hacer para castigarme es decidir mi suerte. Si usted me dice que debo quitarme la vida, lo haré. Así de claro.

Joop sacudió la cabeza con los ojos cerrados.

—Estás loco. Godzilla, muchacho, estás desvariando, no sabes lo que dices.

—Sí lo sé, señor. Le he dado muchas vueltas. Sé lo que hago. Siempre sé lo que hago.

—Eso no es cierto; de ser así, no habrías llevado a mi hija la

semana pasada.

—Tiene usted razón.

—¿Estás casado?

—No, soltero. Tengo veintiocho años, no tengo hijos, vivo en un ático en Ocean Views, nada más entrar en Santa Mónica, he ganado tres veces el campeonato mundial de kárate y anteayer vendí mi gimnasio. Me han pagado menos de lo que esperaba, pero no dejan de ser setecientos mil dólares. Todo lo mío es suyo.

—¡No quiero nada de ti! —exclamó Joop con amargura—. ¡No consentiré que intentes arreglar la muerte de mi hija con dinero! ¡No digas esas cosas si quieres que hable contigo!

—Lo comprendo, señor, le aseguro que no es ésa mi intención. No pretendo arreglar nada. Quiero dar. Quiero dar toda mi vida. Hasta el día de mi muerte. Quiero ocupar el lugar de su hija.

—¿A qué viene esa obsesión, Godzilla?

—Usted piensa que estoy loco, y no descarto que tenga razón. Quizá mi propuesta sea una locura, pero no puedo hacer otra cosa. Debo reparar mi error. Es más fuerte que yo. Ya me pasaba de niño, y sigue ocurriéndome ahora.

—No deberías haberla llevado.

—Lo sé. Pero lo hice con la mejor intención. Había restos de aceite en la carretera. Por eso derrapó la moto.

Aquel fatídico viernes, un agente de policía le explicó a Joop cuál había sido la causa del accidente: un camión con las juntas del cárter agrietadas había soltado aceite, los neumáticos de la moto perdieron adherencia, y tras salir despedida sobre el asfalto, Miriam fue a parar debajo de un Ford Explorer que circulaba en sentido contrario. El casco no la protegió. Nadie tenía la culpa, con excepción tal vez del conductor del camión. Lo localizó un coche patrulla, siguiendo el rastro dejado por el aceite. El conductor ignoraba que el cárter tenía una fuga, y cuando supo lo sucedido se hundió por completo. De todos modos, Miriam seguiría viva si Godzilla no la hubiera llevado, si se hubiera ido con Pat, o incluso con Caroline, si hubiera sabido conducir ella misma...

—¿Así que puedo disponer de tu vida? —inquirió Joop.

—Sí, señor.

—¿No te parece un poco...? ¿No te parece una decisión un tanto discutible?

—Lo elijo yo. Con toda libertad —repuso orgulloso.

—¿Y qué? —preguntó Joop—. ¿Qué es lo que cambia?

—Por supuesto que ella no volverá —respondió el otro—, pero habrá de nuevo alguien que se preocupe por usted.

13

DESPUÉS de anotar el número de teléfono, Joop colgó y se quedó un minuto de pie al lado de la cafetera exprés, con la mirada extraviada en la cocina vacía de aquella casa vacía. Enroll Washington era un perturbado que se comportaba como un santo. O quizá eso no fuera del todo correcto: los santos eran unos perturbados por definición. La historia había demostrado que eran todos unos posesos que oían voces y tenían visiones. Sin embargo, era cierto que Miriam estaba a la espera de que se celebrara un ritual. No un entierro, sino una incineración. Ella misma le había revelado ese deseo.

Joop encendió uno de sus últimos cigarros. Las revelaciones pertenecían al mundo de las películas, los relatos antiguos y los cruentes histéricos. Los especialistas del Vaticano estudiaban las revelaciones y los milagros católicos, y cuando llegaban a la conclusión de que la inteligencia humana no lograba comprender el fenómeno analizado, lo incomprensible era declarado milagro oficial por la Iglesia. Estaba claro que Miriam no le había revelado nada. La experiencia en la sala de cuidados intensivos, donde habían mantenido con vida a su hija, sólo había sido un sueño. Ni más ni menos. En la Torá, Yahvé hablaba a sus profetas mientras dormían. La interpretación de los sueños era el terreno de quienes predecían el futuro a partir del examen de la orina y leían la mano envueltos en una nube de incienso. Fue el dolor del momento el que disfrazó su sueño de revelación. En realidad, Joop no conocía los últimos deseos de su hija. Ella sí le había preguntado por los suyos en alguna ocasión, pero él siempre había esquivado el tema.

—No lo sé ni quiero saberlo. Hablar de estas cosas me parece demasiado morboso.

—La muerte es parte de la vida, papá.

—Te equivocas. La muerte no es parte ele la vida. Así que no tengo por qué devanarme los sesos con ese asunto. No adelantemos acontecimientos. Ya habrá tiempo para hablar de eso.

—Qué infantil —opinó Miriam.

Joop no sabía si su hija había reflexionado alguna vez sobre su propia muerte ni si tenía alguna preferencia respecto a la forma en que sus deudos debían tratar su cuerpo. Quizá se hubiese confiado a una amiga, quizá Caroline pudiera sacarlo de dudas.

Joop cogió de nuevo el teléfono y marcó el número de su buzón de voz. Treinta y seis mensajes. Era excesivo. Estaba demasiado cansado. Colgó y encendió otro cigarrillo. Volvió a coger el auricular y llamó a información. Lo pusieron con Caroline Levi.

La amiga de su hija atendió con voz somnolienta y perezosa. Aún era temprano, y estaba de vacaciones.

—Caroline... soy Joop Koopman. —Su voz sonó ronca y débil. En pocos días había pasado por sus pulmones el humo de un cartón entero de tabaco.

—¡Señor Koopman!

Joop se percató de que Caroline se incorporaba.

—Me alegro de que me llame. El colegio... Quieren organizar un acto en memoria de Miriam. Estamos todos destrozados. Es horrible. No sabemos si ya está enterrada.

—No, no, aún no. Te llamo precisamente por eso, Caroline. No sé muy bien qué... ¿No te habrá comentado mi bija qué pensaba sobre la cuestión de los entierros y demás?

—Pues...

—¿Pues? —repitió Joop.

—Hace unas semanas hablamos en clase de ese tema. Ella comentó que prefería la incineración. Le parecía mejor que un entierro. Pero lo dijo más bien en general.

—Entiendo —contestó él.

El sueño no había sido sólo fruto de su deseo, sino también de su intuición. Incinerarse. Disolverse. Desaparecer.

—¿Ya sabe usted cuándo será? —preguntó Caroline.

—No —respondió.

—Si podemos hacer algo...

—No, gracias. —Joop no quería que nadie lo acompañara—. ¡Ah, casi se me olvida! —puntualizó—. La incineración tendrá lugar en la más estricta intimidad familiar, ¿comprendes?

—Claro que lo comprendo. Faltaría más. Le deseo mucho ánimo.

—Gracias.

Joop quiso colgar, pero Caroline lo retuvo:

—¡Señor Koopman! ¡Un momento, por favor! ¿Podemos despedirnos de ella en algún sitio?

—¿Quieres verla?

—Si es posible, me gustaría. Usted sabe que era mi mejor amiga.

Joop oyó que lloraba. De pronto se dio cuenta de que ignoraba dónde estaba Miriam. Sentía tan poco respeto hacia el cuerpo sin vida de su hija, hacia aquel cuerpo mutilado del que unas fieras habían extraído el corazón (¿por qué había dado su consentimiento?, ¿cómo había podido cometer tal locura?), que ni siquiera sabía dónde se encontraba, aunque sí sabía a qué era debida esa falta de interés —no quería formarse una imagen de su muerte—, pero era una muestra de debilidad de la que en ese momento se avergonzaba.

—Caroline, los judíos no hacemos eso. Cuando alguien se muere, no nos despedimos de su cuerpo.

—Ya lo sé, pero...

—Gracias, Caroline, está bien, veré qué puedo hacer.

A Joop no le quedaba otra opción que respetar esa amistad. Colgó el teléfono, encendió un nuevo cigarrillo y llamó a Erroll.

—¡Señor Koopman! —exclamó éste.

—¿Dónde está el cuerpo de mi hija? —preguntó Joop.

—En un tanatorio de Beverly Avenue. Della Rosa. Son italianos.

—¿Pueden incinerarla?

—Sí, ellos se encargan de todo.

—Una amiga tiene interés en verla. Te daré su número.

—¿Y usted, señor?

—Yo no.

—¿Qué piensa hacer con la urna? ¿La enterrará o quiere llevársela a casa?

—Esparciré las cenizas. Lo antes posible.

—No sé si en la ciudad eso se puede hacer así como así, señor.

—En el mar. Frente a la isla Catalina.

—Entonces, necesitará un barco...

—Sí.

—Preguntaré por ahí, señor. Lo llamaré en cuanto sepa algo-

—De acuerdo, hasta luego —contestó Joop.

Erroll volvió a llamarlo hora y media después. Joop había dormido, sin sueños. Le dolía todo; el cansancio se le había metido hasta en los huesos.

—Caroline Levi va a verla ahora. Miriam será incinerada hoy a las cinco de la tarde, señor. Mañana por la mañana nos entregarán la urna y a las once sale el barco.

—Muchas gracias —dijo Joop, impasible.

Iba a despedirse de su hija para siempre. Nunca más se quedaría remoloneando por la cocina a su lado, nunca más se prepararía un sándwich con rodajas de pepino y mantequilla de cacahuete, nunca más dejaría vagar la mirada por el jardín junto a él, esperando a que se hiciera el té, nunca más cotillearía sobre los vecinos, nunca más se quejaría del horario de clases, nunca más le rozaría el hombro en señal de despedida antes de retirarse a su habitación. Ritos volátiles, casi insignificantes, momentos de transición entre las horas serias protagonizadas por el trabajo, la concentración y la ambición, que al final sólo servían de sujetalibros para los relatos que lograban resistir al paso del tiempo. A veces Joop había seguido a Miriam con los ojos en el reflejo de las ventanas de la cocina; si se concentraba, tal vez pudiera volver a ver su imagen en el cristal, como antes.

—¿Quiere que pase a verlo? —le preguntó Erroll—. Para mí sería un placer hacerle compañía. Dentro de cinco segundos estaré con usted.

—¿Cinco segundos? —inquirió Joop mientras se secaba la cara con el antebrazo.

—Estoy delante de la puerta de su casa. ¿Me deja entrar? No es bueno llorar a solas la muerte de un ser querido.

14

LA EVOLUCIÓN de la temperatura a lo largo del último día del año 2000 presentó una curva irregular. A las siete y media de la mañana, el termómetro marcaba tan sólo siete grados centígrados, y la ciudad amaneció envuelta en una espesa niebla que impedía ver más allá de cuatrocientos metros. Pasadas las nueve, la temperatura comenzó a subir deprisa y la visibilidad se extendió a ocho kilómetros. A las once, cuando salió el barco, alcanzaba ya casi los diez kilómetros. Tras la calma de las primeras horas de la mañana, el viento había adquirido una velocidad de algo menos de quince kilómetros por hora, una leve brisa que ni siquiera llegaba a encrespar las olas. Al cabo de media hora, Joop divisó en el horizonte los contornos de la isla Catalina. Erroll estaba sentado a su lado en el banco que bordeaba la cubierta de popa, apretando entre sus anchas manos la urna de cobre decorada con rosetas en la tapa.

La embarcación era un gran yate de recreo llamado *Ocean Blue*, con una tripulación de dos miembros: un oficial y un ayudante que, después de soltar amarras, se encargaron sobre todo de ofrecer bebidas y tentempiés a los pasajeros. Hasta esa misma mañana, Joop había llevado la ropa del día del accidente. Había descuidado su cuerpo porque le daba vergüenza lavarse, usar desodorante y champú, afeitarse y rociarse las mejillas, la barbilla y el cuello con una loción para después del afeitado (una costumbre que había adquirido muy pocos años antes a instancias de Miriam; olía bien y lo ayudaría a tener éxito entre *el* sexo femenino, le había vaticinado su hija). En definitiva, se resistía a entregarse a los placeres corporales sabiendo que el cuerpo de su hija había quedado destrozado para siempre. Por fuera no podía mostrarse mejor de cómo se sentía por dentro. Su propio cuerpo ya no tenía ningún valor. Sin embargo, antes de partir hacia el embarcadero, Erroll había conseguido que se adecentase.

Esa mañana, el gigante se había dirigido a la habitación de Miriam sin pedir permiso. Desde la cocina, Joop oyó cómo se paseaba con todo su peso por el cuarto de arriba.

—¿Qué haces ahí? —gritó—. ¡Baja ahora mismo! ¡No toques nada! ¡Deja las cosas como están! ¿Entendido?

—¡No pensaba tocar nada, señor! ¡Ni se me ocurriría!

De pronto, Erroll dejó de hacer ruido. Reinaba un profundo silencio, como si se hubiera tendido sobre la cama.

—¡Baja!

—¡Si usted viene a buscarme!

—¡Déjate de tonterías! ¡Quiero que bajes!

—¡Bajaré si usted me demuestra que se atreve a subir!

—¡Esta es mi casa! ¡Aquí decido yo por dónde me muevo!

—¡Tanto usted como yo sabemos por qué duerme abajo, por qué no se lava! ¡Puede subir tranquilamente! ¡No pasa nada! ¡Es una habitación vacía, señor, muy vacía!

Joop tardó un cuarto de hora en abandonar la cocina. Se demoró otros cinco minutos en el pasillo, ante la escalera. Arriba lo aguardaba Erroll, tapando la entrada de la habitación con su robusto cuerpo. Gracias a él, Joop osó llegar tan lejos.

—¿Por qué haces todo esto, God? ¿Qué pretendes de mí?

—Lo hago porque soy culpable. Usted es el único que puede perdonarme.

—Nunca lo haré, y lo sabes.

—Lo acepto. Asumo ese castigo. ¿Qué piensa hacer con las cosas de su hija?

—No quiero pensar en eso.

—Puede dejar el cuarto tal cual. ¿Le regaló usted la agenda aquel día?

—Sí.

—Eso duele, señor. ¿Me permite que le dé un consejo? La agenda debe utilizarla usted mismo. Todos los días debe tocarla, abrirla y escribir algo en ella. Es lo que habría querido su hija; estoy seguro.

—Tú estás seguro de muchas cosas.

—No estoy seguro de nada. Dudo todo el santo día. Pero sé que usted debe vestirse impecablemente. Por respeto hacia ella.

Joop acabó poniéndose una camisa blanca y un traje oscuro.

Long Beach había desaparecido tras la niebla. Asomaba el sol, pero despedía una luz tan tenue que apenas lograba disipar la bruma. Joop se hallaba a gusto en el barco. El aire salino del mar le rozaba las sienes, invitándolo a aceptar —al menos durante algunos minutos— la vida tal como se le había presentado: Ellen, que se había ido, el cuidado de su hija, la tragedia sucedida nueve días antes. Se recostó, con los párpados cerrados, abandonándose a las caricias del tibio sol. No podía permitirse ese estado de ánimo; estaba traicionando a Miriam. Abrió los ojos y se incorporó.

La tarde anterior, Erroll se había acercado al tanatorio, en el oeste de Hollywood. A la vuelta se presentó en casa de Joop con una provisión de pizzas, pastas y ensaladas del California Pizza Kitchen y un nuevo cartón de Marlboro, que se acordó de comprar. Le hizo compañía hasta altas horas de la madrugada, aunque permanecieron en silencio durante la mayor parte del tiempo. Después de recoger un poco la casa, Erroll fue por leche, zumo de frutas y pan a un supermercado de Lincoln Boulevard. Luego se limitó a observar cómo Joop se fumaba dos paquetes de tabaco, mientras él se dedicaba a

ofrecerle una y otra vez fuego de un mechero no recargable y a vaciar el cenicero tras cada cigarrillo. Finalmente, terminó por tirar a la basura las pizzas ya frías.

El cuerpo de Miriam fue incinerado entre las cinco y las seis.

—No tienes por qué quedarte —le dijo Joop a última hora de la tarde.

Estaban sentados en el salón, inmersos en la penumbra. En un primer momento, Erroll había encendido todas las lámparas, pero Joop no toleraba tanta luz.

—Es sábado, vete de fiesta por ahí, para que te contemplen las chicas. Supongo que te encuentran atractivo, aunque debes de infundirles un poco de miedo. Te pareces a Mike Tyson, pero en versión inofensiva, si es que eso es posible.

—Me quedo. A no ser que usted me eche. Por cierto, se equivoca si piensa que soy inofensivo. He dado su merecido a más de uno, dentro y fuera del tatami. Pero siempre de forma justificada. Habían infringido las reglas y yo los castigué, por insultar a los demás, por insultarme a mí. Les inculqué humildad.

Veinte minutos y tres cigarros más tarde, Joop le preguntó:

—¿Dónde te has criado?

—En South Central.

Erroll había recorrido un largo camino. De South Central, en Los Ángeles, a Ocean Views, en Santa Mónica; lo mismo que viajar a la luna.

Ambos guardaron silencio escuchando los ruidos procedentes del mundo exterior, los coches que pasaban por delante de la casa, los helicópteros que se dirigían al cercano helipuerto, situado a tan sólo seis kilómetros de Venice, el aullido de las ambulancias, camiones de bomberos y coches de policía que recorrían Lincoln Boulevard de camino a alguna catástrofe.

—¿Desde cuándo te llamas Godzilla? —inquirió Joop al cabo de media hora.

—Desde que comencé a competir en el circuito profesional. Hasta los quince años yo era un chico gordo y miedoso. Grande, pero no agresivo. Me pasaba el día comiendo patatas fritas, hamburguesas y chocolatinas. Leía mucho y me gustaba la música clásica. Unas aficiones que en South Central pueden costarte caras. En ese barrio sólo la fuerza física te permite sobrevivir.

—¿Y cómo quieres que te llame yo?

—Casi todo el mundo me llama God.

—¿Eso hace que te sientas omnipotente?

—Al contrario. Hace que me sienta más pequeño.

—God's Gym. Sí, recuerdo que la armaste buena cuando le pusiste ese nombre a tu gimnasio.

—No quise ofender a nadie. En este caso, God no significa Dios; es una abreviación de Godzilla. Claro, se trata de un juego de palabras. Los que acuden a nuestro gimnasio salen hechos una mezcla de dioses y bestias.

—¿Por qué has vendido el negocio?

—Para construir el mausoleo.

—No te creo.

—No tiene por qué recelar de mí, señor. No miento. Por principio.

—Se me ocurre una célebre frase de Groucho Marx: «Éstos son mis principios; si no te gustan, tengo otros.» ¿La conoces?

—Ingeniosa pero cínica —respondió Erroll

A las doce de la noche, Ellen llamó desde Sudáfrica. Había oído los mensajes en su contestador. Alguna vez tenía que llegar ese momento: el horror después del horror. Joop se vio en la terrible obligación de comunicar la desgracia a la mujer que había alumbrado a su hija.

—Un accidente. Iba sentada en el asiento trasero de una moto. Había aceite en la carretera y derraparon. La atropelló un coche.

—¿Por qué la dejaste ir en moto? —chilló Ellen.

—¡Yo no dejé que fuera en ninguna moto! No sabía nada.

—¡Es algo que un padre debe saber! —Y en tono quedo, con una voz que apenas se elevaba por encima del ruido de la línea telefónica, añadió—: Siempre tengo presentimientos. Pero esta vez no. Estábamos pasándolo tan bien por aquí... No he intuido nada de lo que estaba ocurriendo. —Ellen creía en la indología, la aromaterapia y el horóscopo—. ¿Cuándo murió exactamente? —preguntó por enésima vez.

—El día veintitrés. A las tres y media de la mañana.

—¿Estabas con ella?

—Sí.

—¿Sufrió?

—No. No sufrió.

—¿De qué murió?

—Lesión cerebral. Cervicales. Los médicos me aseguraron que no sintió nada. Perdió enseguida el conocimiento.

—¿Ya está enterrada?

—La han incinerado. Pensé que era lo que ella habría querido.

—Sí, está bien.

Ellen permaneció callada un largo momento. Joop ni siquiera oía su respiración; no se oía nada.

—Siempre he creído que Miriam no se quedaría con nosotros, ¿sabes? —continuó ella luego—. Nunca me he atrevido a comentártelo, pero... Era tan guapa, tan inteligente, que yo temía que no la mereciéramos... Y ahora se nos ha ido.

—Sí, Ellen, se nos ha ido.

—¡No es posible! ¡Joop! ¡Dime que no es cierto! ¡Sólo quieres... quieres castigarme! ¡Dime la verdad! ¡Con estas cosas no se juega!

—Miriam ya no está —reiteró él.

Durante un minuto, Ellen enmudeció, pero Joop no oyó ningún sollozo. Tal vez había tapado el auricular con la mano.

—Acabo de escuchar los mensajes en el contestador. ¡Ojalá no lo hubiera hecho jamás! De esa forma todo esto no habría sido realidad.

Ellen creía en la magia, la mitología y los signos ocultos.

—No sabía cómo localizarte —se justificó Joop.

—Eso era precisamente lo que pretendía—repuso ella—. Quería estar a mi aire. Estaba con alguien, éramos muy felices, y ahora... —En ese instante, rompió a llorar.

Luego, durante dos horas, formuló una y otra vez las mismas preguntas y Joop repitió las mismas respuestas, soportando la rabia desgarradora que la madre de su hija vertía contra él a través del teléfono. Le reprochaba su falta de atención hacia su hija, su fracaso como padre y el inconmensurable dolor que le había causado. Estaba empeñada en desplazarse a Los Ángeles, pero una hora más tarde llamó para decir que no iría, arguyendo que no estaba preparada para afrontar la situación.

Luego Joop se quedó dormido en el sofá. Cuando abrió los ojos, fue testigo de cómo se despertaba el gigante, que estaba sentado en el cómodo sillón junto al televisor. Se desperezaba una y otra vez, entre resoplidos, en su aterrizaje en el mundo real.

—Buenos días —lo saludó Enroll en cuanto percibió que Joop estaba observándolo.

—Buenos días, God. No sé si lo de God me va a salir.

—Uno acaba acostumbrándose a todo. Pero, bueno, llámeme como quiera. Soy quien soy; el nombre no importa.

Después, Enroll fue a buscar la urna a la zona oeste de Hollywood. Joop lo esperó en el jardín. La urna se hallaba en una caja de naranjas en el suelo del jeep, encima de la alfombrilla de pelo largo que había tendida al pie de los asientos traseros de cuero. Era una tranquila mañana de domingo; el trayecto a Long Beach les llevó menos de veinticinco minutos.

La isla Catalina medía tan sólo veintinueve kilómetros de largo por once de ancho. Estaba dividida en dos partes (la de la derecha parecía otra islita independiente) unidas por una angosta lengua de tierra. Una isla con verdes colinas, búfalos sueltos y pequeños lagos vírgenes.

Erroll sujetaba la urna como si en su interior hubiese diamantes. Vestía un polo y un anorak ligero, cuyas mangas se ceñían a sus abultados músculos. Su cabeza parecía pequeña en comparación con

la colosal nuca. Llevaba un cómodo pantalón de chándal negro. Sus fornidos muslos eran tan anchos como una silla; ocupaba más espacio que cualquier otro ser humano al que Joop hubiera conocido hasta entonces.

—¿Cómo te las arreglas en un avión? —preguntó Joop.

—O vuelo en clase preferente o no viajo —respondió Erroll.

—¿Siguen invitándote a menudo para competir?

—Hasta ahora sí, pero sólo para combates de exhibición. Pagan muy bien. Bonita isla. No había venido nunca. En los días claros la veo desde mi apartamento, pero ésta es la primera vez que la admiro de cerca. ¿Por qué ha elegido este lugar?

—Estuvimos aquí el verano pasado. Miriam soñaba con tener una segunda residencia en esta isla.

—¿Una segunda residencia? ¿Y la primera?

—Ni idea. Creo que ella tampoco lo sabía.

—¿Le apetece oír música? El barco dispone de un buen equipo de audio y una buena colección de discos.

—No.

A una seña de Erroll, el ayudante entró en la caseta del timonel, aparentemente para aminorar la marcha, puesto que las revoluciones del motor fueron decreciendo y la embarcación comenzó a virar.

—En esta posición tenemos el viento de popa —explicó Erroll.

—Has pensado en todo, ¿eh?

—He hecho todo lo posible. Es lo mínimo que puedo hacer.

Joop permaneció sentado mientras miraba la niebla, en lo alto, con la boca abierta, respirando hondo, como si creyera que podía sacar fuerzas del aire.

—Dame la urna —dijo.

—Usted inclínese hada fuera —le sugirió Erroll—, y luego yo se la pasaré.

Joop se arrodilló en el banco que bordeaba la cubierta de popa y se inclinó sobre el respaldo. Debajo de él, el agua fluía y refluía sobre el blanco casco. Erroll sostenía sobre el agua la urna en la que Joop aún no había puesto las manos, listo para entregársela.

No era mayor que una caja de leche. Era todo cuanto quedaba de su hija. Joop extendió los brazos para agarrar las asas mientras Erroll le tendía la urna. Daba la impresión de que estaba vacía.

—No pesa mucho —observó Erroll—. Usted me indicará cuándo quiere que retire la tapa.

Joop asintió. Esperó un poco contemplando las olas y sus manos. Tenía la sensación de que le correspondía decir algo, pero no recordaba ninguna plegaria. Estaba esforzándose en busca de palabras rituales cuando, de repente, oyó unos sonidos que le resultaban familiares.

—*Yitgadal we-yitkadásh*. —Era la voz de Erroll— ¿Desea que continúe? Es el *kadisb*, he encontrado el texto. Pensaba que a lo mejor tendría interés en reatarlo. Si le parece, puede repetir lo que yo vaya diciendo. ¿Desea cubrirse la cabeza? Según me han explicado, es necesario.

Joop asintió.

Erroll se sacó del bolsillo dos gorras de béisbol. Tras ponerse una, le encasquetó la otra a Joop. La prenda se deslizó hada abajo, cubriéndole buena parte de las orejas.

—¿Quiere repetir lo que yo diga? Es una oración antigua. Tiene miles de años.

Erroll leyó en voz alta las palabras que llevaba escritas en un trozo de papel, y Joop las repitió. Arrebatado por la emoción, ladeó un poco la urna, de modo que la tapa cayó al agua. Vio cómo las cenizas se disipaban lentamente, transportadas por el viento en pequeñas nubes grises y transparentes, hasta que su hija se volvió invisible. Repetía los sonidos pronunciados por Erroll, aunque no los comprendía. Joop sabía que Miriam no sería recibida ni consolada por ningún Ser Supremo, pero, aun así, recitaba la oración, mientras el viento acababa de vaciar la urna.

15

A JOOP le llevó varios días responder a todas las personas que le habían llamado o escrito: amigas de Miriam, los padres de esas amigas, vecinos, antiguos compañeros de trabajo, incluso varios holandeses de los que no tenía noticias desde hada muchos años y que se habían enterado del accidente a través de una red de información difícil de desentrañar, y algunos abogados especializados en indemnizaciones por daños y perjuicios. Joop les manifestó su gratitud por escrito, enviándoles la esquela mortuoria que Erroll había mandado imprimir y añadiendo en cada caso unas palabras de su puño y letra. Si bien tenía amigos y conocidos en la dudad, todas sus relaciones estaban basadas en intereses comunes derivados de los proyectos, encargos y *remakes* en que había trabajado. A más de uno lo conocía desde su misma llegada a Los Angeles, pero no se sentía con fuerzas para entregarse, vulnerable e indefenso, a su compasión. Lo habían llamado por teléfono, algunos de ellos reiteradas veces, porque Joop no siempre escuchaba los mensajes del contestador, y él les envió unas líneas, con la promesa de que retomaría el contacto tan pronto estuviera preparado para ello.

Recibió una segunda carta de Linda, la impulsiva adolescente de hada treinta años. Joop no había respondido aún a la primera, pero Linda no aludió a ella. Había hablado con Ellen y sabía lo de Miriam; le deseaba mucho ánimo y aseguraba que rezaría por él y por su hija. Joop le contestó con una tarjeta.

Al comienzo del nuevo semestre, el colegio de Miriam la homenajeó con una sencilla ceremonia. Joop declinó la invitación de pronunciar unas palabras. Caroline lo llamó para comentarle que el acto había sido hermoso y emocionante, todo el mundo había llorado, un grupo de alumnos había interpretado música y varios compañeros de clase habían tomado la palabra. Terminó diciendo que estaban organizando una colecta para pagar una placa en honor a la mejor estudiante de Matemáticas que la escuela había tenido jamás. Se colgaría en el aula de Matemáticas.

El ser humano no podía prescindir de los ritos. Erroll se lo había recordado una y otra vez. Eso significaba que, después de la muerte de su hija, Joop tenía más que nunca la responsabilidad de cuidar su memoria. Los rituales del espíritu. Allí Miriam seguía viva, allí podía escucharla y tocarla como en los vividos sueños que había tenido a lo largo de las semanas anteriores. Joop seguía bebiendo mucho, pero ya no tomaba pastillas para dormir. Por las mañanas se despertaba empapado en sudor, de vuelta de un mundo palpitante que, por

fortuna, poco tenía que ver con la realidad soñada; en alguna ocasión había amanecido entre sollozos, sumido de nuevo en la inmensidad de la casa, cuyo corazón había sido extirpado. Esto último era algo que Joop se tomaba en sentido literal: le habían comunicado que el trasplante del corazón de su hija había sido un éxito. Los despertares anegados en lágrimas le impedían afrontar el día. En esos casos permanecía en la cama durante horas, en un absurdo intento de retornar al mundo que se le acababa de escapar, un mundo soñado que, a pesar de sus veleidades y sus incoherencias, lo llenaba de felicidad, ya que en él podía reunirse con Miriam. Joop había perdido mucho peso.

—El duelo tiene sus fases —remarcó Erroll—. Lo sé por experiencia. Dentro de poco le entrarán ganas de hartarse de comer.

Joop era incapaz de trabajar. Aparte de que las probabilidades de que consiguiera colocar alguna obra eran mínimas, le resultaba ridícula la idea de abandonarse a su imaginación, después de haber pasado por una vivencia que había transformado esa imaginación en terreno cenagoso. La fuente de la que emanaban las tragedias ficticias que Joop solía plasmar en sus guiones —asesinatos, torturas— se había imbuido de una tragedia real. A partir de ahí, las tragedias ya no podían proporcionarle ninguna diversión. En opinión de Erroll, Joop necesitaba distraerse, así que salían de paseo por la playa hasta el muelle de Santa Mónica —la mayor parte del tiempo sumidos en un profundo silencio—, tomaban algo por el camino y regresaban por donde habían ido. Erroll pasaba las noches abajo, embutido en un saco de dormir en el gran sofá de tres plazas, que aun así se quedaba corto para alguien de su estatura, pero él no se quejaba. Todos los días acudía unas horas al gimnasio para atender a sus clientes habituales; el resto del tiempo llenaba la casa de Joop con su omnipresente cuerpo. Erroll le había pedido permiso para navegar por Internet. Pasaba horas delante del ordenador de Joop, absorto en la consulta de páginas web exóticas. Otras veces leía libros que sacaba de la biblioteca local, obras de divulgación científica sobre Geología, las Ciencias Bíblicas, la Cosmología y la Física. Joop no se explicaba por qué toleraba a aquel gigante. Lo aborrecía, o al menos consideraba que debía aborrecerlo, pero su presencia lo libraba del estridente silencio que había producido la muerte de Miriam. Cuando Erroll estaba en Gods Gym, Joop esperaba con impaciencia el momento de su regreso. Cuando volvía a casa, su inmenso cuerpo, que respiraba, jadeaba y resollaba con una intensidad asombrosa, parecía calentar las estancias.

Según le contó a Joop por teléfono un policía, la justicia había decidido no emprender ninguna acción penal contra Erroll, ni contra el chófer del camión de reparto que perdía aceite, ni contra la

conductora del Explorer, aunque, por supuesto, Joop era libre de incoar un procedimiento civil.

Conforme transcurría el tiempo, el fatídico día del accidente iba quedando en un segundo plano. Joop quería mantenerse fiel a las emociones que había sentido en aquel momento, pero le resultaba cada vez más difícil cumplir con ese compromiso en presencia de Erroll, que lo obligaba a salir a la calle. Joop se arrastraba junto a él por el paseo marítimo, deambulando entre puestos de gafas de sol, locales de tatuaje, vendedores de camisetas, hippies, vagabundos, soñadores y fanfarrones con ganas de exhibir su cuerpo, como un enfermo crónico que, después de mucho tiempo, volvía a exponer su blanca piel al aire libre. Esas salidas le servían de distracción, aunque no sabía si eso era bueno o malo. Por la noche, en sueños, partía en busca de Miriam. Por suerte, casi siempre se le aparecía, ya fuera en una cueva, en lo alto de una montaña, en una ciudad o entre unas ruinas. Cuando se miraba en el espejo, Joop se percataba de que el dolor se extendía sobre su rostro como una sombra y remarcaba las líneas de sus manos.

Al atardecer, Erroll acostumbraba leer mientras Joop filmaba en silencio.

—¿Conoce este libro, *El rostro oculto de Dios*? —preguntó Erroll.

—No.

—Habla de la Biblia, y explica por qué Dios se ha apartado del mundo.

—¿Por qué lo lees?

—Porque quiero saber cómo es posible que Dios haya consentido algo así.

—¿Has encontrado la respuesta?

—Aún no. Pero tengo una pista. La cábala. ¿La ha estudiado alguna vez?

—No.

—¿Sabía que contiene una descripción del origen del cosmos que coincide con el Big Bang?

—No, no lo sabía.

—Me gustaría formarme una idea más amplia de… de todo. Por eso estoy leyendo este libro. Su autor vive en San Diego.

—Hermosa ciudad —apuntó Joop.

—La cábala dice que el cosmos surgió de un único punto, tras una explosión. También describe el origen de la materia. Lo curioso es que estas ideas concuerdan con las que sostienen los científicos acerca del Big Bang. Es interesante constatar que la mística y la ciencia confluyen, ¿no le parece?

—Tal vez —contestó Joop.

SEGUNDA PARTE

1

TRANSCURRIÓ el mes de enero. El 11 de febrero de 2001 comenzó a llover. El día 15, los nubarrones se alejaron. La temperatura fue en ascenso, y el 17 hacia el mediodía se alcanzaron los veinte grados. Aunque el cielo permaneció encapotado la mayor parte del tiempo, el termómetro llegó a superar los veintiún grados.

El domingo 18 llamó Philip. Dijo que se encontraba en la ciudad y que se pasaría por casa de Joop una hora más tarde.

—He pensado mucho en ti —afirmó Philip, posando la mano en el hombro de su antiguo compañero de clase—. *Ya sé* que eso sirve de poco. De estas cosas nadie puede ayudarte.

—En estas cosas —lo corrigió Joop.

—¿Sabes por qué recorro a gusto diez mil kilómetros? Porque sé que tú estás aquí para corregirme —observó Philip sin liberarle el hombro.

Había telefoneado unas cuantas veces desde Israel, pero sus llamadas nunca habían sido atendidas.

Danny, que esperaba en la calle apostado junto al coche, saludó a Joop con un breve gesto militar.

—Dile a Danny que entre —dijo Joop.

—Ahí fuera resulta de mayor utilidad. ¿Tienes un momento?

Philip siguió a su anfitrión hasta la cocina.

—¿Qué te apetece tomar?

—Un vaso de agua. ¿Cómo lo llevas?

—¿Que cómo lo llevo? Ni idea.

Cuando entraron en la cocina, Erroll se puso en pie. Estaba sentado a la mesa leyendo la voluminosa edición dominical de *Los Angeles Times*. Tras presentarlos, Joop le pidió a Erroll que continuara la lectura en el salón, pues deseaba charlar un rato con su amigo holandés.

—Faltaría más. Pensaba salir de todos modos, para comprar más periódicos. ¿Quiere que traiga alguna otra cosa?

—No.

—Encantado de conocerlo, señor —le dijo a Philip antes de abandonar la estancia.

Philip le contestó amablemente con una inclinación de cabeza, sin decir nada.

—¿Es el hombre de la moto? —preguntó tan pronto se cerró la puerta de la casa.

—Sí Es una historia curiosa, pero no quiero aburrirte.

—Todo lo contrario. Cuéntame.

Joop le ofreció un vaso de Evian. Aunque el agua del grifo era potable, en esa ciudad todo el mundo bebía Evian, Perrier o Pellegrino. Antes, Joop compraba todos los meses una buena provisión de botellas en un supermercado barato de Lincoln Boulevard, pero desde que no estaba Miriam, se había propuesto ahorrar en gastos de agua mineral.

Le contó a Philip cómo Erroll le había brindado su ayuda a lo largo de las semanas anteriores.

—Se empeña en hacer penitencia, en sacrificarse. Se encarga de llenar el frigorífico, de tenerlo todo limpio, lava la ropa e incluso plancha, algo que en esta casa nunca se ha hecho puesto que lo llevábamos todo a… —Al caer en la cuenta de que estaba desviándose del tema, Joop no concluyó la frase—. Un hombre de bien, aunque un poco peculiar —prosiguió—. Un pedazo de pan.

—Pero sí te lo encontraras por la noche en la calle…

—… echarías a correr sin pensarlo dos veces. Las apariencias engañan.

Philip tomó un sorbo de agua.

—La verdad es que este tipo de desgracias puede dar lugar a unas amistades muy extrañas —afirmó con un matiz de asombro.

Joop apartó una silla de la mesa y se sentó delante del fregadero.

—No es amigo mío —dijo mientras encendía un cigarrillo—. No sabría decirte lo que es. Confío en él, aunque al principio me costó. Cuando se presentó aquí, no sabía qué hacer con él, pero ahora… debo admitir que me he acostumbrado a su presencia. Me alegro de que esté aquí.

—Eso es lo importante —asintió Philip con un tópico, al tiempo que retiraba de la mesa la cajetilla de Marlboro.

—Así que has venido a hacerme un poco de compañía —dijo Joop.

—¿Por qué no me llamas nunca? Hay gente que comparte tu dolor, aunque no lo creas.

—Pensaba llamarte, de verdad, pero aún no me sentía preparado —alegó Joop.

—También quería insistirte sobre el asunto de Ornar van Lieshout.

—¡Vaya por Dios! —replicó Joop.

—¿A qué iba a venir, si no?

—Pensaba que sólo habías venido a hacerme un poco de compañía… Oye, ¿no seguirás pensando en contar conmigo? Me derrumbaría sólo con que me señalases con el dedo. Cualquier cosa, una simple rama que se quiebra, me hace llorar. No soy capaz de nada. Sin… sin Erroll no habría podido salir adelante.

—¿Cuál habría sido tu respuesta a finales de diciembre?

—Un no rotundo. Ésa habría sido mi respuesta. Tenía una hija de la que cuidar, a la que podría haber puesto en peligro...

—¿Peligro? No, te aseguro que no —lo interrumpió Phi-

—No quiero complicarme la vida. Además, yo no soy ningún agente secreto, o como quiera que se llame. Soy un holandés normal y corriente que se gana el pan con sus ideas y sus ocurrencias. Yo no me he convertido en lo que tú.

—Yo también soy un holandés normal y corriente.

—Tú eres un espía israelí profesional. Te han entrenado para mentir y engañar, y supongo que también sabrás matar.

—Joop, no tienes la menor idea de lo que nosotros hacemos —le reprochó Philip con sorna—. Desde luego, no nos dedicamos a eso.

—Entonces, ¿a qué te dedicas? —inquirió Joop.

—¿De qué te sirve saberlo?

—Cultura general.

—Pues entonces lee el periódico.

—¿Para qué has venido, Philip?

—Para ver qué tal estabas.

—Estupendamente, gracias.

—Y para ver si estabas dispuesto a comprometerte con los judíos de Israel.

—Apenas sé cuidar de mí mismo. ¿Cómo puedes pretender que me comprometa con los demás?

—Porque la vida continúa, Joop, porque el mundo sigue girando. Porque no debe haber más muertos inocentes, porque tenemos que evitar que nuestros países queden a merced de unos degenerados, que haya que enterrar a la gente joven.

Joop se enderezó y se giró hacia la ventana, dándole la espalda a Philip. El sol asomó entre las nubes y bañó el jardín con un cálido resplandor. Allí había comido cientos de veces con Miriam. Como todos los norteamericanos, había asado hamburguesas, pechugas de pollo y salchichas, acompañando la carne con Coca-Cola y una ensalada aliñada con salsas envasadas en botellas de plástico, de queso azul o mayonesa mezclada con ketchup, y salpicada de aceitunas, alcaparras y encurtidos.

Cuando Miriam era pequeña, Joop solía celebrar los cumpleaños de su hija con una fiesta en el jardín para la que alquilaba columpios y otros juegos infantiles, y contrataba a payasos. Había saboreado cada momento, se había deleitado en esos instantes tan preciados, los había santificado, como hacen los creyentes con sus imágenes, tótems y templos, inmerso en la felicidad cotidiana, aparentemente indestructible.

Sintió rabia. Contra ese sol, esos arbustos, esos árboles. Contra esa increíble imperturbabilidad. Contra el calor en que se iba diluyendo el


frío.

2

DURANTE una semana, Joop recibió instrucción en la trastienda de un comercio abandonado, cuyas ventanas estaban tapadas con periódicos, situado en Pico Boulevard, en Rancho Park, muy cerca de los estudios Fox.

—No quiero hacer nada contrario a la ley.

—No estás poniendo en peligro la seguridad de Estados Unidos —respondió Philip—. Todo lo contrario, tal vez incluso estés reforzándola. Lo único que vas a hacer es entablar contacto con alguien. Otro holandés. El hecho de que tengas una agenda oculta es totalmente irrelevante desde el punto de vista jurídico. No vas a robar a nadie ni a revelar ningún secreto de Estado. Lo único que tienes que hacer es averiguar qué se le ha perdido a Ornar en Los Ángeles. Eso no puede de ninguna manera ser ilegal.

Por la mañana, Danny recogía a Joop y lo dejaba en la tienda, donde Philip lo familiarizaba con la biografía de Omar van Lieshout hasta las cuatro de la tarde. Determinaron cuáles serían los procedimientos y se pusieron de acuerdo sobre la forma en que se comunicarían entre ellos. También convinieron en que Joop podría poner fin a su colaboración en cualquier momento.

El penúltimo día del curso intensivo, cuando regresó a casa, Joop oyó unas voces desconocidas que provenían de la cocina. Desde el vestíbulo divisó a un hombre y a una mujer en animada conversación con Erroll. El hombre, de rasgos asiáticos, tenía la cabeza rasurada, iba envuelto en una larga túnica de color naranja que le llegaba justo por encima de los tobillos y calzaba unas sandalias de plástico. Se encontraba a la izquierda de la Acquaviva y sostenía entre las manos una humeante taza de té. No era posible adivinar su edad, ni la de la mujer. Ella vestía pantalones y una camisa de algodón rojo pálido; ambas prendas eran tan holgadas que apenas podía intuirse la forma de su cuerpo. Aunque no iba rapada al cero, luda un corte de pelo milimétrico, que cubría su hermoso cráneo de una sombra de púas negras. De su cuello pendía una gruesa cadena de plata. Dos budistas: un asiático y una europea. La mujer ocupaba el lugar que siempre había sido el de Miriam, con la espalda apoyada contra la encimera de la cocina y los brazos cruzados. Escuchaba a Erroll, cuya voz resonaba por toda la casa, con una sonrisa atenta.

Tras contemplarla un rato, Joop supo quién era.

—Linda —dijo.

La mujer apartó los ojos de Erroll y lanzó una mirada inquisitiva en dirección al vestíbulo.

—Joop...

Fue a su encuentro, seria, dejando atrás su sonrisa. En ese momento, Joop se percató de que estaba descalza. La cadena tintineó.

—Joop —repitió a media voz.

Grandes ojos celestes, ni rastro de maquillaje y labios sin pintar. Las comisuras de los párpados y la boca anunciaban los primeros pliegues, pero el paso del tiempo apenas había hecho mella en su piel. De cerca no aparentaba más de cuarenta años y su amplia vestimenta no lograba ocultar la evidencia de que su cuerpo seguía siendo bello, como el de la joven que Joop había conocido.

—Hola, Joop —lo saludó cuando se encontró cara a cara con él.

Se inclinaron hacia delante con torpeza para besarse en la mejilla. Joop no la recordaba tan baja. Ya se estaba retirando cuando se dio cuenta de que ella se proponía darle otro beso. Esbozaron una sonrisa tímida.

—Es verdad, en Holanda son tres —observó Joop con guasa para distender la situación.

Linda lo contempló, desorientada, sin saber muy bien por dónde empezar.

—Déjame que te mire —dijo él para romper el silencioˆ ¿Cuándo nos vimos por última vez?

Le tomó las manos en un intento por ayudarla a vencer su timidez. Se fijó en el corto y erizado cabello, que acentuaba la línea fluida de su cabeza, el rostro sin cosméticos, bien proporcionado, y la mirada aturdida, que eludía la suya, clavándose en algún punto del suelo. Joop concluyó que Linda vivía fuera del tiempo.

—El trece de marzo de mil novecientos setenta y uno cogí el barco a Dover, así que aquella mañana nos vimos por última vez.

Una voz prudente, que articulaba con precisión lo que decía. Ojos vigilantes como los de un ciervo inquieto.

—¿Dover? Siempre pensé que era Harwich —adujo Joop.

—Dover. Saint Helena's School, en Bath —precisó ella—. Un colegio para niñas de buena familia... Tenía ganas de verte.

—Sí —confirmó él—. Es curioso, no somos conscientes del paso de los años hasta que volvemos a encontrarnos con alguien conocido después de mucho tiempo, ¿no crees?

Él tenía dieciséis años cuando Linda lo inició. Y ella, la edad de Miriam.

Linda se dirigió al hombre.

—Te presento a Usso Apuiy. Es uno de mis mejores amigos desde hace tiempo. Muchos lo consideran un santo.

El asiático unió las palmas de las manos, rozando con las yemas de los dedos el mentón, y se inclinó levemente. Su cabeza rapada, con forma de esfera casi perfecta, brillaba. Una sonrisa petrificada

inundaba su inexpresivo rostro. Joop le devolvió el saludo con una ligera reverencia. Un monje, lama o sacerdote, concluyó. Y ella debía de tener un rango similar. Iridología. Aromaterapia. Las zapatillas de deporte de Linda se hallaban en el suelo, delante de uno de los armarios de la cocina.

Erroll se había levantado.

—Me he encontrado con ellos al volver del supermercado y les he dicho que entraran. Espero que le parezca bien.

—Por supuesto.

Linda le llevaba un año, ya había cumplido cuarenta y ocho, pero aparentaba diez años menos que él. Cuando de joven alcanzaba un orgasmo, temblaba de puro placer, como quien introduce su frió cuerpo en una bañera con agua caliente. Untaba sus pezones con el semen de Joop. Su nueva forma de vestir parecía indicar que había renunciado por completo al teatro de la estética corporal, del que formaban parte la lencería, el maquillaje y la moda. Probablemente la cadena fuera un amuleto. Contra el mal de ojo u otras fuerzas maléficas.

—Estábamos hablando del Tíbet —informó Erroll—. El señor Apury es tibetano. Nos preguntábamos si la altitud, las montañas y el aire fortalecen la sensación de que hay algo más entre el cielo y la tierra. Estoy convencido de que los santos lugares de la humanidad no han sido elegidos de manera arbitraria. Deben de tener algo especial. Jerusalén, La Meca, Delfos y otros muchos.

—Tiene que ver con los flujos de energía —explicó Linda con una mirada inocente.

—De eso sí que no sé nada —se disculpó Joop.

—La Tierra es un organismo vivo —aseguró ella sin vacilación alguna.

—¿Vivo?

—Sí, vivo —repitió con firmeza, aparentemente sorprendida por la incredulidad de Joop.

—Un planeta que se está enfriando —insistió éste.

Linda se había transformado en una esoterista ansiosa por encontrar la verdad absoluta. Su antigua adicción al sexo había cedido paso a la búsqueda de la más alta espiritualidad. Pese a todo, ella merecía su respeto. Era una persona íntegra.

—Una esfera, símbolo de la perfección, que nos permite experimentar *el* amor, la esperanza, la comprensión y la libertad.

—Sí. Y el dolor, el hambre, la necesidad y el miedo.

—Pero ¿no crees que una cosa está relacionada con la otra? —preguntó asombrada, como si fuera él y no ella quien sostuviera un punto de vista insólito.

—No entiendo qué quieres decir con que una cosa está

relacionada con la otra.

—Pues que experimentamos aquello para lo que nos hemos preparado, ¿no te parece?

—No, en absoluto. Yo no me he preparado para lo que acabo de vivir. Mi hija no estaba preparada para lo que le ocurrió.

£, —Todo tiene su sitio en el cosmos —argumentó el monje con una voz salida de lo más profundo de su ser.

Sonaba aún más grave que la de Erroll.

—En el cosmos nada tiene un sitio —rebatió Joop—. El cosmos es pura casualidad.

—Pero no podrá negar que el universo posee un orden —prosiguió el asiático sin levantar la vista, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, en una postura que podría interpretarse como una muestra de respeto.

—*El* orden del azar —replicó Joop.

No estaba dispuesto a consentir que esa gente llevara la voz cantante en su casa. ¿Y eso de quitarse los zapatos?

—En el budismo todo está interrelacionado —apuntó el monje, con la mirada puesta en las rodillas de Joop.

Estaba claro que bajaba los ojos por deferencia hacia su interlocutor. En Asia, ese detalle se consideraba un signo de civilización.

—*Shunyatciy* nada se sostiene por sí solo, nada es absoluto.

—Respeto su forma de pensar —subrayó Joop—, pero en mi vida no caben las abstracciones.

—Lo que para usted es abstracto, para mí es concreto —respondió el monje—. Entiendo que lo ha pasado mal; todo esto lo ha cogido desprevenido. Pero de lo que se trata en la vida es de vencer el dolor. El sufrimiento y el deseo constituyen una unidad. Todo ser humano está llamado a liberarse del deseo.

—Si es capaz de conseguirlo, debo reconocer que es usted un hombre envidiable.

—Hago lo que puedo —contestó el budista en tono modesto, aunque muy seguro de sí mismo, inclinándose todavía más—. Hay que abandonarse a la esencia del vacío para luego fundirse con ella.

Joop se había quedado sin argumentos. Mientras el monje seguía mirándole las piernas, sonrió a Linda, en busca de apoyo. Ella comprendió que no sabía cómo afrontar la conversación.

—Creo que te hemos asaltado con nuestra doctrina —se excusó—. En realidad, sólo venía a saludarte, a echarte una mano y a recordar viejos tiempos. Nada más.

Joop no podía decirle que se marchara. No se habían visto en treinta años.

—Gracias por venir a verme —manifestó—. Es muy amable de

vuestra parte. ¿Os quedáis a cenar?

—Nos encantaría cenar con vosotros, ¿no? —consultó Linda al monje.

—Con mucho gusto —afirmó el hombre con una reverencia.

—Hay un pequeño problema. Usso es vegetariano estricto. Yo, un poco menos —anunció ella.

—Eso tiene fácil solución —la tranquilizó Joop—. Tenemos todos los ingredientes necesarios. ¿Qué te parece si les preparamos la cena a estos caballeros?

Linda le sonrió por primera vez, una sonrisa cautivadora y melancólica.

—Buena idea —dijo—. Tú y yo en la cocina.

—¿Por qué no os ponéis cómodos en el salón? —sugirió Joop a Erroll y al monje—. Nosotros nos encargaremos de todo.

Tras pasar revista a lo que había en el frigorífico y la despensa, decidieron preparar un arroz con verduras. A Joop le asombraba aquella mujer taciturna, vestida con holgados ropajes, en la que se había convertido Linda. No quiso remover viejas historias, de modo que se limitaron a intercambiar cumplidos mientras troceaban las hortalizas y las echaban en las cazuelas. Ella alabó la comodidad de la cocina y la vista al jardín y se interesó por los vecinos. Joop esperó a que se relajara un poco para preguntarle por el motivo de su visita a Los Ángeles. Linda le contó que estaban realizando una gira por todo el mundo. Usso Apury era un renombrado monje tibetano, y confiaban en poder reunir durante el viaje suficiente dinero para garantizar el porvenir de su monasterio de Dharamsala, en el norte de la India, al pie del Himalaya. Le preguntó si estaba al tanto de la situación de los tibetanos. Joop reconoció que no estaba familiarizado con el tema.

En 1950 el Tíbet fue ocupado por China, y nueve años más tarde se desató una revuelta popular en Lhasa, la capital. Sólo en marzo de ese año perdieron la vida casi noventa mil personas. Usso Apury, que entonces era un niño lama de siete años, huyó del Tíbet junto con otros miles de monjes. Desde entonces, el centro del budismo tibetano se encontraba en Dharamsala, lugar de residencia del Dalai Lama. Allí fue donde Linda conoció al maestro Apury, doce años antes.

—Lo primero que se ve al llegar es la ciudad baja, que representa la India profunda —relató Linda con un tono de voz tan suave que Joop tuvo que acercarse a ella para oírla—, un auténtico hervidero, muy caótico. Hay mendigos por todas partes. Sin embargo, la ciudad alta es mágica. Allí tienen los tibetanos su propio barrio, McLeod Ganj. Antes, muchos de los ingleses que vivían en la India veraneaban en Dharamsala porque era donde menos calor hacía. En McLeod Ganj se respira aún ese antiguo ambiente colonial. Se encuentra a mil quinientos metros de altitud, lo que es poco para los tibetanos. Les

costó adaptarse. Al principio sufrieron trastornos físicos porque estaban acostumbrados a vivir a más de tres mil metros de altitud. ¿Por qué es tan bonita la ciudad alta? Por la vista panorámica: a un lado se encuentra el valle de Kangra, y al otro, las rocas graníticas de la cordillera de Dhauladhar, que surgen de la tierra como las torres de... esa iglesia de Gaudí... en Barcelona...

—La Sagrada Familia —completó Joop.

—Sí —suscribió ella.

—¿Qué encontraste allí que no pudieras encontrar en otro sitio? No tienes por qué contestarme si mi pregunta te resulta demasiado impertinente.

—No, no te preocupes —se apresuró a decir Linda con ademán tranquilizador, aunque su voz denotaba cierta indecisión—. Cada dos por tres caía enferma. Un problema de circulación. Nadie sabía ayudarme. Ni siquiera los especialistas. Luego comencé a sufrir arritmias.

A Linda le había fallado el órgano que había seguido funcionando perfectamente después de la muerte cerebral de Miriam. Pero se había salvado. En silencio, respiraba junto a él, concentrada en cortar las zanahorias en trozos iguales, mientras se armaba de valor para retomar el hilo de su relato. Joop se esforzó por encontrar una pregunta con la que poner punto final al parte médico.

—Yo sabía que no era nada físico —prosiguió Linda antes de que él pudiera intervenir—. No me preguntes por qué. Estaba convencida de que mi enfermedad tenía un origen psíquico. No podía tratarse sólo de un defecto mecánico. En aquella época vivía en Nueva York..

—¿Nueva York? —preguntó Joop, aprovechando la oportunidad para llevar la conversación por otros derroteros.

Su madre nunca lo había hecho partícipe de las confidencias de Linda, de la misma manera que no se ofrece una copa a un alcohólico.

—Cuéntame lo que pasó después de tu paso por... Bath, ¿no era así?

—Exacto. Allí continué mis estudios después de... —Linda dudó de nuevo—. Después de irme de Holanda.

—Después de que te echaran —remarcó Joop sin tapujos.

Él había contribuido a la marcha de Linda y todavía se arrepentía de ello, por más que aquella situación requiriese una medida drástica. Antes de pasar a la bañera, donde los sorprendió su padre, Linda lo había empujado contra el duro suelo de baldosas del cuarto de baño. Se levantó la falda con elegancia y tras sentarse, sin bragas, encima de su cara, volvió a bajársela. Inmerso en la penumbra, Joop la sujetaba por las nalgas y a medida que iba cumpliendo, entre jadeos, lo que ella le dictaba, sentía cómo el cuerpo de Linda era sacudido por una oleada de pequeños estremecimientos.

—Sin penetración no hay sexo. Para follar hay que penetrar. Pero eso nosotros no lo hacemos. ¿A que nosotros no hacemos eso, Joop?

El sólo emitía gemidos, con la boca llena. Linda se volvió hacia atrás para comprobar con la mano su estado.

—Paciencia, pajarito, luego te tocará a ti.

Recuerdos absurdos. Por espacio de un momento, Joop examinó el rostro de Linda en busca de alguna huella que delatase la existencia de aquella fiera. Ni siquiera estaba seguro de que ella se acordara. Quizá él no fuese sino uno de los muchos hombres que habían pasado por su vida. O tal vez ella había optado por vivir como una monja de conducta inmaculada.

—Cuando terminé la escuela secundaria, me vine a Estados Unidos a estudiar Derecho. Después me incorporé a un bufete de abogados de Nueva York Hace ya trece años que me marché de allí, así que no estuve demasiado tiempo. Me dediqué a viajar, hasta que fui a parar a Dharamsala. Podría decirse que, desde entonces, llevo dos vidas. Trabajo seis o siete meses en Nueva York y luego paso un año en la India.

—Me parece una distancia enorme, no sólo en sentido geográfico.

—Desde luego, pero no me queda más remedio —admitió, como si confesara haber cometido un crimen—. Necesito ganar dinero de algún modo, y en Dharamsala fue donde me curé.

Joop deseaba saberlo todo, aun a riesgo de reabrir antiguas heridas.

—¿Te curaste? —preguntó.

—Sí. Gracias a la meditación —respondió Linda con gran convicción, dirigiéndole una mirada que no dejaba lugar a dudas—. El corazón es más que un simple órgano. En el budismo tibetano, el corazón representa la sabiduría, y en la cábala es símbolo de belleza. En todos los sistemas de meditación tradicionales ocupa un lugar especial. Existe una relación entre el espíritu y el cuerpo, pero esa relación es tan compleja y tan intangible que la ciencia occidental aún no ha logrado esclarecerla. Ante esa situación nos quedan dos opciones: o bien actuamos como si esa relación no existiera, porque carece de fundamento científico, o bien aceptamos que hay algo y adoptamos un planteamiento práctico y realista. La meditación ha restablecido mi ritmo cardíaco. Sin medicamentos ni aparatos. —En su rostro se dibujó una sonrisa serena—.Y a ti, ¿cómo te ha ido, Joop?

Durante la cena, Erroll no dejó de formular preguntas acerca de las ideas que profesaba el monje, con un interés que rayaba en la obsesión. El hombre comía con movimientos parsimoniosos, precisos y rituales. Sentado en un taburete, con la espalda recta, recogía con sus palillos pequeños bocados que masticaba lentamente.

—Para meditar se necesita la energía del cuerpo —le explicó a

Erroll—, pero, al mismo tiempo, la meditación purifica el organismo. Y lo carga. La mente y el cuerpo se fusionan.

hay separación, a diferencia de lo que se sostiene en la tradición occidental, donde el espíritu y el cuerpo están reñidos. Nosotros no nos sentimos identificados con el «Pienso luego existo» de Descartes. Nuestra realidad se refleja mejor en el lema: «Existo porque existo.» O mejor aún: «Existo cuando desaparezco.» Las variaciones son infinitas.

—A mí me han curado la meditación y las hierbas —subrayó Linda—. El sutra del corazón. ¿Te suena?

—No —reconoció Joop.

Si bien no sabía lo que era un sutra, tenía muy claro que no le apetecía oír ninguno, y menos el del corazón, pero no quiso ofender a Linda. La autosuficiente y sensual muchacha de antaño se había esfumado, dando paso a una mujer pudorosa, por no decir incorpórea, que en cierto modo le atacaba los nervios.

.—Es uno de los más importantes —señaló ella.

—Los sutras son los discursos originales de Buda—aclaró el monje —. Respecto a éste en concreto, el Gran Maestro Tan Hsu dice lo siguiente: «El sutra del corazón forma parte del *Maha Prajna Paramita*. Se trata de una cuidadosa recopilación de palabras y textos sencillos destinados a transmitir significados profundos.»

¿Qué dice exactamente? —quiso saber Erroll.

Linda bajó la vista y recitó:

—«No hay verdad del sufrimiento, de la causa del sufrimiento, de la cesación del sufrimiento, ni del camino. No hay sabiduría, y no hay logro de ninguna cosa.» Esto es lo que dice. Palabras que te dejan sin habla.

Antes de marcharse, le preguntó a Joop si tenía algo que hacer *el* sábado. Él le dio su número de teléfono. Linda lo irritaba, pero, al mismo tiempo, Joop era consciente de que esa irritación no estaba justificada. Intentó reprimir la desconcertante idea de que, en realidad, su inopinada presencia lo llenaba de alegría.

3

JOOP no durmió en toda la noche. El monje le había enseñado a Linda cómo liberarse del cuerpo y las pasiones, de la música y el dolor.

«El deseo es la causa de todo sufrimiento», había dicho.

Pues qué bien.

Joop seguía empeñado en comprender por qué había salido del hospital con la certeza de que debía incinerar a Miriam, como si hubiera experimentado una revelación. Su pronunciado sentido de la realidad lo obligaba a admitir que esas experiencias sólo se producían dentro de los límites de los sueños o las alucinaciones. Le parecía más que discutible que pudieran tener una interpretación budista, judía o freudiana. Pese a ello, no consiguió sustraerse a la intensidad de aquella vivencia.

En plena noche, Joop se levantó, bajó a la cocina y se tomó una copa de vino. En la sala de estar, los ronquidos de Erroll se acompasaban al ritmo de su profunda respiración. El saco de dormir estaba entreabierto, pero, aun así, su cuerpo de acero apenas se distinguía en la oscuridad. Joop abrió una nueva cajetilla de tabaco tirando de la cinta que recorría el crujiente papel celofán y encendió el televisor, casi sin volumen, para no despertar a Erroll. Intentó concentrarse en la edición nocturna del informativo de la cadena ABC. Bush había sido nombrado oficialmente presidente de Estados Unidos. Joop ni se había enterado. Estaba fumando, fumaba día y noche. Le resultaba hilarante pensar que, en su día, había dejado de fumar porque quería llegar a viejo.

Linda le había hablado de su corazón. Por más que para él fuese un hecho conocido y no era la primera vez que dejaba aflorar ese pensamiento, hasta entonces no había sido plenamente consciente de que el corazón de su hija continuaba latiendo. En un cuerpo distinto. En medio del ajetreo del hospital había dado su consentimiento («Pregúntese qué habría deseado su hija, señor Koopman»), y en ese mismo instante alguien estaba masturbándose o aliviándose en algún retrete, *rojo del* esfuerzo, mientras el corazón de Miriam bombeaba sangre a su pene. ¿Por qué pensaba que era un hombre? ¿Sería un canalla? ¿Un asesino? ¿Un monje? Ese fue su particular sufra del corazón, significara eso lo que significara: los sentimientos de su hija, su aliento, la morada de su alma. Aunque no le cabía la menor duda de que todo era muy distinto de cómo se presentaba en esas antiguas tradiciones místicas, también para Joop el corazón que durante aquella noche había sido trasplantado a otro cuerpo con la ayuda de manos expertas y aparatos de alta tecnología encarnaba la belleza y la

sabiduría. El corazón de Miriam. Quería saber quién se lo había llevado. Quería conocer el cuerpo que estaba beneficiándose de su hermosura.

4

EL DESOLADO almacén de Pico Boulevard estaba integrado en una hilera de comercios poco llamativos y, por lo visto, no muy frecuentados. Los automovilistas pasaban por delante de los polvorientos escaparates sin prestarles atención, y en los aparcamientos no solía haber nadie; al final de la tarde, las máquinas expendedoras de periódicos situadas en las esquinas del bulevar seguían llenas hasta la mitad.

Danny aparcó junto a irnos contenedores de basura de gran tamaño. A continuación, Joop se adentró en la tienda por la entrada de servicio. En el centro de la estancia, debajo de tres tubos de neón, había una mesa de madera, cuatro sillas de plástico de color gris, un retroproyector, un ordenador portátil y un termo con café.

Eran las nueve de la mañana. Philip estaba sentado detrás del ordenador y lo saludó con un gruñido sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Has dormido bien? —masculló.

—Regular —respondió Joop.

Tras servirse un café, se sentó a la gran mesa cuadrada, frente a Philip, y encendió un cigarrillo.

—No pienso hacerlo —dijo.

—¿Qué no piensas hacer? —le preguntó Philip, aparentemente absorto en otro asunto.

—No pienso hacerlo —repitió Joop. En ese momento, Philip alzó la vista.

—¿Qué es lo que no piensas hacer?

—Esto. Todo este circo. No sé cómo has conseguido embarcarme en esta historia, pero, pensándolo bien, me parece una irresponsabilidad. Por mi parte. Y por la tuya. Esto tiene que hacerlo un profesional, un judío joven y listo, alguien como Danny, alguien dispuesto a tender trampas con premeditación. Philip, yo soy un ingenuo. Yo creo de entrada que todo el mundo es bueno. Necesitas un cínico implacable. Yo tengo otras preocupaciones, y quedan muchas cosas por aclarar; por dentro todavía estoy en carne viva, como si me hubiera tragado un cristal. Eligiéndome a mí, corres un riesgo excesivo.

—Yo no elijo nada. No hay alternativa —repuso Philip—. ¿Qué pasó anoche?

—Nada especial —contestó Joop de mala gana.

—Cuéntame, ¿qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

—Me distraigo, eso es todo. Soy incapaz de concentrarme.

Joop tenía que encontrar el corazón de su hija. Debía emplearse a fondo en esa tarea.

—Y los días anteriores... ¿tampoco sucedió nada?

—Bueno, tal vez, pero nada importante.

En realidad había asimilado perfectamente la información. Los encuentros le habían servido de distracción y entretenimiento, e incluso de fuente de inspiración.

—Lo echaré todo a perder —añadió—. No te arriesgues conmigo.

—Habíamos pensado encargarte un guión —anunció Philip.

—Esto no se trata del encargo de un guión. Es una misión para agentes experimentados, no para un aficionado como yo.

—*Pero vas* a escribir de verdad —insistió Philip—. Hemos llegado a un acuerdo con unos amigos nuestros. Lo hemos arreglado estos últimos días. Tendrás tu oficina en Sunset Strip e irás a almorzar todos los días al Ristorante Primavera. Ornar come allí varias veces por semana. El resto del día podrás trabajar tranquilamente en tu guión. El que tú quieras. La empresa te pagará por ello.

—¿Qué empresa?

—Nuestros amigos.

—¿Quiénes son?

—Es para *Showcrime* —especificó Philip. *Showcrime*ˆ una prestigiosa serie televisiva de un canal por cable.

—¿Los de *Showcrime* son amigos tuyos?

—Nuestros. Es un encargo real. Si alguien quiere averiguar algo, se topará con la verdad. Así es como funciona este juego.

—Me parece que vas demasiado lejos, Philip.

—Joop, no nos queda opción. Sin ti jamás conseguiremos aproximamos a él. Lo espiamos, sabemos por dónde se mueve, tenemos pinchado su teléfono, pero nos resulta imposible llegar directamente a él. Eso debe hacerlo un holandés, alguien que hable su idioma. En la mayoría de los casos podemos recurrir a otros métodos para tirar de la lengua a una persona: dinero, o mujeres, principalmente mujeres; continúan siendo el señuelo más eficaz. Es muy poco habitual que tengamos que echar mano de recursos de índole lingüística. En tu casa te espera una carta de *Showcrime* en la que te invitan a escribir un guión para ellos.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Tenían intención de contratarte de todos modos. ¿Conoces a un tal Jeff Silberman?

—Me suena.

—Será tu productor. Fue él quien te propuso, hace unos meses. No los hemos obligado a nada; no les hemos pedido nada. Sólo hemos aprovechado las posibilidades existentes.

—¿Por qué no puedo creerte? —preguntó Joop con acritud.

—Porque no crees en ti mismo.

—¡No me hagas reír!

—¡Llama a Silberman! Haces bien en no fiarte, ¿por qué ibas a creerme? Habla con él y verás que estabas en el primer puesto de la lista. Tienes una trayectoria nada desdeñable.

—Me alegra oír eso de boca de un experto.

—Me lo han dicho unos expertos. ¿Quieres pensarlo? Te doy el día libre —decidió Philip.

Se puso en pie, rodeó la mesa, colocó las manos sobre los hombros de Joop con gesto amistoso y se inclinó hacia delante.

—Quiero que sepas que jamás te encargaría nada para lo que no estuvieras preparado —añadió.

Sacó un taburete de debajo de la mesa y se sentó al lado de Joop.

—Escucha, sólo estoy pidiéndote que vayas a almorzar al Ristorante Primavera —prosiguió—. No te arrepentirás. Es un lugar en el que abundan las mujeres hermosas, y la comida es exquisita. Lo único que tienes que hacer es entrar en contacto con Ornar y contamos lo que te dice. Eso es todo.

Ensimismado, con la mirada extraviada, Joop se sorprendió de lo poco que le quedaba de la firmeza con que había entrado en el local.

—Necesito… —Sacudió la cabeza exhalando un profundo suspiro —. El lunes seguimos hablando, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Escúchame, Joop, yo llevo veinte años en este trabajo. He visto de todo. Puedo asegurarte que en este negocio uno no acaba convirtiéndose precisamente en un filántropo. Soy consciente de que irrumpo en tu vida en mal momento, pero sé lo que puede suceder si no resolvemos este problema. Conozco a algunos especímenes de la calaña de Ornar que no han recibido el trato adecuado, y el resultado ha sido desastroso. Sin embargo, aquellos de los que nos hemos ocupado a fondo han pasado desapercibidos. Sobre ellos no se ha leído ni se ha oído nada. A veces necesitamos a gente como tú. A personas ajenas a todo esto. Médicos, fontaneros, profesores. Judíos valientes a los que pedimos que, durante un tiempo, pongan su vida en el servicio…

—Al servicio.

—… al servicio de la causa para evitar una tragedia.

—Y para ganarse algún extra.

—Reembolsamos sus gastos.

—Lo del guión… Tengo que pensarlo. Hace que me sienta incómodo.

—¿Qué te pasó anoche? ¿Estuviste con una mujer?

—Sí.

Tal vez la visita de Linda lo había reafirmado en su convicción de que debía romper con Philip, pero el factor decisivo había sido el

corazón de Miriam.

—Eso lo explica todo.

—No explica absolutamente nada. Quizá hasta te acuerdes de ella. Vivió un año con nosotros. Linda de Vries. Me acompañó algunas veces a la sinagoga.

Allí Linda se la había chupado en los servicios de señoras. Era un lugar seguro, porque la única mujer que acudía al oficio del sábado con asiduidad, la señora Kuilman, vivía encima del templo y usaba su propio baño, en el segundo piso.

—¿Que si me acuerdo? ¡Claro que sí! ¡Una chica estupenda! Durante un tiempo estuve loco por ella.

—Fue a saludarme. Después de treinta años. Por primera vez desde… desde aquello… me encuentro un poco mejor.

—¿Qué la trae por aquí?

—¡Pues está vigilando a unos palestinos! ¡Hay que ver cómo eres! ¡Fue a mi casa porque pasaba por la ciudad! ¡Porque se ha enterado de lo de Miriam!

—Mi pregunta no iba por ahí —se disculpó Philip.

—Pues así es como la he interpretado yo. —Joop se calmó y encendió otro pitillo—. No sabía que llegaste a interesarte por ella —continuó—. Siempre creí que te bastaba con el éxito que tenías entre las chicas de nuestro colegio.

Eso no era más que una ilusión óptica. Mientras me masturbaba, soñaba con el sexo puro y duro —confesó Philip—. Ella vivía en tu casa, ¿no?

—Sí.

Philip comprendió que Joop no iba a revelarle ningún detalle.

—¿Conoces el edificio que está al lado de la librería Book Soup? ¿Enfrente de la tienda Tower Records? En ese inmueble, *Showcrime* ocupa un nivel entero. Allí tienes un despacho esperándote.

—Philip, hablas demasiado, déjalo ya, porque, si no, tiraré la toalla de verdad.

—Lo siento —contestó—. Tienes razón. ¿Quieres que Danny te lleve a casa?

—Sí, por favor. O mejor no, prefiero dar un paseo. Luego cogeré un taxi. Por cierto, se dice «planta», no «nivel». Ocupa una planta entera.

—Joop, no me dejes tirado. Si no quieres hacerlo por los judíos, o por los norteamericanos, hazlo en nombre de la pureza de la lengua neerlandesa.

Aunque se sentía embaucado y manipulado, Joop no pudo contener una risa socarrona.

—Dame un poco de tiempo. Si lo hago, será porque no puedo contigo.

5

PASARON numerosos autobuses y taxis, pero Joop siguió caminando. Con excepción de los inconfundibles amantes del *footing*, ataviados para la ocasión con zapatillas Nike, una cinta en la frente y un pulsómetro en la muñeca, en esa parte de la ciudad a nadie se le ocurría andar. Las distancias se cubrían en coche. Esa había sido una de las razones por las que Ellen y Joop se habían ido a vivir a la costa. En Santa Mónica y Venice era relativamente fácil encontrarse con andarines de pura cepa, e incluso cabía la posibilidad de ver pasar a algún tipo raro cargando con las bolsas de la compra, pero, aun así, sobre el caminante siempre recaía la sospecha de que no tenía dinero para financiarse un vehículo.

Al principio, la pareja había recorrido Hollywood en bicicleta, un modo de transporte confortable, siempre y cuando evitaran las cuestas. En aquella época vivían en un destartalado complejo de apartamentos en Franklin Avenue, entre parados, borrachos y jóvenes escritores, actores, directores de cine y otros incondicionales del mundo del cine decididos a triunfar. El hecho de no tener ni un centavo incrementaba la emoción de lo que todos consideraban la última fase antes de dar el salto definitivo a la fama. De vez en cuando Ellen y Joop comían en una cafetería que hacía esquina con Argyle Avenue. El establecimiento pertenecía a un hotel que alquilaba habitaciones por horas. Los domingos por la mañana, las mesas del restaurante estaban invadidas por artistas tenaces y ambiciosos, gente con pocos años pero con muchas aspiraciones y cualidades, empeñados en revolucionar con un espectacular debut la única industria que, por ser de todos conocida, no necesitaba ser descrita con mayor precisión. En el aire, por encima de las mesas de formica, flotaba una especie de electricidad espiritual. Uno acababa conversando con las personas que, debido a la gran afluencia de clientes, se veían obligadas a sentarse en el asiento de enfrente o de al lado, quedándose siempre con la duda de si sería capaz de competir con el entusiasmo y el fervor de aquellos comensales desconocidos y de abrirse un hueco en una ciudad rebosante de talento. Joop logró colocar algunas obras y recibió varios encargos. Aunque no se había hundido, como la gran mayoría de los artistas en ciernes de aquellos años, era consciente de que tampoco había llegado muy lejos. Un éxito a medias. Razonable, pero con mala suerte. Sólo uno de sus guiones había terminado en la gran pantalla; exhibieron la obra una única vez a modo de estreno. Se trataba de la película de la semana de una cadena de televisión, con Tom Green, un joven actor de procedencia

holandesa que después cayó en el olvido. Cientos de personas habían escrito, como Joop, un guión tras otro, cobrando lo justo para sobrevivir, pero pocos habían tenido la fortuna de ver sus ideas plasmadas en una película.

Al comienzo de su carrera cinematográfica, tras vender sus dos primeros guiones, Joop atravesó una fase que, al final, resultó ser su época de gloria. Ganaba entre ciento cincuenta mil y doscientos mil dólares al año. A pesar de haberse divorciado y de tener que cuidar a una hija pequeña, no estaba necesitado de dinero e incluso podía permitirse un Jaguar y una niñera todas las horas que hiciera falta. Sin embargo, aún ignoraba que uno podía vender guiones sin ver jamás uno de ellos convertido en película. Traicionado por Ellen, se sumergió en la escritura —atormentado por los celos y la rabia, y presa de unos sentimientos de odio que ponían al descubierto sus más profundos instintos sanguinarios—, en busca de la fama y el reconocimiento, en busca de una casa en Malibú y un apartamento en la montaña.

Cuando Ellen regresó a Holanda, lo acosó con una batería de abogados. Por puro ánimo de venganza, Joop se acostó durante dos años con toda mujer que se le cruzó en el camino, aunque nunca en su propio hogar, siempre lejos de su hija y los recuerdos de Ellen. La mayoría de las veces se citaba en una habitación de hotel, y en alguna ocasión en casa de sus amantes. Eran mujeres que trabajaban en una agencia o en una productora, y que estaban ansiosas por satisfacer una necesidad urgente. Joop intentó convencerse de que el sexo no era más que un impulso orgánico libre de todo sentimiento, pero al fin tuvo que reconocer que lo que buscaba era sexo, amor y amistad, todo reunido en una misma persona. Llegado a ese punto, renunció a sus conquistas y, poco a poco, se fue apartando del mercado de solteros en busca de pareja. Entonces era más joven, más delgado, apuesto y bien parecido, con su abundante cabellera ondulada y sus ojos azules de campeón de patinaje noruego. Un día, en el aparcamiento subterráneo del Century City Malí, un gran centro comercial, Joop había contribuido a incrementar la calidad de vida de una célebre productora, tumbado en el asiento trasero del Rolls Silver Cloud II de la mujer, cuyo techo era más bajo de lo que parecía desde fuera. Montada encima de él, con las faldas subidas y el cuerpo inclinado hacia delante, la productora cabalgó hasta rendirse al gemido libertador. Después tomaron algo en el bar del Hilton, que se hallaba enfrente del parking. En su apresurada despedida, la mujer se limitó a darle un beso amistoso en la mejilla. Cuando Joop volvió a verla un mes más tarde, no percibió en ella ninguna señal de reconocimiento; desapareció entre una multitud de colegas.

Hada años que no había vuelto a pensar en ello, pero el recuerdo

surgió de pronto al pasar por delante del centro comercial. Su memoria hacía horas extra. Desde que Miriam se fue, todo estaba de nuevo presente. Y nada debía perderse.

Pese a la amenaza de lluvia (que no se cumpliría hasta el día siguiente), no se desprendió ni una gota del manto de nubes. Una caminata de hora y media. Los edificios de color gris oscuro del Cedars-Sinai estaban rodeados de restaurantes, boutiques y tiendas de muebles prohibitivos. Junto a los parquímetros abundaban los Bentley, los Ferrari y los modelos más lujosos de Cadillac y Jaguar. Las frías y húmedas terrazas de los restaurantes y las cafeterías estaban equipadas con altas estufas de gas provistas de una suerte de sombrilla calefactora que caldeaba las mesas. Debajo de ellas, mujeres escuálidas con gafas oscuras —el sol era lo de menos— cuchicheaban sin parar, intercambiando secretos, chismes y quejas.

Aunque hacía fresco, Joop había entrado en calor. Accedió al hospital por Gracie Allen Drive. Se presentó en la recepción y preguntó por el responsable de trasplantes. Otro edificio, otra planta, otro horario. El eco del accidente resonaba aún por los pasillos. La desaparición de su hija se semejaba a un reflejo en el agua, visible pero inalcanzable. Comenzó a comprender que era posible seguir viviendo después de la pérdida de un ser querido: todo era cuestión de habituarse. Habituación y agotamiento. Pero jamás aceptación. Poco a poco iría olvidándose de Miriam, hasta que, un día, caería en la cuenta de que no había pensado en ella durante toda una semana. Sólo entonces estaría muerta de verdad.

Joop volvió a preguntar por el responsable de trasplantes en el mostrador que le habían indicado. Se llamaba Debby Brown. En ese momento estaba atendiendo a alguien fuera del edificio. Le preguntaron si tenía cita con ella. Dijo que no. Explicó que había acudido espontáneamente, que tenía que ver con su hija; que en la noche del 22 al 23 de diciembre del año anterior, unos dos meses antes, había dado su permiso para que le extrajesen el corazón y que sentía necesidad de hablar de ello. La recepcionista asintió. Dijo que Debby tenía el buscapersonas apagado, pero que la vería en el plazo de una hora. Quiso saber si podía localizarlo de alguna manera. Joop le dio el número de su móvil.

Abandonó el hospital por la salida que daba a Third Street. Bordeó el edificio y enfiló San Vicente Boulevard en dirección norte, un paseo de unos veinticinco minutos, bayo el mismo cielo gris que lo acompañaba toda la mañana. A las doce del mediodía llegó al Strip y se dirigió al Primavera, pasando por delante de las numerosas tiendas de modas y establecimientos para comer. El local se hallaba en la zona norte, prácticamente enfrente de Le Dome, uno de los restaurantes donde agentes del máximo nivel se reunían con sus mejores clientes.

El Primavera era un pequeño negocio italiano, con decenas de fotografías de Venecia en las paredes y unos paneles de nogal que, cuando uno estaba sentado, llegaban a la altura de los hombros. El local medía a lo sumo ocho metros de largo por ocho de ancho y estaba lleno de pequeñas mesas cubiertas con manteles blancos, la mayoría de ellas para dos personas, y algunas para cuatro. Predominaban los clientes con aspecto más bien descuidado, al estilo de Joop, todos ellos muy atentos a los animados comentados de sus comensales, vestidos de punta en blanco y aficionados al agua Pellegrino. Joop suponía que eran jóvenes representantes, puesto que le recordaban a los agentes a los que había conocido a lo largo de los años, muchachos bien entrenados, con trajes de Armani, camisas blancas como la nieve, relucientes corbatas de seda, impresionantes Rolex y un corte de pelo perfecto que no se despeinaba nunca; unas veces gesticulaban sin cesar, sumidos en un estado de extrema agitación, otras jugaban con las llaves de su Porsche, siempre muy seguros de sí mismos.

—¿Desea almorzar? —le preguntó una joven de unos veinte años, morena y guapa, de rasgos mediterráneos y tan segura como sus clientes más ilustres. Llevaba un jersey rojo muy escotado, no demasiado acorde con el tiempo, pero óptimo para resaltar su hermoso pecho.

—Sí, quería comer algo.

—¿Cuántas personas?

—Vengo solo.

—Acompáñeme, por favor.

Cogió una carta y, sorteando mesas, lo guió a través del local. Los ceñidos vaqueros le marcaban el bello trasero, que resultaba ideal para una camarera. Dejó la carta encima de una mesa que había junto a la pared del fondo. Joop era un desconocido, y estaba solo, de modo que no era necesario ofrecerle un lugar central donde pudiera establecer contacto visual directo con los que llegaban; ésas eran las normas que regían en la ciudad. No obstante, desde allí, Joop abarcaba con la vista toda la sala; no había nada que pudiese sustraerse a su percepción. Encargó una copa de merlot, dando a entender con ello que tenía el día libre, pues otra de las reglas del juego era que en las comidas de trabajo no se bebía alcohol. El restaurante ofrecía recetas italianas tradicionales, complementadas con platos bajos en calorías del propio Hollywood.

Comenzaron a sonarlas notas del *Wilhelmus*; cogió el móvil y vio en la pantalla un número anónimo. Contestó a la llamada.

—Merchant… Koopman.

—¿Merchant? —inquirió Linda—. ¿Es un seudónimo?

—Sí, podría decirse.

Joop se alegró como un niño al oír su voz. Una persona a la que conocía desde siempre, que le resultaba familiar a la vez que extraña. Y con la cabeza rapada.

—¿Estás haciendo algo divertido? —preguntó ella en tono adolescente.

—Estoy en un restaurante. ¿Y tú?

—Estoy comiendo con gente de dinero, banqueros que sienten debilidad por el Dalai Lama. No te llamo para nada en especial. Quería... En realidad, no sé para qué te llamo. Sólo quería oír tu voz.

—Eres un sol —contestó Joop.

Palabras que no había pronunciado en mucho tiempo. Ya hacía un año que su última novia, un error que había durado ocho meses, desistió definitivamente de sus servicios. Fue problemático, porque era una de las profesoras de Miriam. A pesar de todo, ella le había enviado una tarjeta de pésame. La mano derecha de Joop, inquieta, desmigó un trozo de pan.

—Nos vemos mañana por la noche, ¿verdad? —quiso saber Linda.

—En eso habíamos quedado —respondió él—. ¿Tienes alguna preferencia culinaria?

—Cualquier cosa. Me gusta todo.

—¿Tu amigo viene con nosotros?

—Este fin de semana dirige un retiro espiritual en la montaña. En Big Bear. Seguro que lo conoces.

—He estado algunas veces, sí. Allí debe de haber ahora una buena capa de nieve.

—¿Y qué crees que hay en Dharamsala en invierno?

—¿Esos monjes saben esquiar?

—Se mueven por la nieve con gran facilidad, como si flotaran. Además, disponen de un sinfín de palabras para referirse a ella, y para todo lo que nosotros interpretamos como blanco sin más.

Con una leve inclinación de cabeza, Joop le dio las gracias a la camarera, que le llevaba su copa de vino.

—¿Por qué no vas a la India alguna vez? —propuso Linda, arrastrada por su propio entusiasmo—. Quizá te ayude a replantearte algunas cosas.

Joop se preguntaba si tendría todo el cuerpo rasurado; una idea intrigante que no lograba reprimir.

—Me temo que tú eres mucho más sensible a la nada de la meditación que yo —dijo.

—Escribir en un estado de máxima concentración también es meditar.

—¡Menos mal! Si seguimos por este camino, llegaremos a la conclusión de que tenemos mucho en común. —Joop sonrió, con la esperanza de que ella hiciera lo mismo—. ¿Qué enseña tu amigo en

esos cursos?

—Técnicas de meditación. Me imagino que tú eres de los que piensan que basta con cerrar los ojos y concentrarse en los dedos de los pies. Pues te equivocas, porque es un proceso muy minucioso. La respiración, las diferentes fases de concentración. Ya sé que suena todo muy vago e inconcreto, pero lo curioso es que el éxito del método depende de la técnica y de la precisión.

—¿Y cuál es el objetivo? —insistió Joop.

—El objetivo es renunciar a cualquier objetivo.

—¿Y eso es posible?

—¿Por qué crees que te llamo? —preguntó ella.

—Porque te aburres.

—Un budista no se aburre jamás. Tengo que irme. Si surge cualquier imprevisto, puedes dejarme un mensaje en el hotel Carmel, en Santa Mónica.

—De acuerdo —contestó él.

—Adiós, mi querido Joop, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Joop colgó el teléfono y pasó la mano por el mantel para juntar las migas. ¿Sería Linda capaz de arrancarlo de la agonía del luto? ¿Lograría él perderse en la primera mujer que se le presentase después de la muerte de Miriam? ¿O era el recuerdo *del* pasado el que atizaba las ilusiones?

La camarera se acercó de nuevo.

—¿Ha elegido ya? —preguntó.

—La verdad es que aún no he mirado la carta —se excusó *Joop*, preguntándose por qué la forma de hablar de la joven le llamaba tanto la atención.

La miró a la cara. Era una belleza que bien merecía una visita diaria. La experiencia le había enseñado a la joven que su trabajo requería resolución y puntualidad, y que su feminidad juvenil podía reportarle sustanciosas propinas con tal de exhibir un poco su escote a la hora de servir a los clientes.

—Vuelvo en un minuto —prometió.

—Usted habla holandés —observó Joop antes de que ella se apartase de su mesa.

—Es que soy holandesa. Hace un rato lo he oído hablar en mi idioma. No se oye mucho por aquí.

—Me ha parecido reconocer cierto acento italiano en su pronunciación.

—Español —rectificó—. Padre español, madre holandesa, y trabajo en un restaurante italiano en Estados Unidos.

—Me llamo Joop —se presentó él.

Ella le tendió la mano.

—Sandra.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Dos años. ¿Ya te has decidido?

—Tomaré un plato de pasta —decidió Joop.

—¿Del menú del día? Está muy rico. Hoy viene con almejas.

—Muy bien.

—*A* mí me gusta hablar holandés —observó, dispuesta a atender a unos nuevos clientes—. Tiene matices que no existen en inglés. Gracias.

Joop le devolvió la carta y ella se alejó por entre las mesas. Era obvio que a Ornar no lo atraía sólo la calidad de la comida. Podía conversar, o incluso coquetear, con la camarera. Unos minutos más tarde, Sandra colocó el pedido de Joop sobre la mesa. El teléfono móvil estaba al lado de la copa de vino.

—¿Te la lleno de nuevo? —ofreció la muchacha.

—Sí, por favor.

Joop se comió la pasta, rebañó el plato con un trozo de pan, apurando los restos de la salsa, y tomó un café solo. El almuerzo transcurrió sin que recibiera ninguna llamada del hospital.

—¿Hay muchos holandeses por aquí? —preguntó Joop mientras pagaba la cuenta.

—Conozco a algunos —respondió Sandra—. A ti no te había visto nunca.

—He comenzado a trabajar por aquí hace poco —se justificó *él*—. Estoy probando los restaurantes de la zona.

—Nuestra relación calidad-precio es la mejor de todo el Strip.

Joop firmó el recibo de la tarjeta de crédito y se lo entregó.

—Llegarás muy lejos —vaticinó.

—Hago lo que puedo —sonrió ella—. Lo curioso es que yo también lo creo. Espero que vuelvas pronto… Joop, ¿o Job?

—Joop —repitió él.

—No se me olvidará —dijo Sandra mientras se alejaba con una sonrisa profesional, ajustando sus movimientos de alguna manera a la dirección que tomaría la mirada de Joop tan pronto como ella le hubiera vuelto la espalda.

6

—¿SEÑOR KOOPMAN? Soy Debby Brown. Siento haberlo hecho esperar. No tengo mucho tiempo, pero me han dicho que deseaba usted hablar conmigo. ¿Quiere acompañarme?

Traje de seda azul con lunares blancos, cinturón de la misma tela, zapatos blancos con anchos tacones de media altura. La laca hacía brillar su corto cabello, redondeado y tieso como un casco de acero alemán. Miriam la habría descrito desternillándose de risa. Debby se dirigió con paso firme a un pequeño despacho cuyas dimensiones eran apenas superiores a las de un armario escobero. Era bajita —o *petite*, como también se decía por allí—, de pelo negro y piel morena, grandes ojos castaños, caribeña. En una sala de espera con un público mayoritaria— mente negro y latinoamericano, Joop había estado hojeando durante media hora los suplementos intactos de los periódicos que la gente iba dejando debajo de las sillas: economía, anuncios de coches, arte y cine. Tras cerrar la puerta, Debby tuvo que pasar junto a él para alcanzar el sillón giratorio situado al otro lado de la mesa.

—Tome asiento —dijo. Sentada en el borde del sillón, derecha como una vela, consultó una pantalla con información que sólo podía ver ella—. Un momento, por favor, tengo que buscar los datos. La noche del veintidós al veintitrés, ¿verdad?

—Del mes de diciembre —agregó Joop, tímido de repente, porque los detalles guardados en el ordenador le infundían miedo—. La noche del veintidós al veintitrés de diciembre del año pasado.

—No nos hemos visto antes, ¿verdad?

—No —ratificó Joop.

—Yo asesoro a los parientes de los fallecidos que desean establecer contacto con el receptor del órgano. Pero usted indicó en el formulario que no estaba interesado en esa posibilidad.

Joop se percató de que sus ojos leían con celeridad las líneas que aparecían en la pantalla.

—De todas formas —prosiguió—, nosotros tampoco sabemos quién ha recibido el órgano. El ordenador no dice nada al respecto, esa información se introduce desde la central. Aquí intervienen dos partes, la del donante y la del receptor, y ambas tienen que estar de acuerdo. Ignoro qué ha indicado la otra parte. ¿Le explicaron en su día que existen unos maravillosos grupos de ayuda para familiares de donantes?

—Creo que sí —contestó Joop—, pero la verdad es que no presté demasiada atención.

—Hay gente que, en un primer momento, no quiere saber nada de nada porque la abruma el dolor, pero que con el tiempo siente necesidad de hablar. No es fácil asimilar este tipo de cosas. ¿Y los folletos? ¿Le han llegado?

—Creo que sí.

—Si lo desea, podemos enviárselos de nuevo.

—Aún los tengo en casa.

—Así que quiere entrar en contacto con el receptor...

—Me gustaría saber quién ha recibido el corazón de mi hija.

—Lo comprendo —respondió Debby con gesto afirmativo. Luego se sujetó el mentón con la mano, al tiempo que le lanzaba una mirada atenta y cálida. Sin duda, debieron de enseñárselo en el curso de formación—. Si no me equivoco, está usted divorciado —dijo, compasiva.

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Tiene familia en la ciudad?

—No.

—La familia es siempre la principal fuente de apoyo. Por lo general, los que no la tienen solicitan alguna otra forma de asistencia. Al cabo de un tiempo. Podemos recomendarle un terapeuta experto en este tipo de casos.

—No me veo a mí mismo como un caso —puntualizó Joop.

—Nadie se ve a sí mismo como un caso —respondió ella con una sonrisa hueca, esquivando cualquier confrontación—. Yo sólo le informo.

Pulsó el teclado con un único dedo, el del medio. Sus largas uñas, de más de dos centímetros, la obligaban a estirar la mano, como si aún no se hubiese secado el esmalte. Por lo visto, en el curso no habían tocado el tema de las uñas.

—¿Ha ido al médico últimamente? —quiso saber.

—No.

—¿Sueña con lo que pasó?

—Sí.

—¿A menudo?

—Con cierta regularidad, sí.

—¿Trabaja?

—Soy escritor. No trabajo siempre.

—Me refiero a si está sujeto a un ritmo laboral.

—¿Qué quiere de mí? —inquirió Joop, irritado.

—Sólo intento forjarme una imagen de usted. Cuando entregamos la solicitud al destinatario o a su familia, nos comprometemos a facilitarles información sobre la parte donante. Se trata de un asunto que puede llegar a ser muy emotivo, señor Koopman. Salen a la superficie emociones muy profundas. Personas que han perdido a un

ser querido entran en contacto con un receptor que muchas veces, aunque no siempre, se siente inmensamente feliz, gracias al órgano del ser querido de la otra parte. Eso puede conducir a una grave recaída de los familiares del donante.

—Soy consciente de ello —aseguró Joop—, pero, justamente, lo que a mí me interesa es conocer al feliz destinatario.

—Si uno está abierto a esa experiencia, puede ser un gran consuelo —remarcó Debby, posando una vez más la barbilla sobre la mano.

—¿Qué puede hacer por mí? —inquirió Joop.

—Puedo iniciar el proceso. No sé cuánto tardaremos en obtener una respuesta. En muchos casos, los receptores desean pensarlo durante un tiempo. Pero en otros, aceptan de inmediato, y entonces podemos arreglarlo todo en unos pocos días.

—Se trata del corazón de mi hija —aclaró Joop.

7

POR LA tarde escampó y la temperatura descendió a nueve grados. Erroll había comprado leña. Encendió la chimenea, le dijo a Joop que se sentara en una de las butacas junto al fuego y le colocó encima de las rodillas una caja con una pizza. Era conmovedor ver cómo se preocupaba por él.

—Es de marisco —informó Erroll—, como a usted le gusta. O al menos eso creo.

Apagó todas las luces, de modo que sólo el resplandor del fuego iluminaba sus rostros.

Joop abrió el envoltorio.

—¡Pero si es para ocho personas!

—Coma lo que pueda.

Joop no tenía apetito, pero no quería desairar a Erroll.

—No tengo mucha hambre, pero tomaré unos bocados para no decepcionarte.

Erroll cogió otra caja y se dejó caer en el suelo, al lado del sillón.

—¿Música?

—No, nada, está bien así.

Erroll se llevó un trozo de pizza a la boca.

—Buen pizzero. Es un verdadero descubrimiento masa finísima y crujiente con una gruesa capa de ingredientes.

—God...

—Dígame, señor.

Joop no dudaba de las buenas intenciones del gigante, pero la escena le resultaba incómoda: el gran hombre negro sentado en el suelo con las piernas cruzadas, y el blanco en la butaca, ¡untos ante la lumbre en el oscuro salón. Con su imponente presencia y su humilde sentimiento de culpabilidad, God no sólo le servía de apoyo, sino que, al mismo tiempo, lo tenía acorralado.

—¿No deberías retomar tu vida? —preguntó Joop.

—Esta es mi vida.

—No. Te estás sacrificando. Te olvidas de ti mismo. Basta ya. Es una situación demencial. ¿Por qué haces esto?

—¿De veras quiere que se lo explique?

De forma brusca, casi agresiva, Joop formuló la sospecha que le rondaba la cabeza desde aquel día.

—¿Ocurrió algo entre vosotros?

De repente, Erroll pareció contraerse de dolor; era triste ver así a un hombre de sus dimensiones.

—No, señor. Cuando ella se apuntó al gimnasio, me preguntó si

siempre poníamos música clásica; el ritmo beat la volvía loca. Le comenté que yo prefería la música clásica, que la consideraba una fuente de sosiego y de concentración. Así es como empezamos a conversar. ¿Que si la conocía bien? Tal vez sí. Era la reina del centro. Llamaba la atención por su complexión atlética, pero sobre todo por su gran belleza. Y por su inteligencia. ¿Puedo decir que la conocía? Pues sí, en la medida en que es posible conocer a alguien en esas circunstancias.

Era una pregunta retórica, sin sentido, el lamento de un histérico, pero Joop no pudo guardarla para sí.

—¿Cómo no viste la mancha de aceite?

Erroll depositó el trozo de pizza ya mordido en la caja y posó las manos sobre el suelo, agachando la cabeza. Cerró los ojos con fuerza y se concentró en las imágenes que se sucedían en su retina.

—Íbamos charlando. Yo estaba atento a la carretera, se lo juro, pero también estaba atento a lo que ella me decía.

—Cuando uno va en moto, debe callarse la boca. ¡Es una imprudencia imperdonable! —le espetó Joop con saña.

—Llevábamos cascos con micrófono y auriculares incorporados. No fue imprudente, señor.

Los detalles de los modernos cascos no sirvieron para mitigar la rabia de Joop.

—¿De qué hablabais? —preguntó en tono áspero.

—De la escuela. Me decía que en realidad debería estudiar más.

—Estudiaba mucho —la defendió Joop a título póstumo.

—Me dijo que perdía mucho tiempo y que iba a trabajar más para contribuir al desarrollo de la aritmética. Mencionó el nombre de un matemático, un húngaro... Paul...

—Paul Erdós.

—Exacto. Me contó que él había dedicado toda su vida a las matemáticas y que ella debería hacer lo mismo. Yo siempre la escuchaba con atención, porque era una joven que tenía la cabeza en su sitio. Y entonces... aquel aceite graso y espeso. Y después... la rueda delantera derrapó bruscamente. Si eso le pasa a la rueda trasera puedes recobrar el control, aminorar la velocidad, restablecer el equilibrio, pero una rueda delantera es otra cosa, no te da tiempo a hacer nada. Enseguida maniobré para reconducir la situación. Todo sucedió muy deprisa. La moto salió disparada. Me aferré al manillar y acabé en el arcén. Miriam voló por los aires. Eso es lo que ocurrió. Ella no debió estar allí, y yo no debí llevarla. Por eso estoy aquí.

Joop percibió cómo Erroll se hundía bajo el peso de la vergüenza. Aunque sentía aversión por el fuego de leña y el artificial ambiente de intimidad, se arrepintió de haber sacado a relucir aquel aciago día. Pero quizá fuera el único tema del que podían hablar, ya que en él se

fundamentaba su extraña relación.

—Anda, come. Se te está enfriando la pizza —dijo Joop.

Erroll asintió, se enderezó y tomó un bocado.

—Estoy intentando averiguar algunas cosas —comunicó mientras masticaba.

—¿Qué cosas?

—Quiero llegar a comprender el accidente, comprenderlo de verdad. Estoy seguro de que, de una u otra forma, se puede.

—La policía ha cerrado la investigación, así que no hay nada que comprender —replicó Joop sin disimular su exasperación.

—Entiendo lo del aceite —continuó Erroll—, pero me pregunto por qué ese camión de reparto tenía una fuga. ¿Qué le pasó? ¿Y el Ford Explorer? ¿Por qué apareció justo en ese momento? ¿Por qué no un segundo antes o después? Quiero saberlo y comprenderlo.

—¡No me vengas con cuentos! —exclamó Joop—. ¿Qué demonios hay que comprender?

—Señor Koopman, no quiero ponerlo nervioso. No es ningún cuento. Lo único que persigo es entender. Busco una comprensión más profunda. Tengo la impresión de que me queda algo por hacer. Después usted decidirá si aún puedo serle útil o no. Me ocuparé de aclararlo todo. Y de que usted lo comprenda.

—Puedes ahorrarte la molestia.

—Este asunto ha afectado a mucha gente, señor Koopman. Empezando por usted, claro está, sería absurdo negarlo. Pero debe saber que la mujer del Explorer no ha vuelto a trabajar desde entonces. Está en su casa. ¿Y cómo cree que se encuentra el conductor del camión? Todo esto les ha cambiado la vida. Por eso quiero llegar al fondo de la cuestión. Y luego usted verá si sigue necesitándome. ¿Le parece un trato razonable?

—No. Lo encuentro excesivo. Igual que ese fuego en medio de tanta oscuridad...

—Es sólo porque hace frío.

—Erroll, creo que ha llegado la hora de poner fin a esta historia. Eres una... una persona muy especial, pero esto sobrepasa los límites de lo razonable. No sé qué habría sucedido si no me hubieras hecho compañía durante las últimas semanas, lo admito, pero ya está bien. Creo que debes irte.

Joop vio cómo Erroll miraba fijamente el fuego de leña, mordiéndose el labio inferior. Oyó que resoplaba, con las aletas nasales abiertas de par en par.

—Lo entiendo. Invado su espacio con mi presencia. Me he esforzado por mantenerme un poco al margen, pero con mi cuerpo lo tengo difícil.

Dejó la caja en el suelo y se puso en pie sin ayudarse con las

manos, como si para él la gravedad no existiese.

—Señor Koopman...

Estiró el brazo y ofreció su mano, una mano ancha e invencible.

Joop la cogió y se topó con los ojos humedecidos de Erroll.

—Le he destrozado la vida. Intento repararlo.

—God... tampoco hace falta que salgas de estampida.

—Lo prefiero así...

Joop no sabía bien por qué quería liberarse de aquel hombre. Ciento cincuenta kilos de amabilidad y simpatía.

—Acábate al menos la pizza.

—La terminaré en casa. Si cambia de idea, ya sabe dónde encontrarme. ¡Ánimo!

—Gracias, God.

Permanecieron unos segundos así, cogidos de la mano, hasta que Erroll se dio la vuelta y abandonó el salón, con la pizza bajo el brazo.

—Pásate por aquí cuando hayas desentrañado el sentido de lo que ocurrió aquel día, cuando creas que has descubierto algo, ¿lo harás? —sugirió Joop, dirigiéndose al contorno de la espalda maciza que se perfilaba en el tenebroso vano de la puerta.

Aunque el semblante de Erroll apenas se distinguía en el reflejo remoto de la lumbre, Joop sabía que en ese instante le lanzaba una mirada triste por encima del hombro.

—Con mucho gusto.

Erroll se detuvo. Al parecer, buscaba unas palabras de despedida apropiadas.

—Lo que quería comentarle... es que me he pasado por el Jabad.

El movimiento Jabad reunía a los judíos de la escuela de Lubavitch, cuya misión consistía en devolver al camino ortodoxo a sus correligionarios más liberales.

—¿El Jabad? ¿En Santa Mónica?

—Sí. Quería decirle que voy a estudiar para ser judío.

—¿Qué vas a convertirte al judaísmo?

Desde luego, era conveniente que Erroll se marchase. No cabía duda de que era muy afectuoso, pero su abnegación tenía algo de patológico.

—God... pero ¿por qué?

—Porque creo en la llegada del Mesías. El Mesías judío. Quiero estudiar.

—¿No les ha extrañado? ¿Un afroamericano como tú? Tus hermanos se inclinan más por el islamismo que por el judaísmo.

—En el Jabad no se extrañan fácilmente, señor. Allí todo el mundo es bienvenido.

—Magnífico. Me alegro, God, te deseo mucha suerte. Mantenme informado.

—Por supuesto. Ah, la llave está en la mesa de la cocina.

Erroll salió y cerró la puerta tras él. Joop oyó sus pasos sobre las baldosas del sendero que daba a la calle, luego el bramido del jeep al arrancar y finalmente el sonido cada vez más débil del coche que se alejaba.

¿Cuáles eran los ruidos que habían desaparecido con Miriam? El «clic» cuando cerraba la puerta del cuarto de baño, la música pop que ponía a todo volumen en su habitación cuando renegaba durante un tiempo de las obras clásicas, las interminables risitas mientras hablaba por teléfono con alguna amiga, la puerta de la nevera cuando la abría y el golpe seco cuando la cerraba de un fuerte codazo, el «clac» de una lata al tirar de la tapa.

Joop permaneció sentado hasta que se apagó el fuego en la chimenea.

8

DESPUÉS de una noche intranquila y una larga caminata por el carril de hormigón, en compañía de toda una procesión de corredores, patinadores, marchadores y ciclistas, Joop llegó al muelle de Santa Mónica. Eran las diez y media. Desde allí se acercó al Carmel, el modesto hotel para turistas de Second Street, y preguntó por Linda en recepción. Esperó a que el hombre marcase el número de la habitación y le tendiera el auricular.

—¿Joop? —preguntó Linda, somnolienta.

—¿Te he despertado?

—Sólo estaba dormitando —contestó para no desanimarlo.

—Pasaba por aquí, y me he acercado a ver si te encontraba.

—Buena idea.

—¿Tomamos un café? —propuso Joop—. O mejor vamos a desayunar, porque me imagino que aún no has comido nada.

—De acuerdo —respondió ella.

—Broadway Deli, en la esquina con Third Street Promenade.

—Muy bien. Dame quince minutos, ¿vale?

—¿Media hora?

—Perfecto, media hora. Broadway Deli —repitió con voz adormilada.

El Deli era toda una institución en Santa Mónica, una ruidosa nave rectangular con cocina abierta, donde decenas de latinos corrían de un lado a otro por delante de unos fogones que despedían grandes llamaradas, atareados en cargar montañas de comida sobre platos inmensos. La mitad de la nave estaba acondicionada como restaurante; la otra parte albergaba una tienda, donde la élite local desembolsaba ingentes cantidades de dinero a cambio de pan fresco, embutidos y quesos importados de Europa. También había una cafetería. Joop esperó encaramado en un taburete, junto a una mesa ancha y alta, con la vista clavada en el gigantesco televisor. El aparato estaba colgado encima de la barra, que separaba la tienda del comedor. Todas las mesas estaban ocupadas y había mucha gente comprando. Junto al *maitre*, que desde su puesto al lado de la barra controlaba el acceso al restaurante, aguardaban su turno algunas parejas jóvenes y matrimonios con hijos. Joop había reservado una mesa al entrar, y según le había advertido el *maître*, tardarían unos treinta minutos en avisarle. Los recuerdos acechaban en el umbral de su conciencia, pero fue capaz de resistirse a ellos.

De repente oyó la voz de Linda.

—Buena idea, Joop.

La vio aparecer a su lado. Bajo la visera de una gorra de béisbol, lo saludaban unos ojos descansados y unos labios pintados de rojo. Linda le plantó un beso en la mejilla, aplastando la visera contra la oreja de Joop. Quizá le molestara que su corto cabello atrajese tantas miradas.

—¿Llego tarde?

—No. He reservado mesa, pero aún no me han avisado. Voy a preguntar cuánto falta.

—Espera un momento —le dijo ella, frotándole la mejilla con el pulgar, en un gesto tan desenfadado como íntimo.

¿Se habría pintado los labios para complacerlo a él? El color rojo resaltaba su hermosa boca. En otros tiempos, su lengua lo había vuelto loco. Joop se incorporó y llamó la atención del maître, que alzó las manos mostrando los diez dedos.

—Diez minutos más —le dijo a Linda cuando se halló de nuevo a su lado—. ¿Quieres tomar algo?

—Tomaré un sorbo de tu café. Es éste, ¿verdad?

Vestía una falda negra que le cubría justo hasta las rodillas, un jersey de lana verde oscuro con cuello de pico, una cazadora de nailon y unas zapatillas de deporte. No llevaba accesorios ni prendas de cuero. Ese día había dejado sus trapos rituales en el hotel.

Linda depositó la taza encima de la mesa y le cogió la mano.

—Has hecho muy bien en venir a buscarme —dijo, encantada.

—Estaba dando un paseo y he pensado...

—Hace un tiempo ideal para caminar. Me gusta pasear cuando llueve como ahora, bajo estas gotas tan finas. ¿Tienes muchas cosas que hacer hoy?

—Nada —observó.

—Yo tampoco.

—Luego podríamos ir a algún lado —insinuó Joop, procurando que su propuesta no resultase demasiado impertinente—. Al cine o así.

—A una buena película siempre me apunto.

—Para esta noche he reservado mesa en Spago, en Beverly Hills, un lugar ideal para ver famosos. Si te apetece, claro. Es un establecimiento ostentoso y un tanto vulgar, pero apasionante. —Joop había llamado el día anterior, y, para su asombro, no estaba lleno—. Es donde mejor se come de toda la ciudad.

—Estrellas de cine y ostras —resumió Linda, dándole pellizcos en la mano como una niña emocionada—; eso suena a película mala. ¡Yo me conformo con un poco de pan untado con manteca de cacahuete, Joop!

—Ya lo sé, pero... hace tanto tiempo que no nos vemos... Por eso he elegido algo festivo.

Una vez, Linda le había pedido que utilizara un pepino en lugar

de la penetración, a lo que finalmente él accedió tras varias semanas de incesantes súplicas. Joop tuvo que darle la razón a su padre. No conseguía pensar en otra cosa que no fuera ella, ya estuviera en la escuela, en la calle o en la cama. Aquella noche cenaron ensalada con rodajas de pepino.

Les asignaron una mesa junto a una ventana que daba a la calle. Sábado en Broadway. Los todoterrenos, rancheras y descapotables hacían cola en varias filas a la entrada del aparcamiento. Linda permaneció con la gorra puesta, pero se quitó la cazadora. El ajustado jersey le marcaba los pechos y dejaba asomar las clavículas. La piel del cuello se le veía igual de tersa que treinta años atrás. Al parecer, Linda no había escatimado esfuerzos en mantener su cuerpo joven.

Encargaron la comida. Linda le habló de las citas que había tenido el día anterior, de los cursos de meditación para empresarios que estaba organizando, de su dedicación al monasterio de Dharamsala. A Joop no le cabía en la cabeza cómo una persona tan sensual podía consagrar su vida al intento de eliminarse a sí misma. Cuando ella le preguntó si tenía interés en que le hiciera una introducción a las técnicas meditativas, Joop respondió que ya se le había pasado la edad para esas cosas.

—Yo creo que eso es como la natación —observó—. Si no empiezas a tiempo, no lo aprendes nunca.

—No sabes lo que dices —le reprochó Linda.

—A lo mejor no —reconoció—, pero ¿por qué tengo que entender yo lo que te atrae del budismo? A mí los dioses no me van.

—Joop, el budismo no tiene dios —explicó ella, indulgente.

—¿No? ¿Y para qué quieres una religión sin dios?

—Para todo —le contestó con voz cantarina.

Joop carecía de esa fe. La envidiaba.

—¿No creen los budistas en la reencarnación? —preguntó.

—Sí, pero no es eso a lo que aspiran. Ellos no pretenden regresar. Su objetivo final es desaparecer para siempre.

—¿En el paraíso?

—En el nirvana. No tiene nada que ver con la visión judeocristiana. En realidad no hay vida después de la muerte.

—Así que no hay dios y no hay vida después de la muerte. ¿Y a eso lo llamas tú religión? —Joop no pudo reprimir el sarcasmo.

—Sí, eso es algo que he oído miles de veces, y también he leído. Sin embargo, lo que te he dicho es cierto. Deberías seguir el consejo de Walpola Rahula, un gran maestro, y considerar el budismo como una terapia, más que como una filosofía. Una terapia que ayuda a relativizar las vicisitudes de la vida.

—¿Y a ti te funciona ese método?

—Últimamente debo reconocer que me está fallando un poco,

pero cuando estaba enferma, me sirvió de mucho. Gracias al budismo me he curado de mi dolencia cardíaca… aunque el año pasado algo cambió en mí. Creo que no he avanzado lo suficiente. Me da la impresión de que no he alcanzado la sabiduría que me hubiera permitido soportar este último año.

—¿Así que crees que existe sabiduría más allá del conocimiento?

Miriam se habría burlado de él entre carcajadas si hubiera oído esa pregunta.

—¿Qué es lo que predica el budismo? Que la vida es sufrimiento. Nacer es sufrir, morir es sufrir, el dolor está omnipresente. ¿Por qué? Porque nos dejamos llevar por el deseo, ya sea carnal o espiritual. Los maestros nos enseñan a liberarnos de las pasiones. ¿Cómo? Siguiendo el camino de las ocho sendas. —Linda alzó las manos y empezó a contar con los dedos—. Recta visión, recto pensamiento, recta palabra, recta acción, recto modo de vida, recto esfuerzo, recto conocimiento y recta meditación —recitó, mostrándole ocho dedos.

Joop sacudió la cabeza con desaprobación y se inclinó hacia ella, levantando las manos.

—Tenemos diez dedos, no ocho. Linda, mira, ¡son diez! ¿Por qué me hablas de ocho sendas? ¿Por qué no son diez, o siete? Todo eso me parece arbitrario, abstracto, poco convincente. Lo siento, pero tenemos diez dedos.

—El camino tiene ocho vías, no diez —reiteró ella con visible incomodidad, desorientada por la vehemencia con que Joop rebatía sus argumentos—. ¿Por qué una molécula de agua está formada por dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno?

—Eso no tiene nada que ver con la química.

—Pero sí con los fundamentos de la vida —replicó ella.

—Yo lo veo de otra forma —concluyó Joop en tono conciliador para evitar una escalada verbal, aunque en su interior pensaba que Linda estaba como una cabra.

Ella agachó la cabeza, con los ojos ocultos bajo la visera.

—Yo no soy tan fuerte como tú.

—¿Fuerte yo? —se mofó Joop—. En absoluto. Pero, por lo visto, a ti la meditación te sirve, y yo no soy quién para juzgarte. Es tu vida.

—Sí eres fuerte —afirmó Linda de nuevo. Levantó la vista y le dirigió una mirada firme—. Sin la meditación, yo no podría sobrevivir —confesó.

En ese momento se presentó en la mesa un latino con la comida.

—Salmón ahumado, ¿verdad?

—Sí —respondió Joop.

Eran platos grandes y generosos, que contenían gruesas lonchas de salmón, sabrosas rebanadas de pan tostado y huevos revueltos recién hechos.

—A través de la meditación aprendes a observarte a ti mismo —continuó Linda después de que el muchacho depositara los platos en la mesa—. Te despojas de todas las impurezas, como el odio, la codicia, la duda, el enojo.

—Es decir, todo lo que hace que la vida y la literatura sean interesantes.

—¡Hay muchos escritores budistas!

—Pues yo no puedo imaginarme una historia sin deseo, sin rencor o sin envidia.

—También se puede escribir sobre la superación de esas debilidades.

—Cuentos de hadas.

—La humanidad los necesita.

—Porque la vida es dura y cruel.

—No, porque en nuestro fuero interno sabemos que hay una salida —repuso ella con gran decisión. Miró su plato, absorta—. En el sutra de Alagaddupama, Buda dice...

—¿Cómo? ¿Alaga...? ¿Puedes repetírmelo?

—Alagaddupama. Ese sutra dice que la teoría del alma sería plausible siempre y cuando no causara dolor o sufrimiento. La pregunta es si disponemos de una teoría de esas características. Buda responde que no, que no conoce ninguna teoría del alma que no genere dolor o sufrimiento y que, por tanto, el alma no existe. Sin embargo, durante este último año he experimentado lo contrario. No estoy ya tan convencida de que no exista. Últimamente me he visto sumergida en un mundo repleto de almas.

—¿Y eso qué significa?

Linda volvió a mirarlo a los ojos, y Joop se percató de que ya no se sentía tan segura.

—Eso significa que duermo mal, no esta noche, no te preocupes, y que me cuesta concentrarme. El problema es que me obceco con el pasado.

—¿El pasado?

Los padres de Linda habían perdido la vida en un accidente de carretera cuando ella tenía dieciséis años. Tras pasar unos meses en un centro, fue acogida en casa de los Koopman. La madre de Joop no tenía más familia que ella. El abuelo de Linda y el de Joop, ambos asesinados en Polonia, eran hermanos. Linda había vivido con sólo dieciséis años, indefensa y desprevenida, lo que él estaba viviendo en ese momento.

—¿Tus padres? ¿Te refieres al accidente?

—Se suicidaron —dijo ella, impasible.

—A mí siempre me dijeron... —susurró Joop, atónito.

—¿Qué iban a decirte? —le preguntó, súbitamente enardecida—.

Mis padres se quitaron la vida. Yo me salvé porque justo antes había comido golosinas. Me había atiborrado de regaliz. Escapé a la muerte de milagro. Mis padres tenían el estómago vacío. Habían puesto veneno en la sopa.

—Me dijeron que habían tenido un accidente con el coche —balbuceó—. Y que tú estabas en un centro de acogida...

—Primero la sopa. Luego el hospital. Tres semanas. Después un centro de acogida infantil, bajo la vigilancia del servicio de protección de menores. Y, finalmente, tu casa.

Joop sintió compasión por ella, y en ese instante comprendió por qué su madre se había empeñado en que Linda se quedara con ellos, a pesar de todo. El padre de Joop los había sorprendido en la bañera, y por mucho que juraran y perjuraran que no había ocurrido nada, la vergüenza fue inmensa. Al principio, Joop asumió toda la culpa («¡Fue idea mía, Linda no quería, os aseguro que no hemos hecho nada!»), pero terminó por acatar la decisión paterna, aunque no de buen grado; su madre también acabó rindiéndose. Bien mirado, su padre tenía razón: si Linda se hubiera quedado, habría echado a perder sus estudios y, con ello, su futuro. ¿Cómo habría reaccionado él si hubiera sorprendido a Miriam en el cuarto de baño en compañía de un chico?

—Lo del accidente ya era grave de por sí, pero... ¿Por qué lo hicieron?

—Yo creo que... Mi padre tenía una hermana melliza que desapareció. Durante mucho tiempo no paró de buscarla, hasta que un buen día se enteró. La Cruz Roja había encontrado información sobre ella. Mi padre no podía vivir con eso. Ya llevaba mucho tiempo deprimido. Además, corría por entonces el año mil novecientos sesenta y nueve: mis padres creían de verdad que en cualquier momento podía estallar una guerra atómica que aniquilaría el mundo. A menudo expresaban ese temor. Eran pacifistas, miembros del Partido Socialista y Pacifista. Les preocupaba la situación en Vietnam y la amenaza de un posible enfrentamiento entre Estados Unidos y China. El mundo los desbordaba. Estaban convencidos de que no había solución. Y para colmo, como si todo aquello no fuera suficiente, a mi madre le detectaron un tumor. Entonces se dieron por vencidos. Así de sencillo. El año pasado cumplí la edad que tenía mi madre cuando lo hicieron, y los viejos fantasmas resucitaron. Fue un año triste. Te escribí hace unos meses.

—Ya lo sé. No te contesté. Lo siento. Tu carta sigue ahí... a la espera de una respuesta.

—No importa. Sin embargo, me enviaste una tarjeta cuando te escribí unas letras por lo de tu hija. Tú eres mi única familia, ¿lo sabes?

—¿No tienes hijos?

—No. Imposible. No porque tenga problemas físicos, sino sencillamente porque no valgo para eso.

—¿Nunca has llegado a casarte?

—He tenido algunas relaciones largas, pero ninguna de ellas ha terminado en matrimonio. Aunque debo admitir que tampoco lo he buscado.

—Tienes razón, somos familia —remarcó Joop, sorprendido por esa constatación tan simple. Él había creído que ya no le quedaba nadie, pero Linda poseía genes muy cercanos—. ¿Quieres que te diga una cosa? —musitó—. Me alegro de que hayas venido a verme.

Cogió la mano de Linda por encima de la mesa y acarició sus dedos, como si fueran amantes. Deseaba consolarla.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Por qué estás solo? —preguntó sin rodeos. Movió la mano, y Joop sospechó que iba a retirarla, pero lo que hizo fue enlazar sus dedos con los de él.

—Lo mismo puedo preguntarte yo —contestó, devolviéndole la pregunta, porque no se le ocurría ninguna respuesta.

—Hasta hace un año he estado casi siempre acompañada, pero de pronto perdí el interés.

—¿El interés en qué? —quiso saber Joop.

—En los hombres. Se acabó. Hasta hace dos días.

—¿Qué sucedió hace dos días? —inquirió él en tono neutro.

Linda levantó la mano de Joop, se inclinó hacia delante y posó los labios sobre ella.

—Tú —le confesó a media voz.

«Oh, Miriam —pensó Joop—, ¿me perdonas? ¿Me está permitido este inmenso placer? ¿Puedo olvidar durante un momento tu corazón vivo?»

Linda era incapaz de mirarlo a la cara durante mucho tiempo seguido; a cada instante desviaba los ojos hacia la mano que sostenía entre sus dedos.

—Cuando te vi... no estaba preparada. Ni siquiera me había detenido a pensar en cómo sería el reencuentro. Me parecía lo más normal del mundo venir a verte. Y más ahora, después de todo lo que has sufrido. —Apartó la mirada—. Digo cosas que no debería decir—prosiguió—. No me hagas caso. Es que... acabo de despertarme. No entiendo cómo se me meten estas ideas en la cabeza.

—Yo tampoco —repuso Joop, mientras se preguntaba si estaría enamorándose—. Dices unas cosas terribles.

—Sí, es terrible, lo sé.

—Aún no has probado bocado —observó él.

Linda afirmó con la cabeza, soltó la mano de Joop y empuñó el tenedor y el cuchillo. Lo contempló un instante con cara de

culpabilidad —¿o era compasión?— antes de pinchar el salmón ahumado.

Luego quiso saber en qué estaba trabajando él. Su pregunta puso a Joop en un aprieto. Le explicó que estaba investigando unos asuntos y que le costaba concentrarse, pero que, de todas formas, el lunes comenzaría a escribir un guión para *Showcrime*. Lo cual era sólo una verdad a medias. El, a su vez, le preguntó cómo había contactado con Ellen. Linda le contestó que se había enterado por una amiga de Den Bosch de que Joop había estado casado. Llamó a Ellen y ella le facilitó los datos.

—Todavía no me has contestado —insistió Linda—. ¿Por qué te has quedado solo? ¿No aceptaba Miriam a tus amigas?

—Todo lo contrario, pero... ellas siempre guardaron las distancias. Jamás fue mi propósito, ni el de Miriam. Sucedió así. Los dos juntos nos comíamos el mundo.

—¿No se complicó la convivencia entre vosotros cuando ella entró en la pubertad?

—Sí, me resultaba extraño comprobar que estaba transformándose en una mujer. Cuando tuvo la regla por primera vez, necesitaba hablar con Ellen. En aquella época charlaban a menudo por teléfono. Recuerdo una tarde en la que Miriam estaba sola en casa, y me llamó al móvil: «Papá, tienes que hacer algo por mí.» Yo le pregunté de qué se trataba. Me dijo que había intentado localizar en vano a todas sus amigas, que se había producido una catástrofe. ¡Una catástrofe! Yo, tonto de mí, me asusté, y quise saber qué había pasado. Y ella me contestó: «Papá, necesito algo... y no puedo salir a la calle.» ¿Cómo que no podía salir a la calle? Entonces comprendí: una regla muy fuerte, ¿no? Y su respuesta fue: «Muy fuerte, papá, un diluvio, Noé.» A mi hija le gustaba exagerar, ¿sabes? Le pregunté qué le hacía falta, y me contestó: «Tampones, los más grandes que puedas encontrar.» A partir de ese día, su menstruación se convirtió en un asunto del que solía quejarse aparatosamente y que entró a formar parte de nuestra vida compartida, sin que se avergonzara de ello. No es que me hiciera partícipe de todos los detalles, pero cada vez que llegaba el momento, me ponía sobre aviso y protestaba: «Lo que tiene que sufrir una a cuenta de sus óvulos.»

El dolor lo asaltó como una fiera. Joop sintió que se desgarraba por dentro. Hundió la cara en las palmas de las manos, apretándolas fuertemente contra los ojos, y respiró hondo un par de veces.

—No es nada —farfulló, con un nudo en la garganta—. Ya se me pasa.

De pronto notó cómo Linda se sentaba a su lado en el banco. Le pasó un brazo por el cuello, atrajo hacia sí la cabeza de Joop y lo besó en la boca, una y otra vez, como tanteando el terreno. Finalmente,

abrió los labios para ofrecerle su lengua.

Bajo la lluvia, recorrieron, ansiosos, los doscientos metros que los separaban del hotel, fuertemente agarrados, como si temieran caerse si no se sujetaban el uno al otro. Subieron corriendo hasta la tercera planta. En medio del pasillo, un poco más allá, vieron el carro de la limpieza. Mientras abría la puerta, a Linda le temblaban los dedos. Las cortinas de la ventana aún permanecían echadas y la habitación estaba en penumbra. Linda tiró de Joop hacia dentro, cerró la puerta de un puntapié y arrojó la gorra a un rincón. Acto seguido abrió la boca, sedienta, y le desabrochó la bragueta entre besos. Luego lo condujo hasta la cama, que estaba sin hacer, y se tumbó junto a él, encima de las sábanas. Se quitó los zapatos, se levantó la falda y se deshizo de las bragas a patadas mientras él se ponía de espaldas y se bajaba los pantalones. En cuanto ella extendió su cuerpo encima del suyo, Joop se olvidó de todo. Al igual que en otros tiempos, un abrazo de Linda bastaba para ahuyentar todos los pensamientos.

9

JOOP llamó a Philip mientras Linda se arreglaba en el cuarto de baño. En el Broadway Deli, Joop había asegurado que en breve escribiría un guión para *Showcrime*, así que no tenía más remedio que ponerse en contacto con él para evitar que esas palabras quedaran en una mera promesa. Joop quería ser fuerte; un hombre que se enamoraba de una mujer como Linda también podía ponerse al servicio del resto de los judíos. Además, le hacía falta una nueva ocupación —Erroll se había marchado definitivamente de su casa y Linda acompañaría a Usso durante el día—, y lo que era aún más importante: necesitaba dinero. Ni siquiera la euforia de la última noche había conseguido borrar de su mente esa cruda realidad. En su cuenta quedaban unos dos mil dólares. Si se controlaba un poco, ese dinero podía durarle dos meses, pero para lograr ese propósito no podía permitirse el lujo de tirar la casa por la ventana durante las semanas siguientes. En Spago, la cena le había costado más de doscientos dólares y esa noche tenían previsto ir a Il Cugini, en Ocean Avenue. Probablemente cenarían fuera todos los días. Fiel a la tradición, él se empecinaba en pagar la cuenta de los restaurantes. Sin un encargo, su nuevo ritmo de gastos lo llevaría a la ruina en un par de semanas, y en ningún caso vendería las alhajas de su madre. Faltaba poco para que terminara de pagar la casa. Cabía la posibilidad de incrementar la hipoteca, pero no quería correr el riesgo de tener que renunciar a la vivienda para poder sufragar sus gastos diarios. Tras el desayuno en el Broadway Deli, el paso por la habitación de Linda, las caminatas por la playa bajo la lluvia, las visitas a las librerías del muelle, donde habían entrado a curiosear, y la cena en Spago, Joop había avistado los contornos de una vida de la que casi ni se acordaba. A pesar de la agenda vacía en la habitación de Miriam.

—¿Dónde me dijiste que estaban esas oficinas? —le preguntó a Philip.

—En Sunset. ¿Lo harás?

—Sí.

Aunque le sobraban motivos —y, además, fundados— para no hacerlo, no los mencionó.

—Gracias —dijo Philip.

—No te adelantes. Me comentaste que los de *Showcrime* te enviarían un contrato.

—Te llegará mañana. ¿Cuándo quieres empezar?

—Mañana mismo.

—¿Tan pronto? Desde luego eres un hombre de extremos. Pero,

bueno, qué le vamos a hacer, mañana entonces. ¿Podemos vernos un rato hoy?

—Estoy ocupado, Philip.

Linda y él habían decidido pasar el día juntos.

—Tengo que darte la llave.

—Dile a Danny que me la acerque en un momento. A las cuatro me pasaré por casa. ¿Sabes lo que pagan?

—Cien.

—Perfecto. Ya lo veré mañana en el contrato.

Después de comer, Joop dejó a Linda en el hotel y se fue a casa para cambiarse de ropa y afeitarse. A las cuatro en punto sonó el timbre de la puerta. Danny le dio la llave del despacho, la dirección exacta y algunas instrucciones sobre el funcionamiento de la alarma, así como un nuevo teléfono móvil de la marca Motorola, que era la que usaba Joop.

—Introduces tu tarjeta SIM y ya está —explicó Danny—.

Cuando llegue el momento, deja el teléfono en la mesa.

—¿Qué lleva dentro?

—Nada especial. Si queremos, podemos escuchar las conversaciones, incluso sin que marques nuestro número.

—¿Cómo se llama el tipo que inventa las armas y artilugios de las películas de James Bond?

—Cohen. O Polak —respondió Danny.

10

ENTRE DOHENY Drive y La Ciénega Boulevard, Sunset Strip estaba infestado de pequeños y grandes bufetes de abogados, agencias y productoras de cine. En los hoteles y restaurantes se palpaba a todas horas un ambiente de nerviosismo, ante la posibilidad de que en cualquier momento apareciera por la puerta una estrella de la pantalla, un agente influyente o un director de reparto en cuya agenda no faltaba el nombre de ningún famoso. Quien cambiaba una sencilla oficina en Superba Avenue, Venice, por un lujoso despacho en Strip necesitaba un traje de Brioni, un flamante Porsche Carrera, un Nokia de última generación, un Mont Blanc Meisterstück y un gimnasio para ejercitar sus abdominales de acero. Joop no podía permitirse todo eso.

Su modesta oficina daba a la leve curva que describía Sunset Strip en dirección noreste, más o menos hacia la mitad, en el siempre concurrido cruce con Holloway Drive, donde comenzaba la verde mediana que separaba los flujos de tráfico en ese breve tramo. Cuando Joop miraba al exterior, veía a su izquierda el edificio negro de Tower Records y a su derecha las formas grises y posmodernistas del local original de Spago, al que por entonces ya superaba en popularidad la nueva filial de Beverly Hills, donde había cenado con Linda en una mesa apartada, en un rincón reservado para gente anónima e insignificante. Más allá de Sunset Strip, detrás de Tower y Spago, se erguían las suaves colinas de Hollywood, que en lontananza se fundían con las crestas de la sierra de Santa Mónica. No quedaba ni un hueco; todo estaba construido.

Su recién estrenado espacio laboral medía tres metros de ancho por tres de largo y contaba con un escritorio, dos sillas de oficina, un sofá y un teléfono. Encima de la mesa estaba el contrato de *Showcrime*, junto con una nota de Jeff Silberman: «Estimado Joe Merchant, nos alegramos de que te comprometas a escribir un capítulo para la serie *Showcrime* de nuestra cadena.»

Era poco frecuente que un guionista obtuviese un encargo sin mediación de un agente y que firmara un contrato sin intervención de un abogado. Sin embargo, era habitual que el cliente le facilitara un despacho. Los estudios de cine solían instalar a sus escritores más importantes en sus propias dependencias, en uno de los múltiples complejos de oficinas de los que disponían, o bien costeaban los gastos de alquiler de un despacho —que en Los Angeles recibía fácilmente el nombre de *suite*— ubicado en otro punto de la ciudad.

Salvo una breve escapada al Primavera (doscientos metros bajo una lluvia torrencial, sin que coincidiera con Sandra ni con Omar),

Joop dedicó su primera jornada de trabajo a leer y a tomar notas del voluminoso contrato de dos centímetros de grosor. Después se lo reenvió a Silberman. No paró de llover en todo el día, y de regreso al hotel, quedó atrapado en un inmenso atasco en la autopista, entre Robertson Boulevard y la curva de la costa. Linda había dejado aviso en recepción de que Joop podía entrar en su habitación aun cuando ella no estuviera. La aguardó tumbado en la cama, hasta que ella asomó por la puerta y se echó encima de él.

—No he dejado de pensar en ti en todo el día —le confesó—, y me da la sensación de que tú no has dejado de pensar en mí.

Linda se puso de pie en la cama para quitarse los pantalones. Luego se agachó y se deslizó encima de Joop, conteniendo la respiración. A última hora cenaron en Il Fornaio, enfrente del muelle.

Al día siguiente, martes 27 de febrero, Joop salió del hotel por la mañana, se dirigió a su casa en Venice, se cambió y, mientras se despejaba el embotellamiento en la autopista, se tomó un capuchino en la cocina, leyendo *Los Angeles Times.*

En torno a las nueve y media puso rumbo a Strip y cuarenta minutos más tarde dejó su Jaguar en el aparcamiento subterráneo del edificio de oficinas. Luego compró periódicos y revistas en la librería Book Soup y se quedó contemplando las colinas hasta la una de la tarde, cuando él mismo se dio permiso para abandonar el despacho.

En el restaurante Primavera lo recibió Sandra.

—Hola, Joop, me alegro de volver a verte por aquí. ¿Qué mesa te doy? ¿La misma?

En cuanto los oficinistas comenzaron a abandonar su trabajo en tropel, Joop volvió al hotel Carmel de Santa Mónica, donde permaneció a la espera de Linda.

El miércoles 28 transcurrió exactamente igual. Hacía fresco y lloviznaba; de vez en cuando las nubes se agrietaban, dando paso al sol, que por momentos parecía querer envolver las calles con su tímido calor.

11

EL JUEVES 1 de marzo, la mesa que Sandra le había asignado a Joop durante los últimos días en el rincón del fondo, estaba ocupada por Omar van Lieshout. Por encima del hombro de la camarera, Joop lo reconoció por las fotografías que le había mostrado Philip. Un norteafricano de aspecto aristocrático, cabello castaño, ojos arrogantes de un azul intenso, boca femenina y mandíbula afilada; un individuo fuerte e inteligente, a la vez que presuntuoso. De las mangas de la costosa americana asomaban unos puños de camisa impecables, con gemelos de oro. Ornar tomaba un pequeño sorbo de su vaso de agua, dejando ver una mano vigorosa y velluda.

—Hola, Joop. ¿Hoy también vienes solo? —le preguntó Sandra.

—Sí.

—Tu sitio no está libre. Puedo ofrecerte la mesa de al lado.

¿Te parece bien?

—Estupendo.

La siguió por entre las mesas, aunque de pronto se le habían quitado las ganas de almorzar. Hasta entonces, Ornar no había sido más que un nombre, un rostro en una fotografía. Joop cayó en la cuenta de que, si bien se había preparado racionalmente para esa situación, jamás había considerado la posibilidad de que, de un segundo a otro, lo invadiera el pánico.

—Voy un momento al lavabo —dijo al llegar a la mesa.

—¿Quieres que te traiga algo para beber?

—Una botella de Pellegrino.

En el aseo, Joop se lavó las manos, crispado y tenso.

—No tienes que hacer nada —le había asegurado Philip—? disfruta de tu almuerzo, espera a ver qué pasa y el resto del día trabaja en tu guión en el despacho.

Puras abstracciones, de repente convertidas en realidad. Un hombre de carne y hueso. Un hombre que respiraba y comía. Joop le había preguntado a Philip cómo tenía que actuar en caso de que Ornar comenzara a acribillarlo a preguntas.

—Dile la verdad, siempre —había subrayado Philip—, pero nunca toda la verdad.

Joop sabía que la aventura concluiría en un rotundo fracaso. Él no tenía madera de agente secreto.

Al rato oyó un traqueteo: alguien trataba de abrir la puerta. Joop se secó las manos y volvió al comedor, resistiendo la tentación de lanzar una mirada en dirección a Ornar. Depositó su teléfono móvil — el viejo, porque se negaba a llevar un artefacto al más puro estilo

James Bond— en la mesa que le había adjudicado Sandra y tomó asiento, embutiéndose en el angosto espacio que había entre la mesa y su vecino de atrás. Si alzaba los ojos, se encontraría cara a cara con Ornar. Junto a la carta lo esperaba una botella de Pellegrino. Se esforzó por descifrar los nombres de los platos, pero en vez de letras sólo veía manchas negras. Desistió de su intento al recordar que en los días anteriores ya había estudiado la carta con detenimiento, hasta el punto de que se la sabía de memoria.

—¿Te apetece tomar el plato del día? —inquirió Sandra a su lado.

Joop sintió —o más que sentirlo, lo vio en alguna zona periférica de su campo de visión— que Ornar levantaba la mirada, sorprendido, al oírla hablar en neerlandés.

—¿Hoy toca almejas?

—No, pero tenemos una deliciosa salsa de mejillones, cangrejos de río y anchoas. Muy rica, de verdad.

—De acuerdo. Y tráeme también una copa de merlot.

—Buen gusto —observó Sandra, antes de marcharse.

Joop le respondió con una sonrisa forzada y abrió el *Hollywood Reporter*. Ese día también tenían *De Telegraaf* en el quiosco de la librería Book Soup, pero no se había decidido por el periódico neerlandés para no despertar sospechas. Philip le había recomendado no hacer nada que no haría en circunstancias normales. Por eso había optado por una de las dos revistas cinematográficas de publicación diaria, aun cuando seguía interesándose por las noticias del país de los pólders. Prueba de ello era que visitaba con cierta frecuencia las páginas web de los periódicos neerlandeses, aunque, con todo lo ocurrido, hacía ya meses que no las consultaba.

Las publicaciones especializadas en el mundo del cine sólo hablaban de éxitos y grandes negocios. El nombre de Joop había aparecido cinco veces asociado a alguna de esas operaciones; en Los Angeles, salir en las revistas profesionales era imprescindible. Desde el momento en que el sector escribía sobre alguien, esa persona entraba de lleno en el circuito. El problema era que Joop no tenía agente ni nadie que se encargara de los aspectos publicitarios y comerciales de su oficio. En realidad estaba totalmente marginado. Durante los meses previos al accidente de Miriam, todos los días se preguntaba de dónde podría sacar medios de subsistencia en un futuro próximo, cuando se hubieran agotado sus últimas reservas. Como tantos otros, había invertido sus ahorros en el boom de las nuevas tecnologías y, como tantos otros, descubrió demasiado tarde que los resultados no se correspondían con las expectativas. Aun así, habría declinado la oferta de Philip si Miriam hubiera seguido viva. Jamás habría expuesto a su hija a un posible peligro, por pequeño que fuese. Pero en ese momento, la oferta se le presentaba como una vía de salvación. La

propuesta de Erroll ni siquiera merecía ser considerada, puesto que estaba fuera de toda razón. Oscura ironía del destino.

Sonaron los primeros tonos del *Wilhelmus*. Durante un momento, la mirada de Joop se cruzó con la de Omar, que le dirigió una sonrisa. Joop respondió con un leve movimiento de cabeza.

—Dígame —contestó.

—¿Señor Koopman? —le preguntó una voz femenina distinta de la de Linda.

—Sí, soy yo.

—Debby Brown. ¿Tiene un momento?

Durante los últimos días, Joop no había pensado ni una sola vez en la conversación que había mantenido con la responsable de trasplantes. A eso quedaba reducida la lealtad a los hijos cuando uno se extraviaba entre los muslos de una mujer. No hacía ni diez semanas que Miriam se había ido y él era ya capaz de abrirse a sentimientos ajenos al dolor puro, no adulterado.

Joop se volvió hacia la pared y se encogió todo lo que pudo para sustraerse a los oídos de los demás.

—Sí, la escucho —dijo, avergonzado por su falta de preocupación.

No era el momento más oportuno, pero quería conocer el motivo de su llamada.

—Hemos iniciado el procedimiento y la central se ha puesto en contacto con la familia de la persona que ha recibido el órgano de su hija. Siento tener que comunicarle que su respuesta es negativa.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa que la parte receptora no desea ninguna comunicación directa.

—No tenemos por qué comunicamos —repuso Joop con aspereza —. Quiero enterarme de algunas cosas. Nada más. Datos concretos. Y quizá hablar con ellos, una sola vez. Creo que… que eso puede tener un efecto catártico.

—Señor Koopman, comparto su opinión, pero me temo que si la parte receptora se niega, no hay nada que hacer.

—Yo creo que el receptor no tiene derecho a imponer su voluntad. La decisión debería estar en manos de la familia de los donantes —respondió, indignado.

—Tal vez tenga usted razón, pero ésas son las reglas. La comunicación es cosa de dos. Usted tiene la posibilidad de negarse; ellos también.

—¿Han dicho por qué motivo no quieren tener contacto conmigo?

—Eso no hace falta. Hay receptores que quieren conocer a la familia del donante, porque saben que deben su vida a la desgracia sufrida por la otra parte. Pero también los hay que, por esa misma razón, desean evitar todo contacto. Les resulta demasiado doloroso.

Ha tenido usted mala suerte.

—Decirme eso quizá no sea muy acertado en estas circunstancias.

—Lo siento.

—¿Puedo interponer un recurso o algo similar?

—No. Lo que sí puede hacer, y hay muchas personas que se sirven de esta posibilidad, es volver a intentarlo dentro de un año.

—¿Volver a intentarlo? No se trata de adquirir unas entradas para un concierto de música pop, señora Brown.

—Lamento que esto funcione así, señor Koopman, pero ha de saber que la gente no rechaza el contacto por mala voluntad, sino por miedo a las emociones, a la confrontación con el origen del órgano.

—El origen del órgano —repitió Joop—. ¿Cómo ha conseguido usted ese puesto? ¿Requiere una formación especial?

—Por supuesto que debe uno formarse.

—¿Y cómo le han dicho que reaccione ante alguien como yo?

Debby Brown permaneció en silencio mientras buscaba una respuesta que le permitiera guardar las distancias sin ofenderlo.

—Señor Koopman, nosotros no trabajamos con casos o esquemas preconcebidos. Trabajamos con personas. Intentamos cumplir su deseo porque somos conscientes de que está usted atravesando un momento muy difícil. El problema es...

—... que también está la otra parte —completó Joop—. Es que en este mundo ya no hay corazón. Nunca mejor dicho, ¿verdad?

—No puedo hacer comentarios, lo siento. Pero si usted lo desea, haré todo lo que esté en mis manos para convencer a la central de la conveniencia de volver a entrar en contacto con la parte receptora.

—¿Y si les ofrezco dinero?

—En situaciones como éstas, el dinero no importa.

—Creo que tengo derecho a saber lo que ha pasado, ¿no le parece?

—Desde un punto de vista emocional, sin duda, pero el sistema se rige por otros criterios.

—¿Cuándo tendré noticias suyas?

—A la mayor brevedad posible, señor Koopman. Ahora mismo voy a llamar.

—Se lo agradezco.

—Animo, señor Koopman.

Joop cortó la comunicación. Le tocaba sufrir esa pesadilla sólo porque las ciencias habían desarrollado el conocimiento y la técnica. Un nuevo corazón ofrecía una esperanza media de vida de diez años. Se había convertido casi en una intervención rutinaria. La mayoría de los donantes eran personas jóvenes, víctimas de accidentes de tráfico, y aquella noche Joop no había sido capaz de valorar en su justa medida lo que le habían dicho los médicos. Declararon a su hija en

estado de muerte cerebral; los ordenadores no registraban ya ningún signo de actividad. ¿Cómo podía él saber si esos hechos eran definitivos, irrevocables e irreversibles? Tal vez algunas personas regresaran de la nada y volvieran a abrir los ojos al día siguiente. Había leído artículos sobre pacientes en coma que se habían despertado al cabo de muchos años. Los médicos le habían explicado que trabajaban en dos equipos separados para evitar conflictos de intereses. Pero eso tampoco lo había comprobado.

—Espaguetis con marisco —anunció Sandra.

—Gracias —contestó.

—¿Te traigo un poco de parmesano?

—Sí, por favor —respondió Joop sin pensarlo.

En realidad no quería queso. Ni mejillones ni cangrejos de río. Quería ayunar. Castigarse por no haber cuidado de su hija.

Sandra depositó delante de él un pequeño cuenco con queso rallado.

—Buen provecho.

—Gracias. No te olvides del merlot.

—¿No te lo he traído? Disculpa, ahora vuelvo.

Joop clavó el tenedor en un crustáceo y sintió repugnancia hacia sí mismo.

—El menú del día. Excelente —dijo una voz.

Una voz holandesa con leve acento del norte, como cabía esperar de alguien criado en Emmen. Joop alzó la vista y se topó con la mirada de Ornar. Lo saludó con una inclinación de cabeza.

Ornar era un tema secundario. El hombre se había entrevistado con un terrorista profesional iraquí y, por tanto, también era un terrorista. O un ladrón, o un bandido. Por importante que fuese el asunto, a Joop aquel bribón le resultaba bastante menos aterrador que la duda de si su hija seguiría con vida si él hubiera estado más atento. Había confiado plenamente en los médicos. Aquella noche, nada lo llevó a sospechar de ellos, puesto que todos manifestaron una preocupación sincera. Un equipo de quince personas luchó por la vida de su hija. Esa fue su impresión, o mejor dicho, su convicción absoluta: gracias a ello pudo soportar la pesadilla. La absoluta convicción de que habían hecho todo lo posible. Y eso era mucho. Miriam había estado rodeada de los especialistas más brillantes. Impotencia. Espera. Largas horas de incertidumbre. Las palabras clave de aquella noche.

Sandra colocó la copa de merlot sobre la mesa.

—Lo siento, se me había olvidado —se disculpó.

—Gracias —contestó Joop.

Tomó un gran trago. Un escritor que se preciara no bebía alcohol en el almuerzo, porque por la tarde tenía que escribir.

—¿Estás de visita?

Joop miró a Ornar. Tenía unas manos impecables, las uñas cuidadas. Ojos perspicaces. Un corte de pelo en capas que aligeraba el peso de su frondosa cabellera de color castaño. A Joop le habían hecho alguna vez un corte similar cuando aún podía gastarse sesenta dólares en la peluquería; las anoréxicas peluqueras con pechos de silicona de los salones de Beverly Hills usaban para ello una navaja de afeitar. Gruesos gemelos de oro, otro brillo dorado debajo del cuello de la camisa, cuyos dos botones superiores estaban sin abrochar, lo cual le daba a Ornar un aire desenfadado y dejaba entrever su piel cubierta de tupido vello. Tenía aspecto de productor de cine, músico prestigioso o propietario de una cadena de restaurantes. En Los Angeles, los dueños de restaurantes podían alcanzar la misma fama que la gente del cine, puesto que la gestión de un establecimiento gastronómico gozaba de enorme prestigio dentro del mundo del espectáculo. Los más ignorantes incluso los comparaban con cineastas de la talla de Spielberg o directores de orquesta del calibre de Zubin Mehta.

—Vivo aquí —aclaró Joop.

—Ah... ¿Desde hace mucho tiempo?

—Desde mil novecientos ochenta y dos.

—¿Te sigue gustando esto?

—La verdad es que nunca me hago esa pregunta —confesó Joop.

—Es una postura inteligente —se rió Omar entre dientes, antes de señalar con un gesto autoritario el plato de Joop como si fuera a pagarlo él—. Disfrútalo. Los espaguetis se enfrían enseguida.

Joop asintió y probó la comida. Hojeó el *Reporter* sin enterarse de nada. Pasaba las páginas y leía, aunque las letras no revestían significado alguno. Continuó comiendo mecánicamente, consciente de que Ornar lo observaba. Al llegar a los anuncios inmobiliarios, sus ojos se detuvieron en ellos. Fincas en las colinas. Aticos en Westwood.

Cuando el encargado de recoger las mesas fue a preguntarle si podía retirar su plato, respondió afirmativamente, a pesar de que no se había tomado ni la cuarta parte. Esa también era una de las reglas del juego. En Los Ángeles, el cliente engullía en un tiempo récord todo lo que pensaba comer, y en cuanto soltaba el tenedor, el ayudante de turno —por definición un joven latino— se disponía a intervenir y despejar la mesa sin más demora. Miriam se enfadaba cuando le preguntaban: «¿Terminado?», y contestaba invariablemente: «Ya le diré yo cuándo he terminado, ¿de acuerdo?» Además, ni siquiera se tomaban la molestia de construir una frase bien hedía. Proferían una única palabra: «¿Terminado?»

—¿Vives cerca de aquí?

Ornar tenía ganas de hablar. Philip había acertado. Se sentía solo.

—En Venice. En la costa.
—Lo conozco. Una playa agradable, el paseo marítimo...
—¿Y tú? —inquirió Joop—. ¿Vives cerca?
—Yo no vivo aquí. Estoy de paso. Unos meses.
—¿Negocios? —quiso saber Joop.
—Sí, negocios —suscribió Omar—. Y, tú, ¿a qué te dedicas?
—Escribo. Soy escritor.
—¿Escritor?
Omar movió la cabeza en señal de asombro, mirándolo con respeto. Tardó un rato en procesar el alcance de la información, como si Joop le hubiera confesado que era prendo Nobel de Química.
—Me parece un oficio muy particular. Siempre he admirado a la gente que sabe escribir. ¿Sobre qué escribes?
—Sobre... las cosas que me preocupan.
—¿No es el editor el que te dice lo que tienes que escribir?
Un no lector. Joop dudaba que Ornar hubiera visto alguna vez un libro de cerca.
—Escribo guiones. Películas. Y hace muchos años escribí un libro.
—Películas. Claro, también se necesitan escritores para eso. Fíjate qué tontería, nunca me había parado a pensarlo. —Ornar hizo un ademán con el dedo, señalándose primero a sí mismo y luego a Joop —. ¿Te molesta si...?
—Por favor, siéntate —lo invitó Joop.
Ornar salió con dificultad de su angosto rincón, se inclinó para recoger algo del suelo y se sentó frente a él, depositando *De Telegraaf* encima de la mesa.
—Ya lo he terminado. Quédate con él si quieres.
—Muy bien. Gradas.
Además de Sandra, Omar tenía otro motivo para almorzar en el restaurante italiano. En la acera de enfrente podía comprar un periódico neerlandés. Su presencia no resultaba amenazadora. Había otras muchas cosas amenazadoras, pero no aquel hombre.
—¿Puedo invitarte a algo? —preguntó Ornar, con un destello vivaz e irónico en la mirada.
—Un café solo —contestó Joop.
—¡Sandra!
La camarera apareció de inmediato.
—Dos cafés solos, por favor. ¿Te apetece algo más? ¿Una grapa u otra cosa? Yo no tomo digestivos, pero por lo visto aquí los hay muy buenos.
—No gradas, aún tengo que trabajar.
—Pues nada más —le dijo a ella, antes de dirigirse de nuevo a Joop—. Así que eres escritor... Me parece una profesión interesante. ¿Has estudiado para serlo?

En la ciudad vivían miles de escritores, todos ellos —con excepción de un puñado de figuras estelares— autores profesionales condenados a trabajar duro para ganarse la vida. Al igual que los mineros, abastecían de materia prima a la industria. Ocupaban un lugar poco privilegiado en la escala social, pero Ornar había quedado impresionado por el oficio de Joop.

—No. La verdad es que no.

—¿Cómo se llega a eso? ¿A qué edad empezaste?

—A los dieciséis o los diecisiete.

—Un buen día te sentaste y dijiste: «Voy a ser escritor.»

—No exactamente, pero casi.

—¿Qué escribes? ¿Recibes encargos concretos?

Era innegable que la profesión de Joop tenía intrigado a Ornar. Philip había dado con su punto débil.

—No. Historias que invento.

—¿Que salen de tu propia fantasía?

—Sí.

—Ornar van Lieshout —se presentó, tendiéndole la mano.

—Joop Koopman.

Se estrecharon la mano. El terrorista y el escritor.

—Me fascina tu trabajo, crear historias con la imaginación, creo que eso exige mucha disciplina, y concentración... ¿O me equivoco?

—No, tienes razón.

Sandra dejó las dos tazas de café encima de la mesa.

—¿Os apetecen unas galletitas? —preguntó.

En los Angeles gozaban de gran popularidad unas galletas italianas pequeñas y duras como piedras. La gente las mojaba en el café para ablandarlas.

—Para mí no —dijo Omar—. ¿Tú quieres?

—No, gracias —respondió Joop, mirando brevemente a los ojos casi negros de Sandra.

—Una monada, ¿no te parece? —le comentó Omar mientras ella se alejaba.

—Sí, es guapa. Y muy joven.

—Las diferencias de edad ya no importan. ¿Cuántos años tienes tú, si me permites?

—Este año cumplo cuarenta y siete.

—Así que podrías ser su padre. Pareces más joven. Yo nací en mil novecientos sesenta y ocho. En diciembre cumplo treinta y tres años. ¿O sea, que estás metido en la industria cinematográfica?

—Podría decirse, sí —contestó Joop, aprovechando la ocasión para interesarse por las ocupaciones de Omar—. ¿Y tú? ¿A qué tipo de negocios te dedicas?

—Tecnología de la información.

Ya se lo había explicado Philip: Omar estaba preparando el lanzamiento de una empresa de venta por correo a través de una página web. Su respuesta había sido sincera.

—¿Tecnología de la información? En ese sector, las cosas se han puesto difíciles, ¿no?

—En efecto, no es nada fácil. Debería haberme metido en esto hace unos años.

—¿Te ocupas de la técnica? ¿Del software?

—De la parte comercial. Ofrecemos productos al consumidor a través de Internet. ¿Vienes a menudo a este restaurante?

Ornar no quería explayarse, lo cual era comprensible. Si Joop fuera a montar una empresa, tampoco hablaría de ella con un desconocido.

—Vine por primera vez el lunes —precisó—. No conocía este sitio. Estoy trabajando en un encargo y me han dejado un despacho muy cerca de aquí.

—¿Ves? ¡Ya sabía yo que debía de haber un encargo por medio!

—Así es, en el mundo del cine y de la televisión se trabaja por encargo.

—Entonces no andaba yo tan mal encaminado —sonrió Ornar. Era evidente que le importaban mucho el respeto y la estima, y por eso le preocupaba sobremanera la impresión que causaba en los demás. O bien era vanidoso, o tenía complejo de inferioridad—. Yo vengo a menudo —confesó—. Se come bien y Sandra es un regalo para la vista.

Joop compartió la sonrisa de Ornar por cortesía. El hombre no era ninguna lumbrera, pero eso no significaba que fuese ingenuo. Poseía una inteligencia intuitiva, que tal vez resultara ser la más aventajada de todas. Ambos apuraron el café de un trago.

—Está muy bueno —juzgó Ornar.

—Pero no tanto como el del restaurante Mirafiori de Ámsterdam —puntualizó Joop.

—¿Conoces el Mirafiori? —preguntó, maravillado.

—De las veces que voy a Ámsterdam. Que no son demasiadas.

—Es mi restaurante italiano preferido —sonrió Omar—. A lo mejor hasta hemos coincido en algún momento.

—Seguramente —repuso Joop.

—¿También conoces L'Angoletto, en la Hemonylaan? —inquirió, con una mueca de complicidad.

—Sí. Estuve allí la última vez que fui. Un pequeño restaurante de barrio. También muy bueno.

Los había llevado Ellen, a Miriam y a él.

—El año pasado cerraron el Mirafiori —contó Ornar—. Una verdadera lástima.

—¿Lo han cerrado? Pero ¿por qué? ¡Era una verdadera institución!

—No lo sé. Me imagino que se quedarían sin sucesores. Preparaban un pesto delicioso.

—¿Qué me dices de su ensalada de pimientos y calabacines?

Se miraron, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Cuándo piensas volver por aquí? —quiso saber Omar.

—Mañana. O si no, el lunes.

—Pues ya pasaremos revista a los restaurantes de Ámsterdam —concluyó, y señalando la taza vacía de Joop, añadió—: ¿Otro?

—¡De acuerdo!

—Se lo pediré a Sandra —anunció Ornar mientras se poma en pie y le alargaba la mano—. Los cafés los pago yo. Joop, encantado de conocerte. Vendré a comer el limes. Te guardaré un sitio si aún no has llegado.

Y se marchó. Un terrorista simpático.

Aunque Joop había acordado con Philip que lo llamaría en cuanto hubiese hablado con Ornar —la comunicación era fundamental, según le había repetido una y otra vez—, no veía razón alguna para informarle de inmediato de esa primera charla insustancial. Decidió ponerse en contacto con él al día siguiente. Por la tarde, Joop se desplazó a Santa Mónica y a última hora salió a pasear con Linda por el bulevar, un tramo de Third Street convertido en zona peatonal, entre cientos de turistas y paseantes nocturnos, tiendas y restaurantes, magos, bailarines, guitarristas, cantantes y fanáticos religiosos. Cenaron en un restaurante asiático, frente a la librería Barnes & Noble, y durmieron juntos en la habitación del hotel de Linda.

12

CUANDO JOOP estaba en casa, la pérdida de Miriam retumbaba entre las paredes. Si eso continuaba así, sólo le quedaría una opción: venderla. No. Aún no. Tal vez más tarde. Al cabo de unos meses, o quizá un año. Allí podía oler a Miriam. Allí la había visto crecer. Allí estaba su agenda. Pero tan pronto como podía, huía de los muebles, la cubertería, los tazones y las cacerolas, y se refugiaba en la compañía de Linda o en su oficina de Strip.

El viernes 2 de marzo, a las diez de la mañana, nada más llegar a su despacho, sonó el *Wilhelmus.*

—Joop?

Era Linda.

—Hola —saludó.

—Estoy al lado de Strip y he pensado que podría pasar a verte.

—Bienvenida. ¿Sabes dónde es?

—¿No podemos ir a algún lado? ¿O simplemente dar un paseo en coche? Necesito hablar contigo.

—¿Dónde estás?

—Junto a una librería que se llama Book Soup.

Cuando Joop salió con el Jaguar, ella estaba esperándolo delante del aparcamiento. Vestía un ancho pantalón negro, un ancho abrigo negro y boina negra, una versión oscura del traje Mao, pero llevaba una elegante cartera de cuero marrón con una insignia de la marca Marianelli. Era la primera vez que Joop la veía con un artículo de piel.

Bajó la ventanilla y levantó los ojos hacia ella.

—¿Adónde quieres ir? —le preguntó.

Linda se inclinó hacia delante, puso una mano encima del techo y lo miró con cara compungida. Joop tenía que estar preparado; en cualquier momento ella podía comunicarle que la relación había terminado. Tal vez incluso fuera lo mejor.

—¿Ocurre algo? —quiso saber Joop.

—Tú y yo... eso es lo que ocurre —respondió, seria.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir... que no era ésa la idea. Tenemos que hablar, pero no aquí.

—Anda, sube, vamos a dar una vuelta.

Linda rodeó el Jaguar mientras él se apoyaba en el asiento del acompañante para abrirle la puerta. Entró. Joop enfiló Holloway Drive, la calle que discurría al sur de Sunset Stripy que, un kilómetro más adelante, se fundía con Santa Momea Boulevard. Linda posó una mano sobre su brazo, sin decir nada.

—¿Alguna propuesta? —preguntó Joop.

—Me gustaría caminar un poco.

—En esta ciudad, caminar se considera una actividad subversiva.

—¿No hay ningún parque cerca?

—Griffith Park. En Hollywood. Iremos al observatorio.

¿Te parece bien?

—Sí. Buena idea.

Sólo había que seguir el Santa Mónica Boulevard, hasta Alexandria Avenue. Un trayecto de quince minutos.

Joop observó a Linda de reojo y vio que estaba tensa, con los ojos fijos en la nada.

—¿Por qué estás así?

—¿Cómo?

—Sabes perfectamente a qué me refiero —replicó él—. ¿Qué te carcome?

—¿Que qué me carcome?

—No te comportas de una manera muy transparente que digamos. Esa actitud no nos lleva a ningún lado.

Linda lo cogió del brazo en un gesto pacificador.

—No era ésa mi intención.

—Estás casada... —insinuó Joop—. Abandónalo, es un cerdo.

Linda rió entre dientes.

—No, no estoy casada, y si lo estuviera, dejaría a mi marido por ti.

—¿Prometida?

—Joop, por favor, eso ya no lo hace nadie.

—¿Qué no? En esta ciudad todo el mundo sigue prometiéndose.

—No. Es otra cosa totalmente distinta. Se trata... Es difícil de explicar.

—Empieza por el principio —propuso Joop.

—De acuerdo. El principio... fue... hace cinco años. En Dharamsala. Allí empezó todo.

—¿Tienes algo con Usso? ¡Pensé que esos hombres vivían en celibato!

—¡No es eso! Además, no quiero explicártelo ahora. Ya retomaremos la conversación cuando salgamos del coche. Pero no te preocupes, no es nada... que tenga por qué interponerse entre nosotros.

—Sólo que... debo compartirte con otros tres.

—Joop, se trata de algo que debería haberte contado enseguida, pero no lo hice, y tengo que hacerlo ahora. Eso es todo. Pero en este caso ese todo... es mucho.

—Como su propio significado indica —observó Joop.

—Déjate de bromas —protestó ella.

—No bromeo. Estoy muy serio. Pero no me gustan demasiado las revelaciones… porque esto es una revelación, ¿verdad?

Se giró un momento hacia Linda.

—Creo que sí —asintió ella, con la mirada ausente.

—Las revelaciones tienen consecuencias.

—No necesariamente.

—Así no acabaremos nunca —concluyó Joop.

—He faltado a mi deber —explicó ella—. Ahora debo repararlo. Eso es todo.

—Sí, ya me lo has dicho antes.

—Joop, no seas odioso. No es lo que piensas.

—Entonces, ¿por qué tanto misterio?

—Porque sé que lo que voy a contarte está más allá de tu capacidad de percepción.

—¿Más allá de mi capacidad de percepción? Esto empieza a resultar interesante. Cuéntamelo de una vez.

—¡Quiero contártelo, pero no haces más que interrumpirme!

—Me callaré. ¡Adelante!

—Bien.

Pero guardó silencio. Joop frenó ante un semáforo en rojo y la miró de soslayo. Allí estaba, sentada en el bajo asiento del Jaguar, erguida como un poste, con los puños cerrados. Al ver su rostro preocupado, Linda le sonrió, nerviosa.

—Hace cinco años me derrumbé totalmente —confesó cuando Joop reanudó la marcha—. Había tenido una relación con alguien. En Nueva York Un hombre casado. La historia de siempre, pero yo pensé que él era diferente, que lo haría de verdad, por mí. Pero se quedó con su mujer y sus dos hijos pequeños. Ella no sospechaba nada… Hasta que un día se presentó en mi casa. Lo había descubierto todo. Fue terrible. Era una mujer dulce y bella. Yo había creado una situación insostenible.

—La crearía el marido —replicó Joop.

—Pero con mi ayuda. Bueno, da igual, el caso es que después de eso regresé a Dharamsala. Necesitaba olvidar, vaciar la mente y el corazón. Allí alguien me habló de Usso Apury.

La verdad es que yo ya lo conocía desde mi primera visita, pero sólo de lejos. Es un maestro prestigioso, especialista en asistencia a enfermos terminales. Alguien así tiene forzosamente un alma fuerte. Un alma curtida, que ha sufrido mucho, que ha vivido mucho. Y allí me enteré de sus sueños.

—¿Los sueños de quién?

—Los sueños de Usso. Sueños muy particulares. Salidos de otros tiempos. Recuerdos de una vida anterior.

—De una vida anterior —repitió Joop con retintín.

—¿Ves? Sabía que emplearías ese tono —apostilló Linda—. Por eso me cuesta tanto contártelo.

—Lo siento, me he pasado. No volveré a abrir la boca. Sigue.

—De acuerdo. Pero no quiero más comentarios, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Bien. Yo acababa de leer el libro del rabino Gershom, *Más allá de las cenizas*, ¿te suena?

—No —contestó Joop.

—Trata de personas que no encuentran explicación a algunos de sus recuerdos. Recuerdos horripilantes de los campos de concentración. Gershom los estudió. Es una especie de *jasid*, un rabino ortodoxo, con amplios conocimientos de Psicología y Sociología, y experto en historias de reencarnaciones judías. Los místicos judíos creían en la reencarnación, ¿lo sabías?

—No —dijo Joop de nuevo, guardando para sí sus dudas.

—Yo también tenía sueños. Pesadillas. Por eso leí el libro. Mis psiquiatras de Nueva York los atribuían a una identificación excesiva con mis padres. Pero aquellos sueños eran tan... nítidos que a menudo tenía la impresión de que había algo más. Pues bien, en Dharamsala oí hablar de Usso. Me contó sus sueños. Eran... ¿Cómo te lo explicaría? Eran mucho más que aberraciones del cerebro provocadas por unas reacciones electroquímicas. Los sueños de Usso eran objetivamente identificables. Y de pronto todo encajó. Es una sensación extraña: piensas que tu vida está hecha de piezas sueltas, y de un momento a otro, esas piezas se unen y cobran forma, color, dirección, sentido. Orden, tal vez sea ésa la palabra justa. Fue... estremecedor. Lloré durante días. Como si se hubiera roto una presa. Como si me hubieran lavado por dentro.

Linda interrumpió su relato un momento. Joop comenzó a entrever hacia dónde derivaría el final de la historia: su prima acabaría confesándole que había sido Napoleón.

—Sé que a ti todo esto te parece un disparate —prosiguió, interpretando las miradas de Joop—, pero así es como sucedió. Yo recordaba cosas. De antes de la guerra. Y Usso... Usso también tenía recuerdos. No dudó jamás de la veracidad de lo que soñaba, pero no lograba situarlo en su contexto. Yo sí. Era inevitable que algún día nos encontrásemos. Yo sabía dónde se desarrollaban sus sueños. Te lo digo una vez más, Joop, comprendo que para ti no son más que tonterías, pero yo he llegado a conocer aspectos de la realidad que no se aprecian en esta parte del mundo. Eso requiere un alto grado de receptividad. Tú no te muestras nada receptivo, como la mayoría de la gente de aquí. No te das cuenta de que tus vivencias se limitan a tus sentidos, y te aseguro que tu vida se enriquecería si contaras con un mayor y más variado número de sensores. La meditación budista

enseña a ampliar y profundizar esos sensores, así es más o menos como funciona; de ese modo uno descubre que, más allá de lo meramente corporal, hay algo específico que lo caracteriza. Yo lo llamo «alma». Una esencia determinada. Todas las personas la poseen. Permite llevar dentro experiencias de vidas anteriores, puesto que para esa esencia el tiempo no existe. Mi dolencia cardíaca desapareció durante mis meditaciones en Dharamsala, pero no llegué al fondo de la cuestión hasta que hablé con Usso. Entonces entendí que mi enfermedad se remontaba a una vida anterior. Suena a locura, ya lo sé. Pero a lo largo de toda mi infancia soñé que era un niño de seis años, en algún lugar de la Europa Oriental. Siempre las mismas imágenes. Estoy sentado debajo de una mesa, solo, y a mi alrededor oigo gritos. En el exterior sucede algo horrible; lo oigo, pero no lo veo. De súbito aparecen delante de mí unas botas, unas relucientes botas negras, con un poco de barro en el borde de la suela. Y una mano que me saca de debajo de la mesa con violencia y me levanta, agarrándome por el cuello de la camisa. El cuello me oprime la garganta; apenas puedo respirar. Y siento una punzada en el corazón. Un dolor agudo que hacía que me despertara noche tras noche. Años después comencé a sufrir arritmias. A través de la meditación con Usso, aprendí a relacionar las dos cosas. Era un trastorno psicosomático... causado por unas vivencias anteriores.

Joop no podía ocultar su incredulidad más tiempo.

—¿Y ahora a quién tengo a mi lado? ¿Cuántas personas hay dentro de ti?

—Sabía que no me creerías —le reprochó Linda con voz apagada—. No sé si tiene sentido continuar.

Pero Joop no deseaba discutir con ella.

—Sigue. Quiero saberlo todo —afirmó—. Si esto es importante para ti, no me quedará más remedio que aceptarlo. Como parte integrante de tu vida.

—Pues tendrás que mostrar un poco más de respeto.

—Eso es lo que intento. Perdóname.

Sin desviar la mirada, atento al tráfico, apoyó la mano brevemente sobre el hombro de Linda en señal de paz. Notó que ella, indulgente, le respondía apretando la mejilla contra el dorso de su mano.

—No sé de dónde provienen mis recuerdos, ni cómo se llama el niño, ni dónde se desarrolla la escena. Sólo sé que las imágenes son algo más que sueños fortuitos. Al principio, Usso tampoco sabía nada. Comprendía que los sueños eran recuerdos disfrazados, pero nada más, porque él no buscaba la realidad. Aceptaba lo que tenía que aceptar. Oponerse es sinónimo de desajuste, enfermedad, dolor. Yo me opuse y caí enferma. Volviendo sobre Usso, oí hablar de sus sueños,

pero cuando lo conocí personalmente, no me atreví a abordar el tema. Lo saqué más tarde.

Linda se incorporó y respiró hondo.

—Usso me contó sus recuerdos —continuó—. Yo sabía de quién me estaba hablando. Él había oído nombres, nombres que a él no le decían nada, pero a mí sí. Nombres que no le habrían dicho nada a nadie, excepto a mí. Yo conocía esos nombres. Igual que tú. Tú también los conoces. ¡Usso recordaba algunos detalles que... que no podía haber inventado! ¡Nombres y hechos que uno no se saca de la manga así como así! ¡Que en ningún caso pueden ser fruto de la imaginación de un habitante de Dharamsala!

Joop dejó Los Feliz Boulevard y se adentró en Fem Dell Drive, la carretera serpenteante que ascendía hasta el observatorio. Aunque todavía no era fin de semana y el día estaba fresco y medio nublado, al lado de la vía, debajo de los plátanos, eucaliptos y coníferas, había muchos coches aparcados. Las curvas requerían mucha atención, de modo que prosiguieron su camino en silencio, rumbo a las montañas. Abajo, a lo lejos, se extendía la llanura de Los Ángeles, con los rascacielos del centro y el extenso trazado de calles y avenidas absolutamente rectas.

—Usso recuerda cosas de tu abuelo —dijo Linda al cabo de unos minutos—. De Herman De Vries. Es una idea aterradora, pero si no te opones, si te entregas a ella, aporta un gran consuelo, Joop. Es una conciencia hermosa y tranquilizante. ¿Comprendes?

Joop no comprendía nada. Condujo el coche hacia arriba preguntándose qué interés podía tener Usso en profanar a su abuelo, asesinado en un campo de exterminio polaco. O, mejor dicho, se preguntaba por qué Linda creía que Usso conocía detalles de la vida de Herman. Ese era el terreno en el que se movían los psicópatas y los místicos de la *new age*, que se negaban a admitir que la vida era finita en el tiempo y en el espacio. El cosmos era el resultado de una explosión. Si se extinguiera el sol, no quedaría en el universo ni una voz capaz de pronunciar la palabra alma; cuando una persona moría, toda identidad, todo recuerdo, todo esfuerzo —siempre inútil— por eludir los hechos se esfumaba durante la descomposición del tejido cerebral. Los creyentes padecían enajenación mental, pero, pese a ello, a Joop le inspiraban un sentimiento de ternura, motivado por la candidez de su esperanza. Pero la historia de Linda iba demasiado lejos. Según ella, Usso había sido Herman en algún momento.

—Me temo que vas a tener que explicármelo otra vez —observó Joop.

—No hay tanto que explicar —repuso Linda—. En sus sueños, Usso ha visto escenas que sólo se pueden ver si uno recuerda determinadas circunstancias muy específicasˆ Es decir, si uno ha sido

otra persona. Créeme, Joop, yo no soy de las que se dejan engatusar con facilidad, y menos en estos temas. Pero era... tan abrumador... y lo de mis propios sueños, la forma en que desapareció mi enfermedad... Todo eso son hechos probados. Y como no tienen explicación racional, he llegado a la conclusión de que la razón abarca tan sólo una parte de la vasta realidad. La razón no lo es todo. Lo es para muchas cosas, como para la fabricación de este coche o del observatorio astronómico, pero no para la esencia de la vida y la muerte.

Aunque Joop no quería pensar en su hija, lo asaltaba el recuerdo de Miriam. Ya no estaba, se había convertido en polvo, sin alma, y el único lugar donde permanecía visible era en su memoria. Salvo para los que pensaban como Linda.

Joop detuvo el coche en el parking del observatorio, donde la mitad de las plazas estaban ocupadas.

—¿Tomamos algo primero? —preguntó Joop.

—Sí, me apetece.

Se dirigieron a la cafetería que estaba al fondo de la explanada detrás de la cual emergían las enormes letras del Hollywood Sign, símbolo de la ciudad.

—Si lo he comprendido bien, y, por favor, no te enfades conmigo, Usso es pariente nuestro —concluyó Joop.

Linda sacudió la cabeza, resuelta a amonestarlo, pero no pudo contener la risa.

—Sí —afirmó, aunque enseguida se puso seria—. ¿No puedes tener nunca una reacción normal ante lo que te cuento?

—Mi reacción es muy normal. Así es como la gente suele reaccionar ante historias como ésas.

—No en mi mundo —replicó Linda—. En mi mundo encuentro reconocimiento. Y las personas con las que trato se sienten liberadas al alcanzar una comprensión tan profunda.

—Linda, debes entender que yo no puedo empezar a dar saltos de alegría cuando me entero de repente de que Herman De Vries se reencarnó en Usso... ¿Cómo dijiste que se apellida?

—Apury.

—En Usso Apury, y que en realidad los dos poseen una única alma, o lo que sea. Me parece lógico que el mensajero, en este caso tú, se tope con cierto... recela

—No hay ninguna razón para que desconfíes de lo que te estoy relatando —respondió Linda en tono mordaz.

—No se trata de ti, sino de... del modo de pensar.

—Que es el mía

Joop se paró y le cogió la mano.

—Linda, de mi abuelo no queda nada. Sabemos qué día llegó al campo, y que probablemente ese mismo día... Y no hay más. La

muerte es el final de todo. Cuando el corazón deja de bombear oxígeno a través del cuerpo, todo se acaba.

Linda lo agarró por los hombros.

—¡No, Joop! ¡No! ¡Eso no es cierto! Nuestra… nuestra cultura occidental ha reducido la vida humana a una vida corporal, ¡y eso es falso! ¿Por qué este mundo habría de acercarse más a la verdad de la existencia que aquél? ¡No cabe duda de que hay algo más! ¡Para Herman, para ti, para mí, para Miriam!

Linda lo miró, exaltada, poseída por un fervor extremo y una convicción inquebrantable.

—Cuéntame más cosas —le pidió Joop, incrédulo y desamparado, no por interés propio, sino para liberarla de su historia.

—¿No íbamos a tomar algo? —preguntó ella.

Joop encargó dos Coca-Colas light y se sentaron a una de las mesas de material sintético. Un grupo de turistas japoneses estaba posando, entre risas, junto a la barandilla para hacerse una fotografía con el símbolo de Hollywood al fondo.

—¿Cuándo descubriste todo eso?

—Hace cinco años.

—¿Y jamás se te ocurrió darme una sorpresa?

—Oh, sí. Muchas veces. Pero al mismo tiempo me parecía todo demasiado impactante. Sé cómo se toma la gente estas cosas. Hasta que, a finales del año pasado, me decidí.

—¿Cuando me escribiste?

—Sí. En el fondo pretendía que fuera algo más que: «Hola. ¿Qué tal? Cuánto tiempo.»

—Así que Usso es Herman. ¿Qué sabe él que yo no sé?

—Usso sabe lo que sucedió aquel último día, Usso sabe cómo murió Herman, conoce muchos datos de su vida. Y de la vida del hermano de Herman, de mi abuelo. Joop, de verdad, ¡hasta los más mínimos detalles!

—A veces suceden cosas extrañas entre el cielo y la tierra —comentó Joop.

Linda apartó el rostro con asco, como si de súbito se percatase de lo repugnante que era él.

—No me tomas en serio —le espetó—. Tampoco te pido tanto. ¡Aunque no estés de acuerdo conmigo, podrías tener la gentileza de escucharme antes de pasar con la apisonadora por encima de todo lo que te cuento! —Se levantó, furiosa, arrastrando las patas de la silla por las baldosas en un quejumbroso chirrido—. ¡Quiero volver!

Joop se puso en pie a su vez.

—¡Linda… no dejes que esto se desborde!

—¡Mira quién habla! Llévame a Strip, por favor —le rogó. Lanzó una mirada al aparcamiento y cambió de opinión—. No, déjalo,

tomaré un taxi.

—Ni hablar. Te llevaré yo —se ofreció Joop.

Pero ella iba ya de camino a uno de los taxis que esperaban en las proximidades de la cafetería.

—¡Linda!

Joop trató de sujetarla por el brazo, pero ella se soltó.

—Linda, creo que… que ese hombre intenta engañarte. Lo que cuentas no puede ser verdad… Seguro que es un impostor. ¡Esas cosas no existen!

De golpe, Linda se detuvo y lo miró con ojos ardientes.

—¡Joop, el que no existe eres tú! ¡Tú eres el impostor! ¡No Usso Apury! ¡Usso es uno de los sacerdotes más importantes, más prestigiosos y más sagaces de nuestro tiempo! ¡Usso es un hombre santo! Estás muy pero que muy equivocado, Joop. —Tragó saliva y, afligida, dijo con un hilo de voz—: Por desgracia, estás muy equivocado. Sabía que esta conversación iba a ser dura, pero… no tanto.

—Te llevo en un momento, Linda. Esto es absurdo.

—Joop, necesito estar sola. Déjame, ¿quieres? Nos llamamos, ¿de acuerdo?

—Sí. Nos llamamos.

Linda le dio un beso fugaz en la mejilla y corrió hacia el taxi.

13

JOOP se dirigió al Primavera. No quería ir a casa, porque allí lo esperaban las desconcertantes reliquias de Miriam. Tampoco le apetecía regresar a su despacho, donde un montón de folios vírgenes y una caja de lápices recién afilados no hacían más que justificar un encargo ficticio.

Llevaba encima una libreta de notas y un lápiz. Le pagarían el primer plazo cuando entregara la sinopsis, que aún no tenía preparada. Le habían encargado escribir una historia de crímenes, pero los crímenes ya no le interesaban, a excepción del caso del Big Bang. Podría escribir para sí mismo una comedia sobre un monje tibetano que se había reencarnado en un judío que había perecido en el holocausto. Sintió aversión por esa idea burlesca, por el menosprecio que destilaba ese chiste sobre el retorno de Herman De Vries.

—Joop?

Al levantar los ojos, vio a Ornar, de pie junto a su mesa.

—¿Te importa que me siente contigo? Hoy esto está muy concurrido.

—Faltaría más.

Joop depositó el *Calender*, el suplemento de ocio de *Los Angeles Times*, debajo de su silla y apartó su copa. Todo cuanto se había figurado en torno al contacto con aquel hombre, la amenaza, el misterio, se desvanecía por completo en el clima distendido que le brindaba la simple realidad. La repentina aparición de Omar incluso le agradaba. Prefería conversar con otra persona antes que consigo mismo.

—Al final te has animado... —apuntó Joop.

—Pasaba por aquí, y no iba a buscar otro sitio para comer. ¿Sabes lo que echo en falta? Las cosas típicas de Holanda.

—Hay una tienda holandesa en el valle —le informó Joop—. Tienen galletas rellenas de melaza, manteca de cacahuete, en fin, todo lo que necesita un buen holandés en el extranjero.

—Ya me darás la dirección.

Ese día, Ornar iba vestido con un ceñido jersey negro de cuello abierto, por el que asomaba el vello del pecho, dejando entrever al mismo tiempo su fornido tórax. Aunque no hada sol, llevaba sobre el cabello unas gafas Ray-Ban. De las mangas subidas sobresalían unos brazos velludos y un macizo Rolex. Omar podría pasar perfectamente por el prototipo del galán de cine, cosa que no era. Según Philip, se trataba de un ex traficante de drogas que, en un momento dado, se

había entrevistado con un importante líder terrorista iraquí. Sin embargo, Joop no descartaba la posibilidad de que Ornar se hubiese citado con el terrorista para persuadirlo de que una inversión privada en una empresa virtual de venta por correo podía ser un negocio redondo de cara al futuro. ¿Por qué no podía estar un jefe terrorista interesado en inversiones rentables? Durante el encuentro del día anterior, Omar no había ocultado su procedencia. Todos los datos cuadraban con la información de que disponía Joop. Había acordado con Philip que lo llamaría en cuanto estableciera contacto con el norteafiricano, pero en lugar de cumplir con su palabra, se había precipitado a la habitación de hotel de Linda. No le estaba permitido utilizar el teléfono de casa ni el Motorola. Tenía que llamar desde una cabina que había en la esquina de Venice Boulevard con Lincoln Boulevard; por lo visto, los israelíes la habían blindado contra escuchas telefónicas. Joop no había llamado porque, en realidad, no tenía nada que notificar; sólo había intercambiado con Omar algunas palabras sobre restaurantes de Ámsterdam, y en su opinión, eso podía esperar. Además, sentía la necesidad de oponer cierta resistencia a Philip, ya que no estaba dispuesto a doblegarse a su voluntad obedeciéndole ciegamente. Primero quería comprobar en persona hasta qué punto Ornar suponía una amenaza para los judíos de Israel. ¿Podía un amante de la cocina italiana ser un terrorista? Como mucho, un mafioso.

—Los viernes suele haber mucha gente —comentó Ornar—. Es cuando la gente del cine se reúne para las últimas consultas antes del fin de semana. Pero eso lo sabes tú mejor que nadie.

—¿Yo? ¡Qué va! Eso es cosa de magnates, no de escritores. Nosotros vivimos confinados en nuestro pequeño habitáculo, condenados a trabajar en casa y en solitario.

—Suena maravilloso, poder trabajar en casa y en solitario —opinó Omar.

Se acercó Sandra.

—Joop, espero que no te moleste que Ornar comparta mesa contigo.

—Por supuesto que no.

Puso una servilleta y un cubierto para Omar.

—Hoy tenemos pez espada. Joop también lo ha pedido.

Está muy bueno, ¿verdad?

—Muy bueno —contestó Joop, voluntarioso.

—Entonces, pido lo mismo —dijo Ornar—. Y una botella de Pellegrino.

—No esperaba menos de ti —flirteó Sandra.

Antes de alejarse, dejó descansar un momento la mano sobre el hombro de Omar, o mejor dicho, lo rozó brevemente con el dedo

corazón. Era un gesto confidencial, cuando no íntimo, aquel dedo sobre aquel hombro; revestía una fuerte carga erótica. *Joop* estaba convencido de que se acostaban juntos. Era evidente lo que buscaban el uno en el otro: dos personas jóvenes y atractivas del mismo país, en una ciudad extraña, ambos con grandes ilusiones, calurosas noches en una habitación sin aire acondicionado. Philip se sorprendería de todo lo que había descubierto tras sólo dos encuentros. Omar frecuentaba el restaurante italiano por la camarera y por el quiosco de prensa que se hallaba al otro lado de la calle. No cabía duda de que esa información contribuiría de forma sustancial a la seguridad de Israel en los próximos años.

—¿Has escrito mucho hoy? —inquirió Ornar mientras intentaba insertar la blanca servilleta entre sus rodillas y el tablero de la mesa.

Cuando estaban ocupadas todas las mesas de la pared del fondo, uno no tenía espacio suficiente para inclinarse hacia atrás o extender una servilleta larga y tendida en el regazo.

—Nada —respondió Joop—. Estoy pasando una mala racha. No consigo concentrarme.

—La verdad es que debe de ser difícil. Ha de salir de ti; no puedes consultar un manual para ver qué tienes que hacer, ¿no es así?

—En efecto.

Ornar apoyaba los codos sobre la mesa.

—¿Puedes revelar lo que estás escribiendo? ¿O te lo prohíben? —quiso saber.

—A la mayoría de los escritores no les gusta contar lo que están haciendo. Lo tratan sólo con el cliente, el productor, el cineasta, el agente, las personas con las que colaboran.

—Te envidio, Joop. Es fantástico poder ejercer una profesión como la tuya. Estás en casa tranquilamente y dispones de mucho tiempo para reflexionar y leer. Pero me imagino que debo tener cuidado con lo que te cuento. ¡En el momento menos pensado me veo en una película!

—Es cierto que debes tener cuidado conmigo —corroboró Joop, consciente de la ambigüedad de su respuesta.

Sonsacar a alguien que no estaba al tanto de las intenciones de su interlocutor producía un dudoso placer. Joop comprendía que podía convertirse en una adicción.

—Yo también lo he intentado alguna vez —reconoció Ornar con una sonrisa—. Durante un tiempo sentí la necesidad de escribir sobre mi juventud, pero fue un fracaso. Yo no soy escritor. Además... —Vaciló, como buscando las palabras justas. Debía de estar preguntándose si sus confidencias podrían tener algún efecto nocivo. Al fin, hizo un ademán con la mano como si desechase una objeción imaginaria—. Soy disléxico. Me cuesta leer. Con mucho esfuerzo,

consigo descifrar los titulares de los periódicos, pero me resulta difícil leer largos fragmentos de texto seguido. De pequeño pensaban que estaba loco. Tardaba una eternidad en leer un libro. En realidad, he tenido suerte. Ahora ya no me supone ningún problema, pero este asunto me jugó malas pasadas en momentos importantes.

Joop estaba decidido a darle cuerda.

—¿De dónde eres?

—De Emmen. Más tarde me trasladé a Ámsterdam. Y desde hace unos años viajo mucho. Colaboro con un grupo de inversores de Arabia Saudi. Hago todo tipo de cosas para ellos. Quizá estén interesados en una película... Nunca se sabe —observó, señalando a Joop con una sonrisa de oreja a oreja.

Joop sonrió, condescendiente.

—Y ahora estás aquí...

—... en el valle. Aunque prefiero este lado de las colinas. Aquello me resulta aburrido. Algunos de mis socios viven allí y yo... estoy en un piso alquilado, Oakwood Appartments, ¿lo conoces?

—Me suena, sí.

La afluencia de clientes era tal que el muchacho encargado de recoger las mesas también servía la comida. Era evidente que Joop tenía ya su plato y que el que faltaba por servir era Ornar, pero el chico preguntó tontamente a ambos:

—¿El plato del día?

Ornar señaló la mesa con el dedo, indicando que era para él.

—Llevo una hora esperando. Una botella de Pellegrino —pidió en un inglés básico.

—Ahora mismo, señor —se apresuró a decir el camarero.

Ornar no destacaba precisamente por su dominio del inglés. Lo justo para transmitir sus deseos. La lengua era un obstáculo en su vida.

—Y, tú, ¿de dónde eres? —preguntó Omar.

Tomó un bocado, y apartó con el tenedor un trozo del filete de pescado. Por el momento no usó el cuchillo.

—De Den Bosch. Brabante.

—¿Y luego te viniste para aquí? —inquirió Ornar con la boca llena.

—Pasando por Ámsterdam. Viví nueve años en la capital.

—Y eras cliente fijo del Mirafiori.

Intercambiaron opiniones sobre sus restaurantes preferidos, y en más de una ocasión, Joop se olvidó de que estaba conversando con aquel hombre peligroso por encargo de Philip. Ornar era un glotón inocente que disfrutaba comiendo, al igual que él. Se entregaba a la comida con una pasión infantil y enternecedora, desplegando una alegría de vivir que Joop también había podido observar en Miriam,

antes de que entrase en la pubertad, cuando el peso y la figura adquirieron una importancia cósmica. Resultaba conmovedor contemplar a Ornar mientras comía. Philip tenía que haberlo advertido de ese detalle. Con la ayuda del tenedor, Ornar había partido el pez espada en pequeños fragmentos, listos para ser llevados a la boca. Rodeaba su plato con el brazo derecho, como para protegerlo, y se inclinaba sobre la comida, exponiendo su vulnerable espalda, ajeno a todo peligro terrenal. Quería saber en qué ocupaba Joop sus fines de semana.

—La playa, lecturas varias, el cine... las cosas que se hacen en esta ciudad.

Era lo que hacía antes, con Miriam. A veces en compañía de las amigas de su hija, conocidos, gente con la que preparaba guiones, su novia del momento.

—¿Y tú? —añadió.

—Tengo muchos compromisos sociales —afirmó Ornar mientras seguía comiendo de forma sonora, sin levantar la mirada—. Cuando te mueves en círculos árabes, te invitan cada dos por tres. Mucha comida, mucho té y café, muchos dulces. Tengo todos los fines de semana ocupados. Está bien, pero a veces me resulta un poco agobiante. Un pescado estupendo. Me encanta tomar el aire en la playa. Cuando paso cerca del mar, siempre me aproximo. La salsa también está exquisita. Salgo del coche, me quito los zapatos y me tumbo una horita en la playa.

—¿Vienes mucho por este barrio?

Era una pregunta ejemplar, ya que enlazaba perfectamente con lo que estaba narrando Omar, tal como había practicado con Philip.

—Siempre que puedo.

La pronunciación de Omar delataba que era originario de Drenthe. No dijo nada más. Con la mano derecha alzó el vaso, y tragó un bocado al tiempo que bebía un sorbo de Pellegrino; ansioso, pinchó enseguida otro trozo de pescado con la mano izquierda. No sólo comía deprisa, sino que, además, estaba acelerado. Y era consciente de que Joop lo notaba.

—En realidad no tenía tiempo para esto, pero, bueno, he pensado que podía comer algo rápido. Tengo que ir a Four Oaks. Una ceremonia conmemorativa en honor del padre de uno de mis socios. Acaba de fallecer. ¿Y tú? ¿Vuelves al despacho?

—Creo que me iré a casa.

—¡Qué envidia, Joop! ¡Tanta libertad! ¡Y eso que yo no puedo quejarme! Pero a ti no te tienen encorsetado, ¿entiendes? Montaré la empresa de venta por correo y luego me retiraré. A vivir de las rentas. Es algo con lo que he soñado siempre, dejar de trabajar a los treinta, con toda la vida por delante. A los treinta no ha podido ser, pero cinco

años más tarde tampoco está mal. Pongamos por caso que llegue... a los setenta y cinco. Está bien, ¿no? Así podré dedicarme a disfrutar durante la mayor parte de mi vida. Pero para eso hace falta mucho dinero. En eso estoy ahora, en juntar la pasta. Es un plan simple, pero no puede fallar. —Cogió la servilleta de debajo de la mesa y se limpió la boca—. Ahora tengo que irme corriendo. Lo siento. ¿Un café solo, Joop?

—Sí, por favor.

—Se lo diré a Sandra. Invito yo. ¿Me das tu número de teléfono? A lo mejor podríamos tomar un café si al final no salgo de viaje este fin de semana.

—Ah, pero ¿te vas unos días por ahí? —preguntó Joop a quemarropa, como si él también estuviera acostumbrado a pasar los fines de semana fuera, en algún lugar exclusivo.

—A San Francisco. Ida y vuelta.

Joop arrancó una hoja de su libreta de notas y apuntó el número de su móvil.

—Gradas, Joop —dijo Omar cuando recibió el papel—. De todos modos, te veré la semana que viene. —Le tendió la mano y le dio una palmada afectuosa en el hombro—. Me alegro de haberte encontrado aquí —agregó.

Se alejó por entre las mesas y desapareció detrás de los numerosos comensales que lo seguían con la mirada, seguro de sí mismo, exhibiendo el vigor y la salud de su cuerpo a través del ceñido jersey y el pantalón ajustado. Cuando llegó al vestíbulo donde Sandra recibía a los clientes, Ornar se deslizó las gafas de sol sobre la nariz con un gesto de absoluto placer.

14

EN EL coche, de camino a casa, sonó el *Wilhelmus*. Era Debby Brown.

—Me he puesto en contacto con la central. Siento tener que comunicarle que debe transcurrir un espacio de tiempo determinado antes de que pueda presentarse una nueva solicitud a la parte receptora.

—Yo no veo equilibrio alguno en las relaciones entre donantes y receptores; no me parecen justas —respondió Joop, consternado—. Creo que los familiares del donante deberían tener más derechos. Ellos afrontan una pérdida, mientras que los otros se quedan como mucho con un sentimiento de culpabilidad. En este trato hay algo que no cuadra.

—Comprendo sus emociones, pero por desgracia no puedo hacer nada —replicó Debby—. Le recomiendo que vuelva a intentarlo dentro de unos meses.

—Eso es una eternidad para los que estamos en esta situación —contestó Joop antes de poner fin a la conversación.

Había leído en Internet una entrevista con un cardiocirujano que había encontrado la fe a través de su trabajo. El cardiólogo opinaba que el conocimiento del cuerpo y de la mente sólo se hallaba en estado embrionario, y que tal vez una mayor comprensión de la mecánica cuántica pudiera contribuir a la comprobación de que, en cierta manera, la energía humana específica continuaba existiendo aun después de que el cuerpo se hubiera necrosado, si bien ignoraba todavía en qué medida, de qué modo y en qué forma. El especialista barajaba la posibilidad de que los métodos occidentales no fueran los únicos capaces de arrojar alguna luz sobre el misterio de la vida. La página web recogía también una serie de relatos sobre las modificaciones de conducta que sufrían los receptores de órganos trasplantados. Personas que nunca antes habían tomado cerveza comenzaban a bebería después de la operación, tras recibir el corazón de un bebedor de cerveza. Personas que nunca antes habían jugado al ajedrez comenzaban a hacerlo, al igual que el donante. En el mundo de los trasplantes de corazón circulaban historias inauditas sobre cómo los receptores habían adoptado determinados rasgos personales de sus donantes. También Joop creía que el corazón de Miriam era más que un simple mecanismo de bombeo; esa convicción era tan irracional como la creencia de que el alma de Linda tenía recuerdos de vidas anteriores. Y si el corazón atesoraba y transmitía ciertas características personales, quizá no habría que descartar que otros órganos hicieran lo mismo. ¿Había sido demasiado duro con Linda?

Quizá su inquebrantable fe en la razón fuera uno de los trágicos errores de la cultura occidental. ¿Por qué se atormentaba con la superstición de que el corazón ocupaba un lugar especial? Si no podía excluir que el corazón legado por su hija albergara una parte de su mente, tampoco podía descartar que el monje fuese su abuelo. Por más ridículo que pareciera ese razonamiento.

Estaba claro a qué habría de consagrar su vida: a la memoria de Miriam. Se lo debía, ése era el sacrificio que debía hacer. Sin embargo, se había aferrado a Linda como un náufrago a una balsa. Curiosamente, en esos instantes echaba de menos a Erroll, que con su sola presencia lo había ayudado a superar día tras día los accesos de duda. Debería llamarlo, interesarse por él, pero dejó el teléfono donde estaba, en el asiento de al lado.

Aquello que había experimentado junto al lecho de muerte de su hija no se prestaba a un análisis racional. Jamás lo comentaría con nadie; podía evocar la escena en silencio, deleitarse con ella o rehuirla, pero se prohibió a sí mismo la posibilidad de construir sobre esa base una teoría, de la índole que fuese. No le cabía la menor duda de que la fe y la superstición, el anhelo de una vida más allá de lo meramente carnal, surgían como consecuencia inexorable de la muerte de un ser querido, pues con ellas nacía la esperanza del reencuentro. Y de eso se trataba. De reencontrarse. De abrazarse. De darle la vuelta a la despedida. Él también había saboreado esa esperanza.

Ese día, Joop no se durmió hasta las dos de la madrugada. Luego cayó casi de inmediato en un sueño tan nítido y tan preciso que, al despertarse, bañado en sudor, pensó enseguida en la experiencia que había vivido en el hospital.

El estado de vigilia había dado paso al sueño sin transición aparente: Joop estaba en la cama, incapaz de poner punto final al día, demasiado cansado para desprenderse de las imágenes que le rondaban la cabeza. Linda. Ornar. De pronto se abrió la puerta del dormitorio y apareció Miriam, desnuda. Se protegía los pechos con las manos, y, más abajo, la leve curva de su vientre confluía con la raya vertical del vello púbico.

—Tengo mucho frío, papá —dijo.

—Ven aquí —respondió Joop.

Apartó el edredón, ofreciéndole su cama, y vio cómo ella se acercaba con pequeños pasos apresurados. Se dejó caer en el colchón, a la derecha de Joop. Los muslos, la línea de su columna vertebral, la cabellera suelta. Joop le cubrió los hombros con el edredón, y ella, de costado, se restregó contra él dándole la espalda, ávida del calor de su cuerpo. Miriam seguía viva. Por fin, la pesadilla había terminado. El dolor, la desesperanza, todo se disipó en el embeleso que se apoderaba

de él en ese momento. Miriam estaba de nuevo junto a él en la cama, como antes, cuando de niña compartía, indefensa e inocente, el lecho de su padre durante las cálidas noches de verano. Joop la rodeó con el brazo debajo del edredón. De súbito, su mano cubrió uno de los pechos de su hija, un opulento pecho de mujer. Joop era consciente de que estaba infringiendo una ley ancestral, pero no quería que hubiera distancia alguna entre ella y él, quería empapar todos los poros de su cuerpo de la proximidad de Miriam. Sin embargo, sabía que no era correcto, que no era bueno.

Soltó a su hija y se dio la vuelta.

—¿Qué sucede, papá? —susurró Miriam.

—Esto no se debe hacer, cariño.

—¿Por qué no?

—Porque no. Las reglas de la civilización. Los hijos son tabú. Sagrados —explicó—. Y lo sagrado no se toca.

—Pero a mí no me importa.

—Pero a mí sí.

Miriam retiró el edredón.

—Mírame, papá. ¿No te parezco guapa? —quiso saber. Joop se apoyó en los codos para contemplarla.

—Hija mía, eres una belleza.

—Soy carne de tu carne. Soy tuya.

—Ya no. Desde que… desde que te has hecho mujer ya no tengo ningún derecho.

—Ven —dijo Miriam. Tomó la mano de Joop y la posó entre las curvas de su pecho—. ¿Lo sientes?

Joop sintió el latido veloz de su corazón.

Ella deslizó la mano hacia su vientre.

Joop se despertó y se incorporó de un tirón, mirando el lugar donde había estado Miriam. El corazón le golpeaba con fuerza. Tenía una erección. Sintió asco de sí mismo. De la sordidez de sus pensamientos. Encendió la luz, bajó por la escalera y se tomó una copa de vino delante del televisor, viendo la repetición del telediario de la noche.

15

ERAN las tres y media de la madrugada cuando Joop salió de casa. Hacía exactamente diez semanas que los médicos habían certificado la muerte cerebral de su hija. Las lámparas decorativas que adornaban las sendas de los vecinos iluminaban la calle. Joop pasó frente a los jardines delanteros, tan bien cuidados que resultaban conmovedores, las casas oscuras que amparaban a quienes dormían y los vehículos que aguardaban, fieles, a lo largo de la acera. Paseó en silencio por el carril de hormigón, bajo las nubes negras. La espuma de las olas clareaba en la mar rizada. No se divisaba la isla de Catalina. En la playa había muchas personas sin hogar, inmóviles, enfundadas en sacos de dormir o en simples abrigos, algunas con un carrito de supermercado lleno hasta los topes, la mayoría con un bolso completamente gastado o una vieja bolsa de plástico que contenía todas sus pertenencias. Tras una hora de marcha, Joop alcanzó el muelle de Santa Mónica. Por un momento consideró la posibilidad de dirigirse al hotel de Linda, pero sabía que no soportaría una conversación sobre el tema de la reencarnación, así que prosiguió hasta Ocean Views, dos torres de apartamentos de lujo ubicadas al principio de Ocean Avenue, en el recodo de la bahía que unía Santa Mónica con Malibú. Atrapada entre el mar y Ocean Avenue, una calle a veinte metros sobre el nivel de la playa, discurría la carretera de la costa del Pacífico.

A las cinco y media, Joop se encontró delante de los bloques de viviendas. Desde la carretera ascendía un suave murmullo que iría creciendo hasta convertirse, media hora más tarde, en un sordo estruendo.

Nada más entrar en Ocean Views, se accedía a un suntuoso vestíbulo de mármol con rincones de descanso y numerosas jardineras, punto de partida de los anchos pasillos que conducían a las torres. En el interior olía a productos de limpieza. Al fondo, detrás de un mostrador negro, estaban sentados dos vigilantes nocturnos que abrieron la puerta de cristal apretando un botón. Observaron a Joop mientras avanzaba por el reluciente suelo.

Uno de ellos, un hombre alto y rubio de veintipocos años, se puso en pie y lo saludó.

—¿En qué podemos servirlo? —preguntó.

—Vengo a ver a Erroll Washington.

—¿Sabe usted cuál es el número del apartamento?

—No.

—¿Está esperándolo?

—Sí.

Joop partía del supuesto de que Erroll lo esperaba en cualquier momento.

—¿El señor Erroll Washington? ¿El campeón de kárate? —inquirió desde su asiento el otro vigilante, un latino ancho de hombros y de corta estatura, con cuerpo de culturista, como delataban los músculos abultados bajo la ajustada camisa.

—Sí.

—El señor Washington abandonó su apartamento hace dos días.

—¿Que abandonó su apartamento? ¿Puede decirme adónde ha ido?

—Sí. Lo encontrará un poco más abajo. Vive en el aparcamiento, en su jeep.

—¿Cómo?

—Están reformando todo el edificio, y él vivía en el último piso que quedaba por renovar.

—¿Y duerme en su coche? —preguntó Joop, asombrado.

—Anoche lo vi en su jeep. Si no es el señor Washington, es clavado a él.

—¿Lo dices en serio? —quiso saber su colega.

—¿No lo sabías?

—Estás bromeando —repuso el otro.

—No, no. Es cierto El señor Washington pasa las noches en su jeep.

—¿Dónde exactamente? —interrogó Joop, preocupado.

—Aquí, en Ocean Avenue, a unos ciento cincuenta metros, en el aparcamiento. Allí hay más gente que duerme en su coche.

Joop volvió a cruzar el vestíbulo, esperó a que sonara el zumbido antes de tirar de la puerta y se adentró de nuevo en el aire matutino. Acababa de pasar por delante del parking, pero no se había tomado la molestia de mirar los automóviles. ¿Para qué? En Los Angeles, miles de personas vivían en su coche. La mayoría de esos vehículos, atiborrados de objetos personales de los ocupantes, eran poco más que chatarra y pertenecían a personas que no podían permitirse una vivienda de alquiler. Pero God tenía dinero; había conseguido setecientos mil dólares con la venta de su gimnasio. O al menos eso era lo que decía.

Cuando llegó al aparcamiento, Joop reconoció enseguida el jeep. Era el único coche nuevo de una hilera de modelos antiguos de Ford, Buick y Chevrolet cuya pintura se había decolorado y descascarillado bajo el sol abrasador. Los cristales estaban tapados con cartones, como en los demás vehículos. Joop dio unos golpecitos en la luna trasera.

—¡Largo de aquí! —gritaron desde dentro.

Joop pegó el rostro al cristal.

—God, soy yo, Joop.

—¡Señor Koopman!

El trozo de cartón se movió y al poco asomó Erroll, exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo me ha encontrado?

—¿Estabas dormido?

—Acabo de despertarme. Estaba reflexionando.

—Vengo de tu apartamento.

—Un segundo.

Se abrió la puerta y quedó a la vista el maletero del jeep. Erroll había abatido el asiento trasero y el del acompañante y estaba de rodillas sobre una colchoneta. Vestía un pijama azul claro de una tela brillante. Apoyados contra el lateral del vehículo había un bolso de viaje, una voluminosa bolsa de plástico y una pila de libros. El título del primer volumen rezaba: *El hiperespacio, nuevas teorías sorprendentes acerca de nuestro origen.*

—¡Qué sorpresa! —exclamó Erroll.

—¿Pasas la noche aquí?

—Sí. Aquí duermo. No hay mucho espacio, pero me las arreglo. Bueno, sólo puedo ofrecerle un poco de agua. ¿Qué hora es?

—Las seis menos cuarto.

—Starbucks aún no está abierto, pero conozco una cafetería en Wilshire Boulevard que no cierra en toda la noche. No queda demasiado lejos. ¿Qué le parece si vamos allí y lo invito a un café?

—¿Por qué no has alquilado algo hasta que esté arreglado tu piso?

—El piso no es mío. En Ocean Views no hay apartamentos de alquiler disponibles y, además... la semana pasada las cosas no salieron como yo esperaba.

—¿Qué cosas?

—No podía imaginar... que irían a verme los del IRS.

El IRS, la Hacienda norteamericana, un Estado dentro del Estado.

—¿Y qué consecuencias ha tenido esa visita de los del IRS?

—Durante los últimos años no he sido muy riguroso con la contabilidad. Mucho dinero negro. Como todos los negocios del sector. Lo han descubierto. Me han quitado todo lo que gané con la venta. Me lo han embargado.

—¿Y ahora qué?

—Me temo que no me queda más remedio que esperar a que vengan tiempos mejores. No me atreví a contárselo. En realidad es su dinero. Porque mi vida le pertenece a usted.

—¡Basta ya de sandeces! ¿Quiere eso decir que ya no tienes nada?

—Me quedan unos trescientos dólares. Ayer pagué al arquitecto que trabajó en el proyecto del mausoleo. He tenido que pagarle,

aunque, al final, no se vaya a construir nada. Me quedan trescientos veintiséis dólares, para ser exactos. Conté el dinero antes de acostarme. Pero tengo un abogado y he recurrido.

—¿No es peligroso dormir aquí?

—Donde esté yo, no hay peligro, señor Koopman. ¡Me alegra que haya venido!

—Vamos a esa cafetería. ¿Podemos ir andando?

—Con el coche llegamos en un momento.

Erroll salió del maletero y dio la vuelta al jeep, descalzo, hasta llegar a la puerta del pasajero.

—Levanto el asiento y nos vamos.

—¿No te vistes?

—Me pondré un abrigo.

—Y zapatos —añadió Joop.

Erroll había perdido el norte.

—Claro, zapatos —afirmó.

—¿Y puedes quedarte con el coche?

—Lo tengo en *leasing*. Hasta final de mes.

—¿Y después?

—¡Qué más da! Puedo dormir en cualquier lado. Por aquí todas las noches duermen al menos quinientas personas en la calle, y aún me quedo corto.

Joop se acomodó en el asiento de cuero negro y aguardó a que Erroll se calzara y se sentase a su lado.

—Un placer inesperado —declaró el gigante.

—¡Y que lo digas! El placer también es mío —replicó Joop.

Salieron del aparcamiento. Por el este de la ciudad ya despuntaba el día.

—Por lo que veo, se ha levantado temprano.

—Esta noche apenas he dormido.

—Yo tampoco mucho —admitió Erroll.

—He tenido un sueño… desagradable —confesó Joop.

Erroll le lanzó una breve mirada.

—¿Tiene que ver con…?

—Sí —respondió Joop—. Ese sueño… Me temo que no la hemos enterrado del todo.

—En eso se le puede ir la vida entera.

—Ya lo sé. Pero me refiero a otra cosa. Hay algo que no te he contado. Sobre Miriam.

—Creo que no comprendo lo que quiere decir.

—Aquella noche di mi autorización para un trasplante. Le extirparon un órgano.

Erroll se movía incómodamente de un lado a otro frente al volante.

—¿Un órgano? ¿Un riñón o así?

—Su corazón.

—¿Su corazón? Dios mío, señor, eso significa que su corazón… continúa palpitando, ¿no?

—Sí.

—Vaya… eso es… eso es muy extraño, señor, pensar que su corazón no ha dejado de latir… —Erroll tragó saliva, y se le humedecieron los ojos.

—Pero no sé dónde está.

—¿No sabe usted quién ha recibido su corazón?

—No. Y ahora me arrepiento. Siento como si se hubiera cometido una injusticia con ella.

—Si lo he entendido bien, ella donó su corazón a otra persona.

—Lo doné yo.

Erroll se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Personas difuntas… No sé qué dicen los rabinos al respecto. Cuando alguien muere, su cuerpo debe ser enterrado lo antes posible. La incineración tampoco está bien vista, pero entonces aún no lo sabíamos. Según los rabinos, el cuerpo resucitará.

—Cuando llegue el Mesías, pero con eso no cuento por ahora.

—Yo sí. Estoy leyendo mucho sobre el tema. Le recomiendo que lo haga.

—No tengo ánimo para esas cosas.

—Su corazón… —repitió Erroll.

—La familia de quien lo ha recibido no quiere que yo los conozca, que sepa cuál es el efecto del corazón de Miriam.

—¿Efecto?

—No sé —contestó Joop en seco, consciente de lo absurdo de su observación—. Se cuentan historias de personas que cambian tras recibir un nuevo corazón. Según esos relatos, los receptores adquieren rasgos del donante. Suena a disparate, y eso es lo que es. No me explico por qué sigo dándole vueltas a esa idea. Es una estupidez, pero no consigo quitármela de la cabeza.

—Ahora sí comprendo a qué se refiere. Hay una parte de ella que continúa viva, al menos en cierto modo. Y un corazón no es cualquier cosa. Es algo así como la 9ede del alma.

—Yo no entiendo de almas. Estoy desvariando. Es el sueño… Está volviéndome loco.

—No, al contrario, lo que usted dice es importante. ¿Qué piensa hacer?

—No puedo hacer nada. No quieren revelarme el destino del corazón de mi hija. Esos datos están protegidos.

—Y usted ha pensado… ¿Cree que yo puedo echarle una mano? ¿Qué puedo hacer yo por usted?

—La verdad es que no he pensado nada. Sólo quería salir un rato para despejarme un poco.

—Señor Koopman, yo haré todo lo que usted me diga. A veces mi presencia ayuda. Podría acompañarlo a esa organización. La gente cambia de actitud cuando aparezco yo.

—No —respondió Joop. No quería que nadie se sintiese amenazado.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Nada. Tomar un café conmigo.

—De acuerdo, pero no puedo entretenerme mucho. Luego tengo que ir a la sinagoga.

—¿La sinagoga?

—Sí. De momento asisto sólo como oyente; aún no puedo participar. Los estudios son muy largos. Me costarán tres años, como mínimo. Mi profesor es holandés, el rabino Mayer. ¿Lo conoce?

—No.

—Mayer empezó como rabino reformista en Nueva York, después se fue a Surinam y ahora defiende la doctrina ortodoxa.

—Me alegro por él —comentó Joop.

Erroll detuvo el jeep junto a la acera, detrás de un coche patrulla.

—No puedes conducir los sábados.

—Ya lo sé. Pero todavía estoy en período de formación.

Erroll se volvió hacia atrás y sacó de entre sus pertenencias una cazadora.

La cafetería era uno de esos innumerables locales típicamente norteamericanos con bancos de cuero sintético, paredes revestidas de plástico y mesas pintadas con vetas de madera. Debajo de los tubos de neón, dos agentes estaban tomando café. Cuando entró Erroll, alzaron la mirada. Saltaba a la vista que llevaba pijama, a pesar de la cazadora.

Encargaron café y huevos fritos —con beicon para Joop— a una camarera que esperaba con impaciencia el cambio de tumo.

—He dejado de tomar carne de cerdo —explicó Erroll— Me estoy preparando. ¿En casa de su familia la comida era *kosher*?

—No. No comíamos cerdo, pero tampoco *kosher*.

—Me imagino que sí celebró el *bar mitzva* cuando cumplió trece años.

—En efecto. Mi madre se empeñó. Por puro sentimentalismo. Se sentía obligada a mantener las tradiciones de su juventud.

—¿Aún está viva?

—No. Murió hace seis años.

—Lo siento.

—Ya era muy mayor.

Hasta ese instante, Joop no había caído en la cuenta de que, por

fortuna, su madre no había tenido que sufrir esa tragedia. Llamaba todas las semanas, preguntando siempre por Miriam. Mostraba por ella más interés que Ellen.

—¿Y el asunto del corazón? —preguntó Erroll.

—No hay nada que hacer. Aquella noche firmé unos papeles sin pensarlo demasiado. Aunque tampoco era cuestión de reflexionar mucho. Fuera del cuerpo, un corazón sólo puede sobrevivir cuatro horas, así que tiene que trasplantarse a otro organismo antes de que finalice ese plazo.

—¿Puede usted averiguar quién dirige esa organización? A través de mi trabajo he conocido a mucha gente. Tengo contactos en todo el país. Si usted pudiera facilitarme un solo nombre... Y, por supuesto, también conozco a algunos tipos duros.

—¿Tipos duros? ¿Del hampa?

—De South Central. De donde soy yo. Tenía quince años cuando conocí por primera vez a unos judíos.

—¿En South Central?

—No. Quizá también los haya, pero no los conocí allí. ¿Ha estado alguna vez en ese barrio?

—No.

—Es uno de los lugares más violentos del país, territorio comanche.

Joop tomó una decisión: le faltaba poco para terminar de pagar su modesta hipoteca, y pensaba incrementarla. El dinero que recibiría a cambio le permitiría salir adelante y contratar a una buena agencia de detectives para localizar el corazón de Miriam. Podría rebajar de nuevo la hipoteca con los pagos de *Showcrime.*

—Puedo prestarte dinero.

—¡Ni hablar! —dijo Erroll sacudiendo la cabeza.

—Te prestaré algo. Así no puedes vivir. Lo arreglaré con el banco. Una pequeña reserva, para que puedas rehacer tu vida.

Pero Erroll no dio su brazo a torcer.

—Señor Koopman, no me parece bien. Soy yo quien debe cuidar de usted, no al revés.

—God, ya no aguanto más esas tonterías. No vuelvas a sacarme el tema. Fue un accidente, y tú me ayudaste cuando... cuando te necesité. Voy a prestarte el dinero.

—¿Y si no puedo devolvérselo?

—Entonces ya veremos.

Erroll sonrió.

—Si no se lo devuelvo... Miriam me habló de *El mercader de Venecia*. Koopman significa «mercader», ¿verdad?

Joop asintió.

—Lo he leído —continuó Erroll—. Los judíos no salen muy bien

parados en esa obra de teatro. Aun así… le daré medio kilo de mi carne si no puedo devolverle el dinero.

—¡No estás bien de la cabeza!

—Se lo prometo. Medio kilo de mi carne. Tenga usted presente que me sobran irnos cuantos.

Erroll se rió de buena gana. Y Joop tampoco pudo reprimir una sonrisa.

—No, God, no.

—Entonces no hay trato —repuso.

—¿Por qué no vienes a mi casa? Puedes quedarte conmigo hasta que encuentres algo.

—¿Está usted seguro?

—Acéptalo antes de que me eche atrás.

16

AQUEL día, sábado 3 de marzo, la temperatura máxima alcanzó los diecisiete grados centígrados y, salvo alguna precipitación en forma de gotas apenas perceptibles, no llovió.

Al llegar a casa de Joop, en Venice, Erroll se duchó y se puso un traje; luego se fue a la sinagoga. Pasaría el resto del día con los adeptos de Lubavitch. No volvería hasta después del anochecer, al final del *sabat*. Joop le dio la llave de la puerta principal.

Por la noche se quedó dormido en el sofá, con *Los Angeles Times* sin leer en el regazo, repantigado, con el mentón sobre el pecho y las manos abiertas encima de los cojines, como dispuestas a recoger algo que fuera a caer del cielo, y se sumió en un plácido sueño: imágenes transparentes, sensaciones captadas al vuelo, que terminaban por disiparse en océanos y paisajes.

Joop se despertó con el *Wilhelmus*. Al incorporarse, el periódico se deslizó al suelo. Una vez sentado, sacó el teléfono del bolsillo. Inclinado hacia delante, sujetándose la barbilla con la mano, se semejaba a *El Pensador* de Rodin después de una depresión nerviosa.

—Dígame —contestó, con la boca seca.

—Soy Philip —dijo una voz al otro lado.

—Hola...

Joop no sabía qué decirle. Tendría que haberle informado; tendría que haberse desplazado hasta la cabina de la esquina de Venice Boulevard con Lincoln Boulevard para rendir cuenta de sus aventuras con Omar.

—Eh... pensaba llamarte —afirmó Joop—. Lo he visto un par de veces.

Estaba obligado a notificar inmediatamente todos los encuentros. Era un punto en el que Philip había insistido una y otra vez.

—¿Podemos vernos un momento? —preguntó.

—Por supuesto —contestó Joop.

—Tu bicicleta sigue aquí en el motel. ¿Puedes venir? Estoy en la misma habitación que la otra vez.

—Claro que sí... pero no puedo traerme la bici en el maletero del Jaguar...

—Coge un taxi. Pide la factura, te devolveré el dinero.

—De acuerdo... Bien... eh... En media hora estoy ahí, ¿vale?

Hablaba como un muchacho torpe al que hubieran pillado con las manos en la masa; había fallado.

—¿Te acuerdas de dónde queda?

—Por desgracia, sí. Hasta ahora.

Veinte minutos más tarde, Joop estaba sentado en un taxi amarillo. Habían establecido normas estrictas sobre cómo debía informar a Philip: después del primer encuentro con Omar, tenía que llamarlo de inmediato para transmitirle la información principal, luego redactar un informe y finalmente esperar instrucciones para el siguiente encuentro. Durante horas habían practicado todo tipo de técnicas comunicativas: qué preguntas hacer, cuáles no, cómo lograr que una persona esté a gusto, cómo abrir el camino a las confidencias. Joop no era consciente de haber aplicado las técnicas y dudó de su utilidad. Philip había recalcado reiteradas veces que el éxito de la operación dependía de la comunicación, del contacto entre Joop y él. Pero una vez que se hubo encontrado cara a cara con Ornar, Joop había abandonado de inmediato todos sus buenos propósitos.

Encargarle a él un trabajo de esa magnitud rayaba en la temeridad. Ornar se había entrevistado con un iraquí sospechoso y supuestamente vinculado con un grupo terrorista. El propio Philip no podía aparecer en escena porque existía la posibilidad de que Ornar estuviera en contacto con personas que pudiesen llegar a averiguar sus antecedentes. Aunque medio mundo pensaba que el Instituto, que era como se conocía al Mosad en Israel, contaba con miles de colaboradores, la plantilla, incluido todo el personal de logística, estaba formada por tan sólo mil quinientos empleados. Y entre ellos había apenas cincuenta que ocupasen el cargo de *katsa*, director de operaciones secretas. Philip era el único neerlandófono, así que, en el caso de Ornar, estaba obligado a recurrir a la ayuda de un *sayan* holandés, un judío dispuesto a prestar servicio al asediado Estado judío. Era preferible contar con un aficionado que con nadie. Joop, el héroe.

Katsa, sayan, términos desconocidos que Joop había oído por primera vez en boca de Philip. Él le había informado de que en la mayoría de los países recibían la ayuda de algunos judíos locales con agallas. Por lo común, su participación se limitaba a alquilar un coche para un *katsa* o facilitar una vivienda durante un par de días; pequeñas tareas que no entrañaban ningún peligro y que ni siquiera causaban problemas al colaborador en caso de que las cosas se complicaran. Esas personas se dejaban guiar por un motivo inequívoco, que, al mismo tiempo, servía a los agentes del Mosad como criterio de selección: su lealtad hacia Israel. Muchos judíos teman parientes más o menos cercanos en Israel. Consideraban la fundación del país como un milagro, independientemente de su punto de vista sobre la política actual. Joop no tenía familia allí, ni en ningún lado, con excepción de Linda y sin olvidar al monje reencarnado que afirmaba ser su abuelo. Pese a todo, él también tenía un lazo sentimental con Israel. Pero ésa no era la razón por la que se

había embarcado en tan descabellada aventura. Dinero. El poder de Philip era tal que una empresa estadounidense como *Showcrime* accedía a contratar, en el momento oportuno, a un escritor indicado por él. Sin duda estaba confabulado con un alto ejecutivo que podía manipular la situación a su antojo. Era fácil imaginarse el diálogo.

—No preguntes. Contrata a Joe Merchant.

—¿A quién?

—Es un escritor.

—No me suena de nada.

—No importa. Consíguele un contrato.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que no hagas preguntas.

Así debió de haberse desarrollado la conversación. Una vergüenza. A Joop le pagaban por tirar de la lengua a una persona. Si no fuera por la acuciante falta de dinero, jamás habría dado su consentimiento. O tal vez sí, porque era un asunto curioso, algo sobre lo que podía escribir en cuanto la operación hubiera tocado a su fin.

El taxista le entregó una factura y Joop subió la escalinata que daba acceso a la galería superior del motel. Aparentemente, Philip lo había visto llegar, porque estaba esperándolo en la puerta de la habitación.

—Hola, muchacho, ¿cómo va eso? —Lo apretó un momento contra sí y le dio una palmada en el hombro—. Pasa. Será mejor que nos sentemos dentro.

Allí estaban la cama, la silla, la lujosa maleta, como si no hubiese pasado el tiempo desde aquel día de diciembre.

—Siéntate en la silla —le propuso Philip.

Joop tomó asiento.

—¿Ya te has puesto a escribir?

—Estoy tomando algunas notas —mintió Joop—. Nada especial.

—Pero ¿ya tienes una idea?

—Una idea incipiente.

—Joop, sé que estás haciendo un gran esfuerzo, pero es molesto trabajar con una persona que no se atiene a las reglas. —Siguió mostrándose comprensivo.

—No era consciente de lo importantes que son esos avisos para ti —repuso.

—¡Bobadas! —lo interrumpió Philip. Desistió del método blando. Sabía a la perfección cómo actuar en cada momento—. ¡Lo hablamos largo y tendido! —prosiguió—. ¡Tú no eres más que una pequeña pieza en un gran engranaje, pero en este momento tu colaboración es fundamental! ¡Eres nuestro enlace! ¡Sin ti no podemos acercamos al sujeto de esta operación!

Joop recibió un golpecito conciliador en la rodilla.

—Lo sé —reconoció, evitando todo conflicto.

Tenía, que hacer malabarismos para no perder su trabajo de chivato. Si quería encontrar el corazón de Miriam, necesitaba dinero. Contrataría a un buen detective privado y le asignaría un presupuesto. Por algún motivo que él mismo desconocía, no había querido revelar de entrada lo que Omar le había relatado, como si no se tomase en serio la situación, o quizá para demostrar que era él quien determinaba cuándo informaba a Philip y sobre qué. Su negligencia tenía algo de inmaduro, una muestra de rebelión pueril contra el hombre del que dependía económicamente.

—Al contrario, creo que no lo sabes —respondió Philip—. Me temo que me he equivocado.

—No te has equivocado. Pero seamos sinceros, éste no es mi trabajo. Yo soy escritor, no espía.

—Sólo tienes que charlar con él y sonsacarle alguna información cuando vas a comer al restaurante.

—Sonsacar información a alguien es una ocupación extraña para un profano —se defendió Joop, sin decir palabra sobre la impresión que le había causado Omar.

—Podías haber declinado la oferta.

—Sabías que necesitaba dinero. Por eso acepté.

—El dinero me parece un motivo sólido.

—Siempre. Pero... debo hacerme a la idea. Requiere una actitud especial. Mucha firmeza. Autoconfianza. Experiencia.

Philip no dejó escapar la oportunidad.

—Si no lo tienes claro, déjalo —sugirió, alentándolo con la cabeza —. Y tan amigos. Lo hemos intentado, pero no ha salido bien. Lástima. Otra vez será. Lo que no puede ser no puede ser.

—¿Y *Showcrime* —inquirió Joop, desorientado.

—Buena pregunta... Supongo que en ese caso el encargo quedará anulado.

—¡Es que me exiges demasiado! —exclamó Joop, irritado, sintiendo una repentina aversión por la forma en que Philip lo manipulaba—. ¡Implicas en esta historia a un ignorante que no está familiarizado con tus... tus trucos y tus normas estúpidas! ¡Para una persona como yo es poco menos que demencial verse metida en este embrollo! ¡Yo no lo he buscado! ¡Eres tú quien me ha involucrado en esto! ¡Tal vez creías que habías fichado a un deportista de élite, pero has ido a dar con un paralítico!

Joop se apaciguó un poco. No quería tensar más la cuerda por miedo a que se rompiera. Estaban en juego otros intereses.

—No puedo satisfacer tus exigencias —añadió—. O quizá sí pueda, pero necesito acostumbrarme. Nunca me he parado a pensar en las cosas que tú haces. Tu mundo me resulta extraño. Precisa de

alguien con nervios de acero. Un requisito que difícilmente puedo cumplir en las circunstancias actuales.

—Soy consciente de ello —replicó Philip, con ojos que parecían comprenderlo todo.

—Más no puedo ofrecerte.

—Cuando me puse en contacto contigo sabía que pedía demasiado. Lo consulté con mis colegas. Más de una vez nos preguntamos: ¿Podemos hacer eso? ¿Un hombre que no ha recibido la formación necesaria? ¿Un padre? Y tras largas deliberaciones, decidimos intentarlo, porque el iraquí con que se citó este individuo se encarga en persona de dirigir operaciones terroristas. Apostamos por ti. Era un riesgo. Pero no era un acto irreflexivo, puesto que yo te conocía, había un vínculo. Con un desconocido jamás nos habríamos atrevido. De todas formas, es mejor dejarlo, ahora que aún no es demasiado tarde.

—¡Pero si no tienes a nadie más!

—Pues tendré que hacerlo yo.

—¡Tú mismo me dijiste que eso era peligroso! —repuso Joop, aduciendo el argumento que había invocado Philip—. ¡Que, a través de él, otras personas podían enterarse de que tú eres... quien eres!

—Si hubiera querido llevar una vida tranquila, me habría hecho dentista.

—Hace poco se suicidó un dentista en mi barrio.

—La profesión perfecta no existe —replicó Philip.

El cigarrillo de Joop se había consumido por completo; sólo quedaba el filtro. Se levantó y extendió el brazo hacia la cajetilla, que estaba encima de la cama, al lado de Philip, quien cogió el tabaco y se lo alcanzó.

—Está bien, lo dejamos —decidió Joop, de pie, mientras encendía el pitillo.

Adiós *Showcrime*. No habría dinero. Tendría que buscar otra fuente de ingresos para financiar al detective privado. Ya se le ocurriría algo. Cualquier cosa era mejor que aquel circo, porque no hacía más que distraerlo de su cometido: buscar el corazón de Miriam. Vendería su casa.

—Sí —asintió Philip.

Pero Joop tuvo la impresión de que no se lo esperaba.

—Tu lucha no es la mía —explicó Joop.

—Si piensas que puedes sustraerte al peligro que supone esa gente para nosotros, te equivocas.

Era una tentativa de reanudar la conversación.

—Todos tenemos nuestras debilidades.

—No pongas cizaña entre nosotros.

—No metas cizaña —corrigió Joop—. Esa cizaña ya está, Philip.

Tú sí que has recorrido un largo camino. Ha debido de pasarte de todo en la vida.

—Mucho más de lo que puedas imaginar.

—Sí, ya veo. Bueno, Philip, me voy.

—De acuerdo.

—No deberías haberme llamado —le reprochó Joop—. Aquel día comenzó mal desde el momento en que hablé contigo-

Philip también se irguió.

—Ese razonamiento es absurdo.

—Desde entonces, las cosas han ido por mal camino.

Philip no opuso más resistencia.

—No debería haberte llamado. Tienes razón.

Estaban los dos de pie, frente a frente, contemplándose mutuamente el rostro, las líneas, los surcos, las arrugas.

—Tal vez no debería haberme puesto en contacto contigo —admitió Philip de nuevo, con ojos tristes—. Dame la mano.

Le tendió sus fuertes dedos, la palma de la mano, ancha y atezada, en la que había sostenido la pesada culata de un sinfín de fusiles. Y con la que se había quitado el sudor de la frente y había ofrecido golosinas a sus hijos, si los tenía.

Joop pedaleó como un poseso. De vuelta a casa. En teoría, era el 3 de marzo, pero en realidad era el 22 de diciembre. Nada había ocurrido. Un momento fugaz en el continuo espacio— tiempo del cosmos. Unas horas antes se había acercado al motel en bicicleta, y ya estaba de regreso. Si se concentraba, si tensaba todos los nervios de su cuerpo y lograba despedazar las insoportables imágenes que ocupaban su mente, todo no habría sido más que una dolorosa fantasía, un ejercicio de masoquismo, una prueba que se había impuesto a sí mismo para desafiar los límites de su imaginación. Miriam estaba sentada al lado de Caroline en el Porsche. Joop se lo tenía prohibido, pero dudaba que, a esas alturas, siguiera obedeciéndolo. No le importaba, con tal de que no se subiera al asiento trasero de una moto. Joop pedaleó hasta el límite de sus fuerzas y, durante unos minutos, tuvo la sensación de que su conciencia se eliminaba a sí misma, reduciendo su cuerpo a un músculo furioso, un organismo ardiente que coincidía con las vueltas de los pedales, el aliento de su garganta, el ritmo de su cabeza sobre el manillar, la espuma en los labios. En los semáforos bordeaba a gran velocidad las largas filas de coches; se precipitó por la pendiente que descendía hasta la playa y pasó por el carril de hormigón como un relámpago, dejando atrás a patinadores y corredores. Durante un momento no tuvo recuerdos, ni pensamientos, ni pasado.

17

A LA una sonó el teléfono. Era Ornar.

—Gracias por llamarme —le dijo Joop.

—Estoy en Santa Mónica y he pensado que a lo mejor estabas en casa.

—Buena idea.

¿Era realmente una buena idea? Joop había empezado a tratar a aquel hombre por encargo de Philip. Después de lo ocurrido por la mañana, ya no tenía razón alguna para volver a hablar con el empresario virtual disléxico.

—¿Te apetece tomar un café? —inquirió Omar.

—¿Un café?

—Quiero comentarte algo. Tengo una propuesta que hacerte.

Ya no sólo le proponían tratos los Philips de este mundo, sino también los Ornares. Quedaron en un Starbucks, en Main Street.

Durante el trayecto en bicicleta, Joop se preguntó si la cita con Ornar lo ayudaría a restablecer el contacto con Philip. Aunque hubiera decidido que no quería saber nada más de su antiguo compañero de clase, estaba dispuesto a retractarse de su decisión y ofrecerse de nuevo para el encargo. Volvería a trabajar para él, si bien el propio Philip aún lo ignoraba. Había cosas más importantes que perder el respeto de Philip. Joop necesitaba dinero para encontrar el corazón de Miriam.

Saltaba a la vista que Omar poseía un extenso vestuario. Ese día llevaba pantalones beis y jersey azul marino con cuello de pico, y calzaba unos caros mocasines de cuero, sin calcetines. Era una muestra más de que vestía con elegancia, como un respetado ejecutivo del celuloide. Estaba sentado a una mesa con uno de los vasos altos tan característicos de Starbucks.

—Hola, Joop —lo saludó mientras se levantaba para tenderle la mano—. ¿Qué tomas?

—Un capuchino grande. Y algo de bollería.

Ornar se incorporó a la cola. Al ser sábado había mucha gente esperando ante la barra. La mayoría de los clientes vestía ropa informal y desenfadada, cuidadosamente elegida para la ocasión; aguardaban con paciencia y educación el ritual vaso de café de Starbucks. Joop cogió un cuadernillo del periódico que había encima de la mesa: la primera sección de noticias de *Los Angeles Times*. Le llamó la atención un pequeño titular de la portada: «Fracasa la aventura de la fibra óptica.» Debajo aparecían las primeras pinceladas de la historia. Los detalles podían leerse en una de las páginas

interiores. El artículo describía el ocaso de GlobSol. El día anterior, la empresa había presentado suspensión de pagos, el primer paso hada la bancarrota, tras gozar durante años de una enorme popularidad entre los grandes inversores particulares, entre ellos numerosos políticos, lo cual generó en su día una fuerte demanda de acciones. Joop había sido uno de los pequeños inversores ansiosos de meter sus ahorros en la compañía. Cuando compró sus participaciones, el 16 de marzo de 2000, todavía se cotizaban a sesenta y tres dólares. Según decía el artículo, su valor se había desplomado hasta situarse en tan sólo once centavos. Eso significaba que Joop lo había perdido todo. Antes del desplome en Bolsa, el presidente del consejo de administración se había hecho con casi cuatrocientos millones de dólares mediante la venta de acciones; si GlobSol terminaba por quebrar, el tipo no tendría ninguna necesidad de acogerse a una prestación social.

En la crónica se citaba a un accionista que no se explicaba cómo la cúpula de la empresa había podido llenarse los bolsillos dejando con las manos vacías al inversor de a pie. GlobSol había invertido miles de millones en la instalación de redes de cables y la adquisición de infraestructuras ya existentes, con la esperanza de que la transmisión de datos por banda ancha experimentase un gran auge. Una expectativa que jamás se cumplió. El periódico también decía que la empresa estaba en trámite de negociaciones con algunos bancos para sanear sus deudas y que, para ello, tendría que vender las redes. Después de los bancos sería el turno de los accionistas, pero para entonces el bote ya estaría vacío.

Durante mucho tiempo, Joop se había preocupado por invertir la herencia de su madre —algo más de doscientos cincuenta mil florines — en valores seguros; en los momentos económicos más boyantes había obtenido un rendimiento anual del veinte por ciento, suficiente para cubrir sus modestos gastos fijos. Después lo había vendido todo para agenciarse nada menos que 2.222 acciones de GlobSol, a sesenta y tres dólares cada una. Un cálculo rápido le bastó para concluir que esas mismas 2.222 acciones ya no valían más que 244,42 dólares. Una cena para dos personas en Spago. Eso era lo que quedaba de la pequeña fortuna que sus padres habían ido acumulando a lo largo de una vida de duro trabajo. Joop había sucumbido a la tentación de la codicia, llevada a su máxima expresión por la furia reinante en los mercados de valores. Como tantas otras personas, había confiado en la posibilidad de duplicar el valor de su inversión en sólo unos meses. Hacerse rico sin trabajar. Lo prometía la Bolsa. Doscientos cuarenta dólares.

Por la casa le darían entre quinientos cincuenta mil y seiscientos mil dólares, o tal vez más, y solamente le quedaban por pagar sesenta mil de hipoteca. No tendría más remedio que venderla. Con el medio

millón de dólares que le proporcionaría la venta podría contratar a una legión de detectives. Los compradores acondicionarían la habitación de Miriam para su propia hija, con otro papel pintado de flores, otra colcha de cuento de hadas, otros peluches, otras zapatillas de ballet. La idea era insoportable.

Ornar depositó el café y el bollo encima de la mesa.

—Una magdalena baja en grasas y sin azúcar —informó—. Me da la impresión de que tú eres uno de ésos.

—Has acertado —reconoció Joop, impotente—. Gracias.

Apartó el periódico.

—¿Sales a menudo en bici? —preguntó Omar.

—Pocas veces. En realidad, casi nunca. Lo de hoy es una excepción.

«Esta mañana mi bicicleta estaba en el motel donde se aloja el hombre que te persigue.» Philip lo había advertido del peligro de ese tipo de cavilaciones. Joop recordó lo que le había recomendado: «Jamás entables una conversación mental con nosotros, guárdate de hacer observaciones imaginarias, céntrate en el sujeto, ésa es la realidad del momento.»

—Yo lo odio desde siempre —confesó Omar—. Pasé mi infancia pedaleando bajo la lluvia como un imbécil.

—Hoy hace un día estupendo para montar en bicicleta —afirmó Joop.

—Hoy sí. ¿Sabías que Los Ángeles y Casablanca están en la misma latitud?

—¡No me digas! —se sorprendió Joop mientras retiraba el papel de celofán de la magdalena.

—Tienen un clima similar. La costa, los vientos del oeste. Pero aquí se riega más. Por eso se ve todo tan verde. ¿Has estado alguna vez en Marruecos?

—No.

Joop apartó la tapa del vaso de café y removió la gruesa capa de espuma con un palito de madera.

—Es un país bonito. Mucha pobreza. Si te has criado en Holanda, ya no puedes echar nunca raíces en esa otra tierra.

Joop no podía saber que el padre de Omar era marroquí, así que se hizo el desentendido.

—¿Tienes familia allí?

—Mi padre fue a trabajar a Holanda. Era un emigrante marroquí.

—Pero te apellidas Van Lieshout.

—Ese es el apellido de mi madre. Se divorciaron.

—¿Vas a verlo a menudo? —preguntó Joop, como si no supiera nada.

—Está muerto. Pero tengo a mis hermanastras. De vez en cuando

les hago una visita. ¿Y tú? ¿Vas con frecuencia a Holanda?

—Más bien no. Fui por última vez hace un par de años.

Philip le había inculcado que no falseara hechos concretos.

—Tú no eres como yo. Llevo sólo unos pocos meses aquí y ya tengo nostalgia. Aunque detesto Holanda. Joop, puedes darte con un canto en los dientes por haber dejado ese país hipócrita y corrupto, además de pequeñoburgués y provinciano. Los holandeses son unos sabihondos. —Ornar levantó el dedo índice y lo movió de un lado a otro—. Siempre ese maldito índice en alto —prosiguió—. Pero si yo te contara todo lo que sé sobre la corrupción ligada al tráfico de drogas... Holanda es un narcoestado. Seguro que ya has oído hablar de eso.

—Sí, procuro leer los periódicos holandeses.

—Algunos tipos con los que trabajé se encuentran en prisión por asesinato. Otros están muertos, liquidados, y habrá unos diez o así que están presos por asuntos de drogas. Cocaína. Pero la mayoría de ellos andan sueltos por la calle.

La cosa empezaba a ir en serio. Omar lo trataba como su confidente. O al menos fingía hacerlo.

—¿Ése era el... ambiente en el que te desenvolvías?

—Sí... me movía entre criminales.

—Pero has conseguido salir.

Philip le había augurado que cuando todo fuese bien, apenas tendría que hacer nada. El sujeto continuaría hablando con tal de que le diera pie.

—Sí, he salido.

—Ornar... ¿por qué me cuentas esto?

—¿Tú qué crees? —Sonrió.

—No tengo ni idea —respondió Joop, esbozando a su vez una sonrisa, aunque sentía cómo se le propagaba la adrenalina por todo el cuerpo. Se pasó la mano por las comisuras de la boca para retirar las migas de la magdalena.

—Para ti. Para que puedas escribir una historia.

—¿Para mí? —preguntó Joop, atónito, al tiempo que acariciaba la idea de convertirse en el biógrafo de Ornar—. Pero ¿qué historia?

—Todo lo que yo he vivido.

—¿Y por qué quieres contarlo?

—Digamos que... para que se sepa la verdad. Para que todo el mundo conozca a los hipócritas. Porque Holanda es así —apuntó, sonriente—. Bueno, ¿qué opinas?

Joop no deseaba manifestar su opinión. Pediría una gratificación a Philip.

—¿Así que quieres que se conozca tu historia? —inquirió como si lo consumiera la duda.

—Sí. Quiero que todo salga a la luz, sí, que la gente sepa lo que

ha ocurrido. Y lo que sigue ocurriendo.

—¿Qué esperas de mí?

—Que escribas un guión para una película. ¿Cuánto crees que tardaríamos? ¿Unas semanas? ¿Un mes?

—Primero tendríamos que hablar largo y tendido. Necesito saber lo que sabes tú. Eso nos llevaría varios meses, más el tiempo que hace falta para ponerlo todo sobre papel. Calcula medio año como mínimo. Probablemente más.

—¿Tanto?

—Y eso sin hablar de la financiación. Pueden pasar muchos años. A menos que el guión sea un bombazo...

Eso es lo que yo quiero.

—Aun así, la financiación es siempre un problema difícil de resolver.

—Conozco a gente con dinero. A veces incluso están deseando deshacerse de él. Por decirlo de alguna manera.

¿Y por qué no un libro?

Lo que tú prefieras —contestó Ornar, complaciente.

—Mecho año de trabajo no es poco. Tengo que encontrar un hueco. Me obligará a aplazar otros proyectos —.repuso Joop, como tanteando el terreno—. ¿Te extraña si te digo que tengo que pensarlo?

—Pues sí —sonrió Ornar—. Pero lo entiendo.

Joop tomó un sorbo del capuchino, ya tibio. Si iba a ver a Philip y se decidía a escribir la historia de Ornar para *Showcrime*, no haría falta que vendiese la casa. Sonó el *Wilhelmus.*

—Tienes que decirme dónde puedo encontrar esa melodía —dijo Omar.

Joop respondió a la llamada.

—Dígame.

—Soy Linda.

—¡Hola, Linda! —exclamó, sorprendido y curioso por conocer el motivo de su llamada.

Joop hizo señas de que la conversación no duraría mucho. Omar asintió, paciente.

—Estoy a punto de irme a San Francisco y no quería marcharme sin decirte que siento lo que ha pasado entre nosotros —dijo ella.

—¿El principio o el final?

—El final, bobo.

Linda trataba de distender el ambiente. Aunque Joop se enfadaba cada vez que recordaba los comentarios sobre su abuelo, no podía negar que la última semana había ido tras ella como un macho en celo.

—A mí tampoco me ha hecho mucha gracia —reconoció.

—¿Por qué no vienes? Si no puedes hoy, te espero mañana. No

podemos dejar esto así, Joop.

—Tienes razón —afirmó.

—Me quedaré allí unos días. Estaré ocupada, pero tendremos tiempo para charlar. También... me gustaría que hablaras con Usso, y con otra persona que está en San Francisco.

—¿Quién?

—Te lo contaré cuando llegues.

Joop no tenía ningún interés en ver a Usso ni a ningún reencarnado, pero le apetecía estar con Linda.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—Esta noche. O mañana. Cuando te vaya bien. Me alojo en el hotel Fairmont.

Joop lo conocía. Allí se había ido a pique su matrimonio.

—Un hotel de mucha categoría.

—Nos lo paga la organización.

—¿Qué organización es ésa?

—Gente que se preocupa por la suerte de los tibetanos. Pediré que reserven otra habitación para ti. Por si quieres dormir solo.

—Me encanta dormir solo —recalcó Joop, asegurándose de que a Linda no se le escapase el tono irónico de sus palabras—. ¿Puedo volver a llamarte dentro de un rato?

—Dentro de nada estaré en el avión. Pero puedes localizarme en el hotel al final de la tarde. Ahora no puedo darte el número porque no lo tengo a mano.

—Ya lo buscaré yo.

—Te echo de menos —confesó Linda antes de cortar la comunicación.

—Disculpa —se excusó Joop ante Omar mientras guardaba el teléfono móvil.

Un viaje a San Francisco. Unas noches en el Fairmont. Le resultaba extraño constatar que era capaz de sentir ilusión por algo.

—¿Buenas noticias? —preguntó Ornar.

—Me voy unos días a San Francisco.

Reservar un vuelo con un solo día de antelación suponía casi siempre pagar la tarifa máxima. Unos trescientos dólares. Más de lo que valían sus acciones.

—Piénsalo —repitió Ornar—. Seguro que no soy el primero en proponértelo, pero si buscas ideas, si necesitas una historia, deberíamos sentamos tranquilamente a charlar. Aunque soy más joven que tú, me ha pasado de todo. De muchas cosas no me siento nada orgulloso, pero es lo que hay, y con ello tengo que vivir. Quizá a un escritor como tú pueda interesarle.

—La verdad es que siempre busco material nuevo. Así es como se llama aquí: material, del mismo modo que a un constructor le hacen

falta ladrillos.

—Si necesitas ladrillos, yo puedo proporcionarte algunos —dijo Ornar.

—¿Se trata de unas memorias o de una historia con intriga?

—¿Te refieres a si hay sorpresas y demás?

Joop movió la cabeza en señal de asentimiento.

Ornar le lanzó una mirada burlona.

—Sí que hay intriga. La mejor que existe: la de la realidad.

—En efecto, la realidad supera a la ficción —corroboró Joop.

Se miraron brevemente a la cara, con simpatía, aunque no sin cierto recelo. De una manera un tanto peculiar, eran tal para cual.

Ornar parecía sumido en una duda, pero enseguida se decidió.

—Yo también tengo que viajar a San Francisco— dijo, resuelto— Voy en coche. Confiaba en que el viaje se anulara, pero al final debo ir. Si quieres, puedes venir conmigo. Así podremos hablar. Es mucho más agradable viajar en compañía que recorrer el trayecto en solitario.

18

JOOP preparó su bolsa de viaje y esperó a Omar asomado a la ventana. Le había dado su dirección, pero no quería que entrase en la casa. Era conveniente guardar las distancias. Omar vestía como un millonario caprichoso y se comportaba como un trotamundos ácrata, pero su verdadero rostro permanecía oculto. Como él mismo le había confesado, era un hombre de negocios con éxito que había estado implicado en acciones criminales. No se necesitaba mucha imaginación para figurarse la implacabilidad con que ese tipo de empresarios afrontaba sus asuntos, y por tanto era insensato creer que Ornar había cambiado. Sin embargo, Joop no se había sentido ni una sola vez amenazado en su presencia; incluso se notaba menos tenso con él que con Philip, cuyas manipulaciones no lograba desentrañar. Daba la impresión de que a Ornar no le hacían falta agendas secretas; parecía ser un hombre astuto a la vez que simple, un hombre que otorgaba un trato honrado mientras fuese tratado con honradez. Un gángster caballeroso. Pero, a pesar de su conducta poco amenazadora, Joop no descartaba la posibilidad de caer ingenuamente en una trampa. Lo mejor era no creer al pie de la letra todo lo que le contaba Ornar. Escuchar sin mostrar escepticismo. Joop pasaría al menos siete horas junto a él en el coche y tenía que partir de la base de que durante todo ese tiempo no oiría más que mentiras. ¿Debería informar a Philip? Lo lógico era ponerse en contacto con él, pero decidió no marcar su número hasta que pudiera comunicarle una noticia sensacional. Philip ya no lo tomaba en serio. Justamente por eso quería sorprenderlo, aun cuando ello implicase un riesgo.

Sobre la mesa de la cocina dejó una nota para Erroll en la que le explicaba que le había surgido un viaje imprevisto a San Francisco y que estaría localizable en el móvil. Debajo del papel deslizó tres billetes de veinte dólares, lo suficiente para comprar provisiones y sobrevivir unos días. Luego buscó el número de teléfono del Fairmont, llamó a recepción y dejó un mensaje para Linda: «Llegaré hoy por la noche.»

Joop se llevó una buena sorpresa cuando vio a Omar con un furgón GMC de U-Haul, la importante empresa norteamericana de alquiler de vehículos a la que acudía todo particular que precisaba realizar una mudanza. Antes de que Ornar pisara el sendero del jardín, Joop cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia la furgoneta.

—¿Llevas el carnet de conducir? —le preguntó Ornar, que se había detenido junto a la vega en cuanto vio salir a Joop.

—Sí.

—¿Qué te parece si conduzco yo el primer tramo? —propuso.

—Como quieras.

—Buen sitio para vivir.

Joop abrió la puerta del acompañante del GMC, un enorme furgón decorado con una línea roja longitudinal que recorría la superficie blanca de un lado a otro como un rayo. Los asientos desgastados y los desperfectos en el tablero de mandos eran testigos del uso intensivo que había sufrido el amplio espacio interior, aunque estaba limpio y olía a detergente aromatizado. Los holgados asientos delanteros, que tenían entre sí una consola central, estaban separados de la profunda parte trasera por una pared con una abertura a la altura del espejo retrovisor.

—Dame tu bolsa —dijo Omar—. La pondré detrás.

Joop le tendió su equipaje, puso un pie en el estribo y k acomodó en el asiento. La furgoneta era más alta que un todoterreno del estilo del de Erroll. Por fuera parecía igual de pesada y robusta que un camión, pero una vez dentro sorprendía por su maniobrabilidad y confort. Cuando Ornar abrió la puerta trasera para depositar Ja bolsa en la zona de carga, Joop miró por encima del hombro y vio de reojo unas cajas de cartón sin rótulo alguno.

Al girar de nuevo la cabeza hacia delante, se percató de la presencia de una cajita plana de plástico negro que estaba fijada con ventosas en el salpicadero y conectada al encendedor mediante un cable. Un detector de radar.

Ornar abrió la puerta del conductor y tomó asiento al volante.

—Eso está prohibido en este país —observó Joop con la mirada puesta en el detector.

—Es un aparato invisible, de última tecnología. —Omar arrancó el silencioso motor y accionó la palanca de cambio, que estaba situada en el volante—. Podríamos ir un trecho por la costa.

Joop aún no había vuelto a pasar por allí y quería evitar la fatídica carretera.

—Los sábados por la mañana hay mucho tráfico en esa carretera. ¿Por qué no vamos por la cuatrocientos cinco? Está más tranquila a estas horas.

—Tienes razón.

Abandonaron la calle de Joop y giraron a la izquierda en dirección a Venice Boulevard, la gran arteria vial que unía Venice con el resto de Los Angeles.

—¿Cuándo piensas volver? —preguntó Omar.

—Ni idea. En principio me quedaré dos o tres días. ¿Y tú?

—También. Sí estamos en contacto, puedes regresar conmigo.

—Estupendo.

Omar quiso saber si Joop conocía bien San Francisco, y él le

contó que hacía una década visitaba la ciudad con frecuencia. Durante tres años había trabajado en un guión sobre Joseph Strauss, el ingeniero jefe del Golden Gate, en colaboración con un productor que vivía en San Francisco. Omar había ido por primera vez el mes anterior.

—Es una ciudad agradable. Muy distinta de Los Angeles. Una ciudad viva, no un vasto territorio sin corazón como esto —juzgó.

«Sin corazón.» Joop no pudo por menos de pensar en su hija. Sintió la obligación de defenderla, aunque no estaban hablando de ella, sino de Los Angeles.

—Con todo, prefiero vivir aquí —replicó.

—Sí, a mí me pasa lo mismo —reconoció Ornar—. ¿Era una mujer?

—¿A qué te refieres?

—A la llamada telefónica de antes.

—Una mujer, sí.

—¿Tu novia?

Joop aún no había bautizado sus relaciones con Linda.

—Creo que sí.

—No pareces estar muy seguro.

—Es muy frágil todavía.

—¿Es frágil ella?

—No, no, me refiero a la relación. Todo es muy reciente, aunque la conozco desde hace mucho tiempo. De mi juventud. Hubo algo entre nosotros. De repente he vuelto a verla y... y de nuevo nos gustamos.

Gustarse. Una reacción simple, ordinaria, meramente corporal. Pero Joop compartía más cosas con Linda. Un pasado lejano. Un estado de ánimo.

—Eres un romántico —afirmó Ornar con una sonrisa.

—No sé, no estoy muy seguro de eso.

—¿Nunca te has casado?

—Estoy divorciado —respondió Joop—. ¿Y tú?

—No. Quiero disfrutar un poco más de mi libertad, ya me entiendes. Aún hay tiempo para casarse.

La *405* es una autopista de ocho carriles que cruza Los Ángeles por el oeste. Al norte de la ciudad se junta con la 5, que se extiende desde la frontera mexicana hasta Canadá. Conducirían durante horas por una vía recta que parte en dos el valle de San Joaquín, una llanura alargada y fértil con viñedos, plantaciones de naranjos e interminables tierras de cultivo. A la izquierda se alzan las cadenas montañosas que separan la costa del valle; y a la derecha, las blancas cumbres de la Sierra Nevada.

Durante la primera parte del trayecto intercambiaron breves

comentarios sobre el tráfico, el paisaje, las construcciones. Atravesaron el valle de San Femando, la planicie suburbana de Los Ángeles, ubicada al norte de las montañas de Santa Mónica y rodeada de escarpadas pendientes. Habían cruzado sin retenciones el puerto que une el oeste de Los Ángeles con el valle, a través de una concurrida autopista que en los días laborables se transformaba en una densa cinta de hojalata centelleante, pero que durante los fines de semana solía estar bastante despejada. Además, el día no estaba como para que la gente se desplazase en masa hacia la playa.

—¿Ya lo has pensado? —preguntó Omar cuando dejaron atrás el valle de San Fernando.

—Sí —contestó Joop—. Desde luego siento mucha curiosidad por conocer tus peripecias, pero aún es demasiado pronto para valorar lo que podemos hacer con ellas. Necesito saber más cosas.

—Lo comprendo —asintió Omar—. ¿Crees que deberíamos dejar constancia escrita?

—¿Te refieres a si convendría que firmáramos un contrato?

—En efecto, algo así —afirmó Ornar.

—Bueno, nunca está de más.

Joop era perfectamente consciente de que eso podía tener repercusiones legales, pues estaría obligado a guardar silencio, y si informaba a Philip, corría el riesgo de ser acusado de incumplimiento de contrato.

—Si quieres, puedo poner por escrito algunas condiciones —añadió Joop.

—Te lo agradecería —declaró Omar.

—Lo haré en cuanto vuelva a casa.

—De acuerdo. En todo caso, lo más importante es que haya confianza entre nosotros.

—Por supuesto —suscribió Joop, a sabiendas de que estaba engañándolo.

La mano derecha de Ornar soltó el volante y, de pronto, flotó encima de la consola central.

—Chócala —propuso.

Joop se volvió hacia él para sellar lo pactado con un apretón de manos. Iba a entregar a aquel hombre al Mosad. Esperaba de todo corazón que Philip no hubiese cometido ningún error.

—¡Trato hecho! —dijo Ornar, enderezándose con una mirada de satisfacción—. Si te parece, comenzaré por el principio.

Le relató lo que ya sabía a través de Philip: el trabajador inmigrante que había dejado embarazada a la hija de un pescadero de Beverwijk, las diferencias culturales, la huida de la madre de Ornar, el accidente y el posterior retomo de su padre a Marruecos.

Joop se preguntó por las verdaderas intenciones de Omar, puesto

que su afán por demostrar al mundo entero que el Estado de Derecho neerlandés descansaba sobre cimientos de droga y corrupción era un cuento. Philip también se haría esa pregunta. Aunque Omar no podía saber que Joop había sido enviado por él, no debía descartar nada, por inconcebible que fuera. Tenía que hacer un esfuerzo por eliminar la simpatía que le inspiraba Ornar. Como un robot. ¿Qué método aplicaban los *katsas* para lograr ese fin? Probablemente odiasen o despreciasen a sus sujetos, algo de lo que Joop no se sentía capaz.

Yo era pura escoria, Joop. Estaba chiflado. Ésa es la palabra. Chiflado. Todo cambió cuando empecé a creer en Dios. *Él me ha* curado. Pero hasta los veintidós años me comporté como un auténtico animal. No se me ocurre llamarlo de otra manera. Siempre con una navaja en la mano. Peleas. Atracos. Pero… la primera vez que pisé una mezquita… volví a nacer… Entonces fue cuando nací de verdad, te lo juro. De todas formas, resulta difícil de comprender para una persona que no lo haya vivido en su propia carne.

—¿Cuándo te volviste creyente?

—Después de mi visita a Marruecos. En realidad, mi… mi vida se divide en tres partes. Primero, mi infancia y mi juventud. Segundo, después de Marruecos. Y tercero, cuando dejé la importación y el comercio.

—¿Por importación y comercio entiendes…?

—Exactamente lo que estás pensando.

—¿A qué te dedicabas mientras eras escoria?

Una pregunta de las que le había enseñado a formular Philip.

—Asaltos callejeros. Robos en casas y tiendas. Atracos a mano armada. En aquella época tenía quince años, dieciséis. A los diecisiete me había convertido ya en un importante traficante de drogas. En Emmen, un pueblo de mala muerte, lo admito, pero allí yo era toda una personalidad. Cuando me mudé a Groninga, tenía suficiente dinero para comprar un negocio, un local con vivienda en el piso superior. Un pequeño restaurante árabe. Ideal para blanquear dinero. Las compras las hacíamos en blanco y obteníamos unas cifras de ventas increíbles. Más del noventa por ciento era falso, un negocio de nada que, sobre el papel, era una mina de oro. En teoría vendíamos todas las semanas miles de raciones de carne asada. Guardábamos la carne y el pan de pita en el refrigerador y después de un tiempo lo tirábamos todo. Canalizaba hacia el restaurante los ingresos que me reportaba la droga y, tras cumplir escrupulosamente con el fisco, me quedaba sólo con dinero blanco. Joop, no hay nada mejor que eso. No me importaba pagar a cambio un sesenta por ciento de impuestos. A los veinte nadaba en la abundancia. Compraba ropa de diseño, el calzado más exclusivo que se podía encontrar, camisas de seda, y conducía un impresionante BMW. Cuando tenía veintiún años, poseía

medio millón de florines en metálico. En el banco. Blancos como la nieve. ¡Yo! ¡Un marroquí de mierda!

Ornar sacudió la cabeza, asombrado, sorprendido, pero también orgulloso.

—¿*Y* tus padres?

—Mi padre regresó a Marruecos. No tenía contacto con él. Y a mi madre le monté una joyería en Emmen. Algo con lo que había soñado siempre. Una pequeña compensación por mi parte. La verdad es que, de niño, no le di demasiados momentos de alegría.

—¿Está viva?

—Sí. Sigue en Emmen, en su modesta tienda. Aunque no le va mal, yo le paso todos los meses un poco de dinero.

—¿Cuándo falleció tu padre?

—Justo después de mi primer viaje a Marruecos. Decidí ir porque me dijeron que estaba en las últimas. Quería verlo antes de que muriera. Para ponerlo verde. Para hacerle pagar el daño que le había causado a mi madre. Era un marroquí tradicional. Creía que la mujer debía obedecer a su marido. Mi madre se convirtió al islamismo, pero no lo hizo de corazón. En resumen, cuando partí para Marruecos, estaba bastante exaltado. Tenía veintidós años, me sobraba el dinero, y me fui para allá en mi ostentoso BMW. Quería enseñárselo a mi viejo. Estaba empeñado en demostrarle que había llegado lejos y que no lo había echado en falta para nada. Quería dejarle claro que, por mí, podía reventar en ese mismo momento Palabras duras, pero así era yo por aquel entonces. Imagíname allí, en un pueblucho del Rif, instalado en la más profunda Edad Media... No puedes figurarte cómo es aquello, Joop, todo sigue exactamente igual que en el siglo quince. Pues bien, llego allí y me encuentro con un amable anciano. Desde el primer instante, siento que es como yo, que soy sangre de su sangre, y que me habría comportado igual que él. De hecho, yo era tan agresivo, tan... tan cruel y tan amargo como mi padre. Con la diferencia de que yo conseguí transformar mi rabia en acción, en tanto que *él* había estado reconcomiéndose en unos altos hornos. *Yo* logré sacar dinero de mi cólera... y, dentro de lo que cabe, *él tuvo* suerte con el accidente...

Ornar enmudeció.

—¿Y luego? —quiso saber Joop.

«Identifícate con el estado de ánimo de tu interlocutor —le había recomendado Philip—, muestra empatia cuando el sujeto amenace con meterse en su concha (él había dicho “a su concha” y Joop lo había corregido), y si todo va bien, sólo tienes que dejarte llevar por las olas, como un surfista.»

—Luego, en el pueblo... Cuando llegué, mi coche ya no brillaba. Había transitado por caminos de tierra y estaba cubierto de polvo. Vi

a mis tíos y al resto de la familia, todos muy afectuosos. Mi padre se encontraba muy enfermo. Estaba mucho peor de lo que me había imaginado, no era más que un esqueleto, y sabía que no me quedaba tiempo para conocerlo, para conocerlo de verdad. Había ido a Marruecos con el firme propósito de recriminarle lo que le había hecho a mi madre, pero la gente cambia. Esa fue la primera lección de mi visita. Todas las personas pueden hacer cosas buenas, incluso las que han cometido barbaridades. Ese era su caso. Con la pequeña prestación que recibía de Holanda, una mera propina para nosotros, pero una auténtica fortuna para ellos, había ayudado a las familias más necesitadas del pueblo. Conocí a su nueva mujer y a mis cinco hermanastras; yo era el único varón. Pase lo que pase, hay que dar una nueva oportunidad a la gente, porque cualquiera puede arrepentirse en el momento menos pensado. Es algo que he podido comprobar en persona. Por fin había llegado a casa, en un lugar desconocido para mí. Saltaba a la vista que mi padre estaba a punto de morirse. Hablé con él.

De pronto se me abrieron los ojos... lo entendí todo. Lo que les sucedió a mis padres fue fruto de la pobreza, la injusticia y la falta de comprensión. Me di cuenta de que su historia no tenía mucho que ver con la fuerza del destino y todo eso. Era posible desentrañarla y comprenderla. Mi padre había sido víctima de las circunstancias. De unas circunstancias específicas. Que podían modificarse.

Ornar se calló un momento, y de repente esbozó una amplia sonrisa.

—Por cierto, ¿eres capaz de retener todos estos datos? —preguntó.

—A decir verdad, me gustaría tomar alguna nota —reconoció Joop.

—Adelante.

—No tengo bolígrafo y papel a mano. Están en mi bolsa. ¿Tienes algo para escribir?

—No —respondió Omar—. Pararé en cuanto pueda.

En la siguiente salida, Ornar dejó la autopista y se dirigió a un centro comercial que había junto a la carretera, en medio de un verde paisaje aparentemente virgen donde no se apreciaba presencia humana. Cuando llegaron al aparcamiento, Joop empujó su portezuela antes de que el furgón se detuviera por completo.

Se dirigió a la parte trasera, tiró de la puerta y arrastró hacia sí su bolsa de viaje. Abrió la cremallera y buscó entre las prendas de vestir la libreta de notas que había cogido a propósito. Entre las cajas cuadradas de cartón —cinco en total— había una bolsa de plástico de la cadena de librerías Barnes & Noble. Durante el recorrido, los libros se habían medio salido de su envoltorio. Eran tres, todos ellos

relacionados con el Golden Gate. El primero que vio fue *El puente*, de Brian van der Molen, en cuya cubierta destacaba una imagen de la inconfundible estructura de color marrón rojizo. Joop conocía la obra. La había leído cuando preparaba el guión sobre Joseph Strauss con el productor Robbie Fray. Ornar no había mencionado la adquisición de esos libros, y Joop pensó que debía de sentir un especial interés por el puente y no quería que él lo supiera. ¿Habría dado con uno de esos detalles que Philip calificaba de significativos?

—¿Has cerrado bien la puerta? —inquirió Omar en cuanto Joop se encontró de nuevo a su lado.

—Sí.

Joop repasó la conversación en su mente, anotó algunas palabras clave y buscó en vano una respuesta a la acuciante necesidad que sentía Ornar por hacerlo partícipe de la historia de su vida. La furgoneta avanzó en silencio por la autopista; el tráfico iba disminuyendo a medida que se alejaban del valle. Un sábado tranquilo de primeros de marzo. Atravesaron un inmenso espacio natural, un popular destino de vacaciones. Pasaron por delante de varios carteles que informaban de los lagos, campings y áreas de descanso de la zona. El paisaje, imponente y majestuoso, se extendía bajo las blancas y densas nubes que por momentos daban paso al sol y reforzaban el drama solitario de las montañas verdes y grises, proyectando sobre ellas sus vastas manchas de sombra. Si Joop hubiese tomado el avión, ya habría llegado a San Francisco, pero el trayecto en coche por aquellos montes, valles y ríos ofrecía unas vistas panorámicas espléndidas.

En una ocasión había ido con Miriam a Big Bear, un centro turístico de alta montaña situado en uno de los extremos de aquel gigantesco parque natural que se encontraba al este de Los Ángeles. La excursión tuvo lugar unos meses después de la primera menstruación de su hija, un día de primavera, al terminarse el deshielo. Por entonces la naturaleza comenzaba a despertarse, del mismo modo que estaba despertándose la mujer que Miriam llevaba dentro. Aquel día, su hija le formuló una pregunta que, por lo visto, la atormentaba desde hacía tiempo.

—Papá, ¿a qué edad tuviste tu primera relación sexual?

Estaban sentados en la cubierta de popa del barco de paseo medio vacío que navegaba por el pantano de Big Bear, un embalse encerrado entre laderas con abundante vegetación y grandes coníferas. En la orilla se intuían fastuosos chalets, escondidos detrás de los árboles. Un guía les explicó el origen del lago.

—¿Que cuándo tuve yo...? ¡Menuda pregunta!

—¿Te parece que no es asunto mío?

—¿No eres demasiado joven para estas cosas?

—Dentro de poco ya no tendrá importancia.

—¿Por qué?

—Pues porque dentro de unos años ya me tocará a mí, ¿no crees?

—¿Qué edad tienes en mente?

—Bueno, considero que dieciséis años es lo propio, cuando uno se saca el permiso de conducir.

—Cariño, hacer el amor no es lo mismo que conducir un vehículo.

—Pero la mayoría de la gente tiene su primera experiencia sexual en un coche, papá. Lo digo por eso.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he oído en el colegio.

—No quiero que conduzcas a los dieciséis años.

—Pero ¿qué dices?

—Ya me has oído. No vas a sacarte el carnet a esa edad.

—¿Por qué no?

—Porque no me parece correcto que jóvenes de tan sólo dieciséis años tengan la oportunidad de manejar máquinas de ese calibre. A esa edad los sentidos aún no se han desarrollado plenamente. Y se carece de experiencia. ¿Por qué crees que son sobre todo los conductores más jóvenes los que sufren accidentes?

—¿Y cuándo vas a permitir que me saque el carnet?

—Cuando cumplas los dieciocho. Antes no.

—Papá, así me convertirás en una paria.

¿Por qué? Yo lo único que pretendo es que no juegues con fuego en la carretera. Y tampoco en el plano sexual.

—¿Quieres que llegue virgen al matrimonio?

—Esa decisión te compete a ti. Pero, por lo pronto,' te aconsejaría que esperaras unos años antes de tener tu primera relación sexual.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que cumplas dieciocho. Me parece buena idea vincular el permiso de conducir a la licencia para la práctica del sexo.

—¡Eso es una chorrada! —exclamó Miriam—ˆ. Hace un momento has dicho lo contrario. Pero estás desviando el tema, papá. ¿A qué edad comenzaste tú?

—Yo soy un hombre. Es diferente.

—Déjate de bobadas. Da exactamente igual que seas hombre o mujer.

—A la hora de tener relaciones sexuales, hay un mundo de diferencia entre ambos sexos —replicó Joop.

—Me refiero a que la edad no importa.

—Dieciocho —dijo él, mintiendo por puro amor—. Tenía dieciocho años.

—¿Con quién lo hiciste?

—Con una chica.

—¡Papá...! —lo reprendió Miriam en tono cantarín, instándolo a que se expresara con claridad.

—Ella tenía un año más que yo.

—¿Sentiste miedo?

—Sí, sentí miedo, pero al mismo tiempo fue muy bonito —reconoció Joop con sinceridad para compensar su mentira.

—¿Cómo la veías a ella? ¿Cómo una fulana?

—En absoluto. ¿Por qué?

—Porque se dejó.

—No se dejó.

—¿Cómo se llamaba?

—Linda —contestó Joop.

—¿Has vuelto a verla?

—No. Jamás.

—¿Estabas enamorado de ella?

—Sí. Mucho.

—¿Y ella?

—Creo que también.

Miriam apoyó la cabeza contra su hombro y él la rodeó con el brazo, notando el cabello de su hija sobre la mejilla. Un buen día amaría a alguien y estaría sentada de esa misma manera junto a otra persona. Era inevitable. Irreversible.

—Dieciocho... Madre mía... —suspiró Miriam.

—¿Te parece una eternidad?

—Más bien.

—Pues está a la vuelta de la esquina, créeme.

—¿A la vuelta de la esquina?

—Ya lo verás.

—Quiero quedarme así para siempre, papá, sentada a tu lado.

Joop la apretó un instante contra sí; un leve y tierno movimiento de su brazo bastaba para hacerla comprender lo que sentía. El sol se reflejaba en el agua y las colinas desfilaban lentamente ante sus ojos. Por aquellas fechas, Joop ya era consciente de la necesidad de guardar esos momentos.

—Tenía dieciséis años —rectificó.

Un gesto de cabeza apenas perceptible, una tensión en los músculos. No hacía falta que mirara a su hija para saber que tenía la vista clavada en la ribera, absorta en sus pensamientos.

—Dieciséis —repitió Miriam.

—Era demasiado joven. No quería contártelo. Lo siento.

La respiración de Miriam delataba que estaba buscando una explicación. Al fin se relajó, entregándose de nuevo a su brazo sin ofrecer resistencia.

—Dieciocho —ratificó ella.

19

JOOP abrió los ojos. Estaba anocheciendo. Omar había encendido los faros.

—¿Has dormido bien? —preguntó Ornar con acento de Drenthe.

—Sí.

Joop miró el reloj. Había transcurrido una hora. Sostenía su libreta de notas en la mano.

—Cuando quieras te relevo —ofreció, incorporándose.

—De momento voy bien —respondió Ornar.

—¿Dónde estamos?

—Ya hemos pasado Bakersfield.

—¿No vas muy deprisa?

—No demasiado.

—Si te pillan, te caerá una multa de mil dólares.

—Cuento con este detector... y quiero llegar a tiempo.

—¿Negocios?

—Tengo que visitar a algunas personas... asuntos relacionados con mi proyecto.

Joop quería oír nombres. Esa información tal vez le sirviera a Philip.

—¿Inversores?

—Sí. Ese tipo de gente. Y también profesionales especializados en el diseño de páginas web. Apasionados de Internet.

Yo no entiendo nada de las nuevas tecnologías, pero sé lo que quiero. Sé lo que les gusta a los musulmanes.

—Así que cuentas con patrocinadores y con una serie de colaboradores.

—Está todo planeado, aunque no es fácil. En este momento estamos trabajando en un programa que puede ser utilizado incluso por mujeres analfabetas. Gran parte de nuestros clientes no sabe leer, por lo que optamos por iconos sencillos. El proyecto está pensado para personas que no tienen ninguna experiencia en el campo de la informática. Aquí, en Estados Unidos, he encontrado los ordenadores que se ajustan a nuestro propósito, aparatos especiales para conectarse a la red. La infraestructura ya está montada. Ahora es sólo cuestión de tiempo. Hay que levantar el negocio poco a poco. Nuestros destinatarios no son precisamente calvinistas holandeses, sino musulmanes, y nuestra página web requiere una presentación más pretenciosa, plagada de detalles dorados y centelleantes.

—Imagino que tienes el alma dividida entre los gustos islámicos y los holandeses.

Alma. A Joop no se le ocurría otra palabra más apropiada.

—Ya no. Eso se acabó. Soy musulmán. Con apariencia holandesa.

Ornar le relató cómo un día la policía lo había atrapado por la calle. En el noreste de Holanda era un delincuente renombrado. Cuatro agentes lo condujeron en un furgón a la comisaría de Emmen. Andaban a la busca de un confidente que se moviera en círculos marroquíes, alguien cuyo pasado no despertara ninguna sospecha de que pudiese estar trabajando para la policía.

—Pertenecían a un cuerpo especial. Me llevaron a un habitáculo en el sótano. Era la primera vez que veía a mi hombre.

—¿Quién era tu hombre?

—Bueno, lo llamaré A. Era un tipo que investigaba el tráfico de drogas duras, la mercancía con que yo ganaba dinero. Me puso al corriente de todas mis… actividades, pero era evidente que no tenía pruebas. Sólo pretendía intimidarme con su perorata. No hubo detención formal; no podían pillarme por ningún lado. Durante una hora, A vociferó como un salvaje, pero yo sabía que, al final, se vería obligado a soltarme. Y entonces me lanzó su propuesta. Me aseguró que si colaboraba con ellos, harían un trato conmigo: no me denunciarían, ni entonces ni en el futuro, con tal de que yo les facilitara nombres. Acepté.

Según había dicho Philip, jamás debía descartarse que el sujeto, al igual que ellos, guardase en la manga una historia falsa para salir del paso. Había insistido una y otra vez en que el mayor peligro consistía en infravalorar al adversario. Era importante partir de la idea de que el sujeto era al menos tan inteligente como uno mismo.

—Despacio, Ornar. Son muchos datos.

«Nunca formules críticas directas, jamás pongas en tela de juicio la veracidad de las palabras del sujeto. Hazlo de forma indirecta. Dile que no lo comprendes, o que el volumen o la complejidad de la información te impide seguirlo, o que necesitas tiempo para asimilar su relato. Ponte siempre de su lado. No dejes que se produzca un distanciamiento.»

—Sí, tienes razón —admitió Ornar con una sonrisa de oreja a oreja.

No cabía duda de que Philip se opondría a que saliera a la luz la historia de Ornar, puesto que no le interesaba en absoluto que Joop atrajera la atención sobre el norteafricano. Si realmente deseaba escribir un guión o un libro, sería mejor no informarle de su trato con Ornar. Tenía que buscar un editor en los Países Bajos, y a alguien que comprobase los hechos. Al mismo tiempo, no debía perder de vista la posibilidad de que Ornar lo hubiera inventado todo. Porque Joop seguía sin entender su interés en propalar sus vivencias. Ornar tenía más que perder que ganar. Quizá su afán de notoriedad fuese un

síntoma. Tal vez su historia fuera falsa desde la primera palabra hasta la última, producto de la mente de un embustero pato lógico. No, era absurdo negar lo que Joop hacía en la furgoneta: estaba allí para satisfacer la curiosidad de Philip, para justificar el encargo de *Showcrime* y para expresar su solidaridad con Israel. De repente se preguntó si los seguiría alguien. Philip le había dicho que vigilaban a Omar. A lo mejor le habían seguido la pista cuando fue a alquilar una furgoneta de U-Haul y cuando, más tarde, se dirigió con ella a Superba Avenue, en Venice.

La confesión aún no había terminado. Ornar le contó —ya fuese verdad o mentira— que había llegado a un acuerdo con A y con un fiscal, al que denominaba B. Entonces comenzó a importar droga bajo la vigilancia de la policía, brindando a A y a B la oportunidad de trazar las rutas y seguir el rastro de los peces gordos.

—En un momento dado, empecé a registrar mis conversaciones con A y B con una grabadora de bolsillo. Necesitaba una prueba comprometedora. Para asegurarme de que, llegado el caso, no se atreverían a ponerme la mano encima. ¡Tengo una caja de zapatos llena de cintas! Y he dejado tres juegos a tres notarios diferentes. He copiado casetes como un loco. Si me ocurre algo, enviarán el material a la prensa. A cinco periódicos y a cuatro revistas. Media justicia holandesa saltará por los aires.

Joop lo miró fijamente. Era un hombre atractivo, de complexión magnífica, tez envidiable, labios casi femeninos, mirada dulce y elegantes dedos de pianista. ¿Por qué querría jugarse la vida, la fundación de una empresa en California, su vestuario Armani y la oportunidad de acostarse con mujeres como Sandra, destapando su pasado criminal? Ornar era un embaucador; la historia que contaba no podía ser verdad.

—Es un dato que debo apuntar —señaló Joop.

Precisaba la ayuda de un experto. En cuanto hicieran una parada, llamaría por teléfono a Philip desde un lavabo para pedirle consejo. Ornar lo manipulaba sin que él lograse captar sus móviles. Tal vez había descubierto que trabajaba para Philip y por eso lo abrumaba con información falsa, en un intento de despistarlo. O quizá encontrara una extraña satisfacción en engañar a los demás. Aunque tampoco era del todo inconcebible que simplemente dijera la verdad. Philip conocía los hechos; Joop quería saber si le había ocultado algo. Tenía que llamarlo. Si todo era cierto, disponían de un arma de presión con la que poder chantajearlo.

Joop pensó que ahí podía haber dado con un posible móvil. ¿Acaso quería Ornar jugarles una mala pasada a A y B? ¿Deseaba publicar su historia por venganza?

—Hacer saltar por los aires la justicia… —concluyó Joop, tal

como le había inculcado Philip.

Anotó las palabras de Omar a media luz.

—Bueno, es un modo de decirlo. Su reputación. Su prestigio. Aunque en una ocasión causamos una explosión real.

—¿Una explosión real?

Philip no le había dicho nada al respecto; lo más probable era que no tuviese conocimiento de ese dato. Pero si fuese verdad, sería fácil verificarlo. Si Omar hubiera hecho estallar a alguien o algo, seguramente habría aparecido en la prensa. Joop podía averiguarlo en Internet. O bien le pediría a Philip que consultase sus ordenadores. Podría ser un indicio de que Omar sabía manejar explosivos. ¿Quién le habría enseñado a hacerlo? Joop deseaba enterarse de todos los detalles.

—¿Estás dispuesto a contármelo?

Ornar asintió con la cabeza. Cambió de postura, deslizándose al máximo hacia el fondo del asiento.

—Imprudencia. Falta de previsión. La bomba mató a una persona que no tenía nada que ver con el asunto. Aunque surtió el efecto deseado.

—¿Qué efecto?

—En cierto momento, el propio fiscal, el tipo al que llamo B, fue objeto de sospechas. Un colega suyo, C, comenzó a hacer preguntas. Se puso a escarbar. Tenía fama de ser insobornable. Todo un ejemplo. Lo cual es sin duda muy loable, pero era un verdadero peligro. Por eso decidimos incitarlo a que se callara la boca. Pinchamos los neumáticos de su coche. Ese fue tan sólo el primer paso. Más tarde provocamos un pequeño incendio en su casa. Al final, llegamos a la conclusión de que no nos quedaba más remedio que cerrarle el pico de una vez. A me facilitó el material.

—¿El policía?

—Sí. Me enseñó a montar la bomba, y yo mismo me encargué de instalarla. C tenía una segunda residencia en el sur de Francia. Coloqué el artefacto debajo de su coche en una ciudad de provincias a la que él y su familia acudían con cierta frecuencia para realizar compras o comer algo. Lo hice a la una de la tarde, mientras ellos almorzaban en un restaurante. De pronto veo llegar a un tipo. Entra en el restaurante, permanece unos minutos dentro y luego sale. Pero el muy imbécil no vuelve a su vehículo, no, sino que se acerca al coche de C. Pienso para mí: «Pero ¿qué hace ese idiota? ¡Tiene las llaves en la mano!» Se sienta y, «¡pum!», se vuela a sí mismo. ¡Mierda! La mitad de la calle en ruinas, ventanas rotas. De aquel tipo, ni rastro. A me había mandado preparar una bomba demasiado potente, como si fuéramos a explosionar un búnker. Es un chalado. Pero tuvimos suerte.

—Espera… ¿quién era ese hombre?

—El propietario de un taller. Había ido a buscar el coche de C porque tenía un problema en el embrague. Le había llevado un vehículo para que no estuviera un día sin medio de transporte. Un error de cálculo. Tremendo error.

—¿Y aun así tuvisteis suerte?

—El caso no se resolvió jamás. La policía del lugar sospechó que tenía que ver con ETA. ¿Sabes por qué?

—Dime.

—El tipo era español. Vasco. Un antiguo etarra. En su día, él mismo había puesto bombas, pero ya había dejado todo aquello. Quería cortar con su pasado. Por eso la policía pensó que se trataba de un ajuste de cuentas, aunque no entendía por qué el individuo había salido volando por los aires en el coche de un holandés. Pero nunca descubrieron nada.

—¿Y qué sucedió con C?

No era tonto. Unos meses más tarde pegué una nota en el volante de su coche nuevo, ya sabes, uno de esos papelitos amarillos, para avisarle que no arrancase el vehículo. No tardó en solicitar la jubilación anticipada.

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Hace diez años… exactamente diez años.

—¿Qué edad tenías?

—Veintidós.

—¿Y cuántos años tenías cuando… recuperaste tus raíces?

—No recuperé mis raíces; descubrí a Dios. Fue ese mismo año. La bomba explotó unos meses después de mi viaje a Marruecos.

—¿Cómo puedes conciliar ese atentado con tu fe?

—¡Interesante pregunta, Joop! Ese es un tema que habría que analizar a fondo.

Un destello en sus ojos. El sarcasmo de su voz. Como si quisiera dar a entender que le encantaba tomarle el pelo a Joop.

—No… no lo comprendo en absoluto —reconoció Joop.

—Yo, en cambio, lo veo muy claro. Dios te ayuda a que te protejas a ti mismo.

—¿Y consiente que ese hombre haya perdido la vida?

—¡Ese tipo era un asesino! ¡Un miembro de ETA! Ahí fue donde reconocí la mano de Dios. No tiene otra explicación. ¡Reventé a un asesino! En aquel instante supe que Dios existe. Ni siquiera un hecho como ése, cuando estás convencido de haber matado a un inocente y de pronto descubres que el explosivo ha acabado con la vida de un terrorista, puede ser atribuido al azar. ¡Joop, todo tiene un significado! ¡Incluso el hecho de que tu fueses a almorzar al Primavera! ¡O el que vayamos juntos en esta furgoneta! Ahora

desconocemos lo que significa, pero llegará el día en que lo entenderemos todo. Puede que se haga esperar, hasta que uno muera y tenga que rendir cuentas ante Dios, pero llegará. Estoy seguro, absolutamente seguro. ¿Y tú?

—Yo no estoy seguro de nada —farfulló Joop—. De absolutamente nada.

—Tal vez por eso te has encontrado conmigo… para que yo te dé seguridad —replicó Ornar—. Cambiando de tema, tengo sed y no me importaría comer algo. ¿Qué dices tú?

20

OMAR abandonó la autopista a la primera oportunidad que se le presentó. Ya era de noche. El colorido de los anuncios de neón contrastaba fuertemente con la oscuridad del paisaje. Al borde de la carretera había un par de gasolineras, algunos restaurantes de comida rápida y un videoclub en torno a un aparcamiento repleto de coches, una estampa habitual de las noches de los sábados, cuando los vecinos de los alrededores salen a divertirse.

Ornar y Joop optaron por una cafetería mexicana. El teléfono de Joop emitió tres pitidos en señal de que había llegado un mensaje. Al parecer, alguien lo había llamado mientras pasaban por una zona sin cobertura. El local estaba lleno, y se incorporaron a la cola que había formada delante del mostrador. Joop marcó el número de su buzón de voz y escuchó. Era Erroll. Había encontrado la nota y le deseaba un feliz viaje. No había ningún mensaje de Linda.

Ambos pidieron unas enchiladas vegetarianas, y Ornar insistió en pagar. Permanecieron a la espera de que alguna de las mesas quedase libre y vaciaron los pequeños platos de cartón en diez minutos.

—No está mal —opinó Ornar, inclinado sobre su comida como un niño, complacido e inocente, en aquella postura tan habitual en él.

Cuando Joop se levantó para ir al aseo, Omar dijo que lo acompañaba. Separados por un delgado tabique de plástico, se bajaron la cremallera de los pantalones, el uno al lado del otro, y oyeron cómo la orina salpicaba en los urinarios. Ornar seguía allí cuando Joop fue a lavarse las manos.

—Hacía horas que necesitaba ir al lavabo —había dicho Ornar mientras se dirigían a los servicios, con una amplia sonrisa.

De nuevo en el furgón, Joop se puso al volante y Ornar se acomodó en el asiento del copiloto, reclinándose sobre el respaldo con indolencia. Joop condujo de vuelta a la autopista 5 por una carretera sin alumbrado. No había tenido ocasión de llamar a Philip. ¿Sería todo cierto? ¿O no era más que una sarta de mentiras? Ornar no podía tener conocimiento de su trato con Philip; por tanto, la conducta del norteafricano debía obedecer a otros motivos. ¿O acaso estaba al corriente de la existencia de Philip? ¿Por qué le contaba todo aquello? ¿Soberbia? ¿Ingenuidad? ¿O un inmenso odio del que Joop apenas podía vislumbrar los contornos? Tal vez A le había jugado una mala pasada. Quizá Ornar lo detestara tanto que estaba decidido a sacrificarlo. Aparentemente, no ocultaba nada. Aunque también podía ser que todo fuera mucho más simple y que la necesidad de relatarle la historia de su vida tuviese su origen en un imperioso afán de

confesarse. Joop llegó a la conclusión de que Ornar era más católico de lo que él mismo creía y que, por fin, podía compartir sus aciertos y sus errores con alguien que le prestaba oídos. Con un extraño. Era del todo inverosímil que la historia que acababa de escuchar fuera cierta.

—¿Así que conoces a esa mujer desde hace tiempo? —preguntó Ornar.

—¿Qué mujer?

—La que vas a ver ahora.

Joop tampoco quiso dar nombres.

—Sí. Yo era un muchacho cuando la conocí. No la había visto en treinta años.

—¿Vais a casaros?

No. De eso ya he tenido suficiente.

Era una respuesta torpe, porque en ese momento era él quien le daba pie a Ornar para que siguiese preguntando. Philip le había encarecido que dijera la verdad. Siempre que fuera posible. Pero jamás toda la verdad.

—¿Estuviste casado mucho tiempo?

—Año y medio.

—¿Tienes hijos?

—No —contestó Joop.

Era vergonzoso. Ocultaba la existencia de Miriam. Claro que tenía una hija. Estaba muerta, pero no por eso había dejado de ser su niña.

—Año y medio... es poco —tentó Omar.

—Vinimos juntos a Estados Unidos, pero... ella regresó a Holanda.

—¿Nunca has considerado la posibilidad de volver?

—No. He encontrado mi sitio en este país, pero mi mujer no.

—Por eso yo no me caso —observó Omar—. Odio cometer errores.

—¿Estarás muy atareado estos días? —inquirió Joop, huyendo de Ellen y de unas preguntas a las que no quería responder.

—Tú vas a San Francisco para divertirte y yo, para trabajar. ¡No hay justicia en este mundo!

—¿Tienes muchas citas?

—No muchas. Según me han dicho, voy a conocer a unos tipos de mucho cuidado.

—¿De mucho cuidado?

—*Hackers.*

—¿Y eso? ¿Para qué necesitas tú a unos *hackers**

Ornar se incorporó.

—Te lo contaré si me prometes que no lo incluirás en tu libro. Ni en ningún lado. Es confidencial, ¿de acuerdo?

—¿Se trata de algo... de algo fuera de la ley?

—Yo no soy un tipo irreprochable, te lo advierto.

Joop no sabía qué pintaban esos *hackers*, pero no le cabía la menor duda de que Omar tenía entre manos algún asunto ilegal.

—Ya me he dado cuenta —replicó.

—¿Guardarás el secreto?

—Soy una tumba —mintió Joop.

Era una canallada, pero ya no podía dar marcha atrás.

—Te tomo la palabra —dijo Omar.

—Adelante con tu secreto —lo aguijoneó Joop.

—Si esto sale a la luz, mi negocio se irá al garete. No quiero ni pensar en las consecuencias... Joop, eres un gran tipo, pero tienes que ser consciente de la que puedes armar si te vas de la lengua.

—De mi boca no saldrá ni una palabra —reiteró Joop, mientras se preguntaba si una persona que sabía que iba a cometerse un delito de manera inminente se convertía en cómplice.

—Esos *hackers* —explicó Ornar arrellanándose de nuevo— nos facilitarán una serie de archivos. O al menos van a intentarlo. Se trata de ficheros con un valor inestimable. Contienen nombres de internautas musulmanes que disponen de conexión a Internet. Necesitamos esa información para nuestro proyecto. Nos ayudará a prosperar desde el primer momento. Los datos están en manos de una empresa que no quiere soltarlos, ni aun pagando. Así que debo acceder a ellos por otra vía. Si los archivos fueran propiedad musulmana, no los tocaría, pero pertenecen a irnos norteamericanos judíos que no me inspiran ninguna compasión. Si no me equivoco, esa gente también controla el mundo del cine. ¿No se meten en tu trabajo?

—Nunca me han causado problemas —respondió Joop.

Por fin, Omar lo había sacado de dudas. Era un fanático religioso. A Joop le entraron ganas de detener el coche en el arcén y salir huyendo. Imposible. En cuanto se encontrase a solas, llamaría a Philip para pasarle toda la información. Era importante no dejarse llevar por el pánico. Debía mantener la sangre fría, no mostrar su inquietud. Joop se removió en el asiento y se aferró *al* volante. Sin embargo, de pronto, allí, en medio del caos que reinaba en su cabeza, se le ocurrió una idea que haría que las palabras de Ornar se le antojaran inofensivas, o mejor dicho, que despejaba el discurso de Ornar de toda peligrosidad y que lo impulsaba a descartar por completo su propósito de ponerse en contacto con Philip lo antes posible.

Joop tenía que tomar una decisión. Allí mismo. Cerraría un trato con Ornar. Estaba determinado a sellar un pacto de confianza con él. Había perdido todo interés por el libro. Pensó que los judíos de Israel contaban con bombas atómicas que eran capaces de valerse por sí mismos. No debía volver a tener contacto con Philip. En el supuesto de que la historia de los *hackers* fuera cierta... Tema que fiarse de

Omar, un estúpido antisemita de Emmen, y confiarle lo de su hija. Lo del corazón. Tenía que preguntarle si los *hackers* estarían en condiciones de resolver la incógnita.

Cinco minutos más tarde, Joop lanzó una breve mirada a Ornar. Estaba dormido. El furgón atravesó una de las regiones más fértiles de Norteamérica. Joop no acertaba a ver nada en la oscuridad, pero conocía el paisaje. Dieciséis años antes había recorrido ese mismo trayecto con Miriam.

21

ELLEN no acudió a trabajar durante los tres meses siguientes al alumbramiento para poder darle el pecho a Miriam. Joop se montó un despacho en casa, y transcurrido el tiempo de lactancia fue él quien se encargó del cuidado de la niña, dándole potitos y papillas. Su mujer estaba ansiosa por reincorporarse al mercado laboral, pero no resultó tarea fácil. Era como si sus clientes temiesen que el embarazo le hubiera arrebatado el talento. De pronto parecía que la carrera de Ellen como directora artística había naufragado. Un fenómeno trágico e inasimilable, aunque bastante común en la ciudad de Los Angeles, que afectaba sobre todo a los profesionales del cine más competentes y prestigiosos; se daba por supuesto que cobraban altos honorarios y que estaban atiborrados de trabajo, cuando en realidad muchos de ellos se pasaban el día junto al teléfono sumidos en un profundo estado de ansiedad.

Ellen se vio obligada a ocuparse de nuevo del vestuario. Comenzó a lamentarse de la falta de oportunidades y reconocimiento, y se arrepintió de haberse quedado tanto tiempo en casa. Más tarde se pondría de manifiesto que padecía una depresión posparto, pero en aquel momento centró sus quejas en la ausencia de expectativas laborales. Se sentía infravalorada.

Mientras Ellen repartía ropa en un plató o en un estudio y Joop escribía en casa, en su despacho, Miriam permanecía tumbada en la cuna junto al escritorio de su padre, sin llorar apenas, a menudo profiriendo balbuceos y gorgoritos, dormida la mayor parte del tiempo; su presencia no menoscababa el poder de concentración de Joop ni interfería en el cumplimiento de su esquema de trabajo, ni siquiera cuando ella gateaba por la estancia y se deslizaba debajo de la mesa.

Ellen tardó medio año en reanudar su trayectoria de directora artística. Justo en la semana de su cumpleaños, le ofrecieron la posibilidad de colaborar en tres anuncios publicitarios holandeses cuya producción se llevaría a cabo en San Francisco. Pensaba llevarse a Miriam —le pagarían una niñera—, pero tres días antes del viaje el pediatra diagnosticó que el llanto imparable de Miriam se debía a una otitis.

Ellen consideró la conveniencia de cancelar el encargo, pero Joop la convenció de que no lo hiciera. Era importante que se reivindicase como directora artística y que avalara su disponibilidad. Insistió en que él era capaz de arreglárselas solo durante las dos semanas de su ausencia, y Ellen se fue.

Los antibióticos surtieron efecto y, pasados unos días, el médico dio luz verde para que Joop se llevase a Miriam de viaje. Partieron a las siete de la mañana rumbo a San Francisco para darle una sorpresa a Ellen, y tardaron un día entero en alcanzar su destino. Miriam, que por aquel entonces tenía diez meses, iba sentada en una silla de bebé en el estrecho asiento trasero del flamante Jaguar XJS de color azul marino, muestra palpable del éxito de su padre. La filmación de los anuncios corría a cargo de Bert Hulscher, un antiguo compañero de Joop, y éste no podía ocultar su satisfacción ante la perspectiva de presentarse delante de él en su elegante automóvil. Miriam se pasó casi todo el trayecto durmiendo, y Joop pudo disfrutar de su primer viaje largo en el coche nuevo. Sólo paró algunas veces para cambiarle el pañal y darle de comer. Llegaron a San Francisco por la tarde, y Joop enfiló hacia el barrio de Nob Hill. A la entrada del Fairmont lo esperaban dos empleados, encargados de aparcar los vehículos de los clientes. Retiraron del maletero el equipaje y el capazo de Miriam. Joop entró en el monumental vestíbulo del hotel con su hija en brazos, sorteando las columnas. Ante el mostrador de mármol oscuro explicó que era el esposo de Ellen Koopman y que quería sorprenderla, por lo que no pusieron ningún reparo en que él y la niña se instalasen en su habitación. Pesados muebles de corte clásico, moqueta de pelo largo, mesillas de noche con lámparas con pantalla de color salmón y pie de cobre, espejos con marcos dorados y sanitarios de mármol. Joop montó la cuna mientras su hija exploraba el terreno, gorjeando de alegría. A las ocho, Ellen aún no había llegado, pero su tardanza no era motivo de preocupación, puesto que los equipos de filmación solían trabajar hasta tarde. Joop acostó a Miriam y aguardó la llegada de Ellen delante del televisor, con el volumen apagado.

A medianoche seguía sin aparecer. Una hora más tarde, Joop marcó el número de la productora, pero ya no había nadie que cogiera el teléfono. A las dos de la madrugada llamó a recepción y preguntó a media voz si en el hotel se hospedaban clientes holandeses. No lo sabían. Deletreó el nombre de Bert Hulscher, y le confirmaron que figuraba en la lista de huéspedes. Joop quiso saber si se encontraba en su habitación. El recepcionista le dijo que suponía que sí, puesto que no estaba la llave. Se ofreció a pasar la llamada. Joop le dijo que no hacía falta, pero pidió el número de la habitación. Una planta más abajo, seis puertas más adelante. Joop sabía que ese día no estaba prevista ninguna sesión de rodaje nocturna, pues había visto el plan de trabajo. Se abismó en un estado de exaltación. No era capaz de quedarse quieto. Paseaba de un lado a otro de la habitación, realizando desesperados esfuerzos por reprimir la pesadilla que asaltaba su imaginación. De vez en cuando contemplaba durante un buen rato a su hija dormida, mientras rezaba —sin saber a quién—

para que la ausencia de su mujer tuviese una explicación lógica. A las tres y media, tras ensayar una y otra vez algunas frases con la voz distorsionada, descolgó el auricular, tapó el micrófono con el extremo de una toalla y marcó el número de la habitación de Bert. El teléfono sonó cinco veces.

—Dígame —contestó Bert, claramente irritado.

De súbito, Joop sintió repugnancia por su propia locura, pero perseveró.

—Lo llamo desde recepción —dijo con voz aguda—. Hay un mensaje urgente para la señora Koopman. No está en su cuarto, y ya que usted forma parte del equipo, he pensado que tal vez podría decirme cómo localizarla.

Bert permaneció un instante en silencio para asimilar el contenido de aquellas palabras.

—De acuerdo, un momento, por favor.

Joop lo oyó hablar con alguien, pero no estaba claro con quién. Dos segundos después se despejaron sus dudas.

—¿Sí?

A Joop no le quedaba más remedio que continuar con el juego. Centró toda su atención en la voz de pito y en su acento. Curiosamente, lo invadió una gran calma. No eran imaginaciones suyas.

—Siento molestarla. Tengo un mensaje urgente. Ha llamado *el* señor Koopman para comunicarle que Miriam está bien. Le ruega que mañana se ponga en contacto con él.

—¿Nada más? —preguntó Ellen.

—No, señora.

—¿Me despierta usted para eso?

—Está marcado como urgente, señora.

—Me parece ridículo. Gracias de todos modos.

—Disculpe, señora. Buenas noches.

Joop colgó enseguida. ¿Habría reconocido ella su voz? No, de haberla reconocido, jamás habría entablado una conversación con él. Seguro que en ese mismo momento estaba comentándole a Bert que al recepcionista le faltaba un tornillo.

Su antiguo compañero aprovecharía el incidente telefónico para acariciarla y demás. Joop podía imaginarse cómo Ellen apretaba la mano de Bert entre sus muslos, riéndose, mientras embutía su lengua en la garganta del productor. Joop sintió asco. ¿Por qué se empeñaba en seguir con ese juego? ¿Por qué no la había acusado de traidora nada más conocer la verdad? ¿Acaso por ansia de poder? ¿El absurdo poder del que es víctima de un engaño amoroso?

Joop recogió sus cosas con resignación, y media hora más tarde abandonó el hotel. Sentó a Miriam en la sillita del coche, con cuidado

de no despertarla. Tardaron siete horas en llegar a Venice. Joop no se explicaba la conducta de Ellen. Creía que su mujer era feliz. Él lo había sido, pero saltaba a la vista que ella no. Era evidente que a Joop se le escapaba algo fundamental, pero ni siquiera las siete horas de silencio contemplativo ante el salpicadero de nogal, en el interior del Jaguar que olía a cuero, con su hija sentada detrás, a su derecha, durmiendo o balbuceando, le habían servido para sacar nada en limpio. Así era ella. Una desconocida. Alguien de quien no podía fiarse.

Ellen llamó por la tarde. A las ocho y media. Miriam dormía en la cuna, junto al escritorio de Joop.

—¡Hola! ¿Cómo va todo? —preguntó, espontánea y cordial.

—Bien —respondió Joop.

—Acabo de enterarme de que me llamaste ayer. Me acosté temprano y desconecté el teléfono.

—¿Dónde estabas anoche?

—¿A qué te refieres?

—¡Ni que te hablara en clave! Es una pregunta bien sencilla: ¿dónde estabas?

—¡Ya te he dicho que estaba en mi habitación!

—No es cierto.

—¡Joop, tenía el teléfono desconectado!

—No te creo.

—Joop, basta ya. Ayer trabajamos hasta las diez de la noche, y estaba tan cansada que me fui directamente a la cama. ¿A qué viene todo esto?

Por un momento, Joop pensó que quizá todo fuera un malentendido. ¡Qué necedad! La había esperado en su habitación, había oído su voz a altas horas de la madrugada, justo después de oír la de Hulscher.

—¿Por qué mientes, Ellen?

—Joop... no miento.

—Sí mientes.

—Será mejor que vuelva a llamarte más tarde, porque ahora no atiendes a razones.

—Estuve en tu habitación. Ayer viajamos en coche hasta San Francisco. Fuimos... a tu hotel. Estuvimos esperándote desde las seis. En tu habitación. Y... y en plena noche llamé a la habitación de tu amante, para darle un mensaje.

Durante unos segundos, Ellen guardó silencio.

—¿Que viniste a San Francisco en coche?

—Sí.

—¿Con Miriam?

—Sí.

—¡Pero si estaba enferma!

—El médico dijo que podía viajar.

—¡Tú no estás bien de la cabeza! ¡Darle semejante paliza de coche...!

—¿Por qué haces esto? —preguntó Joop.

Ellen no contestó a su pregunta, sino que pasó a la ofensiva, en un intento de debilitar el ataque lanzado por Joop.

—¿Cómo puedes hacerle una cosa así a Miriam?

Ahora resultaba que el culpable era él, no ella.

—¡Miriam está perfectamente! —exclamó Joop—. Está más sana que nadie. ¡Pero tú...! ¿Por... por qué estás con otro?

—¿Para qué quieres saberlo? —preguntó ella en voz baja.

—¡Soy tu marido!

De nuevo permaneció callada. Luego dijo algo que Joop no entendió.

—¿Cómo?

—Me he enamorado —confesó Ellen.

—¿Por qué? —vociferó Joop.

—¿Por qué? ¡Porque aquí me aprecian! ¡Tú me cohíbes! ¡Por eso! ¡Porque todo gira en torno a ti! ¡Tu éxito, tu estúpido coche! ¿Recuerdas por qué nos vinimos a Estados Unidos? ¡Por mí! Sin embargo, me he convertido en una matrona ignorante e inútil. ¡Y no lo soporto! ¡En estos últimos días me... me he reencontrado conmigo misma!

Joop colgó el teléfono de un fuerte golpe. Miriam se asustó y rompió a llorar. Sin embargo, en ese momento no podía sacarla de la cuna para consolarla porque debía protegerla del odio que le crispaba las manos. Salió, deambuló por el jardín, aturdido, y se puso a dar vueltas a la casa, perseguido por los estridentes chillidos de Miriam. El teléfono sonó ininterrumpidamente. Era una calurosa noche de octubre. Se oía el estruendoso canto de los grillos, y las estrellas titilaban en el oscuro firmamento.

Al cabo de media hora volvió a entrar. Miriam se había quedado dormida, a un metro de distancia del teléfono que continuaba sonando sin parar. Joop cogió el auricular.

—Quiero a Miriam —la oyó decir.

—Jamás —contestó él, antes de colgar.

De eso hacía dieciséis años. Si la custodia de Miriam hubiera sido confiada a su madre, la niña habría crecido en Holanda. Y probablemente seguiría viva. Pero Joop impugnó las pretensiones de su mujer, y tras dos largos años, el juez le dio la razón, amparándose en el acto de adulterio. Hubo épocas en las que Ellen no daba señales de vida durante meses, mientras que, en otros momentos, llamaba todos los días. Sólo cuando Miriam tuvo la primera menstruación y

necesitó los consejos de una mujer, las relaciones se distendieron un poco. ¿Habría sobrevivido su hija en Holanda?

En el silencio de la furgoneta GMC, mientras recorría kilómetros junto a Omar, que estaba profundamente dormido y a ratos emitía largos ronquidos con la boca abierta, Joop dio rienda suelta a esos pensamientos y recuerdos inútiles.

22

LINDA había recibido el mensaje, puesto que, al llegar al hotel, a Joop le entregaron sin problemas la llave de su habitación.

—¡Agradecería que los empleados de este hotel llamaran antes de irrumpir en la intimidad de sus huéspedes! —exclamó ella desde el cuarto de baño cuando Joop abrió la puerta de la habitación.

Enfundada en un grueso albornoz que mantenía cerrado con una mano, como si tuviese frío, Linda se asomó, enfadada, dispuesta a poner en su sitio al mozo o a la camarera de tumo, pero cuando vio a Joop, esbozó una amplia sonrisa, se soltó el albornoz y lo rodeó con los brazos. Su piel desnuda estaba aún caliente de la ducha. Agarrada al cuello de Joop, dio un salto ágil con las piernas abiertas; él la cogió por las nalgas y la llevó a la cama mientras sentía cómo ella le apretaba las caderas con sus muslos.

Joop llamó al servicio de habitaciones. Al rato llegaron dos camareros con un carrito de comida, que, en un santiamén, quedó convertido en una mesa redonda.

—Deberías hablar con Usso.

—No. Mi abuelo murió hace tiempo.

—En cierto sentido, sí.

—No. En todos los sentidos. Me pregunto qué sería mejor: ¿abofetear a Usso o mofarme de él?

—Creo que cuando te cuente su historia, sabrás guardar las formas.

La obcecación de Linda le molestaba. Aquel monje era un charlatán. Pero Joop no quería volver a provocarla. ¿O era ella la que lo provocaba a él?

—Linda, he venido hasta aquí por ti. No por Usso.

—He concertado una cita para pasado mañana. Aquí en la ciudad. Con él y con otra persona.

—¿Mi abuela?

—No.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que quiero… La primera vez te escribí para ponerme en contacto contigo y darte una noticia. No imaginaba que fuera a surgir algo entre nosotros. No era eso lo que pretendía. Pero sucedió. Ahora bien, una cosa no quita la otra. La razón por la que me puse en contacto contigo sigue en pie. Además, se trata de un descubrimiento positivo.

Tal vez Linda dispusiera de indicios que le permitían concluir que él había sido un santo en una de sus vidas anteriores.

—¿Podrías ser un poco más precisa?

—No. Prefiero que te lo cuente otra persona. No yo. Acompáñame, por favor. Lo peor que puede pasar es que te aburras durante media hora. ¿Te animas?

Linda le cogió la mano. Mantelería almidonada, vajilla con ribetes dorados, cubertería plateada. Dieciséis años antes, Joop también había llamado al servicio de habitaciones, aunque entonces no probó bocado. Antes de abandonar el hotel dejó el carrito delante de otra habitación para borrar las huellas de su presencia.

—Debo pensarlo —respondió—, pero no te hagas ilusiones.

—Hoy tengo el día libre —dijo Linda—. Podríamos dar un paseo por la ciudad, coger el tranvía, bajar hasta Fishermans Wharf, en fin, lo que hacen los turistas. ¿Qué opinas?

—Me parece muy bien, pero puede que reciba una llamada telefónica, y en ese caso tendré que ausentarme unas horas.

El domingo también fue húmedo. Ocho milímetros de lluvia. Soplaba un viento fuerte, aunque no hacía frío. Visitaron el Museo de Arte Moderno y almorzaron en uno de los restaurantes de pescado del muelle. Ornar no dio señales de vida. Joop se veía atrapado en una maraña de información que deseaba analizar tranquilamente, pero *el* hermoso cuerpo de Linda lo distraía, y, por momentos, acaparaban toda su atención los estrafalarios razonamientos de su prima, que le inspiraban aversión, a la vez que lo fascinaban. Linda era creyente y sabía citar de memoria fragmentos de textos budistas.

—«En una sola flor está contenido todo el cosmos. No podemos decir que una flor sea más o menos que esto o aquello. Si hacemos abstracción de nuestras nociones de más o menos, de ser o no ser, alcanzamos lo que en el budismo se llama nirvana: la eliminación de todas las ideas y concepciones.» Lo ha dicho Thich Nhat Hanh, un monje zen. Con estas palabras demuestra que el concepto occidental de Dios es compatible con la cosmovisión budista.

—Me pierdo —la interrumpió Joop—. Pensaba que los budistas no creían en ningún dios.

—Buda no ofrece una receta mágica. Sólo aporta sugerencias. En cuanto confieres categoría de absoluto a algo, te apartas del espíritu budista.

Era justamente lo que Joop hacía con sus recuerdos. La memoria de Miriam. Según Buda, había que renunciar a eso. Pero si se avenía a esas consideraciones, su hija moriría por segunda vez.

Seguía sin noticias de Omar.

23

EL LUNES 5 de marzo se alcanzó en San Francisco una temperatura máxima de catorce grados centígrados; sin embargo, la media no superó los diez. Una jomada de lluvia y viento. Se registraron rachas de hasta sesenta y tres kilómetros por hora. Aunque las precipitaciones no sobrepasaron los seis milímetros, la humedad no remitió en todo el día.

A las diez de la mañana, Linda ordenó al taxista que los dejara a ella y a Joop delante de un alto edificio de oficinas, junto a Union Square, la plaza que constituye el corazón de la ciudad. Cuando Joop trabajaba en el guión sobre Joseph Strauss, se había hospedado algunas veces en el hotel St. Francis, a dos calles de aquel inmueble.

Era un austero edificio de hormigón al estilo de Mies van der Rohe. Un coloso de oficinas común y corriente. Una puerta giratoria daba acceso al vestíbulo, con suelo de mármol gris y mostrador oscuro, detrás del cual colgaba una lápida de mármol negro que mostraba en letras doradas el listado de inquilinos de cada planta.

—Pisos octavo y noveno —señaló Linda.

Joop leyó el nombre: Schweizerische Handelsbank.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—El Banco Comercial Suizo —contestó Linda.

—Ya lo sé, pero ¿qué se nos ha perdido aquí?

—Tenemos una cita con alguien. ¿Me dejas un momento tu teléfono? —Marcó un número y permaneció a la espera—. ¿Oiga? ¿Señor Hürlimann? Soy Linda De Vries. Estamos en la planta baja. ¿Tenemos que subir al piso octavo o al noveno? —Escuchó a su interlocutor y movió la cabeza en señal afirmativa—. ¿Cómo dice que se llama ese local? —Asintió de nuevo—. De acuerdo. Allí estaremos. ¿Quiere que le pidamos algo?... Muy bien. Hasta ahora. —Le devolvió el teléfono a Joop—. Enseguida baja. La sala de reuniones está ocupada. He quedado con él en una cafetería al otro lado de la calle.

Pasaron de nuevo por la puerta giratoria. A Joop aquello no le gustaba nada. No podía tratarse de una simple reencarnación.

—Hürlimann... ¿Un suizo?

—Sí.

—¿El hombre al que me dijiste que debía ver?

—Sí.

—¿Otro budista?

—Creo que es un calvinista suizo de pura cepa.

—¿Qué quiere de mí?

—¡Paciencia, Joop!

—Y tú, ¿qué quieres de mí?

—Una vez más: ¡paciencia!

Aguardaron bajo la lluvia menuda pero persistente a que se parara el tráfico y cruzaron la calle corriendo. La cafetería se encontraba prácticamente enfrente del edificio que acababan de abandonar, en la planta baja de otro complejo de oficinas. Linda eligió una mesa junto a la ventana.

—¿*Y* el monje? ¿También viene?

—Sí. Usso está con él.

—¿Para qué? ¿Acaso pretendéis que escriba un guión?

—Eso depende de ti. Pero sí que daría para una película.

—¿Te extraña que todo esto me… me incomode?

—No, en absoluto. Además, dentro de nada saldrás de dudas. ¡Relájate! Es algo bueno. Algo milagroso.

—Tengo poca confianza en los milagros.

—Pues ya va siendo hora de que cambies de opinión.

Joop vio salir al monje del edificio de enfrente. Llevaba un impermeable sobre la túnica naranja e iba acompañado de un hombre, con gabardina beis y un maletín en la mano, que intentaba abrir su paraguas con evidentes muestras de torpeza. El monje le indicó con un gesto que él no necesitaba protegerse de la lluvia. Cruzaron rápidamente la calle.

Comenzó a sonar el *Wilhelmus*. Joop se inclinó hacia un lado e introdujo la mano en el bolsillo con dificultad.

—Acabo de estar con los chicos —le dijo la voz de Ornar—. Esta mañana se han puesto manos a la obra.

Los *hackers*. El corazón de Miriam. Ornar y Joop habían acordado que no mencionarían la palabra *hacker*.

—Magnífico. ¿Avisarán cuando lo encuentren?

—De inmediato —afirmó Ornar.

—Estupendo.

—Es más, Joop, lo harán gratis. Saben de qué se trata. Tienen un corazón de oro —observó con marcado acento de Drenthe.

Se diría que en las conversaciones que habían mantenido hasta entonces Ornar se había esforzado por disimular su acento, porque de repente todas las palabras que pronunciaba delataban su procedencia.

—No tienen por qué hacerlo gratis. Me gustaría pagar algo a cambio.

—No quieren que pagues nada. ¿Estás bien?

—Sí, sí. ¿Ya sabes cuándo volverás?

—Lo sabré más tarde. Te llamaré.

Joop miró la pantalla de su teléfono, leyó el número de Omar y cortó la comunicación.

—Puede que luego tenga que irme un momento —advirtió. Tenía

claro que en su vida había una jerarquía de prioridades.

—Primero debes escuchar con atención lo que van a decirte —sugirió Linda.

—Soy todo oídos —contestó Joop.

Linda se puso en pie cuando los dos hombres entraron en el establecimiento. El suizo levantó la mano, sonriendo y agitando peligrosamente el paraguas por delante del rostro de Usso, y se acercó a la mesa seguido del monje.

—Señora De Vries, encantado de volver a verla.

Hablaba inglés con fuerte acento alemán. Tenía unos treinta y cinco años, era delgado y alto, atractivo, con facciones regulares y juveniles; daba la impresión de no haber sufrido jamás un revés. O, peor aún, quizá ni siquiera supiese deletrear esa palabra. Cabello rubio claro, ojos celestes y tono bronceado, como si hubiera estado varias semanas de vacaciones en alguna exclusiva y soleada estación de esquí de Suiza.

—Señor Hürlimann, le presento a Joop Koopman.

—Encantado, señor Koopman. Tengo entendido que ya conoce al señor Apury.

—En efecto —dijo Joop, estrechándole la mana

El monje juntó las manos y se inclinó hada delante. Joop imitó el saludo.

—Siéntense —invitó Linda—. Acabamos de pedir un café. Para usted también, señor Hürlimann. Y un té para el maestro.

El monje asintió con la cabeza, se deslizó sobre el banco y tomó asiento al lado de Hürlimann.

—Le agradezco que haya venido, señor Koopman —comentó el suizo.

Una vez sentado, se libró de su gabardina y extrajo una tarjeta de visita del bolsillo interior de su americana azul marino. Llevaba una corbata ancha de seda color granate, camisa blanca con doble puño y gemelos de plata.

—Aquí tiene.

Joop tomó la tarjeta. Debajo del nombre del banco podía leerse: «DR. CHRISTIAN HÜRLIMANN, VICEPRESIDENTE», junto a una dirección de Basilea, Suiza.

—Lo siento, pero yo no tengo tarjetas —se disculpó Joop.

—Me alegro de que haya podido librarse de sus obligaciones hoy. ¿Ha llegado esta mañana?

—Anteayer.

—Perfecto. ¿Ya lo ha puesto en antecedentes la señora De Vries?

—No. Me pilla usted en blanco. Pero para mí es siempre un placer tratar con banqueros.

—No todo el mundo dice lo mismo —respondió Hürlimann—.

¿Qué le parece si comienzo por presentarme brevemente?

—Muy bien.

—Trabajo para el Banco Comercial Suizo desde hace cinco años, cinco y medio para ser exactos. Soy el secretario del consejo de administración del banco. Se me ha encargado tramitar este asunto.

—¿Qué asunto? —preguntó Joop.

No estaba dispuesto a aguantar otra historia de reencarnaciones. ¿Sería el suizo el abuelo de Linda, Mozes, el hermano de Herman?

—El asunto De Vries. El caso de su abuelo.

—¿Mi abuelo? —repitió Joop, disgustado.

—Señor Hürlimann, será mejor que me encargue yo de esta parte —propuso Linda en tono apaciguador.

—Gracias —contestó Joop.

Linda sabía lo que él opinaba sobre esa historia. Si seguían por ese camino, *Joop se* marcharía de inmediato, aun a riesgo de ser tildado de grosero.

Llegó una camarera con el pedido. Ambos esperaron en silencio a que dejase las tazas encima de la mesa, sin dirigirse la mirada.

—Linda, no me harás una mala jugada, ¿verdad? —le susurró Joop en neerlandés, inclinado hacia ella.

—No —respondió, apoyando una mano sobre su brazo para tranquilizarlo.

Luego continuó en inglés, dirigiéndose al señor Hürlimann.

—Aún no he informado a Joop. Quería que estuviera presente usted.

El banquero asintió en señal de comprensión.

Linda se giró de nuevo hacia Joop.

—Lo que vas a oír ahora contradice por completo tus creencias. O mejor dicho, tus no creencias. Tiene que ver con lo que me ha revelado el maestro. Soy consciente de tu escepticismo, pero el señor Hürlimann es la prueba de que no nos equivocamos. El dispone de un argumento irrefutable. Joop, por favor, intenta ser receptivo. Lo que voy a contarte cambiará tu vida. No exagero. ¿Me lo prometes?

Joop se deslizó de un lado a otro del asiento, incómodo. «Cinco minutos —pensó—, le doy cinco minutos al suizo.»

—Haré lo que pueda —contestó.

—Adelante, Usso —dijo Linda, con la mirada puesta en el monje.

Así que no sería el banquero, sino el monje, quien iniciaría a Joop en las gloriosas dimensiones de la reencarnación. Aquel asiático desconocido, con la cabeza rapada al cero, era su abuelo.

El budista estaba sentado con la espalda recta, totalmente relajado y sereno.

—Señor Koopman —comenzó—, conozco los límites de la cultura occidental. Sé lo que piensa la mayoría de ustedes acerca de la

reencarnación. Yo crecí en otro ambiente. Para nosotros la reencarnación es un hecho. Creemos que la vida es una larga cadena de esfuerzos por alcanzar la eternidad. Debemos perfeccionarnos en cada vida humana. Ese es el objetivo de la existencia. Y cuando alcanzamos la perfección, nos espera un estado de presencia atemporal e inmaterial. Aunque ese estado nos resulte difícil de imaginar, para nosotros constituye la auténtica realidad. El nirvana. Pero ninguno de nosotros lo ha alcanzado aún, puesto que, de lo contrario, no estaríamos aquí.

El monje sujetó con ambas manos su taza de té y tomó un sorbo con delicadeza, desplegando unos gestos bien meditados y precisos. Hizo ruido al sorber. Joop supuso que eso estaba permitido en el Tíbet. Era probable que su abuelo también acostumbrara a sorber ruidosamente.

—Buda nos enseña que hay cinco *skandas* que determinan nuestra vida —prosiguió Usso mientras depositaba la taza sobre la mesa—: materia, sensaciones, percepciones, formaciones mentales y conciencia. Estos *skandas*, o agregados, están en continuo movimiento. En nuestra cultura, reencarnar significa volver a nacer, en el sentido literal de la palabra. Nacer es emerger de la nada. Morir es sumergirse en ella. Pero nada surge de la nada. Antes de que una flor se convierta en flor, ya existe, en la luz del sol, en la tierra, en la semilla. Los agregados se manifiestan bajo formas diferentes, uniéndose en una flor o en cualquier otro elemento. El nirvana constituye el fin de todas las palabras, de todas las ideas. Allí los elementos dejan de existir. Un buen día se produjo la siguiente conversación entre un maestro zen y un discípulo suyo.

»—¿Dónde está el mundo del no nacimiento y de la no muerte? —preguntó el discípulo.

»—Está dentro del mundo del nacimiento y de la muerte —respondió el maestro.

»¿Por qué le cuento esto? Para demostrarle que todo está interrelacionado. Y para explicar mis recuerdos.

El monje calló y contempló su té, absorto. No se percibía en él ningún movimiento, como si incluso su corazón hubiera dejado de latir. Joop lanzó una breve mirada al banquero en un intento de leerle el pensamiento. Apoyado en la mesa, el suizo atendía con aparente interés al monje, que, de súbito, retomó su discurso.

—Desde que aparecí en la Tierra, recuerdo cosas, desde niño. Recuerdo calles que no puedo haber visto en el Tíbet. Recuerdo haber tenido una hija. Me acuerdo de mi profesión, de unos viajes a Estambul. Recuerdo una vida. Incluido el dolor del final. Recuerdo momentos de angustia y de alegría. De enfermedad y de buena salud. Tengo recuerdos de toda una vida terrestre. Y de una serie de

nombres. De mis padres, mi esposa, mi hija, mi hermano. Es algo que a usted le resulta incomprensible, pero para mí es un hecho real

Lo que contaba aquel hombre era una idiotez. Un adulto que aseguraba tener recuerdos anteriores a su propia vida.

Con una inmensa tranquilidad, el monje se concentraba en su té. Tal vez los lamas fueran capaces de ver el futuro en ese brebaje.

—Vine al mundo como Herman de Vries. Nací el tres de abril del año mil ochocientos noventa de la era cristiana. Contraje matrimonio con Esther Eijsman el quince de junio del año mil novecientos quince. Diez meses más tarde tuvimos una hija, Joanna Miriam, a la que llamábamos Anneke. Me fui de esta tierra el treinta y uno de abril de mil novecientos cuarenta y tres. Eso es lo que recuerdo.

Joop miró al monje con ojos ardientes y la garganta reseca. Los nombres cuadraban. Aun así, lo más seguro era que Linda le hubiera facilitado los datos o que el propio Apury los hubiese encontrado en algún lado. Aunque no fuera una tarea fácil, una buena dosis de tenacidad bastaba para reunir esa información. Tal vez el monje llevara trabajando en ello desde hada años. Un estafador de primera.

—Noto su escepticismo —observó el budista—. Mi reacción sería idéntica a la suya. Si me hubiera criado en su cultura, no me creería nada de un tipo como yo, que, de pronto, irrumpe en su vida y hace que se tambalee desde sus cimientos. Usted debe de preguntarse si existen pruebas objetivas. Sólo tengo mis recuerdos. Pero en Dharamsala conocí a Linda, su prima segunda. Ella se puso en contacto con el banco de Suiza y, al cabo de un tiempo, recibió una carta del señor Hürlimann.

Joop miró al banquero y éste lo miró a él. Reconocía en los ojos de vidrio del suizo la misma desconfianza vertiginosa que lo devoraba a él por dentro. Sentía ganas de vomitar.

—Creo... creo comprender lo que pasa por su mente en este instante —dijo Hürlimann—. Tenga usted por seguro que yo tampoco sabía qué pensar de todo esto. Pero he investigado lo que tenía que investigar y, al final, me he visto obligado a reconocer que hay por lo menos un punto en el que la historia del señor Apury se ajusta a la realidad. Un punto importante. Acepto las palabras del maestro en la medida en que he podido contrastarlas. Señor Koopman, es importante que podamos contar con su discreción. Para eso necesitamos su firma. Mi banco no quiere que este asunto salga a la luz. Enseguida comprenderá por qué. Gracias a la ayuda del maestro Apury, hemos podido atribuir a su titular legítimo al menos una de nuestras llamadas cuentas durmientes, lo que ha evitado su cancelación.

Joop no lograba ordenar sus ideas, ni mucho menos formularlas. Dirigió la vista hacia fuera, fijándola primero en el cielo gris que cubría los altos edificios, luego en el logotipo rojo del banco suizo,

que destacaba en la fachada de enfrente, y en las letras entrelazadas SHB, y decidió que no tenía nada que perder. Alguna vez había leído que si se pusiese a un mono delante de un ordenador durante mucho tiempo —miles o millones de años—, acabaría escribiendo *El mercader de Venecia* de forma espontánea. Así era como tenía que afrontar aquel asunto. Haría mejor en no tratar de comprenderlo. Aparentemente, el suizo había claudicado. El hecho de que fuera banquero parecía indicar que el asunto tenía también un componente financiero. Si todo era legal y podía sacar algún beneficio económico, les seguiría el juego.

—¿Podría darme más detalles, señor Hürlimann? —inquirió.

—¿Se lo cuenta usted o prefiere que lo haga yo? —le preguntó el suizo a Usso Apury.

—Si le parece bien, prefiero hacerlo yo —contestó el monje, inclinándose con humildad.

—Como usted quiera —replicó Hürlimann, moviendo las manos en un gesto complaciente.

El monje le dio las gracias con un movimiento de cabeza.

—Herman De Vries comerciaba con té y viajó a menudo a Estambul. Allí entabló negocios con una familia sefardí de origen griego. Gracias a ellos y a sus contactos, logró amasar un patrimonio nada desdeñable en un banco de la ciudad. En diciembre de mil novecientos treinta y nueve sacó todo su capital y se lo llevó en un maletín. En enero de mil novecientos cuarenta obtuvo un visado para Suiza, donde depositó el dinero en otro banco, el Basler Getreidebank. Herman De Vries memorizó el código. Y la contraseña.

El monje volvió a inclinar la cabeza, a modo de conclusión.

Se trataba, pues, del patrimonio del abuelo. Joop sabía por su madre que el dinero había desaparecido durante la guerra, pero se le antojaba imposible que Usso Apury hubiera descubierto lo que durante todo aquel tiempo había permanecido oculto para su madre (y para su padre, que también había intentado localizarlo).

Tomó la palabra Hürlimann.

—Linda De Vries se encontró con que el Basler Getreidebank ya no existía, y al final dio conmigo. En mil novecientos cincuenta y nueve, el Basler Getreidebank file absorbido por el SHB. En un principio, nuestro departamento de atención al cliente se mostró más bien reacio a... a la solicitud de información de la señora De Vries. Por desgracia, los bancos suizos, al establecer su reglamento interno, no contemplaron los casos de reencarnación, lo cual, por otra parte, es bastante comprensible. Transcurrió un tiempo antes de que se diera curso apropiado a las cartas de nuestra dienta.

—Un tiempo no, medio año —lo interrumpió Linda.

—Tiene usted toda la razón, pero no olvide que el caso que se nos

planteaba era excepcional. Muy excepcional. Tal vez único.

—Yo supe enseguida que la historia del maestro era verdad —manifestó Linda—. Hasta en los más mínimos detalles. Y si eso era así, también tenía que ser cierto el dato del viaje a Basilea.

Joop necesitaba concentrarse. Se aclaró la voz.

—¿Y ese número... y esa contraseña... eran correctos? —preguntó.

—Su abuelo abrió una cuenta anónima, con un código —explicó Hürlimann—. Esas cuentas van asociadas a una contraseña. Y efectivamente, ambos números eran correctos.

—¿De dónde procede el dinero? —quiso saber Joop.

—Según parece, su abuelo lo ganó con sus negocios. Como usted sabrá, en mi país se está realizando un estudio pormenorizado sobre los bienes judíos depositados en bancos suizos antes y durante la Segunda Guerra Mundial. La cuenta codificada de su abuelo también figuraba en la lista, pero no logramos adjudicarla a nadie en concreto. En circunstancias normales, el anonimato se considera una ventaja, pero si le ocurre algo al titular, resulta prácticamente imposible localizar al beneficiario de la cuenta.

Joop observó al monje, que seguía inmóvil, absorto en su té. No podía penetrar en el cráneo de Usso. El mundo estaba repleto de sinrazón, pero desde luego aquello era el colmo, al menos de momento.

Joop vaciló, porque la pregunta que iba a formular era una muestra de locura llevada a su último extremo.

—¿Así que... soy el heredero del señor Apury?

—En efecto —asintió Hürlimann—, aunque las cosas se complican un poco. El señor Usso Apury es su abuelo, o eso dice, y en realidad le correspondería a él retirar el dinero de la cuenta. Pero... —añadió, comenzando a gesticular mucho— esta clase de situación no está tipificada, y no sabemos cómo justificarla desde el punto de vista legal. De modo que el dinero es suyo. Como beneficiario legítimo.

—Como beneficiario legítimo —repitió Joop, incapaz de enmarcar la escena en una realidad ordenada de forma racional.

Pero ¿acaso no estaba su mundo trastocado desde el 22 de diciembre? ¿No se le había escurrido de las manos todo aquello en lo que había confiado razonablemente?

—Y, usted, ¿qué opina de todo esto? —preguntó Joop, dirigiéndose al monje.

—Soy su abuelo —contestó Apury—, y al mismo tiempo no lo soy. En cierto sentido soy la continuación de Herman De Vries, pero a la vez soy mi propio comienzo. No tengo derecho a ese dinero.

—¿Qué hago? —le preguntó Joop a Linda en neerlandés, con una mirada llena de desesperación.

Ella le sonrió con ternura.

—Lo que quieras. Acéptalo. No lo pienses. Es un milagro. Eso sí, me encantaría que a partir de ahora adoptaras conmigo una actitud un poco menos escéptica. Pero es tu dinero. Estás en tu derecho.

—¿Tú lo entiendes? —susurró él.

—No. Pero tampoco hace falta. Lo creo. Ya habrá tiempo para comprenderlo.

A Joop le zumbaban los oídos, pero asintió.

—¿Y ahora qué? —inquirió.

—Tengo aquí los papeles —dijo Hürlimann—. Fírmelos y el dinero es suyo.

Joop hizo un gesto afirmativo con la cabeza y volvió a dirigirse en neerlandés a Linda.

—¿Es una broma? ¿Hay una cámara oculta en algún lado o algo así?

—El mundo está lleno de cámaras ocultas —observó Linda—, pero esto es real.

—Debo pedirle que firme un acuerdo de confidencialidad. El equipo directivo del banco presta su colaboración a cambio de una total y absoluta discreción. No quiere de ningún modo que esta operación se vea reflejada en la prensa. Las consecuencias serían inmensas. Imagínese la que se nos caería encima si de repente nos encontráramos con miles de casos de reencarnación. Siento tener que pedirle que firme el acuerdo.

—Bien —dijo Joop.

¿Tenía algo que perder? El dinero desaparecido de su abuelo.

—Firmar los documentos le costará unos diez minutos —precisó Hürlimann—. Si lo prefiere, puede llevárselos y devolverlos firmados.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —articuló Joop con dificultad, en un intento por hacerse una idea concreta de su nueva situación.

—En mil novecientos cuarenta, cuando fue a Basilea, su abuelo ingresó una cantidad equivalente a ciento cincuenta mil dólares.

—¿Tanto? —preguntó Joop con voz alterada.

—Tanto —confirmó Hürlimann—. Y el patrimonio actual, incluidos los intereses de los últimos sesenta años, asciende a algo más de dos millones de dólares.

Joop miró a Linda.

—¿Me dejas pasar un momento? —le preguntó.

Linda había imaginado que la noticia haría estallar de alegría a Joop, pero él no tenía fuerzas para reaccionar de ninguna manera. Se levantó, se deslizó por el banco y, pasando por entre las mesas, se dirigió a zancadas a los lavabos, que estaban al fondo de la cafetería. Empujó con el hombro las hojas batientes, tiró de la puerta de uno de los retretes, se inclinó sobre el inodoro y vomitó. Expulsó el desayuno

desde lo más profundo de sus entrañas, notó una secreción ácida en el esófago y en la garganta, vio que por la mañana no había masticado bien —trozos de pan y salmón ahumado no digeridos salpicaban el fondo de la taza—, y sintió que algo en su cuerpo agradecía esa descarga, que también parecía vaciarle la cabeza. Una purga, una liberación.

Se lavó las manos, se limpió la boca con un pedazo de papel y regresó a la mesa, aparentemente calmado. Pero la calma de Joop era como la que reina en el ojo de un huracán. Le temblaban las manos y las piernas.

Linda se puso en pie.

—Estás pálido, Joop.

—No me encontraba muy bien. Ya estoy mejor.

—Pediré un vaso de agua.

—Sí, gracias.

Linda fue a llamar a una camarera. Al sentarse, Joop se percató de que no estaba el monje.

—El señor Apury le pide disculpas —aclaró el banquero—. Se ha ido.

Linda regresó y se sentó junto a Joop.

—¿Se ha ido Usso? —le preguntó él, señalando con la cabeza el lugar donde había estado el monje.

—Se... se ha dado cuenta de que estabas pasándolo mal. Siente mucha pena por haber provocado esta situación.

—¿Pena? No hay motivo para que sienta pena. ¿Cuánto tengo que pagarle?

—Yo ahí no me meto, Joop.

—¿El diez por ciento? ¿Una especie de recompensa por haber encontrado el patrimonio perdido? Aunque una recompensa no sé si es lo más indicado. Se trata poco menos que de su propio dinero. ¿O debería dárselo todo?

—Piénsalo. No hace falta que lo decidas ahora.

Hürlimann depositó los papeles sobre la mesa. En la primera página destacaba el logotipo rojo del banco, seguido de un texto mecanografiado. El banquero lo señaló con el dedo y pasó tres páginas. El nombre de Joop ya aparecía debajo de una línea de puntos; sólo faltaba su firma.

—Este es el documento en el que dejamos constancia de sus datos personales. ¿Lleva encima el carnet de identidad?

—El permiso de conducir.

Hürlimann apartó esos primeros folios y cogió otros.

—Este impreso le permitirá abrir una cuenta nueva en nuestro banco. —También lo apartó—. Este otro es para que usted dé su autorización, a fin de que el dinero de su abuelo sea transferido a su

nueva cuenta. Este otro es el acuerdo de confidencialidad. Y en este último usted reconoce sus derechos sobre la cuenta de su abuelo.

—¿Cuál era la contraseña? —preguntó Joop.

—Miriam —respondió Hürlimann—, que, si lo he entendido bien, era el nombre de su madre.

—Su segundo nombre —murmuró Joop—. Claro... Miriam.

No alcanzaba a comprender nada del mundo anterior en el que había vivido. Se había perdido en el mundo de Linda. Indología. Aromaterapia. Siempre le había inspirado una profunda aversión, pero ahora todo era distinto.

—¿Me permite su carnet de conducir? —preguntó el suizo.

Joop se lo tendió en silencio y Hürlimann anotó el número.

—¿Y tú, Linda? —preguntó Joop, inclinándose hacia ella—. También quiero darte algo a ti.

Linda negó con la cabeza.

—No quiero nada. Si deseas dar algo, prefiero que lo dones al monasterio.

—¿De verdad?

—Cariño... —dijo con ternura, mientras le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano. Sus ojos irradiaban amor y preocupación.

Volvió a sonar el teléfono de Joop.

—¿Dígame?

—¿Señor Koopman? —preguntó una voz desconocida con acento extranjero.

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Me llamo Samir —contestó—. Ornar me pidió que buscáramos un nombre para usted. Ya lo tenemos.

—¿Lo tienen? ¿De verdad?

Joop lanzó una mirada nerviosa en dirección a Linda, que lo contemplaba inquisitiva.

—De verdad. Tenemos todos los datos, señor Koopman. ¿Se pasa por aquí o se lo cuento ahora mismo?

—Cuéntemelo... Un momento, por favor —se disculpó. Se enderezó. Tenía que actuar con decisión. Ser fuerte—. Necesito un folio —le urgió a Hürlimann con gesto impaciente—. Y un bolígrafo.

El suizo abrió su maletín y dejó sobre la mesa papel y bolígrafo. Una hoja en blanco.

—Sí, dígame —prosiguió Joop.

—Aquella noche sólo se realizó una intervención. Así que no ha sido muy difícil. Además, las medidas de seguridad con las que protegen sus ordenadores son fáciles de burlar.

Joop logró identificar el acento: Oriente Medio. Árabe o persa. Una pandilla de jóvenes *hackers* árabes. Inmigrantes. Tal vez jóvenes palestinos. Había oído decir que éstos trabajaban activamente en la

red.

—La operación tuvo lugar en Atlanta. A las siete y media de la mañana. La persona que recibió el corazón es una joven de diecinueve años. Alia Abbasi.

—Repítamelo —le pidió Joop.

—Alia... Abbasi.

Joop lo apuntó.

—¿Qué nombre es ése?

—Alia es árabe. En cuanto a Abbasi... ni idea, pero también suena a árabe.

—¿Tiene una dirección?

—Vive en París. Francia.

—¿París, Francia?

—Sí.

Así que aquella misma noche la trasladaron al otro lado del océano. A la sala de operaciones de Atlanta, porque ese destino se hallaba dentro del radio admitido para el traslado del corazón. Una joven que vivía en Francia. Una muchacha árabe de París. Joop conocía a alguien que había estado en París hacía poco, pero no se acordaba de quién era.

—¿Tiene la dirección exacta?

—Sí, la tengo. Tres... tres... Rue... Rabelais —dijo Samir deformando la pronunciación—. ¿Quiere que se lo deletree?

—No. Ya lo he anotado. Se lo repito, el número treinta y tres de la Rue Rabelais.

—Correcto. ¿Le doy el código postal?

—Sí.

—Siete... cinco... cero... cero... ocho... París, Francia.

—Ya está. Samir, me gustaría recompensarle.

—No es necesario. Lo hacemos gratis... por tratarse de una buena causa. Ganamos suficiente dinero, señor Koopman.

—Samir... ¿qué tipo de nombre es ése?

—Es árabe. Somos palestinos. Llegamos hace seis años del Líbano. Hemos tenido suerte.

—Muchas gracias, Samir, de verdad.

—No hay de qué.

El joven cortó la comunicación. Joop ya tenía el nombre. Alia La muchacha con el corazón de Miriam. Y sabía dónde vivía. Alia Llamaría a Air France para reservar una plaza en el primer vuelo a París, aunque no tenía la menor idea de lo que iba a hacer allí, pero debía ir. Además, su nueva situación económica se lo permitía. De pronto, era un hombre acaudalado, como lo había sido Herman De Vries en su época.

Joop dirigió una mirada de disculpa hacia Linda y Hürlimann.

—Era importante. Lo siento. ¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Firmar?

—Si usted quiere —respondió el suizo.

El banquero hojeó los documentos e indicó dónde debía firmar; Joop estampó seis veces su firma, a ciegas, con pulso trémulo.

—Muy bien —concluyó Hürlimann—. ¿Puedo felicitarlo?

Linda, exultante, apretó con ambas manos el brazo de Joop.

—¡Joop! ¡Joop! ¿No te dije que era algo bueno? ¿Qué iba a suceder algo maravilloso?

—Sí —asintió.

Hürlimann abrió su maletín e introdujo los documentos.

Joop alzó los ojos y vio que Philip estaba contemplándolo desde la entrada de la cafetería. La locura del momento culminó en una alucinación. Bajó de inmediato la mirada y escuchó cómo el suizo le explicaba el procedimiento que seguirían: el dinero sería transferido a la cuenta de Joop en Basilea y convendría tomarse un tiempo para decidir si sería oportuno traspasarlo a Estados Unidos.

Joop volvió a mirar hacia la puerta. Philip continuaba en el mismo sitio que antes. Vestía pantalón vaquero, una desgastada cazadora de aviador color marrón, cubierta de gotas de lluvia, y brillantes zapatos recién lustrados. No podía ser que Philip estuviese allí. No sabía que él estaba en San Francisco. Joop veía fantasmas.

Con un gesto de cabeza, Philip le indicó que se dirigiera a los lavabos y, acto seguido, se desplazó hacia el fondo del local.

—¿Me permites, Linda? —preguntó Joop, al tiempo que se levantaba.

Ella se puso en pie para dejarle paso. Philip estaba entrando por la puerta que daba acceso a los aseos.

—¿No pensarás irte ahora? —inquirió Linda.

—Voy un momento al servicio —contestó.

Joop se apresuró por entre las mesas, consternado. Lo habían seguido. Esa era la única explicación posible. Lo habían vigilado desde el principio.

Philip estaba lavándose las manos y, cuando entró Joop, levantó la vista.

—Lávate las manos tú también —le ordenó.

Joop obedeció, se colocó delante del otro lavabo, abrió el grifo y preguntó:

—¿Cómo me has localizado?

—¡Sabías que estábamos vigilando a Ornar! Vimos que subías a su furgoneta y nos pusimos manos a la obra. Hemos tenido que movilizar a más gente para no perderte de vista durante tu ridícula aventura. Pero luego nos hemos dicho: «Donde menos se piensa, salta el conejo.»

—Salta la liebre —corrigió Joop.

—Joop, estás jugando con fuego. No tienes ni la más remota idea de lo que está ocurriendo. —Pulsó el botón del secador y mantuvo las manos mojadas debajo del aire caliente. El aparato hacía un ruido infernal. Philip se vio obligado a alzar la voz—. Espera diez segundos aquí después de que yo salga. Dentro de quince minutos nos vemos en la habitación setecientos treinta del St. Francis. Llama tres veces a la puerta. Pero no vayas directamente. Cuando abandones la cafetería, gira a la derecha, da la vuelta a la manzana y dirígete después al hotel.

Joop se sentía amenazado.

—¿Qué es lo que sabes de mí? —preguntó con recelo.

—Demasiado poco. Ahora nos vemos.

24

JOOP se despidió del banquero, besó a Linda y le dijo que estaría de regreso en el hotel al cabo de una hora. Sugirió que fueran los tres juntos a almorzar, pero Hürlimann declinó la invitación. Después, Joop inició su vuelta alrededor de la manzana, bajo la lluvia.

¿Cuántos despropósitos podía asimilar un ser humano en una hora? Había recuperado el patrimonio de su abuelo y el corazón de Miriam. Linda tenía razón. Era un milagro. Pero a Joop los milagros le infundían miedo.

Cuando dobló la esquina que daba a la cafetería, aún tuvo tiempo de ver cómo Linda y Hürlimann subían a un taxi. Luego se dirigió al St. Francis, en la esquina de Union Square con Powell Street, un hotel con más de mil habitaciones en un impresionante inmueble de 1904. Sin pasar por recepción, Joop cogió el ascensor hasta la séptima planta. Llamó tres veces y la puerta se abrió. Philip se había quitado la cazadora. Llevaba una camisa a cuadros encima de una camiseta blanca que asomaba por debajo del cuello abierto.

La habitación era igual de lujosa que la del Fairmont. Sobre la mesa había una cajetilla de Marlboro, y en el cenicero, una colilla aplastada junto a un filtro suelto.

—Me debes una explicación —dijo Joop.

Philip se sentó.

—Lo mismo digo yo.

—No. Basta ya de bromas. Me la has pegado.

—Y tú has corrido unos riesgos desmedidos. Me pregunto si estás bien de la cabeza.

Joop se dejó caer en una silla.

—¡Mira quién habla! ¿Riesgos? ¿Y tú te atreves a hablarme de riesgos? ¡Eres tú el que me expone a ellos! ¡Eres un cabrón!

—Baja un poco la voz, por favor. Pueden oírte desde el pasillo.

—¿Así que me habéis seguido?

—Sí. La verdad es que fue interesante ver cómo te ibas de excursión con él.

—No me fui de excursión con él. Me trajo hasta aquí. Eso es todo.

—Nunca nada es todo. Yo puse mis cartas sobre la mesa. Desde el principio. Te advertí que mientras respetaras las normas todo iría bien. Pero si empiezas a actuar por tu cuenta, haciéndote el héroe, nos pones en peligro a todos.

—Te equivocas. Tu sujeto no es un ciudadano ejemplar, pero tampoco un malvado.

Omar había matado a alguien en una explosión, pero, pese a ello,

Joop estaba dispuesto a defenderlo. Gracias a él, disponía del nombre de la chica que vivía con el corazón de Miriam.

—Alia Abbasi —pronunció Philip, con los ojos fijos en Joop.

—¿Alia Abbasi? —repitió Joop.

¿La conocía Philip? Sin perder de vista a su interlocutor, Philip se inclinó hacia el paquete de tabaco, sacó un cigarrillo y arrancó el filtro.

—Me espiáis —concluyó Joop.

—Cuando nos dimos cuenta de que no utilizabas nuestro teléfono, manipulamos el tuyo.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Eso no importa. Hemos interceptado tus conversaciones telefónicas. Has ido demasiado lejos, Joop. No te imaginas la que has podido organizar. —Philip continuaba mirándolo fijamente—. ¿Quién te ha llamado? —le preguntó tras encender el cigarrillo.

Joop era consciente de que no tenía sentido oponer resistencia, puesto que jamás lograría acercarse a la chica sin la colaboración de Philip, que podía bloquear o agilizar todo el proceso. Era un hombre poderoso.

—Unos fanáticos de Internet. *Hackers*. Los de la organización se negaban a facilitarme el nombre, y han entrado en su ordenador.

Philip apartó la mirada y se dedicó a examinar la habitación, como si estuviera tomando las medidas.

—Tendría que habértelo dicho —reconoció—. Lo de la chica. Pero tomé por supuesto...

—Di por supuesto —lo interrumpió Joop.

—Di por supuesto que no querías saber nada del tema. La conozco, Joop.

—¿Qué es lo que sabes, Philip? ¿Qué diablos pasó aquel día?

Philip irguió el cuerpo y volvió a mirarlo a la cara. Su rostro había adquirido una expresión atormentada.

—Aquel día... aquella tarde... cuando quedó claro que ya no había ninguna esperanza, hice una llamada de teléfono. Conocía a alguien que estaba en lista de espera. La hija de... de uno de mis colaboradores. Le conté lo de Miriam y se realizaron los trámites. ¿Debería habértelo dicho enseguida? Pues sí. Ahora veo que sí. Ahora me doy cuenta de que deseabas saberlo. En aquel momento lo ignoraba. Quería ayudar a esa persona que colabora conmigo. A su hija. Lo siento. —Se inclinó hacia delante—. Joop, lo siento de verdad —prosiguió—. Si hubiera sabido que habías cambiado la idea...

—De idea —rectificó Joop.

—Te pido disculpas.

—Tenías que habérmelo dicho. En el acto... aquel mismo día.

—Ya lo sé. Pero también había que sopesar otras consideraciones.

—¡No hay más consideraciones que las humanas! —gritó Joop.

Se reclinó en la silla, exhausto, inmensamente rico e inmensamente pobre a la vez.

—Hace un rato, cuando te escuchábamos, cuando hemos oído el nombre de la chica… se nos encendieron todas las luces de alarma —admitió Philip, con la mano apoyada en la mesa—. Ella tenía un problema de corazón… y le prometimos a su padre que lo ayudaríamos a encontrar un donante. Y que pagaríamos el trasplante. El padre es imprescindible para nosotros. Y, por tanto, ella también.

—¿Dónde vive?

—En Maine. En la costa Este.

A esas alturas, ¿tenía importancia realmente que Philip hubiera ocultado el nombre de la chica? Era cierto que debía habérselo contado antes, pero, por otra parte, Joop nunca le había dicho que quería localizar al destinatario del corazón de su hija.

—Philip, quiero conocerla.

—¿Por qué?

—Quiero verla.

—¿Por qué? —repitió.

—¡Porque sí! ¡Me reservo el derecho de guardar mis razones para mí!

Philip asintió y tragó saliva.

—Veré qué puedo hacer —prometió.

—Por cierto, lo que acabas de decir de Maine es mentira. En realidad, no tienes ningún interés en ayudarme. Lo único que te mueve son tus propias quimeras y tu manía persecutoria.

—Joop, te aseguro que la chica vive en Maine.

—A mí ya no me engañas. Vive en París.

—Que no, Joop.

—Lo dice el ordenador.

—Me da igual lo que diga el ordenador, Joop, pero te aseguro que no es correcto.

—¡Pero si vive en el número treinta y tres de la rue Rabelais!

—Sí, lo sé.

—¿Cómo que lo sabes, si acabas de decirme todo lo contrario?

—Sé que ésa es la dirección que tienen registrada, pero ella no vive allí.

—Entonces, ¿qué es lo que hay allí?

—Es una casa franca. Para uso nuestro. En el número tres se encuentra nuestra embajada.

Philip estaba mintiendo. Joop tenía la prueba. Recordó que Danny había comprado tabaco en una tienda libre de impuestos del aeropuerto Charles de Gaulle. Durante su primera cita con Joop en la habitación del motel, Philip se quedó sin cigarrillos y Danny le acercó

un cartón de Marlboro en una bolsa de plástico del aeropuerto. Recordaba que el joven israelí llevaba un chándal de color verde oscuro, de Adidas. Era imposible que Philip hiciera escala en París por casualidad, porque los demás vuelos estuvieran completos; en el mundo de Philip nada era fortuito.

—¿Por qué fuiste a París?

—¿Cuándo? —preguntó Philip.

—Cuando te vi por primera vez. Danny te dio un cartón de tabaco en una bolsa de plástico del aeropuerto de París.

Philip se rió por lo bajo.

—A que al final tengo razón… Eres un agente nato. Pero tu conclusión no vale. Vuelo casi siempre vía París porque en esa ciudad tenemos una oficina importante. No fui a ver a la chica. Ella no está allí, Joop, créeme, vive en otro sitio.

—¿Puedes decirme dónde?

—Ese es un secreto de Estado —susurró Philip, como si la habitación estuviera llena de gente—. Está bien, voy a contártelo. Pero te advierto muy seriamente que si esto llega a oídos de terceros, serás castigado. Es motivo de una sanción severa. ¿Me has entendido?

—¿Qué piensas venderme ahora?

—Abbasi es un nombre falso. Su verdadero nombre es Nuri, Alia Nuri. Su padre se llama Hussein Nuri.

Philip se quedó mirándolo fijamente.

—¿Y qué? ¿Quién es Hussein Nuri? —quiso saber Joop.

—Un iraní. Trabajaba para los servicios secretos de Irán. Se encargaba de las relaciones con Hezbolá, nuestros vecinos islamistas del norte. Tememos que, a la larga, esa organización libanesa se convierta en nuestra principal amenaza. Los iraníes ya han introducido en el Líbano miles de misiles de corto alcance. Con ellos pueden atacar todo el norte de Israel. Están infiltrándose en Siria, aunque todo el mundo crea que los sirios les cortan las alas, pero nada más lejos de la verdad. Intentamos por todos los medios recabar información sobre esa gente. Logramos convencer a Nuri para que se pasase a nuestro bando. Con su mujer y sus hijos. Le proporcionamos una nueva identidad y le prometimos que ayudaríamos a su hija. ¿Me comprendes ahora?

—No, no comprendo nada. ¿Qué tienes que ver con la muerte de Miriam?

—Por favor, Joop, ¿has perdido la cabeza? ¿Cómo se te ocurre preguntarme eso? ¡No te vuelvas paranoico!

—¿Por qué estabas en el hospital aquel día?

—¡Dios mío! ¡Porque estaba contigo! ¡Para apoyarte! ¡No para asesinar a tu hija y quedarme con su corazón! ¡Somos capaces de hacer muchas cosas, pero no cometemos monstruosidades de esa

magnitud!

Joop creía a Philip. Quería creerlo. No le quedaba otra opción.

—Sólo realicé esa llamada telefónica cuando estuvo totalmente claro que Miriam no podía salvarse. Y porque era del mismo grupo sanguíneo que Alia. Conseguí que pusieran a la hija de Nuri en el primer puesto de la lista. La trasladaron de inmediato a Atlanta.

—¿Dónde vive? —preguntó Joop.

—En Portland, Maine. ¿Qué quieres de ella, Joop?

Joop no sabía qué era lo que quería. Deseaba verla. Una chica. Una chica viva.

—¿Es cierto que tiene diecinueve años? ¿Ese dato es correcto?

—Sí.

—¿Cómo es? ¿La conoces?

—Sí, la conozco. Tiene... tiene toda una vida por delante. No se la destroces, Joop.

Joop negó con la cabeza. No tenía intención de destrozar nada. Lo único que quería era verla respirar, oír el latido de su corazón. Aunque eso era imposible. Para ello debería tomarle el pulso, posar la mano sobre la cicatriz de su tórax. No, eso no. Sólo deseaba contemplarla. En realidad no quería nada más.

—Háblame de ese sujeto —le rogó Philip.

—No sé nada. Sólo me ha contado historias de su juventud.

—No seas tan escueto, por favor. ¿Me concedes una hora más? Me gustaría que trataras de recordar todo lo que puedas. Las palabras exactas. Y la furgoneta... ¿Por qué una furgoneta? Mientras tomabais algo en el restaurante mexicano, aprovechamos para echar un rápido vistazo a la parte trasera del vehículo. Pero no nos dio tiempo de abrir la puerta, aparte de que nos pareció demasiado arriesgado. Cajas. Cinco cajas. ¿Qué había dentro? ¿Lo sabes?

—No. Ni idea. Había comprado algunos libros. Eso es todo lo que sé.

—¿Qué libros?

—Sobre el puente. El Golden Gate. Tres libros.

—¿Tres libros? ¿Sobre el Golden Gate?

—Sí. ¿Por qué me miras así?

Philip se deslizó en la silla y se inclinó hacia él todo lo que pudo, concentrado, enfrascado en unos pensamientos que Joop no lograba adivinar.

—¿Te dijo algo al respecto?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Joop, inquieto.

—¿Recuerdas los títulos?

—Uno de ellos. Lo conocía. ¿Crees que...? ¡Philip, es un dato totalmente inofensivo! Un hombre que compra unos libros sobre el Golden Gate... ¡Yo hice lo mismo hace unos años!

—Joop, apenas sabe leer.
—Es un tipo amable. Brusco, pero sin maldad alguna.
Por no decir cariñoso. Cuando Joop le relató su historia, Ornar lo escuchó en silencio, claramente conmovido. Se quedó observándolo bajo el reflejo de la suave luz verde del salpicadero, las manchas luminosas que el furgón proyectaba sobre la autopista, las rojas luces traseras de los coches que iban delante de ellos, las intensas luces largas de los vehículos que circulaban en sentido opuesto. Joop se lo contó todo acerca de Miriam. Y al final, Omar le dijo:
—Si lo he entendido bien, lo que quieres es que los *hackers* entren en ese ordenador.
—Eso es. Estoy dispuesto a pagar cinco mil dólares.
En aquel entonces no disponía de tanto dinero, pero los últimos acontecimientos lo habían convertido en un hombre pudiente.
—Por lo visto, esos chicos son unos genios —le reveló Ornar—. Consiguen entrar en cualquier ordenador. En el Pentágono, donde sea. Pero se trata de un delito, Joop. Es algo que un tipo íntegro como tú debe tener muy claro.
—Sí, lo comprendo.
—¿Y qué harás cuando te enteres?
—Nada. Sólo quiero el nombre.
—¿No irás a cometer ninguna tontería? —preguntó Ornar.
—¿Qué iba a hacer? ¿Quitarle el corazón? No. Sólo quiero... quizá charlar un rato con la persona que... que siente los latidos del corazón de mi hija.
—Vaya, qué curioso. Nunca me había parado a pensarlo
—dijo Ornar.
De pronto, las cavilaciones de Joop se vieron interrumpidas. Cuando vio que Philip se ponía en pie, fue tras él y lo agarró del brazo.
—¿Qué vas a hacer con ese tipo? —preguntó.
—No lo sé. Pero desde el momento en que uno sabe algo, carga con la responsabilidad. Yo sé algo y, por tanto, debo actuar.
—¿Qué vas a hacer? ¡Él me ha ayudado, Philip! ¡Ten compasión!
—¿Quiénes son esos *hackers*? ¿Los expertos de Internet de la empresa virtual?
—Sí.
—Creo que no eres muy listo, Joop.
—¿Qué quieres decir? —reaccionó, confuso, preguntándose qué detalle se le había escapado en esa ocasión.
—Los *hackers* han encontrado la dirección de la rue Rabelais, la calle de nuestra embajada. Ese descubrimiento establece un vínculo entre tú, la chica y nosotros. ¿Te das cuenta?
—¿Y ahora qué hacemos? —Al fin, Joop soltó a Philip,

plenamente consciente del riesgo que había corrido—. ¿Qué vas a hacer con Ornar?

—Me temo que no volverás a tener noticias del señor Van Lieshout.

Joop prefería no profundizar en el significado de aquellas palabras.

—¿Podré verla? —preguntó—. ¿Puedes hacerme ese favor, Philip?

TERCERA PARTE

1

UNAS cuarenta y ocho horas más tarde, un taxi dejó a Joop en su casa. El vuelo desde Portland, Maine, de donde había salido al mediodía, hasta Los Ángeles, pasando por Nueva York, había durado más de siete horas, pero debido a la diferencia horaria, ya a las siete Joop pudo depositar su bolsa de viaje en el oscuro vestíbulo. Sólo había luz en la cocina.

Erroll se asomó, sonriente, por el vano de la puerta.

—¡Señor Koopman! ¡Bienvenido a casa! ¿Ha tenido un buen viaje?

—Sí… muy bueno, sí.

—¿Ha ido todo bien en San Francisco?

Erroll no sabía que había estado en Portland, así que le contestó:

—Sí, todo ha ido bien.

—¿Le apetece tomar algo? ¿Un té?

Joop estaba cansado y no tenía ganas de conversar con nadie, pero se alegraba de no estar solo.

—Sí, creo que me vendrá bien.

—Siéntese. He guardado los periódicos.

—Te lo agradezco.

Joop siguió a Erroll a la cocina. La encimera estaba impoluta; sobre la mesa había una pila de periódicos ordenados meticulosamente.

—¿Ha conseguido divertirse un poco, señor?

—No —contestó secamente.

—¿No? Pues es una lástima. Yo he trabajado mucho en mi investigación. Creo que ya lo tengo todo.

—¿A qué te refieres?

De espaldas a Joop, Erroll llenó de agua la tetera.

—A qué… No se enfade, pero creo que he descubierto cosas… sobre Miriam.

Joop notó cómo la obsesión de Erroll desataba en él una repugnancia incontenible, una cólera asfixiante.

—¡No quiero saber nada! —estalló—. ¡No quiero volver a hablar del tema nunca más! ¿Entendido? Se acabó. ¡Basta de intentos de comprensión! ¡De tonterías! ¡De descubrimientos! ¡Déjalo ya de una vez!

Erroll se dio la vuelta con la tetera en la mano, y lo miró, asustado.

—Señor Koopman, lo siento, sólo… sólo pretendía ayudarlo. Ahora conozco algunos detalles que antes ignoraba. No quiero que

sufra. Lo único que he hecho es… ahondar un poco. Nada más. Lo siento.

Erroll bajó la cabeza y, enseguida, Joop se arrepintió de su exabrupto.

—God, no tendría que haber reaccionado de esa manera. Estoy cansado… agotado. Retiro mis palabras. Cierra ese grifo, anda. ¿Se trata de algo que tienes que contarme sin falta?

Erroll se giró hacia la encimera.

—No, si usted no lo desea —respondió.

—No sé si quiero oírlo.

—Lo entiendo. Quizá más adelante, cuando esté preparado para ello. Dentro de un año o así.

—¿Qué es lo que has descubierto? —preguntó Joop, indulgente.

—He investigado algunas cosas.

—¿Investigado?

—Sí.

—¿Qué cosas?

—Cosas sobre el mundo. Sobre cómo funciona.

—¿Lo has aprendido de los judíos?

—No —replicó Erroll por encima del hombro—. No tiene nada que ver con ellos. He leído. He ido a ver a los… los implicados. Las circunstancias. He estado en la biblioteca. Toda una investigación.

—¿Las circunstancias? —preguntó Joop.

—El cúmulo de circunstancias, señor.

—¿Y puedes explicarme todo eso verbalmente?

—Sí. Pero lo tengo también por escrito. Puede leerlo si quiere.

2

ERAN las diez de la noche cuando Joop y Erroll salieron de casa. Caminaron en silencio hasta el final de Superba Avenue y tomaron el camino más corto hacia la playa. No llovía; hacía una temperatura agradable.

Por el tenebroso carril de hormigón transitaba un puñado de corredores y ciclistas intrépidos. La miríada de luces de la dudad sugería calor, animadas tertulias, concurridos restaurantes, acogedores cuartos de estar y salas de cine llenas de risas, en tanto que en la placidez de la playa se oía tan sólo el océano, negro como el azabache, que se extendía medio dormido más allá de la arena. Joop llevaba la mochila rosa, que lo protegía como el espaldar de una armadura, con la cartera, el teléfono y la libreta de notas. Al cabo de un cuarto de hora, Erroll rompió el silencio.

—¿Cómo le va con su amiga Linda?

—Mal, God.

—¡Qué lástima, señor! A mí... me caía bien.

—Y a mí, pero me he equivocado.

—¿Se ha equivocado? ¡Cuánto lo siento, señor!

En la playa, las personas sin hogar se preparaban para pasar la noche. Estaban cubriendo con trapos algunas instalaciones del parque infantil para convertirlas en improvisadas tiendas de campaña.

Joop escuchaba atentamente el pausado ritmo de las olas, en las que se habían diluido los restos de Miriam.

—Linda descubrió algo —explicó—. O mejor dicho, lo descubrió un suizo. Un banquero. Dinero de mi abuelo. Ese suizo, que en un principio no debía de tener malas intenciones, buscó a la familia de mi abuelo y, puesto que yo ya no estoy registrado en Holanda, encontró... sólo a Linda. Urdieron un plan. Un plan genial. Creo que en realidad fue idea de Linda. Un buen tema para un guión. Me han estafado. Han transferido el dinero de mi abuelo a las Antillas y desde allí a otros bancos. Aunque desde el punto de vista técnico, el término «estafar» no es correcto.

—Pero ella... parecía una mujer sincera. ¿Lo sabe el monje?

—Lo más probable es que él también nos haya engañado, God. Los monjes tibetanos no se llaman Usso Apury. Supongo que era un nombre falso.

—Todo esto me huele a delito.

—Quizá lo sea. Me da la sensación de que durante todos estos años Linda me ha odiado.

—Pero ¿por qué?

—Mis padres la expulsaron de Holanda, y ella sabía que yo no la había defendido, para protegerme a mí mismo. Y porque pensé que también era lo mejor para ella. Pero quizá tendría que haber salido en su defensa.

—Linda le tenía mucho cariño a usted.

—¿Tú crees? Yo ya no sé qué pensar. Estoy confuso.

—¿Se trataba de mucho dinero?

—Muchísimo.

—¿Y todo esto lo ha descubierto usted en San Francisco?

—Me he enterado esta mañana a primera hora. Ayer Linda desapareció de repente. Se marchó del hotel en que se alojaba sin dejar ninguna nota, y empecé a… a sospechar. Un amigo mío judío reconstruyó la historia. Le llevó menos de media hora. Tras unas cuantas llamadas telefónicas, lo vio todo claro.

Resulta que el suizo ya no es banquero. Dimitió súbitamente hace un mes. Creo que Linda está liada con él. Me mandaron firmar unos papeles que jamás debería haber firmado, documentos auténticos en los que me comprometía a renunciar al dinero. Aprovecharé esta experiencia para escribir un guión, te lo prometo. Así que para algo me ha servido.

—El monje decía cosas sabias.

—¿Tú crees? Quizá sea monje de verdad, pero en el avión he jugado un poco con las letras de su nombre. Me da la impresión de que Usso Apury es un anagrama.

—¿Un anagrama? ¿De qué, señor?

—De *Upyour ass*, es decir, «por el culo».

—Lo siento —dijo Erroll medio riéndose.

—Haces bien en reírte —admitió Joop, esbozando también una sonrisa—. Por cierto, he vuelto a escribir, God.

—¡No sabe cuánto me alegro, señor! Cuenta usted con todo mi apoyo. El hombre no existiría si no fuese por los relatos y los cuentos. ¿Puedo cogerle un momento la mano?

—Claro. —Joop notó cómo los fuertes dedos de Erroll envolvían su mano indecisa—. God, ¿te das cuenta de que ni siquiera sé de dónde eres?

—Ya se lo he dicho, señor. De South Central, Los Ángeles.

—¿Y por qué eres quién eres?

—Cualquier sociólogo o psicólogo podría explicárselo. Madre soltera con tres hijos de tres padres diferentes. Drogas en cada esquina y dinero fácil. Mi hermano mayor, Elliott, entró por primera vez a robar en una casa a los diez años. A los doce, cometió su primer atraco a mano armada. Pero yo no era así. No sé por qué, algún defecto congénito. Me gustaba leer. Iba a la biblioteca y devoraba a Henry James, Faulkner, Poe. Escuchaba a Mozart, Bach y Schubert en la

radio. Logré mantenerme al margen hasta los quince años. Hasta que nos atacaron en nuestra propia casa. Estábamos sentados fuera, en la terraza. Pasaron unos individuos en coche, pistola en mano, y le dispararon a Elliott. Acabó con siete balas en el cuerpo y murió desangrado. Yo recibí tres impactos. Cuando llegó la ambulancia, me desmayé. Con mi volumen no es difícil dar en el blanco. Permanecí dos meses ingresado en el hospital. Los gastos fueron sufragados por una organización benéfica judía, pues mi madre no podía permitirse el lujo de contratar un seguro médico. Tuve que ir a rehabilitación, y allí me di cuenta de que debía convertir mi cuerpo en mi garantía de futuro. ¡Por poco me lo dejan hecho trizas! A los diecisiete años fui campeón juvenil de kárate de California. Leía a Bellow, Roth y Singer. Al principio me ganaba la vida con trabajos publicitarios y exhibiciones, y luego las cosas fueron saliendo por sí solas. Hasta que vendí el God’s Gym.

—Y ahora ¿qué?

—Ahora volveré a entrenar mi cuerpo. Quiero volver a ser uno de los grandes. Puedo practicar el kárate hasta los treinta. Pasada esa edad, es difícil aguantar el ritmo.

—No deberías haber vendido el gimnasio. Era tu vida.

—Hasta el veintidós de diciembre. Ese día, todo cambió. Para usted. Y para mí.

—No me creo ni una palabra de lo que acabas de contarme, God.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿qué quiere que le cuente, señor?

—La verdad.

—«No hay verdad del sufrimiento, de la causa del sufrimiento, de la cesación del sufrimiento, ni del camino. No hay sabiduría, y no hay logro de ninguna cosa.»

Así prosiguieron su camino.

3

CADA vez que el parabrisas amenazaba con quedar sepultado bajo la nieve, Danny accionaba el limpiaparabrisas para que Joop pudiera vigilar sin problemas la entrada al complejo escolar. En todas las ventanas había luz.

Tras hacer escala en Nueva York, habían llegado a Portland bien entrada la noche, en medio de una densa nevada. Joop no llevaba ropa que lo protegiera contra la nieve y el frío glacial; Danny tampoco. Hasta que por fin logró conciliar el sueño, Joop se entretuvo hojeando unas revistas y folletos en color sobre Maine que había en su habitación del Holliday Inn. Un estado de langostas, alces, miles de lagos y millones de mosquitos. Cuando se despertó, continuaba nevando. Se desplazaron al colegio de la chica en un coche de alquiler, los quitanieves habían hecho su trabajo. Danny seguía teniendo frío, aun con la calefacción al máximo. Los limpiaparabrisas se deslizaban por el cristal, entre chirridos, empujando los copos hacia los lados. En varias ocasiones, Joop frotó con el antebrazo la ventanilla lateral, que se empañaba una y otra vez. Rodearon el centro de la ciudad —digno de ese nombre, con algunos rascacielos— y, bajo un cielo preñado de nieve, se dirigieron a uno de los barrios periféricos de las colinas. Los tejados estaban cubiertos de un grueso manto blanco. Joop y Danny filmaban.

Veinte minutos antes del comienzo de las clases, Danny estacionó el vehículo enfrente del colegio, un edificio de ladrillo de tres plantas, situado al lado de unas canchas de baloncesto y varios campos de deporte, que estaban separados de la calle mediante una valla de tela metálica en la que quedaba prendida la nieve. Uno de los barrios del norte de la ciudad. Amplios bulevares con chalets unifamiliares. Muñecos de nieve. Humeantes chimeneas. Montañas de nieve apiladas junto a las aceras.

El colegio se encontraba en una pequeña calle comercial, donde había algunos restaurantes de comida rápida, un supermercado, una lavandería y una modesta librería. La entrada era un continuo ir y venir de todoterrenos y rancheras. De los vehículos salían niños y adolescentes con enormes carteras y mochilas; todos ellos se daban prisa por entrar, deslizándose y arrastrando los pies sobre la nieve. Se acercó un Mercury blanco tipo ranchera.

—Ahí está —observó Danny.

Joop bajó del coche y notó cómo, de pronto, le flojeaban las piernas.

—Déjese de bobadas, señor Koopman —le advirtió Danny.

Joop no le contestó. Se apresuró a cruzar la calle, atento al Mercury, que se detuvo a la entrada. Tras caminar unos pasos, sus finos zapatos de verano, que le ofrecían suficiente protección en California, estaban empapados del fango marrón que cubría el asfalto; cuando alcanzó la acera, percibió que la humedad le había traspasado el calzado y humedecido los calcetines. Tiritaba de frío. La puerta trasera del Mercury se abrió de golpe y salieron dos chicas. La primera, que debía de tener unos catorce años, llevaba una gorra roja en la cabeza, una gruesa bufanda, manoplas y botas de goma rojas. Se encaminó hacia la entrada. La otra era algo mayor.

Joop se acercó a ella. La muchacha se inclinó brevemente hacia el interior del coche para comentarle algo a la señora que iba al volante. La mujer, de unos cuarenta años, bella y morena, habló un momento con la joven. No debía de ser muy alta, porque se la veía hundida en el asiento. La muchacha asintió y cerró la puerta. Luego aguardó a que el Mercury se pusiera en marcha y agitó la mano en señal de despedida.

Joop la alcanzó antes de que ella pudiera alejarse. Tal vez lo reconociera, tal vez algo en su corazón le dijese quién era él. Ese era, pues, el motivo por el que, durante todo aquel tiempo, Joop había sentido la necesidad de verla: la posibilidad de que el corazón de la muchacha lo reconociera.

—Disculpa —comenzó. Le temblaba la mandíbula inferior y esperaba que ella no se sintiera amenazada—. Tengo una pregunta un tanto extraña. Estoy citado con el director del centro, pero he olvidado su nombre. ¿Es Gelson o algo por el estilo?

Joop había apretado los puños y los sostenía delante de la boca para insuflarles calor. Buscó un destello, un momento de reencuentro en los ojos de la chica. Un trasplante de corazón duraba tres horas; se había convertido en una intervención casi rutinaria, comparable a la instalación de un nuevo motor en un vehículo: apretar tuercas, conectar tubos y cables, y encender la chispa de la vida con el motor de arranque.

—Garrison —contestó ella, desconfiada.

La joven deslizó la mano en la cazadora. Todos los miembros de su familia llevaban encima un buscapersonas con el que podían avisar a uno de los dos agentes de seguridad estadounidenses que estaban alojados en una vivienda cercana a la suya.

La muchacha era más baja que Miriam. Ojos grandes, negros como el carbón. Una nariz fina y afilada, labios delgados, rostro pequeño y vulnerable. Llevaba una gruesa cazadora de nailon, una bufanda que le daba varias vueltas al cuello y un par de guantes, pero tenía la cabeza descubierta. El largo cabello negro le caía sobre la bufanda y sobre los hombros. Los copos de nieve se posaban sobre su

cabeza y su cara. Tenía ojos inocentes. Ojos esperanzados. Ojos que inspiraban confianza.

Ojos que ya no recordaban el dolor que había sentido en el pecho. Ojos que no conocían a Joop.

Se pasó el dorso de un guante por la mejilla. Su boca exhalaba vaho.

Joop trató de aspirarlo.

—Estoy visitando los colegios del barrio porque pronto nos vendremos a vivir por aquí. ¿Te gusta la escuela?

La muchacha daba pataditas en el suelo para calentarse los pies. El corazón bombeaba sangre caliente a sus tobillos. Deseaba entrar y contestó para librarse de él.

—Sí —dijo.

—Garrison —repitió Joop—. Gracias.

Ella asintió, esbozando una sonrisa distante en los labios, y se deslizó hacia la puerta con cautela, calculando dónde ponía los pies y guardando el equilibrio con la ayuda de su pesada cartera. Calzaba unas botas de ante de media caña, con ribete de piel y suelas gruesas. La abultada prenda de abrigo impedía hacerse una idea de su constitución, pero a Joop se le antojaba esbelta, por no decir frágil. La chica se apartó de él con sumo cuidado, pasito a pasito, como si tuviese miedo a lastimar su delicado cuerpo. Con toda probabilidad, más tarde informaría de él a los agentes de seguridad.

El vaho flotaba por encima del hombro de la muchacha, en dirección a Joop, y él sabía por qué ella podía caminar, por qué podía hablar y asistir a clase, por qué podía charlar con sus amigas en el recreo y reírse con ellas en un Burger King los fines de semana, y por qué podía soñar con el amor por la noche.

Joop dio media vuelta y cruzó tambaleándose hasta el otro lado de la calle. Era consciente de que tal vez lo hubieran engañado. No había preguntado a la muchacha cómo se llamaba. Quizá había nacido con un corazón fuerte, pero, en cualquier caso, Joop se conformaba con ella. Quienquiera que fuese. Para él, ella era Alia. Cuando se disponía a entrar al calor del coche, Danny se lo prohibió.

—No, todavía no. Recuerde que tiene una cita con el director.

—¿Es necesario?

—Será mejor que vaya. No debemos levantar sospechas.

Joop cruzó de nuevo la calle. Tenía los dedos de los pies fríos y mojados. En el vestíbulo abordó a un profesor, que lo remitió a una oficina. Allí Joop bombardeó con mentiras a un hombre corpulento de semblante infantil que lo trató con amabilidad. Joop le dijo que iba a mudarse a aquel barrio y que buscaba una escuela para sus hijos. El director le facilitó un folleto con información sobre el centro.

A la una en punto, los alumnos volvieron a aparecer. Alia salió

del colegio sin su hermana pequeña y se sentó al lado de su madre en el Mercury blanco, cuyos neumáticos patinaron levemente sobre el asfalto resbaladizo al arrancar. La ranchera pasó muy despacio por delante del coche de Danny y Joop, abriéndose camino entre los enormes copos de nieve. Joop se giró hacia atrás, siguiendo con la mirada el vehículo blanco, el flujo de gases del tubo de escape y los pilotos rojos. A través de la luna trasera del Mercury, vislumbraba el contorno cada vez más desdibujado de la cabeza de la muchacha, que sobresalía por encima del respaldo del asiento, hasta que la nieve acumulada sobre el cristal trasero del coche de alquiler le impidió la visión.

Danny y Joop regresaron al hotel en silencio. Joop pensaba preguntarle a Philip si le daba permiso para regalarle la agenda a la muchacha, con el pretexto de que se trataba de un regalo del colegio. No le cabía la menor duda de que ya tenía una, pero era poco probable que poseyera una agenda de Kate Spade. Alia terminaría reflejando en ella los días que Miriam ya no podría vivir jamás.

Una vez en su habitación, Joop se descalzó, se frotó los pies helados para entrar en calor y llamó al Fairmont. Preguntó por Linda, ansioso de oír su voz, de encontrar un sentido, de ternura.

Linda había abandonado el hotel.

Se había ido sin dejar huella.

4

POR LA noche, en el Holiday Inn de Portland, Joop encontró en el cajón del pequeño escritorio que se hallaba junto al televisor unos folios en blanco. Encima de la mesilla había un bolígrafo del hotel. Joop tomó asiento y comenzó a escribir.

Miriam sentía una profunda admiración por el matemático húngaro Paul Erdós, quien organizó toda su existencia en torno a la única forma de conocimiento del cosmos que puede calificarse de verdadera. Dedicó su vida a las Matemáticas; no tenía casa, ni hijos, ni esposa, ni pertenencias. Sólo una vieja maleta y una desgastada bolsa de plástico de color naranja de un supermercado húngaro. Erdós era su héroe. Cuando a Miriam la asaltaba el temor de que jamás sería capaz de atenerse a la disciplina y el modo de vida extremo de Erdós —porque deseaba salir, flirtear, amar—, yo le decía que algún día ella sabría cómo vivir su vida. Porque con el tiempo va desapareciendo lo superfino, lo que carece de valor.

Miriam tenía trece años cuando me apodó el Mercader de Venecia, tal como había hecho antes su madre. Mi nombre completo es Joop Herman Koopman, tengo cuarenta y siete años, vivo en Venice, California, y soy guionista de profesión. Estábamos discutiendo, porque ella quería que le aumentara la paga semanal —según mi hija, era poco—, y de pronto se le ocurrió el apodo. Me eché a reír, y su enfado inicial dejó paso a una mueca de asombro que pronto se convirtió en satisfacción; al fin, ella también prorrumpió en risas.

El 22 de diciembre de 2000, Miriam cumplió diecisiete años.

Aquel día, la temperatura media fue de 11,1 grados centígrados, con una máxima de 16,7 y una mínima de 7,8. El viento alcanzó una velocidad media de 8,5 kilómetros por hora y una máxima de 16,5. Se registraron bancos de niebla. La visibilidad osciló entre 2,8 y 6,4 kilómetros. No hubo precipitaciones.

EPÍLOGO

Continuación del cúmulo de circunstancias

Notas de God destinadas al señor Kooftman

Elaine Jacobs

Como a la mayoría de los más de cuatrocientos físicos teóricos que exploran en todo el mundo los límites del conocimiento fundamental de la materia, a Elaine Jacobs la llevaba de cabeza el problema de la gravedad.

Entre los dos paradigmas centrales de la Física —la teoría cuántica y la teoría de la relatividad— medió durante mucho tiempo una profunda brecha conceptual que no tenía visos de poder salvarse fácilmente. Hasta que surgió la teoría de las cuerdas. Gracias a ella, la Mecánica Cuántica, que ofrecía una descripción de todo cuanto se sabía acerca de la materia, es decir, de las partículas elementales y sus interacciones, parecía por fin próxima a conciliarse con la teoría general de la relatividad, del espacio y del tiempo, que describía entre otras cosas la evolución del cosmos. Sin embargo, esa reconciliación tenía un precio. La teoría de las cuerdas estipulaba lo siguiente: además de las cuatro dimensiones espaciotemporales por todos conocidas (longitud, anchura, altura, tiempo), existen otras seis. El problema era que esas dimensiones adicionales no podían ser sometidas a una comprobación experimental. La mayor parte de los físicos daba por sentado que eso jamás se conseguiría, arguyendo que las medidas de esas dimensiones eran demasiado pequeñas como para ser observadas a través de una máquina, fuese de la índole que fuese. Para tratar de saber lo que ocurría exactamente en la escala de las distancias cortas, los físicos fabricaron aceleradores de partículas cada vez más grandes, una especie de microscopios gigantescos que permitían a los investigadores distinguir una milmillonésima parte de una milmillonésima de centímetro y definir los quarks como los elementos más pequeños de la materia. Pero todo ello no era en absoluto suficiente para visualizar las propias cuerdas, o las dimensiones internas, que eran aún una millonésima parte de una milmillonésima más pequeñas. Para penetrar en la materia hasta una profundidad tan difícil de imaginar, se requerían unos aceleradores cuyo diámetro equivaliese al del sistema solar, una perspectiva decepcionante que hacía temer a los físicos que la teoría de las cuerdas quedaría relegada para siempre al terreno de las elucubraciones metafísicas. Si bien era una construcción fabulosa de la

mente humana, jamás acabaría siendo una teoría física sólida que se cimentase sobre unos resultados empíricos, ni en el siglo XX ni en el XXX. Además, existían numerosos fenómenos para los cuales las cuerdas no aportaban ninguna explicación, aun cuando en realidad deberían hacerlo. Parecía cierto que tanto la teoría de la relatividad como el modelo estándar de las partículas elementales quedaban cubiertos por la teoría de las cuerdas, pero la inmensa diferencia de fuerza entre la gravedad y las demás interacciones fundamentales (las electromagnéticas, las fuertes y las débiles) continuaba siendo un misterio.

Elaine vivía con su esposo, Fred Jacobs, y su perro labrador negro, *Albert* —por Einstein—, en un amplio piso situado en la carretera de la costa. A través de la enorme ventana de su despacho veía cómo las olas del Pacífico rompían en la playa, debajo del edificio. Las cuatro fuerzas fundamentales se originaron en el Big Bang mismo, cuando el vasto universo que nosotros contemplamos no era más que una diminuta caja llena de una sopa hirviente de quarks y gluones. Todo lo que se encontraba en el cosmos —el mar, *Albert*, la mesa de trabajo de Elaine, su propio cuerpo—, estaba magistralmente compuesto por unos elementos que se crearon por enfriamiento justo después de la gran explosión inicial. La génesis del orden a partir del caos… Eso tenía una explicación científica, pero ¿por qué era la gravedad mucho más débil que las otras tres interacciones o fuerzas? ¿Por qué presentaban los parámetros de esas magníficas teorías unos valores determinados y no otros? ¿Era todo ello debido al azar?

La ley de la gravedad de Newton describía de forma perfecta la atracción mutua y el consiguiente movimiento de grandes objetos, tales como el Sol, la Luna, la Tierra, o una manzana que se cae de un árbol, pero ¿cómo actuaba la gravedad a distancias extremadamente pequeñas? Los cálculos demostraban que la interacción gravitacional adquiría la misma fuerza que las demás interacciones a partir de diez elevado a menos treinta y cinco metros, una longitud imposible de verificar. Elaine andaba a la busca de un modelo teórico capaz de explicar esa ingobernable jerarquía entre las fuerzas de las diferentes interacciones, con la esperanza de que ello la llevara a despejar el camino hacia la teoría del todo. Sus pesquisas no conducirían a Dios, pero sí a la certeza de que la estructura del cosmos obedecía a las leyes de una teoría única y cognoscible. Era consciente de que mucha gente llamaría a esa teoría Dios. Pero ella no. Para Elaine, Dios era a lo sumo una ecuación matemática.

Ya en los años veinte, el matemático polaco Kaluza y el físico sueco Klein elaboraron una teoría sobre la unificación de la gravedad y el electromagnetismo haciendo uso de una dimensión adicional. En la moderna teoría de las cuerdas, el número total de dimensiones

espaciales se ampliaba a nada menos que nueve. Las seis dimensiones extra se encuentran, por así decirlo, enrolladas en unos círculos y esferas muy compactos del tamaño de diez elevado a menos treinta y cinco metros, por lo que se sustraerán a la observación humana hasta el fin de los tiempos, un fenómeno calculable para cosmólogos y físicos. En la corriente teórica más convencional, esa misma magnitud, es decir, diez elevado a menos treinta y cinco, aparece asimismo como la longitud estándar de una cuerda —¿es casualidad?—, el objeto físico más fundamental de todos, un minúsculo elástico lleno de energía y único que vibra como una pequeña cuerda.

El 22 de diciembre de 2000, Elaine Jacobs cerró la puerta de su apartamento a las doce y veinticinco en punto. Salía a comprar los regalos de Navidad. *Albert* ladró, pero Elaine no podía llevarlo consigo, puesto que se iba de tiendas. Los suplicantes ladridos del perro fueron menguando a medida que ella se aproximaba al ascensor. *Albert* se quedó solo en casa, aguardando su regreso, desesperado, ya que no confiaba en que ella fuera a volver, aunque siempre lo había hecho. Mientras se cerraba la puerta del ascensor, Elaine oyó que el perro seguía llamándola débilmente, encerrado en su propio mundo. Conforme bajaba —un movimiento imposible si no fuese por la gravedad—, se preguntó si cabría la posibilidad de que tres de las cuatro fuerzas fundamentales quedaran limitadas a las tres dimensiones conocidas y que solamente la gravedad afectase a las seis dimensiones espaciales adicionales, del mismo modo que los ladridos de *Albert* podían oírse dentro del ascensor, en tanto que los fotones capaces de proyectar la imagen del labrador sobre la retina de Elaine eran retenidos por las paredes del edificio.

El sonido y la luz, ambos, fenómenos ondulatorios, aunque aparentemente con características muy dispares. El sonido daba la vuelta a las esquinas, pasaba por debajo de las puertas y atravesaba sin problemas las paredes. Por el contrario, la luz iba directa a la pared, donde era absorbida sin dejar rastro, o eso parecía. Estaba claro que el sonido tenía una mayor libertad de movimiento. Aun cuando en esencia eran lo mismo, los dos fenómenos se comportaban de una manera radicalmente distinta en situaciones comunes y corrientes de la vida cotidiana. ¿Acaso sucedía algo similar con las fuerzas fundamentales, con la debilidad inmensamente relativa de la gravedad? «¿Será que el electromagnetismo actúa tan sólo en tres dimensiones, mientras que la gravedad está presente en todas?», se preguntó Elaine.

Tal era la fascinación que despertaba en ella esa sencilla idea que casi le daba vértigo. Pensó que en realidad no sabía si en distancias de tan sólo una milésima parte de un milímetro, la gravedad se manifestaba de la misma forma que en distancias más largas, puesto

que eso jamás se había comprobado empíricamente. ¿Por qué no? ¿Por qué era algo que se aceptaba sin más? Una milésima parte de un milímetro era medible, se podía investigar.

Mientras esperaba en su Explorer una oportunidad para incorporarse al tráfico, la sospecha de que la gravedad ejercía una acción particular de índole extradimensional cobraba cada vez más fuerza en su mente. Elaine tragaba saliva, le costaba permanecer quieta en su asiento y notaba un hormigueo en los brazos y las piernas que interpretaba de inmediato como un indicio de que su trabajo tomaría un cariz liberador. El nerviosismo de un perro que huele el rastro de una presa, pero que aún está atado. *Albert* nunca estaba atado. Pero había ladrado en el momento justo.

Lo que más le extrañaba a Elaine era la circunstancia accidental de que la idea se le hubiera ocurrido en el ascensor. ¿Acaso el propio Einstein no había descubierto el fundamento básico de su teoría de la relatividad en ese mismo aparato? Elaine había reconstruido la escena reiteradas veces con los estudiantes de la facultad. La idea era sencilla: en un ascensor que se mueve a una velocidad constante, uno no siente nada especial. Cualquier prueba que se realizara en esa circunstancia se desarrollaría de la misma forma que estando parado. Sin embargo, tan pronto como el ascensor acelerase, se notaría un cambio: uno se sentiría más pesado al subir y más ligero al bajar. Si se cortase el cable del ascensor, sus ocupantes se convertirían en seres ingrávidos y las cosas que sujetaran en las manos no se caerían al soltarlas. La caída libre es un estado en el que no actúa la gravedad. Lo más hermoso era que el descubrimiento de esa relación tan simple entre movimiento relativo y fuerza de la gravedad constituyera el germen de la revolución que Einstein acabaría provocando en nuestra concepción del espacio, el tiempo y la gravedad.

Elaine no podía descartar la posibilidad de que estuviese a punto de desvelar el enigma de las tan peculiares características de la gravedad; se apresuró a apuntar algunas ideas en la libreta de notas que estaba fijada sobre el tablero de mandos con una ventosa. A las doce y treinta y un minutos salió a la carretera, con las manos trémulas, la cabeza agitada, repleta de pensamientos apasionantes.

(A finales de febrero, la doctora Jacobs expuso su nueva teoría en *El Archivo*, la página web que se ha convertido en el buque insignia de la Física teórica.)

Frank Miller

Mientras esperaba a que le diesen los medicamentos para su esposa, Frank Miller se dedicó a pasear por entre los estantes llenos de productos que se ofrecían a la venta en la farmacia. Aparentemente,

con ello se pretendía incitar a la compra compulsiva a los clientes que aguardaban ser atendidos, pero nada de lo que Frank veía lograba despertar su interés. En el ámbito material, poseía todo cuanto se le había antojado jamás. Si bien era cierto que su mujer y él habían tenido una vida feliz, Frank notó que el cálido recuerdo del pasado no servía de consuelo para lo que les tocaría vivir muy pronto. Por suerte, Margaret y él habían encontrado a Dios hacía ya mucho tiempo. A los dieciséis años, Brian, que había nacido diecinueve minutos antes que su hermano Bill, contrajo una meningitis bacteriana y estuvo a punto de morir, pero afortunadamente las plegarias de sus padres fueron escuchadas. Margaret y Frank se turnaban frente a la cama del hospital y en los bancos de la iglesia presbiteriana, y, tras sufrir una fiebre altísima, Brian se recuperó. Más tarde, los médicos confesaron que las probabilidades de que Brian superase la enfermedad habían sido mínimas. Frank y Margaret albergaban la firme convicción de que su hijo había sobrevivido gracias a la intervención de Dios. Le quedaron agradecidos durante el resto de sus vidas y mantuvieron siempre una conducta recta y proba, sin grandes palabras ni gestos, educaron a sus hijos gemelos para que fueran adultos serios e íntegros, se apoyaron mutuamente y ayudaron siempre a la gente cercana a ellos.

No comprendían por qué Dios había decidido poner a prueba a Margaret. Quizá quisiera recordarles que debían prepararse para el final de sus días en la tierra. Eso era lo que estaban haciendo. Pero aún se resistían a despedirse de sus ¿los hijos; por eso aceptaron sin rechistar los problemas de salud de Margaret y la medicación. Tal vez Dios tratase de averiguar si amaban más a sus hijos que a Él. Frank no se sentía capaz de contestar a esa pregunta. Suponía que el más allá eterno no iba a resultarle más placentero que un día en familia. Reprimió esos pensamientos, consciente de la imposibilidad de ocultar nada a Dios.

—¿Señor Miller? —dijo una voz a sus espaldas.

Frank se dio la vuelta y se encontró cara a cara con un hombre moreno y rechoncho, de sienes canosas, que vestía una cara camisa de seda y sostenía en la mano unas gafas de sol. Tenía unos ojos grandes y vivos. Frank aún recordaba su nombre.

—Señor Banelli —dijo.

Banelli esbozó una amplia sonrisa y le estrechó la mano durante un largo rato.

—¡Señor Miller, cuánto tiempo! ¿Cuándo se jubiló?

—Hace once años.

—Cada vez que entro en el banco, me acuerdo de usted. Jamás olvidaré lo que hizo por mí.

Frank le había concedido un préstamo para que pudiera montar

una agencia de viajes, aun cuando Banelli no reunía todos los requisitos y en realidad apenas aportaba garantías. Pero tenía la absoluta certeza de que aquel joven entusiasta que le había presentado un extenso plan comercial se dejaría el alma en el negocio. Persuadió a la comisión de créditos de que el señor Banelli cumpliría con sus obligaciones.

—Señor Miller, acabamos de abrir una nueva sucursal. Ya van dentó sesenta. Cuando fui a verlo por primera vez, había recorrido una gran cantidad de bancos, pero usted fue el único que creyó en mí. Fíjese... llevo pensando desde hace tiempo... que me gustaría tener un detalle con usted. Mientras trabajaba en el banco era imposible, lo prohibían las normas, pero ahora, señor Miller, quiero regalarle un viaje. Para dos personas. Por cierto, ¿cómo le va?

—Vamos tirando —respondió Frank.

No quería contarle que su esposa había sufrido un grave derrame cerebral. Margaret tenía la cara torcida, pero su capacidad mental era razonablemente buena y de cuando en cuando incluso se ponía en pie y daba unos pasos.

—¿Me permite que le ofrezca un viaje? Hablo en serio, señor Miller. Puede elegir el destino que quiera. Europa, África, cualquier lugar del planeta. Quiero darle las gracias. Más vale tarde que nunca. Ha llegado el momento. Me alegro de que hayamos vuelto a encontrarnos. ¿Adónde le apetece viajar, señor Miller?

Frank sabía adónde quería ir, pero dudaba que pudiera hablar de ello. Últimamente, los recuerdos volvían con más fuerza, sobre todo después de haber visto *La delgada línea roja*, una película de Terrence Malick sobre la batalla de Guadalcanal, la isla donde Frank había combatido en 1942. Su valentía le valió una condecoración. Le apetecía regresar allí, pero quedaba por ver si Margaret podría viajar.

Desde el exterior llegó el sonido de un claxon. Frank supo que iba destinado a él, porque había aparcado su coche en un vado.

—Me coge usted desprevenido —dijo.

—Debería haberme puesto en contacto con usted mucho antes, pero este tipo de cosas se me da muy mal, me olvido de los cumpleaños, de tener atenciones con mi mujer. Sin embargo, esta vez no dejaré que usted se me escape. Deme su dirección y yo le daré mi tarjeta de visita.

Banelli sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón y extrajo una tarjeta. «VIA — VUELOS INTERNACIONALES ASEQUIBLES», leyó Frank. Fuera, el claxon seguía reclamando atención estentóreamente.

—De veras me gustaría que aceptara mi oferta, señor Miller. Me haría mucha ilusión. Si no me hubiera encontrado con usted en esta farmacia, no habría tenido la oportunidad de devolverle el favor. ¿Me promete que lo pensará?

A lo largo de los años, Frank había ahorrado suficiente dinero como para pagar el viaje de su propio bolsillo, pero jamás se lo había planteado seriamente. Era curioso cómo a su edad casi todos los gastos —incluso los que servían para cubrir necesidades personales como ropa y comida— se consideraban un despilfarro. Si bien era cierto que Margaret y él nunca habían derrochado dinero, también lo era que con el paso del tiempo se habían vuelto más ahorradores, con idea de dejar todo cuanto pudieran a sus hijos, ambos médicos acomodados. Era extraño cómo uno iba retirándose paulatinamente del mundo al envejecer.

—Debo admitir que es una oferta maravillosa —contestó Frank, desorientado por la constatación de que sentía ganas de ir a Guadalcanal.

En realidad, hacía sólo un minuto que se había dado cuenta de que ese deseo llevaba escondido ya varios años en algún rincón de su mente. Desde el 7 de octubre de 1942, Frank Miller había luchado como miembro del primer batallón del séptimo de marines, bajo el mando del legendario coronel Chesty Puller, en Edsons Ridge. Participó en la batalla de la noche del día 24. Mientras llovía a cántaros, el batallón, que había establecido una línea defensiva de kilómetro y medio en la selva para proteger Henderson Airfield, un aeródromo de vital importancia, se enfrentó durante tres horas a los japoneses, muy superiores en número y armamento. Frank pertenecía al equipo encargado de manejar una de las sesenta baterías de morteros. Chesty iba y venía por toda la línea, animando a unos y a otros, impávido —o eso parecía—, sin temer a los miles de japoneses ni a la muerte. Mientras disparaba morteros, Frank rezó. Sembraba la muerte porque tenía apego a la vida.

—Tengo que consultarlo con mi mujer. ¿Le parece bien si lo llamo mañana?

Los bocinazos se repetían a intervalos regulares. Tal vez el coche de Frank estorbase a alguien, pero él quería asegurarse de si la promesa de Banelli era una simple cortesía o si realmente iba en serio.

(Hasta la fecha no ha vuelto a producirse ningún contacto entre Frank Miller y Leo Banelli.)

Jeremy Swindon

Lo suyo fue un flechazo. Jeremy Swindon jamás había creído en el amor a primera vista; eso era una ilusión reservada únicamente a jovencitas, ancianas y guionistas encargados de suministrar historias para los cuentos de hadas de los estudios cinematográficos. Durante meses, no se atrevió a afrontar la nueva realidad. Siempre había estado convencido de que él no era capaz de amar a nadie. Hasta que

conoció a Jonathan Golding. Jeremy había producido ya tres películas cuando pisó por primera vez el despacho que Jonathan ocupaba en una agencia situada en un edificio de preguerra de Wilshire Boulevard, cuyos ornamentos art déco habían sobrevivido al derribo indiscriminado de los años sesenta. Eran las tres de la tarde, y las persianas verdes impedían que penetrase en la estancia el sol de septiembre, que en California brillaba con intensidad. Una secretaria acompañó a Jeremy al despacho de Jonathan, que se levantó de su mesa de trabajo en cuanto lo vio entrar. Era un hombre alto y delgado, moreno, igual que Jeremy, y de la misma edad. Del respaldo del sillón de cuero colgaba una americana negra. Jonathan llevaba camisa blanca, corbata amarilla clara y tirantes de color gris oscuro. Se miraron el uno al otro, sorprendidos, atraídos por algo que Jeremy no podía definir. Había ido a verlo para discutir el reparto de una nueva película, pero la conversación no se limitó a nombres de actores y sus respectivos cachés y condiciones. Después de tan sólo diez minutos ya estaban hablando de sus procedencias, sus ambiciones y sus dudas; dos extraños dispuestos a no ocultarse nada. Al cabo de tres cuartos de hora, Jonathan mandó cancelar las citas que tenía previstas para ese día, y se quedaron charlando hasta altas horas de la noche.

Jeremy jamás había achacado sus fracasos amorosos a su posible inclinación homosexual. Al principio se engañaba a sí mismo asegurándose que su amistad con Jonathan, cimentada en criterios convencionalmente masculinos (ir juntos a partidos de baloncesto, proyecciones de películas, hacer *footing* en Santa Mónica, sudar en el gimnasio), no se desviaba en nada de las relaciones amistosas que mantenía con otros hombres; pero en sus fantasías suspiraba por una mirada de Jonathan, el roce de su mano, una muestra de cariño, presa de una suerte de desesperación que no había conocido hasta entonces. A Jonathan también le había tocado vivir una serie de aventuras sentimentales ingratas con mujeres, hasta que un día se dio cuenta de que no podía seguir negando algo que estaba pendiente de aceptación desde su pubertad.

Tras varios meses de contacto casi diario, Jeremy llegó a la conclusión de que aquellas extrañas sensaciones nuevas, que lo desconcertaban profundamente y que no le permitían concentrarse en su trabajo ni un solo segundo, interferían demasiado en su vida. Fingió compromisos profesionales y viajes a otros puntos del país para intentar librarse del dolor nauseabundo que notaba en el vientre.

Tres semanas más tarde sonó el timbre de su casa. Era ya de noche. Aunque la imagen de vídeo de la cámara de seguridad que se hallaba junto a la puerta de entrada se veía un poco borrosa, mostró a Jonathan esperando en la acera. Champán, rosas rojas, un intento desesperado a la vez que conmovedor por decir lo indecible con un

tópico. Como un hombre que desea hacerle la corte a una mujer. Jeremy abrió la puerta. Con el rostro tenso, temblando de nerviosismo, Jonathan le ofreció lo que le había llevado. Durante unos segundos se contemplaron. Jeremy aceptó la botella y las flores en silencio, depositó el champán encima de la mesa del salón y percibió la presencia de Jonathan justo detrás de él. Sintió sus brazos alrededor del cuerpo y su cabeza sobre el hombro. Era ridículo que ambos comenzaran a sollozar como dos quinceañeras, y, de pronto, se apoderó de ellos una hilaridad incontenible que hizo que pasaran del llanto a la carcajada. Cuando, minutos más tarde, recuperaron el aliento, jadeantes, con las mejillas húmedas, a Jeremy no le importaba ya cómo calificar sus sentimientos hacia Jonathan ni cuál sería la reacción de la gente. Rodeó a Jonathan con sus brazos y lo besó como antes había besado a las mujeres. Por fin estaba en casa.

Eso ocurrió el 22 de diciembre de 1979, a las nueve y trece de la noche. Un año después se compraron una casa en Malibú, comenzaron a producir películas juntos y cosecharon un éxito relativo, debido a su continua búsqueda de la calidad.

Jonathan había contraído su incipiente enfermedad en una de las desenfrenadas fiestas que organizaron en los años ochenta. Normalmente se guardaban fidelidad, pero una o dos veces al año renunciaban a la monogamia. Jeremy no había contraído el virus, a pesar de ser la pareja estable de Jonathan. No era un caso aislado. Los médicos lo consideraban un misterio, aunque probablemente se debiera a una combinación de resistencia genética y casualidad. Los síntomas de la enfermedad tardaron tanto tiempo en manifestarse que llegaron a acariciar la ilusión de que Jonathan se había librado de ella, pero un buen día aparecieron los primeros indicios, muchos años después del diagnóstico inicial. Jeremy no se apartó del lado de Jonathan, lo cuidó, lo mimó cuando la angustia adquirió unas proporciones tan enormes que ya no podían quitarle importancia mofándose de ella, se preocupó por encontrar los medicamentos más novedosos y las terapias más modernas, y lo guió hacia el final del camino.

Le habían sobrado seis ampollas enteras de morfina, que guardaba junto a unas jeringuillas en un estuche de cuero, mezcladas con condones, gemelos, relojes y anillos, al fondo de un cajón de su amplio vestidor, donde aún quedaban ochenta trajes, doscientas camisas y sesenta pares de zapatos. Después de la muerte de Jonathan, Jeremy no se había deshecho de nada.

A medida que se acercaba el 28 de diciembre de 2000, el día en que cumpliría sesenta y cinco años, Jeremy era cada vez más consciente de que no estaba dispuesto a volver a sumirse en el ambiente de soledad y luto que había presidido su cumpleaños

anterior y de que no tenía fuerzas para envejecer en solitario. Al lado de Jonathan había descubierto sus cualidades y sus defectos, y había comprobado que sin él su vida sería como la de unos brazos sin manos. Cuando llamó a Kelly Hendel, la decisión estaba tomada. Celebraría el que sería su último cumpleaños el 22 de diciembre, justo veintiún años después de aquel primer beso, y a las nueve de la noche se inyectaría en la sangre las ampollas de morfina, tal como había hecho con Jonathan.

Kelly dudaba que la invitación a la fiesta prenavideña fuera a encontrar aceptación, argumentando que el día 22 de diciembre se organizarían cócteles por todas partes, pero Jeremy se obstinó en ofrecer el almuerza También se empeñó en que a las siete de la tarde todo estuviera recogido. Redactó su testamento, en el que escribió con sumo dramatismo: «Abrir con posterioridad a mi muerte», lo introdujo en un sobre y lo remitió a su abogado.

Aunque durante toda su vida había sido agnóstico, el deseo de volver a reunirse con Jonathan cobraba más fuerza conforme se iba aproximando la fecha. La época más hermosa de su existencia adquiriría la forma de un círculo; estaba convencido de que, con ello, rendiría honor a su compañero.

Aquella mañana, Jeremy observó con toda calma cómo un equipo de latinos preparaba la fiesta, bajo la dirección de Kelly. Como siempre, la mujer reparaba en todos los detalles, corregía al personal, llamaba al orden a los proveedores que llegaban con retraso, se cercioraba de que ningún camarero llevara la camisa manchada y controlaba que las mesas colocadas sobre el césped se encontrasen en posición perfectamente horizontal. Jeremy probó un bocado de cada una de las ensaladas, quiches y tartas, una verdadera sinfonía de colores, y recordó —triste y ansioso a un tiempo— las comidas que había compartido con Jonathan en Kioto, Florencia, París, Buenos Aires. Pronto volvería a estar junto a él. Para siempre.

(En la mañana del 28 de diciembre, Jeremy fue hallado muerto por Kelly Hendel, que había ido a comentar el desarrollo de la fiesta con él, ya que no contestaba a sus llamadas.)

Juan Armillo

Cuando Juan entraba en el primer turno de trabajo, tenía que presentarse en la empresa a las cuatro de la mañana, pero los días en que le tocaba el segundo turno, que comenzaba a las diez, podía trabajar la noche anterior en uno de los numerosos restaurantes de lujo que ofrecían a sus clientes un servicio de aparcacoches en la persona de un amable latino.

La representación teatral comenzaba ya en la calle. Tan pronto

como el automóvil se detenía a la entrada del restaurante, el aparcacoches de turno corría a abrir la portezuela con presteza. El cliente, por su parte, mostrando indiferencia, depositaba la llave en la mano abierta del empleado sin rostro, para luego entrar en el restaurante con paso solemne y majestuoso. En plena época navideña, durante los fines de semana y en verano, cuando los turistas alemanes y japoneses se acercaban en sus coches de alquiler, Juan podía llegar a ganar den dólares en unas cuantas horas. Sin embargo, una tranquila y fría noche de jueves, justo antes de Navidad, no daba para mucho. Aun así, nada más entrar en su pequeño estucho de Melrose Boulevard, Juan hizo recuento y comprobó que había reunido veinte mil dólares en billetes de den, el resultado de una sola noche de trabajo en Le Ciel, un restaurante de Robertson Boulevard.

Había robado. Como todos los aparcacoches, Juan cedía de vez en cuando a la tentación de abrir la guantera. Cuando alguno de ellos encontraba un arma, un consolador, condones, droga o cosas por el estilo, la espera a la intemperie se amenizaba con historias rocambolescas. A las nueve y mecha llegó un Mercedes antiguo. Juan abrió la puerta para que saliera el conductor —un hombre de unos sesenta años, tal vez sesenta y cinco, con aire de médico o asesor fiscal, que iba acompañado por una mujer de idéntica edad— y llevó el automóvil basta el aparcamiento. De la guantera sobresalía un abultado sobre beis que contenía una gran cantidad de billetes de den dólares. Juan no se atrevió a contarlos; miró alrededor, de repente aterrado y enfermo de deseo, y decidió coger el sobre y ocultarlo en su viejo Corolla.

Era evidente que lo descubrirían. ¿Quién deja tanto dinero en un coche? ¿Sería dinero procedente de la droga? ¿Dinero negro? ¿O estarían filmando la escena con una cámara oculta para un programa de televisión sobre aparcacoches deshonestos? El matrimonio advertiría lo ocurrido en cuanto subiera al coche. Quizá el hombre no fuera médico, sino un delincuente profesional, en cuyo caso Juan acababa de dictar su sentencia de muerte.

Unos minutos más tarde, Juan fue a recoger un Cadillac para unos clientes que se disponían a marcharse y, con un destornillador, forzó una de las puertas traseras del Mercedes. De regreso a la puerta del restaurante, apenas podía soportar la tensión. Fumaba sin parar mientras paseaba de un lado a otro. Fredo, el responsable de los aparcamientos aquella noche, le preguntó por qué estaba tan inquieto, y Juan le contestó que le dolía el estómago. Muchos latinos sufrían molestias intestinales. Comían en exceso y se pasaban con la grasa. Fredo le dijo que si quería podía irse a casa; otro compañero y él se repartirían sin problemas el poco trabajo que había. Haciendo eses como si estuviera ebrio, Juan condujo su Corolla a la zona pobre de

Melrose Boulevard, el barrio donde vivía. No había bebido ni una gota de alcohol, pero estaba obnubilado por el temor y la agitación. Si lo paraba la policía, encontrarían el dinero.

En torno a la medianoche pensó en coger una bolsa de viaje y darse a la fuga, pero no sabía adónde ir. A pesar de ser mucho el dinero que había robado, era tan sólo una mínima parte de lo que necesitaría para tener el futuro resuelto. A los pocos minutos comprendió que con ese dinero podría vivir a lo sumo un año y que había cometido una auténtica locura. Al cabo de una hora llegó a la conclusión de que lo mejor sería esperar al día siguiente. No existían pruebas de que el ladrón fuera él y el hecho de forzar la cerradura de la puerta trasera había sido una jugada hábil con la que podía desviar la atención. Hacia las cuatro de la madrugada se le pasó por la cabeza que debía ir a comisaría para comunicar que había encontrado dinero —descubierto casualmente en el aparcamiento—, por—que una cantidad como ésa no merecía tal desasosiego.

A las seis de la mañana estaba tan agotado que se quedó dormido. A las nueve y media lo despertó el teléfono. Michel, su jefe de la panadería Progress. No era la policía. Ni Fredo. Ni ningún capo mafioso que le reclamase su dinero. Michel era un joven francés, un tipo legal, paciente y comprensivo, que dispensaba a los latinos un trato desenfadado. Juan nunca había llegado tarde y sabía que Michel se lo perdonaría. Su jefe le rogó que se diese prisa porque cuando llegara allí, llevarían ya media hora de retraso sobre el horario previsto.

Juan salió a toda prisa hacia la panadería, tras ocultar el sobre en una bolsa de plástico dentro de la cisterna del retrete, como había visto hacer en alguna película. Era un misterio por qué la gente olvidaba veinte mil dólares en un coche, y no lo era menos que él aún estuviera vivo. Cabía la posibilidad de que el propio matrimonio hubiera hurtado el dinero en algún sitio y que se alegrara de habérselo quitado de encima, del mismo modo que para Juan sería un alivio deshacerse de él. Tal vez debería tirarlo a la basura o quemarlo. De pronto, se apoderó de él la sensación de que la bolsa de plástico que había escondido en la cisterna no contenía billetes, sino una bomba, y tuvo la absoluta certeza de que no había nacido con vocación de ladrón. Cuando salió del aparcamiento de la panadería, se topó con un coche mal aparcado y comenzó a golpear con fuerza el claxon, fuera de sí, por la rabia y el arrepentimiento.

(Por supuesto, esta historia me la he inventado, pero fui a ver a Juan para saber cómo estaba, y justo cuando llegué al edificio donde vive, él subía a un Chevrolet Camaro de segunda mano, aunque en muy buen estado, un bólido descapotable con la típica raya blanca de los coches de carreras. Se lo compró seis semanas después del

accidente. Es obvio que el sueldo de la panadería Progress no llega para permitirse un coche de esas características. A Juan lo acompañaba una mujer joven y guapa de origen latino, con una abundante cabellera negra que, a la luz del sol, adquiría un brillo azulado. Era un día hermoso y cálido. La mujer llevaba un traje azul claro de seda con pequeñas mangas abullonadas, un cancán que hacía que revoloteara el dobladillo del vestido alrededor de sus piernas al andar, y una flor en el pelo; iba ataviada como una mujer del sur que se engalana para ir a una fiesta. Juan le abrió la portezuela y aguardó a que se acomodara. En cuanto pisó el acelerador y salió a toda velocidad, con chirrido de neumáticos, ella lo agarró del hombro, con el cabello agitándose al viento.

Tal vez se casen. Tal vez tengan hijos. Tal vez los espere una larga vida en común. Tal vez le sirva a usted para escribir una bonita historia llena de esperanza y felicidad, señor Koopman.)

Agradecimientos

EXPRESO mi más sincero agradecimiento a los profesores Sander Bais y Leon Eijsman por su asesoramiento en el terreno de la Física y la Medicina. Por lo demás, he citado libremente pasajes de: *El hombre que sólo amaba los números*, de Paul Hoffman; *Beyond the ashes*, de Yonassan Gershom; *The Jew in the Lotus*, de Rodger Kamenetz; *The Search for God at Harvard*, de Ari L. Goldman; *The Hidden Face of God*, de Richard E. Friedman; *Buda viviente, Cristo viviente*, de Thich Nhat Hanh, y numerosas páginas web. Una vez más he podido contar con la firmeza y minuciosidad de Alice Toledo a la hora de leer y revisar el manuscrito original en neerlandés.